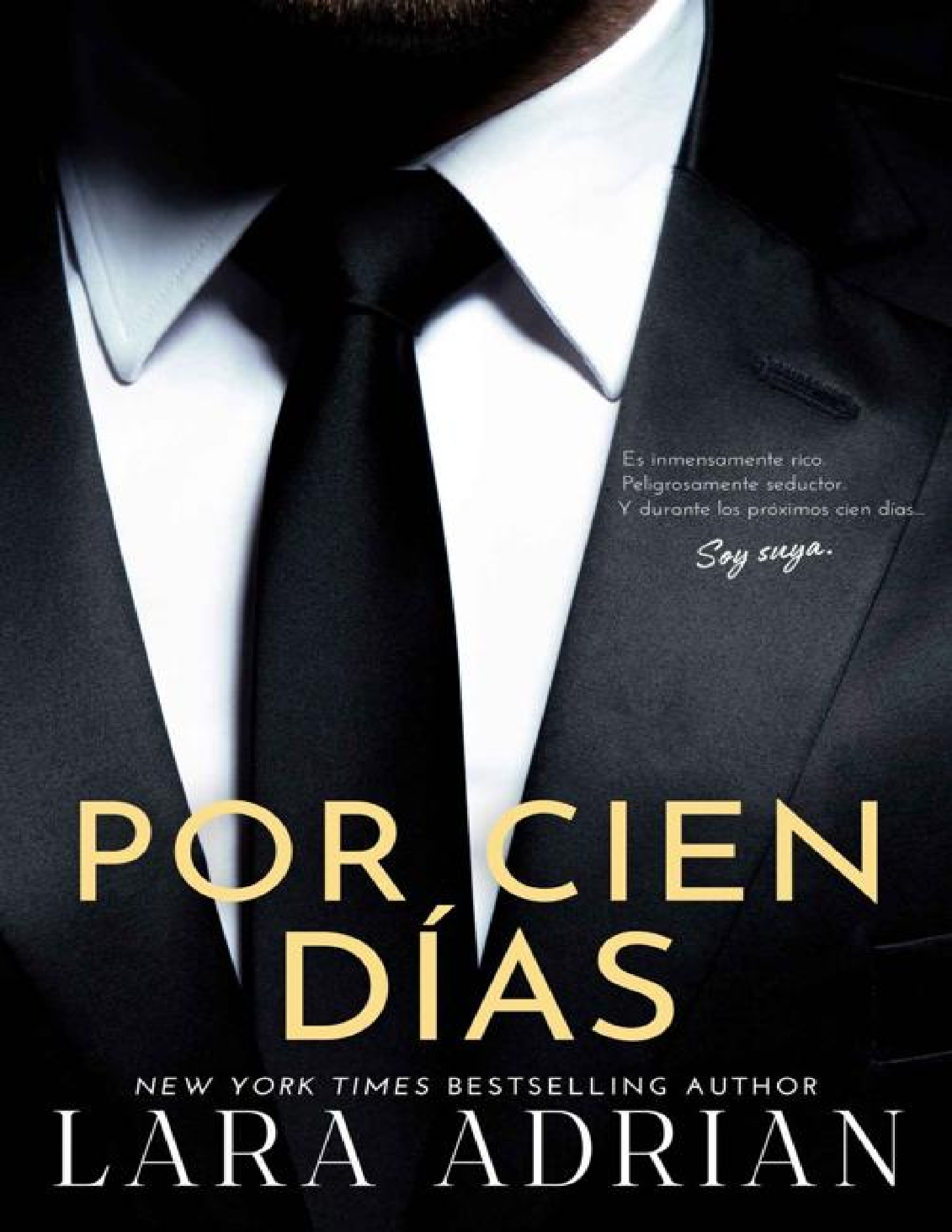


POR CIEN DÍAS

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

LARA ADRIAN

POR CIEN DÍAS

Una novela romántica de la Serie 100

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

LARA ADRIAN

Contents

Boletín Para Lectoras

Reseñas De La Serie 100

Book Title Page

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Capítulo 29
30. Capítulo 30
31. Capítulo 31

32. Capítulo 32
33. Capítulo 33
34. Capítulo 34
35. Capítulo 35
36. Capítulo 36
37. Capítulo 37
38. Capítulo 38
39. Capítulo 39
Una Nota De Lara
Libros De La Serie 100
Sobre Lara Adrian
Derechos De Autor

ÚNETE A MI NEWSLETTER

Suscríbete a mi boletín exclusivo y entérate de todas las novedades sobre mis libros actuales y los próximos lanzamientos.

También recibirás ofertas especiales, contenido exclusivo y mucho más.

👉 Suscríbete ahora: https://subscribepage.io/VdTzyq

RESEÑAS DE LA SERIE 100

"Ojalá pudiera darle más de 5 estrellas. Adrian no solo incursiona en este género con brillantez... está lista para adueñarse de él. Acabo de encontrar mi nueva adicción."

— *The Sub Club*

"Hay giros que ya espero encontrar en un libro de Lara Adrian, y lo digo porque, con cualquier libro suyo, sabes que vas a descubrir una trama con muchas capas. Adrian simplemente domina el romance de multimillonarios."

— *Under the Covers*

"Si estás buscando tu próxima obsesión tipo Cincuenta sombras, no busques más. Lo sé, ya has oído esa frase antes... pero esta vez es verdad, y estoy dispuesta a apostar el penthouse."

— *Mile High Book Club*

POR CIEN DÍAS

Serie 100

Libro 1

Autora superventas del New York Times

LARA ADRIAN

© 2016 Lara Adrian, LLC
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. (v25.05ESLA)

1

LA LLUVIA FRÍA DE la tarde me punza las mejillas mientras emerjo de la estación Grand Central junto con el resto de la multitud recién salida del metro. Hago una mueca y me jalo la capucha de mi chaqueta un poco más sobre mi rostro mientras avanzo entre la llovizna e intento ignorar la ráfaga helada de finales de abril que barre los cañones de rascacielos de la ciudad con un aullido bajo, como de banshee.

Te lo juro, parece que Nueva York ha estado tratando de escupirme y soplarme de regreso a Pensilvania casi desde el día que llegué.

A estas alturas, ya debería estar acostumbrada a los giros repentinos y de mierda del clima, y me maldigo por no haberme tomado el tiempo para volver a colocar el forro de invierno en mi chaqueta antes de salir de mi apartamento en Brooklyn. Estaba demasiado preocupada y ansiosa mientras me alistaba para el trabajo, sentimientos que todavía llevo conmigo ahora mientras me alejo de la estación.

El restaurante donde trabajo como bartender seis noches a la semana está en la avenida Madison, a varias cuadras de distancia. Temblando mientras la lluvia comienza a empaparme, camino rápidamente hacia mi destino, mirando con envidia a las otras

personas a mi alrededor mientras se acurrucan bajo la protección de sus paraguas. Debería haber traído el mío también. Tal vez lo habría hecho si la mitad de sus varillas no estuvieran destrozadas por batallar contra otras tormentas. Tal vez algún día me tome el tiempo para reemplazarlo.

Claro. Prácticamente resoplo ante la idea. Considerando la carta amenazante que mi casero dejó pegada en mi puerta a principios de esta semana, los paraguas rotos son la menor de mis preocupaciones.

Sin preparación y sin fondos. La definición de toda mi existencia últimamente.

Más de una vez en el último año y medio, he estado tentada a rendirme y dejar que esta maldita ciudad gane.

Pero hoy no.

Hoy tengo algo que no he tenido en mucho tiempo.

Esperanza.

Me recorre, aguda y brillante y cálida, cuando llego a las puertas dobles de cristal ahumado de Vendange y mi teléfono suena en el bolsillo de mi chaqueta. He estado esperando esta llamada todo el día, desde que recibí el mensaje de voz de mi amiga Margot diciéndome que tenía noticias para mí y que no quería dejar los detalles en un mensaje.

La paciencia nunca ha sido mi fuerte. Especialmente cuando todo lo que tengo depende del resultado. Llamé a Margot de inmediato, pero su asistente me informó que estaba ocupada en reuniones de la galería en Dominion y que no podía ser interrumpida.

Eso fue hace horas.

Desde entonces, volví a escuchar su mensaje al menos una docena de veces, tratando de leer pistas en su voz, pero solo había control medido y profesionalismo en su tono. ¿Y por qué no? Ella y yo somos amigas, pero también soy su cliente, aunque no muy rentable. Solo puedo desear que eso esté a punto de cambiar esta noche. Demonios, estoy rezando por ello.

Apenas puedo respirar de la anticipación mientras me deslizo dentro del restaurante para salir de la humedad y el frío, mi corazón acelerado, mis dedos helados luchando dentro de mi bolsillo para sacar mi teléfono que está sonando.

Aunque es temprano en la noche, Vendange está lleno de tipos corporativos y creativos de los alrededores. Trajes oscuros se mezclan con alta moda y chic bohemio en los apretados grupos de mesas en el área del comedor. En la larga y elegante barra, una de mis compañeras de trabajo, Tasha López, está sirviendo tragos y coqueteando descaradamente con un grupo de clientes masculinos que no tienen idea de que la ardiente y curvilínea mujer está felizmente casada y con una familia joven en casa.

Tasha me ve entrar por la puerta y me hace un gesto de saludo mientras yo paso de largo a la chica nueva en el puesto de anfitriona y la fila de clientes que ya está empezando a formarse en la entrada. Tengo unos minutos antes de tener que fichar para mi turno, así que me apresuro hacia el guardarropa de los empleados para contestar la llamada.

Cuando finalmente tengo mi teléfono en la mano, mi corazón se hunde. En la pantalla, el código de área dice 570, no 212. Pensilvania, no Nueva York.

—Mierda —la palabra se escapa de mí en un suspiro silencioso.

Esta no es la llamada que estoy esperando, y aunque las conversaciones con mi mamá nunca duran más de quince minutos, me digo a mí misma que no puedo permitirme ocupar la línea ni siquiera ese tiempo mientras silencio el timbre y rechazo su llamada.

La verdad es que no puedo lidiar con hablar con ella ahora mismo. No hoy. Y no aquí, donde tengo que poner una sonrisa alegre, conversar toda la noche con extraños mientras les sirvo cócteles caros y fingir que el resto de mi mundo no es el desastre que sé que es.

Nada de eso disminuye la culpa que me pincha cuando pienso en su decepción al otro lado. Mantener el contacto es importante para mi madre, lo sé. Le rompió el corazón cuando me mudé tan lejos. No

hizo un secreto de eso, pero creo que entiende que tenía que hacerlo. Finalmente, tenía que hacer algo por mí.

Con un ceño fruncido y una exhalación profunda que no puedo contener, pongo mi teléfono en modo vibración y lo deslizo en el bolsillo trasero de mis jeans negros. Se supone que los empleados no deben llevar sus teléfonos mientras están trabajando, pero espero que el dobladillo de mi camisa negra sin meter lo oculte durante mi turno. De todos modos, no podré concentrarme en nada a menos que lo mantenga cerca esta noche.

—¡Hola, chica! —Tasha se acerca por detrás en el guardarropa mientras estoy colgando mi chaqueta mojada y me da un abrazo rápido—. Gracias de nuevo por cubrir mi turno anoche, Avery. Eres la mejor.

—No hay problema —le digo. Y no lo fue. Necesitaba las propinas de la noche extra, e incluso si no las necesitara, no le habría dicho que no. Sé que Tasha vendría por mí en su día libre, también, si alguna vez le pidiera el favor.

Ella me observa mientras me quito los zapatos bajos y los cambio por los tacones negros en mi bolso que completan mi uniforme para la barra. Tasha tiene los brazos cruzados sobre sus senos, que se muestran generosamente en el escote en V de su blusa negra, muy similar a la mía, otra parte del código de vestimenta de Vendange que detesto.

—Lo digo en serio, Avery. Me salvaste la vida. Joel dijo que me descontaría un día completo si me iba sin asegurarme de que la barra estuviera cubierta.

Pongo los ojos en blanco ante la mención del grasiento gerente del restaurante.

—Joel es un idiota. ¿Cómo está Zoe hoy?

—Mucho mejor. Solo fue algo pasajero del estómago, pero mi suegra entró en pánico. —Tasha sacude la cabeza, haciendo que sus suaves rizos en espiral de color castaño se balanceen contra la suavidad color café con crema de sus mejillas—. Ha pasado mucho tiempo desde que Inez ha cuidado a una bebé de cuatro meses y

Zoe tiende a quejarse. Pero sé que está en buenas manos. Además, no está mal que Inez sea cuidado infantil gratuito ahora que vive con nosotros.

Sonrío, escuchando el alivio en su voz.

—Me alegro de que todo esté bien.

—Sí, yo también. Por cierto, tienes pintura en la barbilla.

—¿En serio? Maldición. —Me froto la cara, luego busco el espejo compacto en mi bolso. La mancha de pintura acrílica color ciruela oscuro tiñe mi barbilla como un moretón que se desvanece—. Casi termino una de mis piezas —le digo mientras froto la mancha de pintura con la yema del pulgar—. Todavía no es perfecta, pero estoy trabajando en ella. Quiero tenerla lista para mostrarle a Margot pronto.

—¿Margot de la galería?

Asiento con la cabeza, sin poder contener mi sonrisa.

—Se supone que me llamará esta noche con algunas noticias. Su mensaje de voz esta mañana decía que quería decírmelo personalmente.

—¡Carajo! —Los ojos de Tasha se ensanchan—. Avery, eso es increíble. Debiste haber vendido otro cuadro.

Lo dice como si mi arte se vendiera con algún tipo de regularidad. No es así. Aparte de un cuadro que se vendió casi inmediatamente después de que Margot logró que me colocaran en Dominion hace más de un año, ha sido una larga y árida sequía desde entonces.

Tal vez esa primera venta fue una casualidad. A menudo me lo he preguntado. Temido, realmente. La gente me ha dicho que tengo talento. Dios sabe que amo pintar más que cualquier cosa. Siempre ha sido mi escape, mi refugio. Pero tal vez la pasión no es suficiente. Quizá debería haberme quedado en mi pueblo natal y ahorrado dinero para terminar la escuela de arte en lugar de huir a la ciudad más grande que pude pensar tan pronto como tuve la oportunidad de liberarme y perseguir mis sueños.

La verdad es que quería escapar. Quería desaparecer. Quería convertirme en alguien nueva. Alguien diferente a mí.

Alguien mejor.

Quería *vivir*. Para mí, no para mi mamá o todas las cosas que ella quiere para mí. Ni siquiera para mi abuela, a quien cuidé en casa hasta su muerte por enfisema hace dos años.

Si fracaso ahora, estaré decepcionando a todos.

Mierda, ¿a quién engaño? Ya estoy fracasando, y a menos que Margot llame para decirme que ha vendido todo mi portafolio, lo más probable es que esté de vuelta en el autobús a Scranton antes de que termine el mes.

Guardo mi bolso en un casillero de empleados, luego empiezo a recoger mi cabello rubio en una larga cola de caballo en la parte posterior de mi cuello, peinando con los dedos los enredos húmedos para darles alguna apariencia de orden.

—Será mejor que te vayas —le digo a Tasha—. Tengo que fichar y tú necesitas ponerte detrás de la barra antes de que Joel nos descuente a las dos.

Ella hace una mueca.

—Cierto. Te veo allá afuera. —Empieza a salir del guardarropa, luego se gira para señalarme—. En el segundo en que sepas algo de la galería, quiero saberlo. En ese mismo segundo, ¿me entiendes?

—Sí, por supuesto. —Asiento, y ahora mi sonrisa parece forzada mientras la duda se agolpa para difuminar la esperanza que había estado llevando conmigo durante la mayor parte del día—. Estaré detrás de ti.

Ella se va y puedo oírla saludando a uno de los clientes en el piso de afuera con su calidez burbujeante y despreocupada. Me apoyo contra los casilleros y saco mi teléfono para escribir un mensaje de texto a Margot.

Por favor llama tan pronto como puedas. Me estoy muriendo aquí. Necesito saber qué está pasando.

Presiono ENVIAR antes de que pueda cambiar de opinión y borrar el mensaje que suena desesperado. Odio parecer débil o fuera de

control, y darme cuenta de que soy ambas cosas en este momento me provoca una sensación de malestar en el estómago.

Aparto esa sensación y vuelvo a deslizar mi teléfono en mi bolsillo.

Luego salgo al bullicioso restaurante para comenzar mi turno, con mi máscara de confianza rígidamente en su lugar.

2

ESTAMOS TAN ABARROTADOS EN el bar que casi pasa una hora antes de que pueda siquiera pensar en el hecho de que todavía no he tenido noticias de Margot. Sirvo una copa de Pinot noir para una rubia fresa bien vestida en el extremo del bar y se la llevo. A pesar de tener una belleza digna de modelo, está sentada sola y ha estado ocupada enviando mensajes y haciendo llamadas telefónicas desde que llegó hace quince minutos.

Coloco el vino tinto frente a ella sin comentarios. Entonces levanta la mirada y se encuentra con la mía, con sus elegantes cejas fruncidas.

—¿Puedo traerle algo más por ahora? —le ofrezco.

—No, gracias —con un suspiro que suena frustrado, deja su celular en la barra y sacude la cabeza—. Se supone que debo encontrarme con una amiga aquí antes de tener que irme para tomar un vuelo —mira el elegante reloj en su muñeca izquierda y frunce el ceño—. Evidentemente, está llegando tarde.

—Está bien. Volveré en unos minutos —le digo, aunque dudo que me esté escuchando. Antes de que termine de hablar, toma su teléfono nuevamente y comienza a escribir otro mensaje frenéticamente.

Me doy vuelta para tomar el pedido de un trío de treintañeros trajeados que acaban de abalanzarse sobre unos asientos recién desocupados al otro extremo de la barra. Piden whisky escocés de malta, luego hacen intentos mediocres de coquetear conmigo mientras busco la botella y preparo tres vasos de Macallan de doce años.

Conozco el juego que se supone que debo jugar detrás de la barra para aumentar mis propinas, pero apenas puedo fingir interés en una pequeña charla juguetona ahora mismo. Todavía estoy nerviosa y ansiosa, preguntándome cuánto tiempo más Margot me mantendrá en suspenso.

Justo cuando pienso que no puedo soportar ni un segundo más, mi teléfono comienza a vibrar en el bolsillo trasero. Hago todo lo posible para no dejar caer la botella de whisky mientras la devuelvo a la estantería, apurada por atender la llamada. Dirigiéndome hacia la parte trasera del área del bar, saco mi teléfono y reviso discretamente el identificador de llamadas.

Es ella.

Por fin.

—¿Me cubres? —articulo en silencio a Tasha cuando veo que me mira desde el otro lado del bar.

Ella asiente y levanta los dedos cruzados. Respirando profundo, me escabullo al baño de mujeres con el teléfono en la mano. —Hola, Margot. ¿Cómo va todo?

Me sorprende lo casual y tranquila que sueno cuando contesto, considerando que mi corazón está latiendo a cien por hora.

—Un día largo —dice ella—. El dueño de la galería vino para reuniones conmigo y el resto del personal. Acabo de salir hace unos cinco minutos y vi tu mensaje.

Hago una mueca al recordar mi momento de debilidad. —Sí, eh, perdón por perderme tu llamada esta mañana. Estaba trabajando en la nueva pieza y creo que no escuché el teléfono. De todos modos, no puedo esperar para mostrarte esta. Creo que realmente te va a gustar.

—Estoy segura de que será así. Sabes que me encanta tu trabajo —dice—. Y soy yo quien debería disculparse. Probablemente no debería haber dejado un mensaje. No lo habría hecho si hubiera sabido lo caóticas que iban a ser las cosas aquí hoy. No quería tenerte en ascuas todo el día.

Hay una vacilación en su voz que hace que se me seque la boca. Me dirijo al cubículo vacío más alejado y me encierro para tener algo de privacidad, y para intentar amortiguar el ruido. Hay un flujo constante de clientes del restaurante que entran y salen del baño, y la música del salón principal hace vibrar las paredes.

Margot no ha dicho nada más, y me doy cuenta de que no está llamando para darme buenas noticias.

—Algo anda mal —murmuro, tratando de adivinar cuán duro será el golpe—. No vas a tomar la nueva pintura, ¿verdad?

Ella guarda silencio, luego suspira suavemente. —Lo siento mucho, Avery.

Su disculpa me golpea como un golpe físico. Por un momento, estoy tan aturdida como si me hubieran dado una bofetada. —No, está bien. Entiendo. Ya tienes muchas obras mías. Tal vez podamos hablar de esto después de que se venda otra pieza, o...

—Avery —dice, con un tono aún más suave ahora—. Como te dije, el dueño estuvo hoy. Hablamos sobre implementar algunos cambios en las colecciones de la galería. Vamos a refrescar un poco las cosas, despejando espacio en algunas de las exhibiciones actuales para dejar lugar a algunos artistas nuevos y prometedores con los que el dueño se siente muy entusiasmado...

Y yo no soy uno de ellos.

No la obligo a decir las palabras. No es necesario. Sé que esta conversación no puede ser fácil para ella. Diablos, tampoco es fácil para mí.

Me desplomo contra la pared de ladrillo del cubículo y cierro los ojos. —¿Cuánto tiempo tienes antes de que necesites retirar mi trabajo?

Ella suelta un breve suspiro. —Mierda, Avery. Sabes que odio esto, ¿verdad? Desearía que la decisión dependiera de mí, pero...

—Está bien. Entiendo. No tienes que decir nada más.

Mis palabras son cortantes y quedas, pero no por enojo. No con Margot, de todos modos. Ella es la única razón por la que mi trabajo llegó a la galería en primer lugar. Dominion es una de las galerías más pequeñas de la ciudad, pero tiene reputación por su calidad y visión. También es conocida por su disposición a tomar riesgos cuando se trata de los artistas que exhiben en su pequeña pero respetada ubicación en la Quinta Avenida.

Margot Chan-Levine es tanto la gerente como la curadora principal de la galería. No sabía eso cuando nos conocimos por primera vez hace un año y medio, ni podría haber imaginado que le gustaría tanto mi trabajo como para adquirir algunas piezas para venderlas en la galería.

Desafortunadamente, parece que sus instintos fallaron cuando se trató de mí.

—Los domingos son mis únicos días libres por ahora —le digo—. O puedo pasar una noche antes del trabajo esta semana y hacer arreglos para recoger mis cosas.

—No, no te preocupes por eso —me asegura—. Tenemos muchos eventos en la galería en este momento, así que honestamente no hay prisa. Puedo mantener tus piezas en almacenamiento por un tiempo hasta que estés lista para llevártelas. Me doy cuenta de que esto es completamente inesperado, y me siento terrible por eso. Además, sé que no tienes espacio extra en tu apartamento. Déjame al menos hacer esto por ti.

Su oferta de ayuda para detener esta nueva hemorragia en mi vida debería ser un consuelo, pero mis viejas defensas se activan, instándome a rechazar. No soporto la idea de pedirle que haga algo más por mí de lo que ya ha hecho. Excepto que tiene razón sobre mi estudio amueblado de una habitación que no tiene espacio de sobra. Es pequeño incluso para los estándares de Nueva York, pero eso no

es lo peor. En un par de semanas más, ni siquiera tendré ese escaso techo sobre mi cabeza.

Mi edificio fue vendido hace unos meses y se está convirtiendo en condominio. He aguantado tanto como la tenacidad y la ley me lo permiten, pero mi tiempo casi se acabó. Tengo el aviso de desalojo para probarlo.

—Di algo, Avery. ¿Vas a estar bien?

—Sí. Claro que sí. Estoy bien.

Mi boca está en piloto automático, mi cabeza dando vueltas mientras mi estómago parece listo para rebelarse. Tengo muchas decisiones por delante, la mayoría de las cuales no tengo prisa por tomar. En este momento, solo necesito sobrevivir la noche y llegar a casa para empezar a averiguar qué voy a hacer. Y en el fondo de mi mente, sé que esta conversación acaba de confirmar el hecho de que también voy a tener que empezar a empacar para... algún lugar.

Siento que las paredes me aplastan mientras permanezco en la línea. Necesito moverme. Necesito estar ocupada o voy a gritar.

Me aclaro la garganta. —Escucha, estamos realmente llenos aquí esta noche. Tengo que volver al bar.

—Oh, por supuesto. Pensé que escuchaba ruido de restaurante de fondo. Estoy camino a casa ahora, así que si necesitas algo esta noche —si solo quieres hablar un poco más— llámame, ¿de acuerdo?

—Lo haré —miento.

—Avery, realmente lo siento.

—Lo sé. Lo entiendo, y está bien —me siento incómoda e inferior, y no puedo negar que también estoy más que un poco destrozada al escuchar que mi arte no fue lo suficientemente bueno para el dueño de Dominion. Y estoy enojada conmigo misma por realmente pensar que podría serlo—. Tengo que irme ahora. Te llamaré en unos días. Gracias, Margot. Por todo.

Presiono el botón de finalizar, luego inclino mi cabeza contra la pared y exhalo una maldición.

¿Qué demonios voy a hacer ahora?

3

CUANDO VUELVO AL SALÓN, Tasha no me da ni un segundo para recuperarme antes de dirigirse hacia mí como una abeja. —¿Y? ¡Cuéntame! ¿Qué te di... *Oh, mierda.*

Mi cara sin duda lo dice todo.

—Oh, cariño. Ven acá —. A los veintisiete años, solo es dos años mayor que yo, pero se desliza sin esfuerzo al modo de protección, pasando su brazo alrededor de mis hombros y guiándome lejos del área más concurrida del bar—. Dime qué pasó.

—Perdí mi lugar en Dominion. Van a traer algunos artistas mejores y necesitan el espacio, así que estoy fuera.

—¿Qué? —Tasha no contiene su indignación y, para mi vergüenza, cerca de una docena de personas sentadas en el bar miran en nuestra dirección—. Eso es una mierda. Eres una artista increíble, Avery. Mereces estar allí tanto como cualquier otra persona.

Suelto una risa amarga. —Aparentemente la clientela de la galería no siente lo mismo. Tampoco la dueña.

—Bueno, están equivocados —. Los ojos oscuros de Tasha me estudian con una preocupación cada vez más profunda. Pone su mano en mi antebrazo, obligándome a mantener su mirada—. Que se jodan, Avery. Todos están equivocados.

Niego con la cabeza y me aparto de su toque reconfortante antes de que su ternura me haga quebrarme. —No es gran cosa. De hecho, sabía que este día llegaría. Solo he vendido una pieza en todo este tiempo. Margot cree en mi trabajo, pero no dirige una organización benéfica. Y Dios sabe que la bondad nunca pagó mi alquiler tampoco. Lo que me recuerda que tengo clientes que atender...

Tasha se pone en mi camino para bloquear mi escape. —¿Estás bien?

—Sí —. Mantengo su mirada preocupada y demasiado sabia, luego me encojo de hombros—. Créeme, he sobrevivido a cosas peores. Estoy bien.

No se mueve. No me libera de su mirada. Detrás de ella, uno de los meseros la llama con un pedido entrante. Tasha levanta su dedo en respuesta, con toda su atención en mí. —Soy tu amiga, maldita sea. No me hagas enojar actuando como si no lo fuera. ¿Las cosas están tan mal para ti ahora mismo?

Quiero negarlo rotundamente, pero las palabras no salen.

Nunca parece que pueda ocultarle mucho a Tasha, y su expresión me dice que no la estaría engañando aunque lo intentara. Pero por muy bien que haya llegado a conocerme desde que trabajamos juntas, todavía hay cosas que no sabe. Cosas que nadie sabe de mí. No aquí en esta nueva ciudad, esta nueva vida que estoy tratando de construir para mí.

Y por mucho que me gustaría mantener mis actuales problemas personales en secreto para Tasha, es obvio que no va a permitirme que la mantenga al margen ahora mismo.

—Mi edificio se está convirtiendo en condominios y me están desalojando de mi apartamento —. Lo suelto de golpe sin tomar un respiro—. Tengo dos semanas antes de que tenga que comprarlo o mudarme.

—Jesús, Avery. ¿Un par de semanas? ¿Qué vas a hacer?

—Lo único que puedo hacer: mudarme. No puedo permitirme quedarme y aunque tuviera el dinero, no querría comprar en ese

edificio infestado de cucarachas.

—Mierda, cariño. ¿Adónde irás?

—No lo sé —. Es la verdad. Aunque puedo sentir que Pensilvania aprieta su agarre sobre mí donde estoy parada, todavía no estoy lista para admitir la derrota total. No estoy lista para rendirme.

Tasha asiente, con la contemplación agitándose en sus ojos cariñosos. —Si necesitas un lugar donde quedarte mientras resuelves las cosas, Antonio y yo podemos hacerte un espacio en la casa. No tenemos una habitación extra, pero hay un sofá cama en la sala que es tuyo por el tiempo que lo necesites.

—No —. Me conmueve su generosidad, pero no puedo imponerme así. Su casa ya está bastante llena con su bebé recién nacido y una suegra que se mudó hace poco. Niego con la cabeza—. Gracias, pero no. No te pediré eso...

—No lo hiciste —señala—. Pero nunca le pides nada a nadie, ¿verdad?

No es una pregunta, así que elijo no responder. —Me las arreglaré. Llevo mucho tiempo cuidando de mí misma. Superaré esto también.

Al otro lado del bar, otro mesero llega y nos llama con un nuevo pedido.

—Ahora voy —grita Tasha sobre el ruido del restaurante. Sus suaves ojos de ciervo me estudian por un largo momento, con una triste comprensión en sus profundidades—. Sabes, está bien dejar que la gente te ayude de vez en cuando. Está bien dejar que la gente se preocupe por ti.

No puedo decirle que estoy de acuerdo. Ni siquiera puedo dar un débil asentimiento para apaciguarla.

Aprendí hace mucho tiempo que la ayuda nunca viene sin un precio, oculto o no. E incluso las personas que afirman preocuparse más por ti pueden volverse en tu contra en un abrir y cerrar de ojos.

Se aleja para atender los pedidos de bebidas que vienen del comedor, y yo me ocupo de llevar nuevas rondas a las personas sentadas en el largo bar. Noto que la mujer en el extremo más

alejado todavía está sola y esperando. Su copa de Pinot está intacta, y su celular está junto a los dedos tamborileantes de su mano izquierda.

Cuando me acerco para ver si puedo traerle algo más, mira su teléfono y lo levanta para leer lo que supongo es un mensaje entrante. Frunce el ceño, luego su mandíbula cae abierta en una expresión de total exasperación. —No... ¡Oh, por el amor de la mierda! Tienes que estar bromeando.

Evidentemente, no soy la única que está lidiando con decepciones esta noche.

No soy del tipo que se entromete en los asuntos de otras personas, así que dejo pasar su arrebato sin mencionarlo. —¿Necesita algo más en este momento?

Ella resopla con un suspiro pesado y levanta sus ojos verdes de pestañas espesas hacia mí. —¿Qué tal un milagro?

—¿Disculpe?

—Olvídelo —. Tirando su teléfono en su bolso, niega con la cabeza—. Estaba contando con una amiga para que hiciera algo por mí, y acaba de cancelar. Ahora estoy totalmente en apuros.

—Lo siento —. Puedo ver que está visiblemente alterada. También recuerdo que se supone que debe tomar un vuelo en algún momento de esta noche—. Si está lista para pagar, solo avíseme.

Toma un sorbo de su copa, luego mira su reloj. —No necesito irme por unos minutos. Prefiero quedarme aquí que esperar en JFK más tiempo del necesario. Por cierto, soy Claire.

—Encantada de conocerla —respondo—. Soy Avery.

—Lo sé.

Inclino la cabeza. Quizás también estoy boquiabierta un poco, porque inmediatamente hace una mueca y deja escapar una pequeña risa.

—Lo siento. Eso sonó un poco acosador, ¿no? —Agita su mano como para borrar cualquier inquietud—. No nos hemos conocido. Vengo de vez en cuando, y he escuchado a algunos del personal del bar hablando contigo.

—Oh —. Me encojo de hombros con una breve sonrisa—. No se preocupe.

No es alguien que pase desapercibida fácilmente, pero no puedo decir que la haya notado antes en el restaurante. Aunque, Nueva York está llena de gente hermosa. Tuve que entrenarme desde el principio para no quedarme mirando a cada celebridad, atleta y supermodelo que se cruzaba en mi camino.

—Tengo un apartamento a unas cuadras de aquí —me informa mientras tomo un paño de bar y comienzo a limpiar un lugar desocupado un par de asientos alejado de ella—. Para ser honesta, sin embargo, nunca estoy en ninguna ciudad el tiempo suficiente para afirmar que soy una verdadera residente. Acabo de volar a casa la semana pasada de un trabajo en París. Esta noche me voy a Tokio por unos meses para filmar algunos comerciales y un piloto de un programa de juegos.

—Suena emocionante —. Todavía soy lo suficientemente pueblerina como para sentir una punzada de envidia por su estilo de vida jet-set y su glamorosa carrera.

—Nunca es aburrido —admite antes de tomar un sorbo de su vino—. Pero no me gusta dejar mi apartamento vacío por largos períodos mientras estoy fuera. La amiga que me dejó plantada esta noche iba a quedarse en mi lugar mientras estoy en Japón. Mis pobres plantas acaban de recibir una sentencia de muerte.

Hago una mueca. —Eso apesta.

—Ni que lo digas. ¿No conoces por casualidad algún buen servicio de cuidado de casas al que pueda llamar? ¿Uno que pueda contratar para los próximos cuatro meses sin previo aviso?

¿Necesita alguien que cuide su casa durante cuatro meses? Esa parte desesperada de mí que no quiero reconocer prácticamente gime ante la ironía de esta situación. Pronto me quedaré sin hogar y esta mujer, Claire, tiene más espacio para vivir del que puede usar.

Aunque estoy segura de que su pregunta era más retórica que otra cosa, antes de que pueda responder, la voz de Tasha suena detrás de mí.

—Avery, ¿por qué no lo haces tú?

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que estaba cerca. Me giro para mirarla, con los ojos muy abiertos. *¿Qué demonios estás haciendo?*

Sé que puede leer esa exigencia en mi cara, en mi mirada mortificada, pero Tasha siendo Tasha, está completamente imperturbable. Me sonríe como si no estuviera furiosa y sin palabras por su interferencia.

—Piénsalo —dice alegremente, y lo suficientemente alto para que Claire la escuche—. El momento no podría ser más perfecto. Me dijiste hoy mismo que tu lugar está siendo renovado pronto y que no puedes quedarte allí una vez que comiencen las obras.

¿Renovado? Niego con la cabeza tensamente. —No dije...

—Sí. Lo *dijiste* —. Habla lentamente y me da *esa mirada*. La que estoy segura que hace que incluso su esposo de un metro noventa y tres se ponga un poco más derecho. Tengo que admitir que está funcionando conmigo ahora también.

Pero no puedo hacer esto. No estaría bien. Soy una extraña para esta mujer. No puedo imaginar que ella siquiera consideraría...

—¿Es eso cierto, Avery? ¿Necesitas un lugar donde quedarte?

Me giro para enfrentar a Claire. —Sí, es cierto, pero... usted ni siquiera me conoce.

Deja su copa de vino y me estudia por un segundo. —¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Casi un año y medio.

—Así que eso me dice que eres lo suficientemente responsable —señala.

—Y confiable —añade Tasha—. Seis días a la semana, Avery está aquí. A veces, los siete. Nunca ha faltado a un turno, ni siquiera un día por enfermedad en todo este tiempo.

—Impresionante —. Claire asiente como si su mente ya estuviera decidida—. Me estarías haciendo un inmenso favor. Ni siquiera puedo decirte lo agradecida que estaría —. Mira su reloj, luego inhala

bruscamente—. Mierda. Tengo que irme o voy a llegar tarde. Si puedes hacer esto por mí, Avery, necesito tu respuesta ahora.

Tasha me mira expectante mientras miro entre ella y Claire, con la incertidumbre royendo mi estómago. No creo en la suerte o en favores cósmicos, pero parece que el universo me está dando un salvavidas aquí mismo. ¿Realmente puedo permitirme rechazarlo? Con mi apartamento siendo vendido bajo mis pies y las probabilidades de ganar algo de dinero con mi arte en el futuro cercano siendo casi nulas, no tengo exactamente muchas opciones.

—Te pagaré, por supuesto —. Claire discretamente saca un sobre de su bolsa Birkin negra—. Cinco mil por los cuatro meses. Eso es lo que iba a pagarle a mi amiga —. Me tiende el sobre de color crema y mantiene su voz baja—. Es en efectivo. Espero que no te importe.

Mi mente tartamudea ante la idea. Quizás personas como Claire pueden tirar cinco mil como si no fuera nada, pero para mí, especialmente ahora mismo, es una pequeña fortuna.

No, es dinero milagroso.

Con el beneficio adicional de una prórroga de cuatro meses en mi situación de falta de vivienda.

La realidad de este increíble giro del destino es tan abrumadora que apenas puedo formar palabras. —Yo, um...

—Ella lo hará —interviene Tasha—. Lo harás, ¿verdad, Avery?

Creo que debo haber asentido. Para ser honesta, los siguientes minutos pasan en un borrón. Me da su nombre completo —Claire Prentice— y anota su dirección en el reverso de su tarjeta de presentación antes de entregarme una llave de su apartamento. Toma mi nombre y número de celular, luego saca un billete de veinte de su cartera y lo coloca en el bar.

—Eso debería cubrir el vino —. Sonriendo, se desliza del taburete del bar y se pone su abrigo—. Me pondré en contacto contigo desde Tokio después de instalarme para asegurarme de que todo esté bien en el apartamento, ¿de acuerdo?

Mi cabeza se mueve automáticamente. —Ah, de acuerdo —. No voy a discutir. No creo que ella hubiera esperado para darme esa

oportunidad de todos modos.

Con un apresurado agradecimiento, Claire Prentice sale por la puerta y se mete en un taxi que llega a la acera.

Me quedo ahí por un momento, aturdida, procesando todo lo que acaba de suceder.

Tengo cinco mil dólares en efectivo en mi mano. En el bar frente a mí hay una dirección de Park Avenue. Junto a eso, una reluciente llave de latón que me otorgará cuatro meses enteros de refugio. Cuatro meses completos de clemencia.

Acabo de recibir una oportunidad de oro en un momento en que no podría haberla necesitado más.

Miro a Tasha, sacudiendo mi cabeza en muda confusión. Una pequeña risita brota de mi garganta. Luego otra. Es demasiado para contener: el asombro, la esperanza... el incrédulo alivio.

Me cubro la boca, pero mi alegría se desborda en un ridículo resoplido de risa. —¿Eso realmente acaba de suceder?

Tasha toma el sobre de mi floja mano y mira dentro. —Bueno, tienes cincuenta Benjamins aquí diciendo que sí ocurrió —. Me sonríe—. ¿Recuerdas lo que dije sobre dejar que alguien te ayude de vez en cuando? Sí, puedes agradecerme ahora.

4

TASHA INSISTE EN ACOMPAÑARME a revisar el apartamento de Claire. Ni siquiera estaba segura de querer ir esta noche, pero Tasha se niega a desistir y yo tampoco puedo negar mi curiosidad. De repente, la idea de esperar hasta mañana para ver dónde viviré durante los próximos cuatro meses requiere una paciencia que no tengo.

Toda la noche, la llave del apartamento de Claire ha estado quemándome un agujero en el bolsillo, incluso más que el dinero, que a regañadientes guardé en el fondo de mi bolso en el casillero de empleados durante mi turno.

Después del cierre en Vendange, Tasha llama a casa para avisar a su familia sobre nuestros planes, y luego las dos nos dirigimos a la dirección del Upper East Side que Claire me dio. Normalmente, no me importaría caminar esas pocas manzanas largas, incluso en el frío de una noche lluviosa de abril. Pero recorrer a pie un par de kilómetros después de las dos de la mañana con cinco mil dólares en efectivo encima es un riesgo estúpido que simplemente no puedo correr.

Al salir del restaurante, le hago un gesto a Tasha para que me siga a la acera.

—Vamos. Nos daremos el lujo de tomar un taxi. Yo invito.

Manhattan es impresionante a cualquier hora, pero hay algo mágico en esta parte de la ciudad tan tarde en la noche. Mientras el taxi avanza por los carriles divididos de Park Avenue con su arbolada mediana, mi ojo de artista absorbe ávidamente mi entorno. Las farolas y semáforos salpican el pavimento húmedo con fragmentos de color. La mezcla de edificios de piedra caliza y ladrillo, anteriores y posteriores a la guerra, a ambos lados de la gran avenida, se mantiene desafiante junto a las torres residenciales de vidrio y acero y los elegantes hoteles de cinco estrellas. Frente a todos esos edificios, la cinta de concreto de la acera fluye con una corriente constante de peatones que visten desde atuendos formales o ropa de club hasta harapos de vagabundo.

Los colores, las formas, la energía, la vida palpitante incluso a esta hora tardía... todo agita esa parte de mí que sueña en luz y sombra, la parte de mí que solo puede hablar con un pincel.

Esta noche, después de la llamada de Margot, duele escuchar esa voz susurrándome, ver todas las imágenes llenando el lienzo fresco en mi mente. Cierro los ojos contra ese impulso, pero no puedo apagarlo. Ha sido parte de mí durante demasiado tiempo. Mi arte ha sido mi escape, el único lugar al que podía ir —el único lugar donde podía vivir— cuando todo lo demás en mi mundo intentaba destruirme.

Ahora no puedo evitar preguntarme cuánto tiempo sobrevivirá esa parte de mí si resulta que el dueño de Dominion tiene razón y mi arte no merece ser visto.

—Mierda —jadea Tasha, atrayendo mi atención de vuelta al aquí y ahora. El taxi maniobra hacia la acera de mi lado y gira en una entrada en forma de U frente a un rascacielos monstruosamente alto. Tasha se inclina sobre mí para mirar boquiabierta—. Avery, ¿este es el edificio correcto?

Miro por mi ventana mientras el conductor reduce la velocidad hasta detenerse bajo la elegante marquesina de vidrio y anuncia que hemos llegado. Aun así, tengo que verificar dos veces que los números grabados en negro en la reluciente placa plateada montada

sobre la entrada de la torre coincidan con la dirección que Claire me dio.

—Es aquí.

Tasha sale por su lado mientras pago los doce dólares del viaje. Ya está en mi puerta cuando bajo, con una expresión de asombro en su rostro. Engancha su brazo con el mío y se acerca mientras nos alejamos del taxi.

—Chica, ¿tienes idea de dónde estamos? Esta sección de Park es de las zonas más exclusivas. Estamos hablando de la fila de los multimillonarios. Apuesto a que no puedes conseguir ni un estudio del tamaño de un armario por menos de un par de millones en este edificio.

—¿En serio? —Mis cejas se alzan con sorpresa—. Aparentemente los comerciales internacionales y los programas de juegos japoneses son un negocio lucrativo.

Tasha responde con un gruñido mientras estiro el cuello para seguir la columna saliente de vidrio ante nosotras. Es tan alta que pierdo de vista su cima en el oscuro dosel de nubes que borra el cielo nocturno. Nunca he puesto un pie dentro de un edificio de este calibre y, a medida que nos acercamos al brillante vestíbulo, no estoy segura si el repentino latido de mi corazón proviene de la emoción o de la duda.

No estaba segura de nada de esto para empezar; ahora todo lo que tengo son dudas. Me siento visible y nerviosa. Este no es mi tipo de vecindario. Ni siquiera está en la misma órbita que he habitado durante mis veinticinco años de vida.

¿En qué demonios estaba pensando Claire Prentice al reclutar a alguien a quien nunca ha conocido para cuidar su casa en un edificio como este?

Desesperada, eso era. Desesperada y sin otras opciones, como había admitido abiertamente. Tan desesperada como yo por tener un techo sobre mi cabeza hasta que de alguna manera pueda ponerme de pie nuevamente.

Pero definitivamente no estaba preparada para esto.

Mirando los metros de mármol pulido y las enormes arañas de cristal resplandecientes que me esperan al otro lado de la fachada de vidrio del ultramoderno vestíbulo —sin mencionar el hecho de que Claire me está pagando por quedarme aquí— no hay duda de que me quedé con la mejor parte de nuestro trato.

Un portero de mediana edad con abrigo oscuro y gorra abre una de las puertas de vidrio con ribetes cromados y sale para mantenerla abierta para nosotras.

Nos saluda a Tasha y a mí con un agradable gesto de cabeza.

—Buenas noches, señora. Señora. —Es un tipo grande, ligeramente redondeado bajo el largo drapeado de su grueso abrigo de lana. Pero sus ojos color avellana parecen genuinamente amables y su sonrisa es cálida dentro de los corchetes de su barba de chivo veteada de gris—. ¿En qué puedo ayudarlas, señoritas?

Me detengo y le devuelvo la sonrisa.

—Hola. Soy Avery Ross, y esta es mi amiga, Tasha. Claire Prentice me envió. Yo, ah... me contrató para cuidar su apartamento mientras está fuera de la ciudad.

Empiezo a hurgar ansiosamente en mi bolso buscando su tarjeta de presentación como si eso fuera prueba suficiente, pero el portero ya está asintiendo con la cabeza incluso antes de que le muestre la tarjeta.

—La señorita Prentice llamó esta tarde para avisarme que usted vendría, señorita Ross. Por favor, pasen las dos a resguardarse del frío.

Tasha y yo entramos con el portero siguiéndonos. El mármol brillante con vetas plateadas se extiende bajo nuestros pies, desde la entrada hasta las imponentes filas de ascensores al otro lado del vestíbulo. Muros altos de maderas exóticas y piedra oscura enmarcan las puertas pulidas de acero de los ascensores. Sobre nuestras cabezas, inmensas arañas de cristal en cascada brillan como cataratas de hielo centelleante y retorcido.

—Me llamo Manny —dice el portero. Nos conduce a un mostrador de recepción al otro lado del amplio vestíbulo. Tomando una tablet

del escritorio, toca la pantalla varias veces antes de entregármela—. Por favor, firme donde le he indicado, señorita Ross. ¿Se quedará en el apartamento de la señorita Prentice a partir de esta noche?

La pregunta me toma por sorpresa, aunque solo sea porque todavía estoy tratando de asimilar el hecho de que realmente estoy aquí y no soñando. Sacudo la cabeza mientras garabateo con mi dedo en la tablet una versión apenas legible de mi firma.

—No planeaba quedarme, no. Es tarde y acabamos de salir del trabajo. Solo quería pasar para revisar el lugar.

—Muy bien —Manny se estira alrededor del mostrador de recepción y me entrega una tarjeta—. Ese es el número del teléfono del vestíbulo. Si necesita algo, solo dígame cómo puedo ayudarla. —Señala hacia los bancos de ascensores—. El apartamento de la señorita Prentice está en el quinto piso, número 501. Tome a la izquierda al salir del ascensor.

—Gracias, Manny. —Le hago un gesto y guardo la tarjeta, agradecida por su calidez acogedora. Parte de mi ansiedad se ha desvanecido bajo el calor de su sonrisa. Tal vez no me sentiré tan sola o fuera de lugar aquí, sabiendo que habrá al menos un rostro amigable en el edificio.

Le doy un pequeño saludo con la mano, luego Tasha y yo nos dirigimos a los ascensores. Ninguno de los dos coches está estacionado en la planta baja, así que, mientras esperamos a que uno baje, no puedo resistirme a girar para ver nuevamente la opulencia del vestíbulo.

Un momento después, un suave timbre suena detrás de mí cuando el ascensor llega. Me doy la vuelta y avanzo hacia las puertas tan pronto como se abren.

Ni siquiera registro que la pared frente a mí es humana hasta que casi choco directamente contra él.

Me detengo en seco y levanto la cabeza con una disculpa a medio formar en mis labios. El sonido se evapora en mi lengua cuando miro hacia arriba y mi mirada choca con un par de ojos azul

cerúleo. Me atraviesan desde debajo del tajo de cejas negras como la tinta.

Cejas que están fruncidas en un profundo ceño ante la patosa que casi se abalanza dentro del ascensor.

—Um, lo siento.

Sin respuesta de él. Ni siquiera un destello de respuesta educada en sus atractivas y marcadas facciones. Bajo una corona de cabello oscuro perfectamente recortado, digno de una sala de juntas, pero espeso con ondas rebeldes que captan la luz con un brillo lustroso de ala de cuervo, su rostro es una mezcla de ángulos duros y cincelados. Con sus pómulos altos y mandíbula cuadrada, estaría tentada a llamar brutal a su rostro si no fuera por la línea flexible de su boca.

Y también es alto y musculoso, vestido con una chaqueta y pantalones deportivos gris oscuro que hacen poco para disimular el cuerpo físicamente en forma que hay dentro. A pesar de su apariencia atlética, puedo decir de inmediato que no es un gimnasta cabeza hueca con más músculo que cerebro.

No, los ojos de este hombre me golpean con el tipo de inteligencia y seriedad —una poderosa confianza— que no puedo ignorar.

Un calor impactante e inexplicable corre a través de mí mientras sostiene mi mirada. Su mirada es audaz, inquebrantable, como si estuviera acostumbrado a tomar lo que desea de cualquier cosa a su alcance. Esa actitud de superioridad debería ofenderme por muchas razones, pero mientras sus brillantes ojos azules recorren mi cuerpo, todo lo que siento es el rápido encendido de cada célula en mi cuerpo.

Tasha aclara su garganta cuando mi mudez parece permanente.

—Discúlpenos, por favor.

Apenas reconoce su comentario, ni su bufido de indignación que sigue. No, esos ojos penetrantes permanecen fijos solo en mí. Me siento desnudada bajo esa dura mirada, como si pudiera ver a través de mí con un solo vistazo y supiera que no pertenezco aquí. Peor

aún, el giro apenas perceptible de sus labios parece decir que es muy consciente del efecto que tiene sobre mí.

No se mueve, y entonces me mortifica darme cuenta de que es porque estoy bloqueando su camino.

Me estremezco interiormente y me hago a un lado, deseando simplemente derretirme en la grieta entre el suelo de mármol y el hueco del ascensor antes de avergonzarme más.

Con su camino despejado, entra en el vestíbulo sin decir palabra.

Sigo a Tasha dentro del ascensor, pero toda mi atención está en el extraño de cabello oscuro que ahora se desplaza por el mármol con pasos fluidos, casi urgentes.

Oigo a Manny saludarlo mientras las puertas del ascensor se cierran, bloqueando mi vista.

—Buenas noches, señor Baine. Disfrute su carrera, señor.

Una vez que estamos selladas dentro del coche, mi aliento escapa de mí en un gemido.

Tasha arquea una ceja.

—Ardiente como el pecado, pero obviamente un creído insoportable. Hazte un favor y mantente alejada de ese tipo, cariño.

Como si necesitara la advertencia.

Quienquiera que sea, dudo que vaya a ver mucho al *señor Baine*. De hecho, ya me estoy prometiendo que iré en dirección opuesta si alguna vez lo vuelvo a ver en el edificio mientras esté aquí. Dios sabe que no necesito revivir la incómoda semi-presentación de esta noche con ese hombre pronto.

Presiono el botón del quinto piso, deseando que fuera tan fácil borrar de mi mente el recuerdo de esos ojos ardientes. El hombre irradiaba un calor palpable y un poder que todavía puedo sentir recorriendo mi piel —activando todos mis sentidos— mientras ascendemos al apartamento de Claire.

Oh, sí, definitivamente tengo la intención de evitar al ardiente, arrogante —y perturbadoramente excitante— señor Baine a toda costa.

5

—¡MIERDA SANTA, ¿HAS VISTO este lugar? —Tasha navega delante de mí hacia el apartamento vacío de Claire mientras me detengo para cerrar la puerta tras nosotras—. ¡Avery, tienes que ver esto. Es increíble!

Tiene razón, lo es. Apenas puedo contener mi propio asombro mientras la sigo adentro. Más mármol reluciente cubre los pisos aquí arriba, desde el vestíbulo que es casi del tamaño de todo mi apartamento rentado en Brooklyn, hasta el espacio serenamente elegante que se extiende en todas direcciones desde la entrada del apartamento.

En la sala de estar, una araña de cristal con luz tenue proyecta un resplandor acogedor sobre muebles tapizados en color crema y una alfombra con estampado gris pálido. Libreros empotrados recubren toda la extensión de la pared del fondo, repletos con suficiente material de lectura para mantener a alguien ocupado durante un par de años. Delicadas mesas auxiliares sostienen pequeñas colecciones de objetos de arte y curiosidades interesantes que Claire probablemente ha recogido en sus viajes. La habitación entera es un festín visual sofisticado, todo perfectamente dispuesto frente a un par de ventanales de tres metros cuadrados que dan a la resplandeciente ciudad nocturna que nos rodea.

Por lo que ciertamente no es la primera vez, me encuentro atrapada en la incredulidad de que la mala suerte de Claire Prentice esta noche se haya convertido en mi salvavidas.

Y vaya salvavidas que es.

Me acerco a los inmensos paneles de vidrio y solo puedo mirar con asombro la increíble vista. Nunca he anhelado la extravagancia y, Dios sabe, nunca he estado cerca de tenerla, pero me siento como una princesa en su torre mientras permanezco en la elegancia de la sala de Claire y observo las luces de la ciudad. Los grupos de edificios se superponen en mi campo de visión, miles de ventanas iluminadas brillando como diamantes en la oscuridad. No puedo esperar a ver la vista desde aquí a la luz del día. Con unos meses por delante mientras Claire está fuera, tal vez incluso tenga la oportunidad de pintarla.

—¡Oye, mira esta cocina increíble! —llama Tasha desde el área adyacente—. ¿Segura que no quieres venir a quedarte en mi casa y yo regaré las plantas de Claire durante los próximos cuatro meses? Demonios, incluso te dejaré quedarte con el dinero.

Me río en voz baja y sacudo la cabeza. No tengo dudas de que estaría mucho más cómoda en el pequeño dúplex de Tasha en Queens que aquí, pero sé que solo está bromeando sobre intercambiar lugares conmigo. Al menos, creo que está bromeando.

Pasamos la siguiente hora haciendo un inventario del hermoso apartamento de Claire. Mientras Tasha contempla con asombro el guardarropa de diseñador de Claire y su envidiable colección de zapatos, yo recorro el lugar haciendo una lista mental de cosas que necesito averiguar o preguntar a Manny o al administrador del edificio cuando regrese.

Finalmente, Tasha y yo cerramos, luego bajamos al vestíbulo para irnos. Nos despedimos fuera del edificio, donde ignoro sus protestas y pago taxis separados para cada una. Después de maldecirme por ser terca y desperdiciar buen dinero, me da un abrazo y sigue a Manny hasta la puerta abierta de su taxi, despidiéndose con la mano mientras se aleja.

Camino hacia el otro vehículo en marcha.

—Aquí tiene, Srta. Ross —dice Manny, sosteniéndome la puerta —. ¿Podemos esperar verla mañana, entonces?

—Ah, supongo que sí —digo mientras subo al asiento trasero, aunque una parte de mí todavía está procesando la idea de cambiar mi diminuto apartamento por este tipo de opulencia, aunque sea temporalmente.

Este no es mi mundo, y haré bien en recordarlo. Después de cuatro meses, mi tiempo aquí habrá terminado y volveré a la vida que he creado para mí misma en el mundo real. Todos mis problemas estarán esperando para reclamarme al otro lado de esta breve escapada de la realidad... junto con los secretos que cargo y que nunca me dejarán ir.

Con los recordatorios de mi pasado aferrándose a mí, me detengo para mirar al amable portero antes de que cierre mi puerta. —Buenas noches, Manny. Y por favor, llámeme Avery.

—Muy bien, entonces. Buenas noches, Señorita Avery. —Me guiña un ojo e inclina la cabeza en una ligera reverencia mientras cierra la puerta, luego da una palmada ligera al techo del taxi para enviarlo en su camino.

Le digo mi dirección al conductor, luego me acomodo para el viaje de cuarenta minutos. Mientras avanzamos por Park Avenue, estudio el vecindario que será mío durante los próximos meses.

Y cuando veo la figura oscura de un corredor solitario en la acera opuesta, dirigiéndose de vuelta en dirección al edificio, no puedo evitar la sacudida de reconocimiento —de conciencia visceral— que me atraviesa como una flecha.

Sr. Baine.

Sus zancadas son largas, fluidas. Agresivas. Su cuerpo musculoso corta la oscuridad como una cuchilla. Como un hombre que espera que el mundo a su alrededor le abra paso, simplemente porque él está allí.

Si necesito razones para mantenerme alejada de un hombre como él —de cualquier hombre, de hecho— tengo muchas. Pero eso

no impide que mi pulso se acelere mientras observo su poderoso cuerpo moverse. No impide que mi piel se caliente y se tense ante el recuerdo de aquellos penetrantes ojos azules atravesándome —desnudándome— esta noche.

Él no es para mí. Lo sé.

Pero una vez que lo veo, no puedo dejar de mirar.

No hasta que la distancia se estira entre nosotros y él desaparece en la noche detrás de mí.

~ ~ ~

Después de una noche inquieta en la cama plegable de mi estudio de una habitación, la realidad me despierta en forma de mi casero golpeando mi puerta justo antes de las ocho de la mañana. Los sueños de rascacielos brillantes y desconocidos de ojos azules mirando con hostilidad se disuelven bajo los golpes implacables.

—¡Avery, sé que estás ahí! —me grita mi casero, Leo, con su voz ronca de fumador a través de la puerta con cerrojo—. Necesitamos hablar sobre el apartamento.

Pam-pam-pam.

—Vamos, abre ya. Sé que recibiste el aviso de desalojo que te dejé. ¿Cuánto tiempo crees que puedes evitarme? ¿Avery?

Golpea de nuevo. Al mismo tiempo, mi teléfono celular comienza a sonar.

Con un gemido, me quito la manta y abro los párpados con esfuerzo para ver quién llama.

Maravilloso. Es mi madre. Lo último que quiero es que escuche a mi casero amenazando con derribar mi puerta y echarme a la calle. Ya se preocupa lo suficiente por mí. No voy a añadir más estrés a su vida.

—Iré a tu oficina en una hora —le digo a Leo mientras me levanto de la cama con el teléfono en la mano—. Lo prometo.

—Eso es lo que me dijiste la semana pasada —me recuerda.

Cuando empieza a golpear de nuevo, maldigo en voz baja y camino desde la estrecha sala de estar-comedor. Tengo que esquivar

el paisaje de río que está medio terminado en mi caballete mientras me dirijo al baño y me encierro dentro.

Sentada en la fría tapa del inodoro, me desplomo con los codos sobre mis rodillas y acepto la llamada de mi madre.

—Intenté llamarte ayer —dice después de que pasamos los saludos habituales—. No contestaste, así que supuse que debías haber tenido un día ocupado trabajando.

—Sí, lamento haberte perdido, mamá. Las cosas han estado locas aquí.

—Suenas cansada, cariño. ¿Está todo bien?

—Todo está bien. —Me enderezo cuando escucho la preocupación en su voz débil. Afortunadamente, Leo ha decidido dejar de golpear y gritar, así que mi intento de tranquilizarla tiene al menos media posibilidad de ser creído—. Todo va genial conmigo, mamá.

—Oh, eso es bueno, mi amor. —Me imagino su rostro al otro lado de la línea, su sonrisa aliviada, que puedo escuchar en su voz—. Cuéntame sobre tu nueva pintura. ¿A tu amiga de la galería le gustó?

—Sí, le gustó. Margot piensa que le irá muy bien. —La mentira sale de mi lengua sin vacilación, pero deja un amargo residuo de culpa en mi garganta.

—Por supuesto que le irá bien, cariño. A todas les ha ido bien. ¿Cuántas pinturas has vendido ya?

Sacudo la cabeza en silencio, agradecida de no tener que mirarla a los ojos cada vez que le alimento este cuento de hadas de cómo quiero que imagine mi vida aquí en Nueva York. Ella me ha dado tanto, ha hecho sacrificios que nunca podré compensar, todo con la esperanza de ofrecerme una vida mejor que la que ella ha tenido.

Y aunque sé que me ama incondicionalmente, siento la responsabilidad de hacer algo de mí misma. Quiero demostrarle —y demostrarme— que algún día todo habrá valido la pena.

—No estoy segura de cuántas pinturas he vendido, mamá. Supongo que no he llevado un registro detallado.

—Bueno, entonces, tendremos que hacer una lista la próxima vez que hablemos —sugiere alegremente.

—Está bien, claro —digo—. Hagamos eso.

—Estoy tan orgullosa de ti, Avery. Siempre lo he estado. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, mamá. Lo sé.

Hablamos un rato de cosas intrascendentes. El grupo de señoras con las que juega a las cartas los fines de semana. El clima horrible que, me informa, está haciendo que su artritis empeore. Me calma, nuestra conversación sobre minucias cotidianas. Anhelo la normalidad de esto, aunque a veces también me duele que haya pasado tanto tiempo desde la última vez que fui a verla.

Después de unos minutos, suspira. Trato de no escuchar las décadas de cansancio en esa lenta exhalación.

—Bueno, cariño... me están diciendo que tengo que terminar ahora. Mi tiempo de llamada está casi acabado.

—Está bien —murmuro—. Lo sé.

Nunca es fácil despedirme de ella. Nuestros quince minutos asignados siempre pasan tan rápido.

Durante los últimos nueve años, esta ha sido nuestra principal conexión entre nosotras: un puñado de frases compartidas a través de las ondas, medidas en incrementos diarios de un cuarto de hora.

—Te llamaré mañana, mi amor.

—De acuerdo, mamá. Te amo.

Ella comienza a decirme que también me ama, pero el temporizador de la llamada de la prisión se agota y nuestra conversación se corta antes de que pueda escuchar todas las palabras.

6

CUMPLÍ MI PROMESA A mi casero. Leo casi se ahogó cuando aparecí en su oficina ese mismo día para informarle que había sacado mis pocas pertenencias del apartamento y luego procedí a pagar el alquiler atrasado —todos los mil doscientos dólares y algo— en efectivo.

Mi golpe de suerte gracias a Claire es considerablemente más ligero ahora, pero también lo es mi conciencia.

Y mientras despierto en mi segunda mañana en el Apartamento 501 en Park Avenue, me invade una sensación de calma que no había conocido en mucho tiempo. Quizás nunca.

Soy libre.

Durante los próximos cuatro meses, al menos, soy libre. Liberada de la preocupación por el techo o el dinero.

Es un comienzo. Y quizás un nuevo comienzo es todo lo que necesito ahora mismo.

Con ese pensamiento esperanzador llenando mis velas, me doy una ducha y luego salgo antes del mediodía. Estoy decidida a pasar mi día libre de Vendange —mi primer domingo verdaderamente libre — explorando y disfrutando la ciudad.

Después de un café y un bagel en una de las tiendas de comestibles que Manny me recomendó a pocas cuadras del edificio,

deambulo sin rumbo por el Upper East Side a pie. Hace fresco pero hay sol, y disfruto del hecho de que no tengo ningún lugar donde deba estar ni presión por hacer nada en absoluto. Durante las siguientes horas, me contento con observar a la gente y recorrer las elegantes tiendas y boutiques de diseñador en la Quinta Avenida.

Mientras paseo por la zona, Claire llama desde Tokio para ver cómo estoy, tal como prometió, y asegurarse de que tengo todo lo que necesito en el apartamento. Estoy tan animada y emocionada que estoy segura de que parloteo durante diez minutos seguidos sobre lo increíble que es su edificio y cuánto me encantaría pintar la vista desde las ventanas de su sala. Ella acepta mi entusiasmo con calma, indicándome que me sienta como en casa mientras ella está fuera.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, solo pregúntale a Manny. Conoce el edificio de arriba abajo, y es un encanto de persona.

—Sí, lo es —coincido—. Ya me ha dicho dónde conseguir el mejor café y desayuno, y no ha sido más que amable.

Al decir eso, mi mente evoca un rostro diferente al del afable portero. Uno que no puedo describir como amable. Lo que llena mi visión son unos penetrantes ojos azul brillante y pómulos afilados como navajas. Una boca amplia y sensual que hace que mi pulso se acelere un poco al recordarla ahora.

No le pregunto a Claire sobre él —el Sr. Baine— por mucho que la pregunta me queme en la punta de la lengua. Después de todo, no importa quién sea él o qué pueda saber ella sobre él. Me estoy quedando en su lugar para hacer un trabajo, no para mirar embobada a sus vecinos.

Terminamos nuestra llamada y continúo mi recorrido casual por el Upper East Side y sus intrigantes tiendas y lugares emblemáticos. No tenía la intención de visitar la galería cuando salí hoy, pero a medida que la tarde avanza hacia el crepúsculo, me doy cuenta de que estoy a poco más de una cuadra de Dominion.

He estado pensando en llamar a Margot durante días solo para saludarla y hacerle saber cómo me va. Me molesta la manera en que

terminé nuestra llamada la otra noche cuando ella estaba tratando tanto de suavizar el golpe sobre el rechazo de mi arte. Fui brusca cuando hablamos. Necesita entender que siempre le estaré agradecida por intentar darme una oportunidad en la galería.

Y a pesar de su disposición a almacenar mis pinturas por un tiempo, mi fracaso no es una carga que ella deba llevar. Dios sabe que ciertamente hay suficiente espacio para todas mis piezas no vendidas en el apartamento de Claire. Diablos, tal vez las empaque en un taxi y me las lleve conmigo hoy.

Cruzo la amplia avenida en el semáforo y me dirijo hacia la discreta fachada de Dominion al otro lado de la calle. Una luz suave brilla desde el interior del espacio profundo. Puedo ver grupos de personas dentro, observando las colecciones y exhibiciones.

Parece concurrido para ser un domingo por la tarde, y no es hasta que llego a la puerta que veo que la galería está organizando algún tipo de recepción dentro. Varias docenas de personas llenan el espacio, obviamente más de lo que se esperaría en un día normal. A través de la ventana, diviso la figura menuda de Margot cerca del frente de la galería. Está charlando con una pareja mayor y elegante en una de las exhibiciones principales de la galería, los tres absortos en la conversación y bebiendo de copas de champán espumoso.

Reacia a entrometerme en un evento privado, inmediatamente comienzo a retroceder.

No he dado ni media docena de pasos cuando la oigo llamar desde atrás.

—¿Avery? —La música clásica suave y el zumbido de conversaciones amortiguadas se derrama por la puerta abierta de la galería mientras ella sale—. ¡Avery! Pensé que eras tú.

Y ahora está caminando tras de mí, sin dejarme otra opción que abortar mi escape. Me doy la vuelta y me encuentro con su mirada confundida. Está vestida con el clásico negro neoyorquino, desde su elegante blusa de manga larga y falda hasta los tobillos, hasta sus botas de tacón de aguja negras. El look podría ser intimidante en cualquier otra persona, pero con su delicada belleza asiática, es tan

delicada como una muñeca, incluso vestida de negro de pies a cabeza.

—¿Adónde vas? —Sus ojos marrones se entrecierran mientras se detiene frente a mí en la acera. Inclina la cabeza, su melena lisa moviéndose contra su barbilla—. Me sorprende verte. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es mi día libre, y resulta que estaba en la zona, así que... —Me encojo de hombros—. Pensé que podría ser un buen momento para llevarme mis pinturas.

Ella frunce el ceño.

—Te dije que no era necesario.

—Lo sé, y lo aprecio. —Agito mi mano con desdén—. Lo siento. Debería haber llamado antes. No me di cuenta de que había algo organizado hoy. Podemos hablar en otro momento.

—No seas ridícula. —Extiende la mano para tomar la mía—. Es una casa abierta informal para algunos de los nuevos artistas y nuestros mejores clientes antes de abrir al público. Muy casual y discreta. Y siempre serás bienvenida en Dominion mientras yo tenga algo que decir al respecto.

La sigo con vacilación. Puedo pensar en cien cosas que preferiría hacer antes que merodear por la galería como una amante despreciada que se niega a aceptar la derrota. Pero el tirón de Margot en mi mano es insistente, y no puedo negar que siento más que un poco de curiosidad por echar un vistazo al trabajo del artista que reemplazó al mío en las nuevas exhibiciones.

Margot me lleva adentro y le hace una seña a su asistente.

—Jen, ¿podría tomar el abrigo de Avery, por favor?

La vivaz joven morena asiente y extiende sus manos con una sonrisa educada. No me muevo de inmediato. De hecho, estoy tentada a negarme a quitarme el abrigo si no fuera por el hecho de que el calor corporal combinado dentro de la galería está varios grados más allá de tibio. Nadie más está usando el suyo, y si espero pasar desapercibida como una invitada no invitada en esta reunión,

desmayarme por un golpe de calor frente a todos seguramente no va a ayudar a mi causa.

A regañadientes, me quito el abrigo y se lo entrego a la asistente de Margot. Normalmente, mis elecciones de ropa para el día libre no necesitan llevarme a ningún lugar más elegante que el supermercado o una comida ocasional fuera. Parada en la galería llena ahora, lucho por no sentirme incómoda con mis jeans ajustados y desgastados y mis botas marrones hasta la rodilla. Mi suéter holgado color avena y las yardas de bufanda gasa blanca envueltas alrededor de mi cuello son mucho más cómodas que elegantes.

Suspiro mientras Jen se apresura a colgar mi abrigo en un armario cerca de la entrada. No, no habrá manera de mezclarme entre el mar de negro sobre negro en la habitación.

—Ponte cómoda —me indica Margot con optimismo—. Necesito ir a socializar un rato, pero volveré para buscarte. Diviértete, ¿de acuerdo? Y toma algo de champán. Hicimos traer cajas esta noche.

Ella se funde entre la multitud, y me quedo a mi suerte en la periferia de la gente. Mi primera parada es el barman donde tomo una copa de champán y me la bebo en un par de tragos. El valor líquido ayuda, así que tomo otra copa y la llevo conmigo mientras comienzo un lento recorrido por la sala.

La reputación de Dominion se ha construido sobre sus ofertas eclécticas y una disposición a tomar riesgos cuando se trata de los artistas que exhiben. Veo eso en plena exhibición esta noche. Todas las nuevas exposiciones presentan pinturas poco convencionales, de vanguardia o fotografías inusuales. Algunos de los temas son violentos e inquietantes, escenas de dolor, negligencia y miedo, todos evocados o capturados por un ojo implacable.

Otras exhibiciones —como aquella donde mis escasos paisajes urbanos meticulosos, aunque suaves, habían estado colgados hasta hace un par de días— contienen colecciones de obras abstractas, imágenes sin forma compuestas por una confusión de colores morados y chocantes representados en pinceladas agresivas y líneas

caóticas. Me detengo allí el tiempo suficiente para terminar mi segunda copa de champán antes de pasar a otra área de la galería.

Media docena de personas están agrupadas frente a otra exhibición donde una sola pintura —marcada como "Colección Privada de Dominion - No a la Venta"— domina la pared. Me paro detrás de la pequeña multitud y miro el retrato de cuerpo entero de una mujer desnuda cuya imagen pintada se refleja en fragmentos de vidrio de espejo roto.

Es una elección extraña para una modelo con su cabello corto y escaso y senos pequeños y desinflados en un cuerpo que parece décadas más viejo que su mirada oscura, atormentada pero desafiante. Su cabeza está ligeramente inclinada hacia atrás, con una mano levantada y descansando en la base de su garganta. Sus labios pálidos y agrietados están entreabiertos en lo que parece ser un suspiro profundo y angustiado.

Más que un suspiro, me doy cuenta casi al instante, mis ojos siguiendo la línea de su otro brazo, donde su mano está enterrada entre sus muslos desnudos.

Está hecha añicos en fácilmente cientos de piezas dentadas y brillantes en el lienzo, tanto en la representación de su orgasmo como por los estragos de la enfermedad que la está destruyendo. Sin embargo, está de pie, apoderándose del placer. Está brillando y desafiante. Su espíritu está intacto.

Belleza, el artista sin nombre ha titulado simple, tierna —*perfectamente*— esta pintura.

La emoción me inunda sin previo aviso, y tomo una respiración superficial y temblorosa. ¿Qué diablos me pasa? No soy una llorona. No he derramado una lágrima desde el día en que mi madre fue enviada por el resto de su vida a la Prisión Estatal de Muncy.

Y aunque mis ojos solo están hormigueando con la amenaza de lágrimas ahora, el hecho de que sentiría una reacción tan inesperada hacia una pintura —en público, nada menos— es desconcertante. Es vergonzoso.

Evidentemente, he bebido demasiado champán demasiado rápido con muy poca comida. Parpadeo y empiezo a alejarme de las otras personas reunidas cerca de mí, decidiendo que será una buena idea amortiguar el alcohol con algunos de los sándwiches pequeños y otros aperitivos servidos al otro lado de la galería.

No bien giro para marcharme cuando me estrello contra una pared de músculo y hueso que no debería reconocer pero sí reconozco.

Oh, Dios. Claro que sí.

Como una repetición mortificante de la otra noche en el vestíbulo del edificio, levanto la cabeza y me encuentro inmovilizada por la mirada azul clara y ardiente que ha estado grabada en mi memoria desde entonces.

Excepto que, a diferencia de hace unas noches, en lugar de detenerme antes de chocar contra él, esta vez mis reflejos están adormecidos por las bebidas y no hay forma de detener mi impulso hacia adelante.

Mis manos suben entre nosotros, una palma extendida contra la sólida calidez de su pecho, mi otra mano envuelta alrededor de mi copa de champán vacía. No hay ni siquiera una pulgada de espacio separando nuestros torsos, y por un instante electrizante, mis muslos rozan íntimamente contra sus poderosas piernas.

Mi estómago da un vuelco, la excitación se enciende al contacto con él. Mis pezones se endurecen donde mis senos están aplastados contra las duras losas de su pecho. Registro el cálido contorno de su mano en la parte baja de mi espalda, sus fuertes dedos descansando allí como para estabilizarme aunque ninguno de los dos se está moviendo ahora.

El calor húmedo recorre cada fibra de mi ser, y sé muy bien que no puedo culpar de *eso* al alcohol.

Trago saliva y lucho por encontrar mi voz. Cuando finalmente lo hago, su nombre sale de mi boca en un suspiro sin aliento.

—Sr. Baine.

7

—¿SIEMPRE TE LANZAS SIN mirar lo que tienes enfrente? ¿O soy yo el afortunado?

Su voz es incluso más profunda de lo que había imaginado, suave y pulida, pero oscura. Percibo un desafío en ese gruñido áspero, uno que vibra a través de mí como una caricia sobre la piel desnuda.

No sonríe al decirlo. Ni siquiera un ligero movimiento en la línea esculpida de su boca. Tampoco hace nada para hacerme sentir cómoda mientras lo miro en un silencio incómodo y ligeramente ebrio. Aunque, a decir verdad, la presencia de este hombre no ha hecho más que inquietarme desde que lo vi por primera vez.

—Eh... —tartamudeo tardíamente—. Ninguna de las dos.

Sus ojos no me sueltan. —Y aquí estamos. Un déjà vu repetido, como dicen.

Me toma un momento darme cuenta de que no ha quitado su mano de mi espalda. Su tacto permanece posesivamente y demasiado íntimo para mi gusto, y mucho menos para nuestro entorno.

Y sin embargo, *me gusta*. No puedo ignorar la abrasadora presencia de su palma donde descansa justo por encima de la cintura de mis jeans. Puedo sentirlo todo: la amplitud de su gran mano y las fuertes líneas de sus dedos extendidos sobre mi columna

baja, marcándome a través de la gruesa capa de mi suéter. Cada segundo de contacto con él hace que mis terminaciones nerviosas cobren vida, hormigueando con la necesidad de más de su tacto... de sentirlo en todas partes.

Mierda. Si puede incinerar mis defensas con una mirada ardiente y un toque casual en público, me da miedo pensar lo que este hombre podría hacerme si estuviéramos solos. O, mejor dicho, *debería* tener miedo.

La emoción que me invade mientras la oleada de posibilidades eróticas llena mi cabeza es cualquier cosa menos temor. Es deseo, puro y simple. Mientras lo miro con esa realización, el anhelo por más florece aún más profundo dentro de mí.

Es devastadoramente atractivo, sin duda. Pero es la cruda energía sexual que irradia cada centímetro de él lo que me deja estúpidamente silenciosa en su presencia.

Con esfuerzo, logro sacudirme mentalmente de mi aturdimiento. El calor sube a mis mejillas mientras su mirada continúa manteniéndome cautiva. La intensidad de su enfoque en mí es descaradamente sensual. Hace que la habitación llena de gente parezca demasiado pequeña y mucho más cálida. Por mucho que me gustaría pensar que mi repentino sonrojo es por pura vergüenza, sé que no es así.

A juzgar por el brillo astuto en los ojos del Sr. Baine, él también lo sabe.

Estoy haciendo el ridículo.

Otra vez con este hombre.

Gimo interiormente, maldiciendo el champán. Con la copa de cristal apretada en mi mano, me aparto, lo suficiente para romper el contacto. —No más lanzarme sin saber lo que tengo enfrente. O más bien, *quién*. —Le hago un pequeño saludo con la copa vacía—. Lo siento. Me aseguraré de ser más cuidadosa en el futuro. Tienes mi palabra.

Le he dado la oportunidad de seguir adelante, pero no lo hace. Decido que probablemente sería más sabio que yo me fuera, y

comienzo a dar el primer paso para alejarme.

—No hay necesidad de disculparse —dice. Sin pedir permiso, toma la copa de champán de mi mano y se la entrega a un camarero que pasa. Es un gesto inexplicablemente íntimo, asumiendo que puede cuidarme como si nos conociéramos bien. Su expresión es igualmente íntima mientras su mirada taladra la mía—. Un poco de imprudencia no es algo malo. En lo que a mí respecta, es una virtud.

—No soy imprudente. —La negación sale de mí con el ceño fruncido.

De todas las cosas tontas que soy o he sido, imprudente no es una de ellas. Nunca habría sobrevivido a mi infancia si lo hubiera sido.

Hago una pausa, aprovechando la oportunidad para medirlo completamente en su camisa negra de manga larga impecable y pantalones oscuros a medida. Ya sé que es atlético, así que solo puedo adivinar que su cuerpo está tan estrictamente disciplinado como el resto de su apariencia perfecta. Su rostro cincelado está bien afeitado, cada centímetro de él impecablemente arreglado. Incluso esas rebeldes ondas color ala de cuervo parecen domadas esta noche.

Y la forma en que su mirada penetrante se niega a liberarme —igual que su mano había permanecido como si tuviera el derecho— percibo que este hombre permite que muy poco escape a su control.

Demasiado tarde para evitar que el pensamiento se vuelva carnal en mi mente, aclaro mi garganta y me encojo de hombros como si no me estuviera haciendo preguntarme cómo sería en la cama. Inclino la cabeza para evaluarlo mejor. —Tú tampoco me pareces del tipo imprudente, Sr. Baine.

Ahora, por fin, esa boca sensual se curva en una lenta sonrisa. —Apenas nos hemos conocido. Dame tiempo. —Extiende su mano derecha hacia mí—. Y llámame Nick.

Por mucho que quiera resistirme a la tentación de tocarlo, no puedo. —Avery —digo, deslizando mi mano en su firme agarre.

Con los ojos fijos en mí, gruñe en reconocimiento cuando nuestras palmas se conectan y sus dedos envuelven los míos. Ese grave y innegablemente erótico rumor de su voz envía un calor no invitado que chisporrotea por mis venas.

—Poderoso, ¿verdad?

Por un segundo, pienso que podría estar refiriéndose a la corriente de electricidad que crepita entre nosotros. Pero luego inclina la cabeza en dirección a la pintura exhibida detrás de mí. Me giro para enfrentar la belleza destrozada en el lienzo y asiento en silencio.

—Increíblemente poderoso —coincido—. ¿Es tuya?

—¿Te refieres a la pintura o a la modelo?

Ambas, quiero decir. Afortunadamente, puedo contener mi lengua mientras lo miro de nuevo. —Me refiero a si tú eres el artista.

—No. Yo no pinto. Solo soy un admirador. —Contempla la obra apenas un momento antes de que todo el peso de sus intensos ojos azules caiga sobre mí una vez más—. ¿Y tú?

Considero en silencio *Belleza* y el resto de las pinturas expuestas esta noche en Dominion. No puedo fingir que no soy dolorosamente consciente de que mis media docena de rechazos están escondidos en algún lugar del almacén de la galería, considerados indignos de compartir espacio en la pared con cualquiera de estas mejores obras de arte.

Sacudo la cabeza. —Una admiradora, igual que tú.

Su mirada sostiene la mía, luego inclina su cabeza oscura en un asentimiento. —¿A qué te dedicas, Avery, cuando no estás arrollando a transeúntes inocentes en elevadores y galerías de arte?

—¿Inocente? —Me río, prácticamente ahogándome con la idea—. ¿Alguien ha aplicado realmente esa palabra a ti?

—Por supuesto. —Ahora él también está sonriendo—. Creo que tenía unos cinco o seis años en ese momento.

Dios, me gusta su sonrisa.

Su boca es amplia y de labios carnosos, sus dientes blancos e imposiblemente rectos. Dos hoyuelos enmarcan su sonrisa, dando al

sombrío y oscuro extraño que vi por primera vez en el vestíbulo la semana pasada un fugaz rastro de encanto juvenil ahora. Pero sería una tonta si confundiera cualquier cosa de este hombre con inocencia. Lo sé instintivamente. Por qué demonios ese entendimiento no me hace correr hacia la puerta más cercana, no tengo idea.

—Cuéntame —insiste nuevamente—. ¿Cómo es que nunca te vi en el edificio antes de la otra noche?

La verdad se atasca en mi garganta por razones que no puedo explicar. Tal vez porque estoy disfrutando demasiado de nuestra conversación y quiero que continúe. Contra todo buen juicio, lo estoy disfrutando a *él*.

Y una pequeña parte de mí —la parte que siente tanta curiosidad por este hombre peligrosamente atractivo que *solo* puede describirse como imprudente— es demasiado egoísta para arruinarlo todo diciéndole que simplemente soy personal contratado. Nunca me ha visto antes porque no habito en la misma órbita que él y Claire Prentice. Incluso ahora, en medio de la fiesta de la galería Dominion, soy solo una impostora fingiendo que pertenezco aquí.

Mientras estamos ahí, casi todos los pequeños grupos de asistentes se alejan del frente de la pintura. No digo nada por un momento, usando el lento movimiento de personas a nuestro alrededor para darme tiempo de formular mi respuesta.

—Estoy cuidando la casa de una amiga mientras ella está fuera del país los próximos meses. Mi lugar, eh... está siendo renovado, así que el momento fue oportuno para ambas.

Solo una pequeña distorsión de los hechos. Bastante inofensiva, razono, mientras él mantiene mi mirada y hace un suave sonido de reconocimiento.

—¿Has vivido ahí mucho tiempo? —pregunto, tratando torpemente de hacer una pequeña charla cuando mi cuerpo todavía está vibrando con la conciencia de él y un poco demasiado champán.

—Sí, así es —dice, y puedo notar que solo me está siguiendo la corriente. Él está tan sintonizado con lo que sea que está surgiendo entre nosotros como yo—. He mantenido un apartamento en el edificio desde que se construyó hace unos años. ¿Es el dolor o el placer de *Belleza* lo que más te conmueve?

—¿Qué? —El abrupto cambio de tema me toma por sorpresa. Especialmente cuando sé que el puñado de personas que están cerca de nosotros pueden escuchar fácilmente cada palabra.

Él no parece notar o importarle. —Estabas al borde de las lágrimas cuando me acerqué a ti —me recuerda—. Tengo curiosidad por saber por qué.

—Oh. ¿Lo estaba? —Quiero negarlo, aunque solo sea para no parecer débil ante él, pero él ya ha visto demasiado. Sacudo la cabeza vagamente, luego me encojo de hombros—. No sé por qué me afectó así.

—Sí lo sabes. Dímelo.

Aparto la mirada de él hacia la pintura, agradecida por la excusa para liberarme de su mirada provocativa. El impacto de la obra no ha disminuido ahora que estoy familiarizada con el tema, pero estudiándola ahora, con Nick Baine parado íntimamente cerca de mí, el aire se siente cargado y pulsante.

Todo ha adquirido un contexto más nuevo y más pesado ahora que él ha invadido mi espacio. Está invadiendo mis sentidos también, haciendo que mi piel se tense con la conciencia de él y la innegable respuesta de mi cuerpo.

—Está siendo consumida por el dolor y el placer. La está haciendo añicos —murmuro, con la mirada fija en la mujer cuya imagen se refleja en los innumerables fragmentos de vidrio pintado en el lienzo —. Está sola, tal vez asustada. Pero no se está doblegando ante ello. No tiene miedo de sentir el dolor... o el placer. Es desafiante. Eso es lo que la hace tan hermosa. Sus ojos te dicen todo lo que necesitas saber. Nada va a destruirla realmente.

Las palabras salen de mí, y me siento repentina e irrevocablemente expuesta.

No he conocido la enfermedad, pero conozco el dolor. Conozco la corrosión, la que viene desde dentro y desde fuera. He sobrevivido a ambas. Pero mientras miro a *Belleza*, todavía completa e intacta, a pesar de los afilados fragmentos que la componen, me recuerda que en el fondo, soy una cobarde.

Dentro de la fachada de mi cáscara intacta, soy mil piezas dentadas unidas por el miedo y pura voluntad.

—Ves más que la mayoría —me dice Nick, su elogio y la baja vibración de su voz envolviendo mis sentidos—. ¿Sientes envidia cuando la miras?

—No. No es envidia. —Sacudo la cabeza solemnemente y me vuelvo para enfrentarlo—. Es odio. —Mi honestidad es cruda y real. Tiene el mordisco del ácido en mi lengua, aunque mi tono es tranquilo con vergüenza—. La odio por lo que me hace reconocer sobre mí misma.

Sus ojos sostienen los míos sin pestañear, y por un momento, me pregunto si comprende. ¿Tendrá él también fragmentos afilados propios escondidos detrás de esos fascinantes ojos azules y ese aspecto intensamente ardiente?

No puedo soportar su silencio. Y tengo miedo de lo que más podría sentirme tentada a revelarle si permito que este extraño encuentro entre nosotros continúe. Hasta ahora, no había notado que todas menos un par de personas han abandonado la exhibición donde Nick y yo estamos. Irme de repente también me parece una muy buena idea.

Rompo su mirada y aclaro mi garganta torpemente. —Creo que debería irme. He tomado un poco demasiado champán esta noche con el estómago vacío. Me está haciendo decir y hacer cosas ahora mismo que normalmente no haría. Cosas de las que probablemente me voy a arrepentir.

—¿Es así? —No sonríe ante mi intento de desviar su estudio sobre mí. Un interés oscuro chisporrotea en la mirada penetrante que ahora solo se profundiza—. No creo que sea el champán hablando. No creo que tú realmente creas eso tampoco.

Cuando no respondo, él extiende la mano para acunar mi mandíbula. El impacto de su toque me sobresalta. Más que eso, me inflama. Se inclina hacia mí como si pudiera besarme en medio de la galería. Pero hábilmente evita mis labios entreabiertos, llevando su boca al costado de mi cara, enloquecedoramente cerca de mi oído.

—El arte está destinado a provocar emociones, Avery. Su único propósito es despertar nuestros sentidos, incluso si perturba. Incluso si es feo. Incluso si te asusta hasta la mierda.

Una señora de cabello gris directamente frente a mí nos lanza una mirada incómoda a ambos antes de alejarse. No pasa mucho tiempo antes de que el otro asistente que quedaba también se aleje, y entonces solo somos Nick y yo frente a *Belleza*.

Su voz es una caricia de terciopelo contra mi mejilla. —¿Están tus sentidos despiertos ahora, Avery?

Cierro los ojos en un intento de negar lo que siento. Pero no puedo negarlo. No puedo negarlo a *él*, aunque todo lo cauteloso y racional dentro de mí advierte que me estoy aventurando en territorio peligroso con este hombre.

—Sí —susurro, incapaz de evitar que la confesión se deslice de mi lengua.

—Los míos también —dice él—. Estoy excitado por ti. Lo he estado desde que te vi la otra noche. —Se acerca más a mí, hasta que sus labios rozan el borde de mi oreja—. Te deseaba incluso entonces. ¿Te asusta eso?

Sacudo la cabeza ligeramente, pero eso no parece suficiente para él. Apartándose de mí con mi rostro sostenido en sus manos, me mira con ojos escrutadores y turbulentos. —Te quiero en mi cama, Avery. Cuando veo algo que quiero, lo tomo.

Ningún hombre ha sido tan audaz conmigo antes, no en toda mi vida adulta. Aunque, a decir verdad, nunca he conocido a nadie como Nick Baine. Oscuro. Magnético. Arrogante. Más caliente que el infierno.

¿No había percibido este poder en él aquella noche en el elevador?

Había activado todos mis instintos de autopreservación desde el segundo en que lo vi. Me había aterrorizado, y me habría mantenido alejada.

Pero ahora está aquí, mirándome posesivamente, como si nadie más en la habitación existiera. Su intensidad es una fuerza para la que no estoy preparada, pero no estoy aterrorizada como debería estarlo. Estoy salvaje, innegablemente, excitada.

El deseo está grabado en su hermoso rostro y en la dura línea de su mandíbula rígida y cuadrada. Sus ojos arden en los míos, quemando todas las frágiles reservas que llenan mis pensamientos.

—Si realmente quieres irte, si piensas que esto será algo de lo que te arrepentirás, entonces vete ahora.

Sí. Debería irme.

Debería girar sobre mis talones y alejarme de este inquietante hombre lo más posible. Debería salir corriendo.

Pero eso no es lo que quiero ahora mismo.

No es lo que hago.

Sin importarme el hecho de que no estamos solos —sin mencionar que nos conocemos desde hace menos de una hora— giro mi rostro hacia la cuna de su mano. Mis labios tocan el cálido centro de su palma y él emite un gemido áspero.

No habla. No necesita hacerlo. Sus ojos están oscuros con promesa erótica.

Tiemblo con la ferocidad de ello. Y no puedo esperar a que cumpla con todo lo que veo agitándose en su mirada consumidora.

Sin una palabra de persuasión o mandato, me lleva lejos.

8

LO DECÍA EN SERIO cuando le dije que no era imprudente. Pero esas palabras se sienten como más mentiras sumadas a las otras que he dicho esta noche, mientras busco mi abrigo y abandono la fiesta de la galería con un hombre que acabo de conocer.

Mi pulso se acelera con algo mucho más potente que la ansiedad o la duda.

Estoy emocionada. Estoy tan excitada que apenas puedo respirar.

Me guía discretamente hacia la parte trasera de Dominion. Afuera, un callejón estrecho corre entre los altos edificios detrás de la galería. Apenas salimos a la privacidad de la oscuridad cuando él se detiene abruptamente y se vuelve hacia mí. Sin pedir permiso ni avisar, me atrae hacia él para besarme.

En el instante en que nuestros labios se encuentran, todo el deseo que se había estado gestando dentro de la galería estalla en algo urgente y ardiente. Sus dedos se deslizan por mi cabello mientras me acerca más a él, su boca firme, caliente y posesiva contra la mía. Estoy inestable sobre mis pies, aunque menos por los efectos del champán ahora que por la espiral de necesidad que se retuerce dentro de mí mientras me derrito en el calor de su beso.

Lo respiro con avidez, deleitándome en su aroma limpio y especiado mientras él domina mis labios con una habilidad

vertiginosa. Tiemblo bajo esa fuerza, mis pezones endureciéndose dentro de mi sostén, mi clítoris pulsando con cada latido frenético de mi corazón. No puedo contener el pequeño gemido que se me escapa cuando su lengua recorre la costura de mis labios y luego empuja hacia adentro sin vacilación.

Nick Baine no es un hombre que pida permiso. No es un hombre que necesite pedirlo. Reconocí esto sobre él inmediatamente. Ahora, estoy sintiendo la verdad carnal de esa comprensión y me exalta más allá de toda sensatez o razón.

No quiero que me pida permiso. No lo necesito. No ahora mismo.

No de él.

Verlo aquella primera noche, hablar con él dentro de la galería... ha abierto algo dentro de mí. Ha visto a través de mis fisuras esta noche como nunca he permitido a nadie antes, y no hay vuelta atrás. No quiero retractarme de nada. No cuando lo estoy besando aquí en la oscuridad con el conocimiento de que esto es solo un preludio de hacia dónde nos dirigimos.

Se mece contra mí, nuestros cuerpos fundiéndose en perfecta alineación. Una parte de mí registra una sacudida de asombro al sentir la dura prominencia de su erección presionando contra mi abdomen, pero esa parte de mí no es la que está a cargo de mi pensamiento ahora. No estoy pensando; solo sintiendo. Y lo que siento es necesidad, toda centrada en este hombre. Es salvaje y fuera de control, algo muy ajeno a mí.

Es imprudente.

Lo que estoy haciendo aquí es probablemente peor que una tontería. Demonios, sé que lo es. También sé que nunca he deseado nada más en mi vida.

Un dolor bajo y anhelante resuena entre mis muslos. Si tenía alguna reserva sobre dejarme arrastrar a su órbita, este beso es el punto de no retorno. El aire está denso y pesado a nuestro alrededor, cargado con una corriente que también puedo sentir vibrando en él.

Gimo con la ola de excitación que me inunda. Cuando mis labios se abren en ese grito involuntario de necesidad, la lengua de Nick se desliza dentro, reclamando un sabor más profundo. Avivando mi necesidad.

Sus manos me sueltan, pero solo para que una de ellas pueda comenzar un lento descenso por el frente de mi cuerpo. Mi pulso se acelera mientras su caricia desciende desde mi cuello hasta mis pechos, luego por el costado de mi caja torácica, dejando fuego a su paso incluso a través de las capas de mi ropa.

No se detiene ahí. Con la misma confianza masculina que ha tenido desde el primer momento en que nuestras miradas se encontraron, baja para acunar mi sexo.

Me acaricia, me amasa despiadadamente. El placer me atraviesa como un arco y jadeo con la fuerza de ello. No puedo evitar mecerme contra la deliciosa presión de su palma.

Me aferro a él mientras nuestro beso se profundiza y su mano continúa volviéndome loca de deseo. Hundiendo mis dedos en su cabello oscuro para anclarme contra el intenso asalto a mis sentidos, no puedo frenar mi suspiro ante su suavidad exuberante. Especialmente cuando todo lo demás en él es duro y poderoso, desde las amplias curvas de sus hombros hasta los planos musculosos de su espalda.

Mientras paso mis manos sobre él, siento la exigente protuberancia de su miembro hincharse aún más contra mí. Una emoción erótica me recorre mientras nos restregamos juntos a pocos pasos de la multitud dentro de la galería.

Mi sangre corre, mi corazón late en cada punto de pulso, aunque ninguno tan exigente como el nudo de terminaciones nerviosas entre mis muslos apretados. Podría desabrochar mis jeans y tomarme aquí mismo en el callejón y no lo detendría. Dios, estoy tan húmeda por él, que casi espero que lo haga.

Gime contra mi boca, un sonido estrangulado. Cuando se aparta para mirarme, veo puro hambre animal en su mirada entornada. Veo

lo que parece casi desconcierto, como si este fuego que estalla entre nosotros también lo hubiera tomado por sorpresa.

—Maldición, sabes tan jodidamente bien —dice con poco más que un gruñido. Su aliento se desliza sobre mis labios sensibilizados con una maldición baja. Da un paso atrás como si necesitara el espacio—. Vámonos de aquí.

Asiento, sin ser capaz de hablar todavía. Al final del callejón hay un área de estacionamiento privado que no tenía idea que estaba ahí. Saca un llavero de su bolsillo y un elegante BMW cupé negro cobra vida con un pitido.

Lo sigo hasta el M6, fácilmente el vehículo más caro del lote. Nick abre la puerta del lado del pasajero.

—Entra —me indica, su voz un ronco terciopelo profundo.

Pero cuando empiezo a moverme frente a él para subir, me atrapa una vez más y me arrastra a otro beso febril. Este es rápido, pero carnal. Incluso más que antes. El calor me recorre las terminaciones nerviosas, directo al dolor húmedo que pulsa entre mis muslos. Me estremezco, sabiendo que si me toca allí de nuevo en este momento, explotaré.

Me aparto de su boca con un suspiro entrecortado—. Conduce rápido.

9

NICK CONDUCE UN AUTO con el mismo propósito y dominio que acabo de presenciar en el callejón. Agresivo, seguro, suavemente en control. Parece que apenas han pasado segundos desde que salimos de la galería cuando ya estamos entrando al edificio de Park Avenue.

Para mi cuerpo aún vibrante, se siente como horas.

La mano de Nick acariciando mi muslo interno todo el tiempo no lo ha hecho más fácil. Aunque no hemos hablado desde que subimos al auto, la electricidad que crepita entre nosotros no ha disminuido en absoluto. Si acaso, el corto trayecto solo me ha hecho más impaciente por continuar donde lo dejamos.

Al acercarnos al edificio, evita el vestíbulo principal bien iluminado donde tendríamos que pasar frente a Manny. Ni siquiera había considerado que podríamos tener que desfilar juntos frente al dulce portero anciano, y exhalo un suave suspiro de alivio por evitar esa incomodidad.

En su lugar, Nick conduce hacia un estacionamiento subterráneo debajo del rascacielos. Estaciona el BMW en un espacio vacío más cercano a las puertas de vidrio aseguradas que conducen al edificio. El único marcado como *Reservado*.

Apenas registro ese hecho y lo que probablemente significa, pero no hay espacio para la lógica o preguntas cuando Nick apaga el

motor y se gira hacia mí. El suave cuero gris cruje con su movimiento. Es tan guapo, tan intensamente masculino pero hermoso al mismo tiempo, que tengo que recordarme respirar cuando me mira. Estoy completamente fuera de mi liga con este hombre. Lo sentí desde el instante en que lo vi. Es poderoso, sofisticado. Obviamente adinerado, a juzgar por la exclusividad de su dirección y el precio de su auto. No tengo duda de que podría elegir a cualquier mujer que le ponga los ojos encima, y sin embargo está aquí sentado conmigo ahora. Tocándome. Mirándome como si quisiera devorarme.

Me lamo los labios, un movimiento involuntario que atrae su mirada hacia mi lengua inquieta. Mientras me observa, esa boca suya pecaminosamente esculpida se comprime en una línea severa.

—Última oportunidad para cambiar de opinión —su voz profunda es espesa y áspera en el silencio del auto. Mientras habla, su mano se desliza más arriba por mi muslo, dejando fuego a su paso. Por un largo momento, no dice nada, solo me provoca con el sensual deslizamiento de su palma en mi pierna, sus dedos errantes acercándose cada vez más a mi sexo—. Si dices la palabra, Avery, esto no irá más lejos. Si no estás segura, puede terminar aquí y ahora.

No. No tengo ni una sola duda, aunque tenga muchas razones por las que debería tenerlas. No hago sexo casual. Aunque, a decir verdad, tampoco soy muy buena en las relaciones. Lo que está pasando aquí no tiene futuro, lo reconozco. Lo acepto. Demonios, cuento con el hecho de que no puede durar más allá de esta noche.

Pero tampoco puedo llamarlo casual. Nada de lo que Nick Baine despierta dentro de mí se siente fugaz o insignificante.

Su mirada empapada de deseo está fija en mí. Su toque es posesivo y audaz, como si entendiera exactamente lo que mi cuerpo necesita y supiera cómo satisfacerlo.

¿Me desearía así si supiera que estaba en la fiesta de la galería por coincidencia y no por invitación? ¿Me trataría diferente si le dijera que soy una artista fracasada y una bartender con problemas

económicos? ¿Que no tenía dinero ni a dónde ir antes de haber tenido repentinamente la oportunidad de vivir en su elegante edificio por un tiempo?

¿Qué pensaría si conociera todos mis otros secretos? Los feos. Los peligrosos. Los que nunca he dejado ver la luz del día.

No sabe nada de eso. Y no lo sabrá.

Una noche de este abrasador deseo, es lo único de lo que estoy segura ahora mismo. Es suficiente para mí, pero no puedo encontrar mi voz para responder a su pregunta. Las palabras no salen. No cuando está acariciando el tierno interior de mi muslo, convirtiendo el palpitante dolor de mi clítoris en una agonizante necesidad de liberación.

—Puedo sentir tu calor —dice, sus palabras inflamándome aún más—. Mis dedos están en llamas y ni siquiera te he tocado como realmente quiero. Cristo, mujer. Me consumirás cuando entre en ti.

Dejo escapar un gemido ahogado, y parece tomarlo como señal para besarme de nuevo. Su mano libre acuna mi nuca mientras me atrae hacia él y nuestras bocas se unen. Ya dos veces esta noche me ha dado una probada de su beso—el primero explosivo y consumidor, el segundo rápido y carnal.

Pero este beso es algo nuevo. No tiene prisa y es profundo, una fusión lánguida de sus labios sobre los míos. Este beso lento y magistral me seduce aún más que los anteriores. Está saboreando, probando... y casi me desarma donde estoy sentada.

Con una maldición en voz baja, se retira lo suficiente para separar nuestras bocas. Ambos respiramos erráticamente ahora. Puedo sentir el tambor de su latido bajo la mano que tengo presionada contra su pecho. Baja su cabeza hacia la mía, apoyando nuestras frentes ligeramente juntas. Sus ojos azules están oscuros pero ardientes mientras sostienen mi mirada. —¿Estás lista, Avery?

Trago saliva e intento encontrar mi voz. —Sí.

Dios, sí. Estoy a punto de combustionar.

Sale del auto con un movimiento fluido, luego camina alrededor para abrirme la puerta antes de que tenga la oportunidad de hacerlo

por mí misma. Es caballeroso y correcto, y siento que un sonrojo se arrastra por mis mejillas en respuesta. Lo cual es ridículo considerando dónde comenzó esta noche y dónde ambos sabemos que terminará.

—Gracias —murmuro, aceptando su mano mientras me ayuda a salir.

Entramos al edificio, luego a uno de los ascensores que esperan en el nivel del garaje. Nick teclea un código en el panel numerado, y comenzamos nuestro suave ascenso. Estoy ansiosa ahora, consciente de su distancia mientras se apoya contra la pared del elevador, frente a mí. Estudiándome.

Puedo ver el hambre en su mirada entrecerrada. Más abajo, puedo ver la evidencia de su deseo en el inmenso bulto de sus pantalones a medida. Todo mi cuerpo responde a ese calor, mi piel se tensa, mis senos hormiguean con mi excitación. Quiero besarlo de nuevo. Quiero sus manos sobre mí, aquí mismo en el elevador. Solo lo quiero... a él.

Cuando creo que no puedo soportar otro segundo de la tortuosa espera, un suave timbre anuncia que hemos llegado. Veo las letras *PH* en la pantalla digital, pero eso no me prepara para el impresionante apartamento al que entramos al salir del elevador.

Una iluminación tenue apenas alumbra los suelos de mármol como espejos del vestíbulo y las líneas limpias y masculinas de su mobiliario. El ático es de concepto abierto y espacioso, una mezcla de metales brillantes, maderas ricas y exóticas, y muebles blancos impecables. Tiene las mismas ventanas enormes que Claire tiene en su apartamento del quinto piso, excepto que aquí arriba hay más. Con vidrio en tres lados de la enorme sala de estar, la vista desde el ático es nada menos que espectacular.

—Pasa —los dedos de Nick rozan los míos en un gesto para que lo siga adentro.

Lo sigo a su lado, asombrada por todo lo que está en mi línea de visión, incluido el increíblemente sexy hombre que me guía hacia su dominio. Toma mi abrigo y mi bolso, colocando ambos en uno de los

tres sofás que forman una elegante área de conversación en forma de U que da a Central Park en una dirección y, en la otra, a la mayor parte de Manhattan y más allá.

No puedo evitar que mi mirada se desvíe hacia la constelación de luces de la ciudad que se extiende ante mí hasta donde alcanzan mis ojos. Cientos de edificios altos brillan y centellean en la oscuridad junto a los emblemáticos monumentos del horizonte de Nueva York y el par de ríos que corren paralelos a cada lado de la franja de tierra erizada de torres.

Miro con deleite la aguja Art Deco iluminada del edificio Chrysler, mi favorito de todos. A la derecha, la alta aguja del Empire State Building es inconfundible. Ambos colosos rascacielos parecen empequeñecidos desde esta vista del ático.

Estoy boquiabierta de asombro y no hay nada que pueda hacer al respecto. —Dios mío. ¿Qué tiene que hacer alguien para conseguir una vista como esta?

Él se ríe. —Escribir un cheque muy grande.

—Me lo imagino —digo. Pero realmente no puedo imaginar cuánto debe costar un apartamento como este ático, en este edificio exclusivo, con esta vista increíble. Muchos millones múltiples. Probablemente cerca de cien de ellos si tuviera que adivinar.

Miro hacia atrás para encontrarlo todavía parado cerca del sofá, su atención fija en mí. —¿A qué te dedicas? ¿O heredaste este lugar en la cima del mundo? —trato de hacer una broma, pero realmente siento curiosidad—. Por favor, dime que no eres uno de esos insoportables niños de fideicomisos.

—Sin fideicomiso —dice, la seriedad de su expresión en guerra con la ligereza de su tono—. Mis intereses comerciales son variados. Inversiones y finanzas corporativas, principalmente. Bienes raíces, ocasionalmente. Arte, cuando me conviene.

Asiento como si lo entendiera completamente, luego desvío la mirada antes de que pueda adivinar lo fuera de mi elemento que estoy en este momento.

—¿Y tú, Avery?

—Oh, yo... estoy en relaciones públicas —. Es algo cierto, considerando que mi trabajo detrás de la barra en Vendange no es más que tratar con el público y mantenerlos felices.

Nick no me cuestiona más, aunque puedo sentir sus ojos en mí, estudiándome.

Una pequeña punzada de culpa me invade mientras miro las luces brillantes. Este sería el momento de confesar que prácticamente nada de lo que le he dicho sobre mí esta noche es verdad. Pero me justifico pensando que mis pequeñas mentiras han sido bastante inofensivas. Son autoprotectoras... y, sí, admitidamente, también son egoístas.

Si pensara por un segundo que volvería a ver a Nick Baine después de esta noche, aparte de encuentros aleatorios por el vestíbulo de aquí para allá durante estos próximos cuatro meses, podría sentirme tentada a quitarme la máscara con él ahora. Hay una parte de mí que se pregunta si de todos modos puede ver a través de ella.

Inexplicablemente, quiero que lo intente, como lo hizo en la galería frente a *Belleza*.

Un pensamiento peligroso, especialmente cuando no puedo arriesgarme a dejar que nadie se acerque demasiado. NO me arriesgaré.

Especialmente con un hombre como Nick.

Inclino la cabeza para tener una mejor vista de la ciudad de abajo, y para escapar del peso de todos mis secretos. Entre el champán que todavía nada en mi estómago y el vértigo que induce la altura del ático, tengo que presionar mi mano contra mi abdomen para evitar la sensación de que podría caer. —¿En qué piso estamos?

—Noventa y tres —responde, su aliento filtrándose en mi cabello —. Bienvenida a la cima del mundo.

Mis palabras, devueltas a mí en seductora invitación. Ahora está directamente detrás de mí, habiéndose movido allí silenciosamente. Tan asombrada como estoy por la increíble vista, la sensación de su calor en mi espalda —el saber que está lo suficientemente cerca

para tocarme de nuevo— es una distracción para mis sentidos que no puedo negar.

—¿Te gusta? —murmura, poniendo sus manos sobre mis hombros.

—Oh, sí —suspiro las palabras mientras un calor renovado recorre mis venas.

Él hace un ruido bajo en la garganta mientras libera el nudo suelto de mi bufanda y quita la tela gasa de mi cuello. Mi piel acalorada se siente fría, expuesta. Pero solo por un momento.

Deslizando una de sus manos hacia mi cuello, recoge mi cabello, barriéndolo sobre mi otro hombro para desnudar mi nuca. Su boca presiona contra esa piel sensible en un beso lento y sensual. Gimo con el placer, con la anticipación retorcida de lo que vendrá.

Su lengua provoca mi piel, una mano acariciando mi cabello, la otra moviéndose hacia el frente para acariciar mi pecho sobre mi suéter. Su toque, su beso, la presión cálida y dura de su atlético cuerpo en mi espalda... todo me está volviendo loca de necesidad. Inhalo un respiro entrecortado, mi sexo contrayéndose con cada latido, mi excitación volviéndose fundida una vez más.

No puedo soportar el tormento. Me ha tenido al borde del clímax desde que me tocó en el callejón fuera de la galería. Antes incluso, si soy honesta conmigo misma. Me ha tenido pensando en desnudarme con él desde ese primer choque ardiente en el vestíbulo de abajo.

Quiero tocarlo también. Quiero su piel desnuda sobre la mía. Quiero sentir su carne dura dentro de mí, donde el dolor se está convirtiendo en angustia. Maldita sea, lo *necesito*.

Con dedos temblorosos, alcanzo el botón de mis jeans, con la intención de acelerar esto antes de perder completamente el valor. O la cabeza.

Forcejeo menos de un segundo antes de que su mano se cierre sobre la mía, deteniéndome. —Yo lo haré —aparta mi mano, llevándola a mi costado—. Cuando esté listo.

Frunzo el ceño ante la corrección suave, pero firme. Había esperado que se abalanzara sobre mí en lujuria frenética una vez que llegáramos a su lugar. Pensé que cogeríamos, rápido y furioso, sin necesidad de juegos previos después del vapor que todavía llevamos con nosotros desde la galería.

Estaba preparada para eso.

Pero no para esto. Se está tomando su tiempo.

No, no lo está. Está tomando el control.

Una parte de mí se eriza ante la idea. No puede saber lo profundamente que eso me inquieta —la idea de rendirle mi voluntad a él o a cualquier hombre— pero en este momento es imposible desaprobar cualquier cosa que Nick esté haciendo. Mi cuerpo es suyo, incluso si mis pensamientos se encogen en rebelión.

Lentamente, con su cuerpo íntimamente cerca detrás del mío, alcanza el dobladillo de mi suéter y desliza sus manos cálidas debajo. El primer roce de sus palmas en mi piel me hace temblar. Absorbo aire en mis pulmones, luego lo libero en un suspiro tembloroso mientras su toque se mueve más alto, sobre mi estómago, luego hasta mi caja torácica hasta el satén translúcido de mi sostén.

Acuna mis senos, amasando ambos en sus manos, sus pulgares rozando mis pezones erectos. No puedo contener mi gemido mientras me acaricia hasta un estado de deseo tembloroso y desvergonzado. Quiero más. Necesito más.

Mi suéter desaparece en un instante, arrancado y descartado a nuestro lado en el suelo. Quita mi sostén con dedos seguros y ágiles. Luego me gira lentamente para enfrentarlo.

—Hermosa —pronuncia con un ronco raspado.

Su rostro es todo sombras y ángulos duros en la luz tenue de la ciudad detrás de nosotros. Pero veo el destello de hambre en sus ojos mientras me recorren en un estudio lento y evaluador. Levanta uno de mis senos en su palma, luego inclina su cabeza oscura y toma mi pezón en su boca. El placer va directo a mi sexo mientras me chupa y provoca con su lengua.

Llevo mis manos a su cabello y hundo mis dedos en las ondas sedosas, aferrándome mientras deja un seno para atormentar al otro. El dolor entre mis muslos se enrolla más apretado con cada lamida de su lengua y cada mordisco inesperado y agudo de sus dientes. Para cuando me suelta, estoy jadeando rápidamente, retorciéndome donde estoy parada y desesperada por aliviar el anhelo de mi cuerpo por el suyo.

Nick también respira aceleradamente. Exhala una maldición que suena como un gruñido mientras atrapa mi boca en un beso abrasador. Sus manos se deslizan hacia la cintura delantera de mis jeans. Siento el chasquido del botón, el tirón duro de la cremallera. Luego la caricia de sus fuertes dedos mientras empuja el denim sobre mis caderas, junto con mis bragas.

Trato de alcanzarlo, pero él se hunde frente a mí para quitarme las botas de cuero y pelar mis jeans el resto del camino fuera de mis piernas. Ahora estoy desnuda frente a él, y aunque no puedo ignorar la sensación de vulnerabilidad que me invade, no siento timidez en absoluto. ¿Cómo podría, cuando su mirada recorre mi longitud desnuda con un hambre que puedo sentir en cada terminación nerviosa electrificada en mi cuerpo?

Arrodillado frente a mí, desliza sus manos lentamente por el exterior de mis piernas desnudas. —Cristo, Avery. Eres tan hermosa —su caricia se mueve hacia adentro, sus dedos deslizándose sobre el parche de rizos recortados entre mis muslos—. Tan suave.

Juega allí por un momento, volviéndome loca por más. Cuando sus dedos se sumergen en mi hendidura húmeda, gimo, incapaz de contenerlo.

Él gime mientras acaricia mis pliegues. Su pulgar roza mi clítoris, lo suficiente para volverme loca por más. Luego lo siento entrar en mí, sus dedos hundiéndose profundamente. Grito cuando me folla lentamente con su mano. —Tu coño está tan húmedo y caliente. Sabía que lo estaría —me acaricia un poco más, casi hasta mi punto de quiebre, antes de retirarse con un gemido bajo—. Ábrete para mí,

Avery. Antes de follarte, necesito saber qué tan dulce sabes. Quiero hacerte venir.

Mi cabeza se inclina hacia atrás mientras guía mis piernas para separarlas, luego presiona su boca contra mi sexo. Su lengua se desliza húmedamente sobre mi clítoris, girando alrededor del duro manojo de nervios en un ritmo que hace que mi visión se nuble de éxtasis. Sus labios me vuelven loca, sin sentido. Y luego sus dedos se unen a su boca y estoy perdida.

—Oh, Dios —jadeo, mientras mi orgasmo me golpea en una ola violenta. Agarro el cabello de Nick en mis puños mientras mis caderas se sacuden contra su boca y mi cuerpo tiembla con la liberación.

Es tan bueno.

Él es tan bueno.

Y es implacable, exprimiendo cada último temblor y grito de mí con el juego magistral de sus manos, labios y lengua contra mi carne sensible.

Esta noche me va a arruinar para cualquier otro hombre. Creo que lo supe incluso antes de que pusiera su hábil boca sobre mí.

Si no tengo cuidado, Nick Baine va a ser mi ruina.

Pero no quiero tener cuidado con él.

Y mientras se levanta para tomar mi mano y llevarme fuera de la sala de estar, tengo que admitir que en este momento, tener cuidado es prácticamente lo último en mi mente.

10

CON SU MANO ENVOLVIENDO la mía, Nick me lleva a su habitación palaciega. Muebles modernos y pulcros, y paredes de ventanales también definen este espacio. Aunque no tengo mucha oportunidad de notar los detalles. Tan pronto como entramos, me hace girar para quedar frente a él. Sus movimientos tienen una gracia y control casi depredadores mientras me atrapa contra la sólida pared de su cuerpo vestido y sus brazos rodean mi espalda, poderosos y cálidos.

Toma mi boca en un beso abrasador. Puedo saborear su necesidad, su exigencia. También puedo saborearme a mí misma, en la dulzura persistente de sus labios, en su lengua. Me hundo en su fortaleza con un grito ahogado, mis terminaciones nerviosas aún vibrando por el orgasmo de hace un momento.

Sin dejar de besarme, Nick comienza a hacerme retroceder, hacia la enorme cama king-size que vislumbré desde la puerta. Con manos que recorren, nuestro beso ininterrumpido mientras nos movemos, es como si estuviéramos bailando, no caminando. Piernas entrelazadas, brazos envueltos uno alrededor del otro, nuestros cuerpos se niegan a separarse mientras me guía a través de la habitación oscurecida.

Me estoy mareando y acalorando otra vez, mi respiración saliendo entrecortada de mis pulmones al mismo ritmo que la suya mientras

llegamos al borde de una suave alfombra cerca de la cama. Mis pies descalzos se hunden en una suavidad lujosa que se siente tan decadente como el vellocino bajo mis plantas. Dos pasos más y la parte posterior de mis muslos toca el costado de la cama.

Nick me tiene enjaulada en sus brazos, sus manos enterrándose en mi cabello suelto mientras devora ávidamente mi boca.

—Oh, carajo —susurro bruscamente cuando el torrente de otro orgasmo comienza a hervir dentro de mí.

Mi hendidura está empapada, tanto por el clímax que me dio como por la insoportable necesidad de tenerlo dentro de mí. Lo necesito ahora. Lo deseo tan desesperadamente que me tambaleo.

Aferrándome a él para mantenerme erguida, echo la cabeza hacia atrás con un jadeo mientras su beso abandona mi boca y se dirige a mi garganta, su lengua hundiéndose en el hueco sensible encima de mi esternón. Sus manos me acarician con creciente urgencia ahora, descendiendo por mi columna, curvándose alrededor de la redondez de mi trasero desnudo. Aprieta mi carne, separándome, amasándome mientras su boca traza fuego sobre mis senos.

Me acerca más, frotando nuestras caderas. El enorme bulto de su erección es una presión deliciosa que acelera mi pulso y me deja temblando. Él sabe lo que me está haciendo, por supuesto. Sabe lo que anhelo. Deslizando sus dedos entre mis muslos, acaricia mi clítoris hasta que casi estoy frenética de sensaciones.

Necesito tocarlo también. Alcanzo entre nosotros y lo siento fuerte como el acero bajo la fina tela de sus pantalones. Aprieto y acaricio su miembro sobre la ropa, deleitándome en el poder que palpita contra mi palma y dedos.

Su gemido en respuesta solo me excita más. Me vuelvo más audaz. Desabrocho el botón y bajo la cremallera lo suficiente para deslizar mi mano dentro. Dios, es inmenso. Largo y grueso y pulsante. La humedad recubre mis dedos mientras los paso sobre la cabeza de su pene. Sus caderas empujan y mi sexo se contrae en respuesta. No puedo soportar la espera ni un segundo más.

Me retuerzo y me muevo en sus brazos, sorprendida por lo fácilmente que este hombre puede derretirme.

—Nick —su nombre sale de mí como un gemido bajo—. Nick, por favor... cógeme.

Su respuesta es sin palabras, un gruñido apretado que sopla contra mis labios entreabiertos. Baja la cabeza y me mira desde debajo de los trazos de sus cejas, su mirada entornada, primaria y voraz. Su rostro está tenso con visible esfuerzo, su mandíbula cuadrada rígida mientras sus fosas nasales se dilatan con cada respiración entrecortada.

Sus manos suben para descansar sobre mis hombros. Aunque su toque es suave, puedo notar que su control está al límite cuando me da un pequeño empujón, acostándome de espaldas sobre el colchón.

Me deslizo hacia el centro, temblando de anticipación. Mis dedos han convertido su cabello oscuro en una corona salvaje de ondas despeinadas que brillan negras azuladas bajo las centelleantes luces de la ciudad a través de las grandes ventanas de la habitación mientras comienza a quitarse la ropa. Sus manos se mueven bruscamente sobre los botones de su camisa mientras se quita los zapatos. La camisa es arrojada a un lado un segundo después, revelando hombros anchos y un pecho musculoso que se estrecha hacia un abdomen perfectamente esculpido. Sus pantalones son los siguientes, seguidos por bóxers ajustados oscuros que apenas contienen su pene engrosado. Termina de desvestirse y se para frente a mí, desnudo y excitantemente erecto.

Es guapo de pies a cabeza. De hecho, es magnífico.

Me doy cuenta de que estoy boquiabierta, tratando de decidir qué parte de él quiero lamer primero.

Espero a que suba a la cama conmigo, pero en lugar de eso, agarra mis tobillos y me arrastra de vuelta al borde del colchón. Sus palmas me queman donde se posan en la parte interna y delicada de mis muslos. Me abre. Luego se baja entre mis muslos separados y se da un festín conmigo con un abandono feroz.

—Oh Dios —gimo, agitándome bajo la destreza de su boca. Es demasiado, y ya estoy demasiado cerca del límite. El placer ondula desde mi clítoris hasta mi centro. Me estoy rompiendo. A punto de desmoronarme—. Oh, carajo. Nick, por favor... voy a correrme...

—Sí —murmura contra mi carne húmeda y temblorosa—. Muchas veces antes de que terminemos aquí esta noche.

Fiel a su palabra, ahora no me muestra piedad. Mientras me fragmento en éxtasis contra las despiadadas caricias de su lengua, registro vagamente el silencioso crujido de un condón siendo abierto. Entonces está en la entrada empapada de mi cuerpo, la cabeza de su pene empujando dentro de mí.

Es grande y yo llevo mucho tiempo sin práctica. Incluso preparada para él por un par de orgasmos bastante increíbles, me arqueo sobre el colchón con un suave grito cuando empuja hacia adentro. Estira mis paredes sensibles, llenándome completamente.

—Ah, Cristo, estás tan apretada —sisea junto a mi oído mientras comienza a moverse como un pistón sobre mí—. Se siente jodidamente bien. Tan caliente y húmeda.

Sus elogios son como gasolina sobre el fuego que ya ha encendido dentro de mí. Me aferro a sus hombros mientras penetra profundamente, empalándome con estocadas largas que me roban el aliento. Nuestro ritmo es feroz, frenético. No hay forma de detener el placer que me recorre.

No quiero detenerlo.

Solo quiero sentir.

Por esta noche, solo quiero ser libre. De mi pasado y de todos los viejos fantasmas que enterré allí.

Deslizo mis manos hacia abajo y hundo mis dedos en el firme músculo del trasero de Nick mientras me lleva hacia la cresta de otro feroz orgasmo.

Lo alcanzo, y él me lo da y mucho más.

Oh, sí. Nick Baine podría fácilmente arruinarme para cualquier otro.

Por qué ese pensamiento no me aterroriza, no quiero saberlo.

11

UN SISEO HÚMEDO Y distante invade mis sentidos, sacándome de un sueño inusualmente pesado. Estoy acurrucada de lado en la oscuridad, en medio de una cama grande y arrugada. La cama de Nick. Puedo oler su aroma en la almohada bajo mi mejilla. Su esencia masculina y picante persiste en mi cabello. En mi piel.

Puedo sentir su recuerdo en cada uno de los dolores sordos y deliciosos de mi cuerpo exhausto.

Los recuerdos de todo lo que hicimos juntos me inundan, y no puedo contener la sonrisa satisfecha que se extiende en mi rostro. No puedo negar que vuelvo a sentir hambre por él, pero cuando estiro el brazo para buscar su calor, solo encuentro sábanas frías y vacías. Estoy sola en su cama y...

Un momento. ¿Es... *de mañana?*

Sorprendida por el pensamiento, levanto la cabeza y mis párpados se abren de golpe. Sí, definitivamente es de mañana. Bastante temprano, por lo que se ve. Afuera, tras las ventanas, el resplandor apagado del amanecer apenas forma un halo en el horizonte detrás del perfil de la ciudad.

¿Me quedé toda la noche? Cierro los ojos con un gemido. ¿Cómo diablos dormí tanto?

Al parecer, múltiples orgasmos y varias horas de sexo incansable en numerosas posiciones creativas tienen ese efecto en una persona. No es que yo lo supiera. Hasta anoche, había mucho que desconocía. El sexo con Nick ha sido una revelación en muchos niveles. Cada uno más placentero que el anterior.

Pero eso fue anoche. Ahora es la mañana siguiente, con toda la incomodidad que eso conlleva. Nunca me quedo a dormir, especialmente con alguien nuevo. Odio la torpeza que sigue: el temor de vernos a plena luz del día y fingir que no estamos reviviendo la noche anterior en una niebla de vergüenza o arrepentimiento. Odio sentir la necesidad de hacer promesas obligatorias de llamarnos o reunirnos pronto, mientras uno o ambos actuamos como si no estuviéramos muriendo por salir corriendo hacia la puerta más cercana.

—Mierda —murmuro por lo bajo mientras balanceo las piernas fuera del colchón.

El impulso de huir es fuerte. ¿Qué tan malo sería si simplemente me escabullera mientras él está en la ducha? ¿Le importará siquiera? Tal vez se sienta aliviado. Después de todo, ninguno de los dos llegó aquí con expectativas más allá de lo de anoche.

Echo un vistazo buscando mi ropa, y entonces recuerdo con vívido detalle que Nick me la quitó frente a las ventanas en la otra habitación. Solo el pensamiento de sus manos sobre mí —su boca en cada centímetro de mi piel desnuda— enciende un deseo lascivo dentro de mí. Suspiro con ese recuerdo demasiado placentero. Tengo la sensación de que reviviré lo de anoche en mi mente, y en otras partes del cuerpo, durante mucho, mucho tiempo.

Deslizándome fuera de la cama mientras la ducha sigue corriendo en el baño adyacente a la enorme suite, camino rápidamente hacia la sala para localizar mi ropa. Al parecer, Nick ha estado levantado por un rato o simplemente no duerme mucho, porque es obvio que ha estado aquí mientras yo dormía. El aroma del café recién preparado emana de la cocina. Y en lugar de encontrar mis jeans y suéter en el suelo donde cayeron cuando me desnudó, han sido

cuidadosamente doblados y colocados en una elegante silla Barcelona de cuero blanco. Mi sostén y mis bragas de encaje descansan encima.

Los tomo y me los pongo apresuradamente. Por accidente, atrapo mi reflejo en el cristal de la ventana y veo el enredo despeinado de mi cabello rubio pálido. Dios, ni siquiera quiero pensar en cómo luce mi cara después de dormir con el maquillaje de ayer. Por no hablar de mi aliento.

—Hay café listo si quieres un poco.

La voz profunda de Nick detrás de mí me detiene donde estoy parada, medio vestida, con los jeans a medio subir por mis muslos. Hago una mueca, forzando un tono ligero en mi voz mientras lo miro por encima del hombro. —Oh... gracias. Pero, eh... realmente necesito irme.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, está de pie en la puerta abierta del dormitorio con nada más que unos bóxers negros ajustados que se adhieren pecaminosamente a sus estrechas caderas y muslos nervudos. Los ajustados calzoncillos hacen poco por disimular el contorno de su miembro, que es sorprendentemente grande incluso en reposo.

Su cabello negro está húmedo por la ducha y es de un tono oscuro como la tinta. Solo con mirarlo, puedo sentir las gruesas y sedosas ondas contra las yemas de mis dedos.

Todavía puedo sentir lo suave que es su piel bronceada, cómo se sienten sus poderosos músculos bajo mis manos cuando se mueve sobre mí... y dentro de mí.

Me aclaro la garganta y vuelvo a vestirme. Cualquier cosa para evitar sus penetrantes ojos azules que me observan desde el otro lado de la habitación. Mientras yo me siento inquieta y cohibida, Nick parece todo lo contrario. No, él está completamente en control y cómodo en su propia piel, cualidades que ha demostrado desde el momento en que lo vi por primera vez.

Con largas zancadas y un trasero firme que no puedo evitar admirar, pasa junto a mí, imperturbable, mientras me pongo el

suéter por la cabeza e intento dar algo de sentido a mi cabello enmarañado.

—¿Crema o azúcar? —pregunta, dirigiéndose a la espaciosa cocina.

—Um, ambas. Gracias. —Por más ansiosa que esté por irme, tengo que admitir que el café suena como el cielo. Y no será un sacrificio total poder seguir mirándolo mientras lo bebo.

Lo sigo hasta la cocina y tomo asiento en uno de los taburetes modernos de respaldo bajo en el lado opuesto de la encimera. Resulta ser el punto de observación perfecto para ver cómo los músculos de su espalda y hombros se flexionan y contraen mientras saca un par de tazas negras de un armario y comienza a llenarlas de café. Ya sabía que tenía un cuerpo atlético y hermosamente formado. Esta mañana, tengo que corregir esa estimación. Es una perfección que hace agua la boca.

Me lamo los labios, y no por ansias de café. —Lamento haberme quedado dormida. No tenía intención de quedarme toda la noche.

—No te preocupes. —Hace una pausa mientras añade crema y azúcar a mi taza, lanzándome una mirada ardiente que hace que mi estómago dé un vuelco—. Por si no lo notaste, no tenía prisa por echarte de la cama.

No, no la tenía. Se había tomado su tiempo para llevarme al límite, haciéndome llegar al clímax una y otra vez hasta que finalmente perdí la cuenta. Había sido incansable, insaciable.

Para ser justa, yo también fui insaciable con él. Y todavía lo soy. Intento ignorar el hecho de que mi piel se siente demasiado tensa bajo mi ropa, mis pezones erectos y ansiosos por más de su atención. Entre mis piernas, siento el sordo y persistente dolor que dejó su miembro y es todo lo que puedo hacer para no retorcerme e inquietarme en el taburete.

—Lo que quiero decir es —murmuro, intentando recuperar mi compostura y algo de control sobre la conversación—, no quiero que esto sea incómodo. No para ninguno de los dos.

—¿Lo es? —Sus penetrantes ojos azules me atraviesan y no me sueltan.

No lo era. No realmente. Y no estoy muy segura de qué pensar sobre eso.

Cuando no respondo, se acerca con las dos tazas de café y coloca la mía frente a mí en la encimera. Mientras la deja, mi mirada se detiene en su mano y muñeca derechas. Más específicamente, en una red de pesadas cicatrices que atraviesan el dorso de su mano y suben por su antebrazo.

No las había notado anoche. Estaba demasiado nerviosa en la galería para fijarme tan de cerca. Más tarde, aquí en su ático, estaba demasiado oscuro y yo estaba demasiado cegada por el placer y el deseo. Ahora que las he visto, apenas puedo apartar los ojos de ellas.

El horror me inunda instantáneamente... seguido por la tristeza.

Debe haber sufrido un accidente terrible de algún tipo. Hace mucho tiempo, por lo que parece. Las cicatrices son tan severas que tengo que adivinar que la lesión casi le había cercenado la mano y los dedos.

Cuando levanto la vista, me está mirando en un silencio indescifrable. Estoy segura de que mi propia mirada no es tan difícil de descifrar. Siento que mi expresión se hunde en shock, en simpatía y angustia por lo que sea que le haya sucedido. Sin embargo, él no invita a mi compasión. Ciertamente no a mis preguntas. De hecho, sus ojos oscurecidos e inmóviles parecen prohibirlo.

Pero no se aleja. Me deja saciarme, incluso mientras su rostro sombrío se niega a dejarme entrar.

Bajo la mirada, sorbiendo el café endulzado para tener una excusa para romper la tensión. También agradezco tener algo que hacer con mis manos mientras soporto el peso de su mirada inescrutable.

Finalmente, él habla. —Dime si no es como te gusta.

Logro hacer un leve movimiento negativo con la cabeza. —No, está bien. Está perfecto.

Levanta su taza y sus ojos me sostienen por encima del borde. —Cremoso y dulce. Mi combinación favorita también.

Es una declaración coqueta ya que él está bebiendo su café negro. Aunque su voz es casual y tranquila, sé que hay algo feo detrás de su exterior desapegado e impasible. Algo mucho más feo que cualquier cicatriz física que acabo de ver.

Está dañado. Cuando reconozco eso en él, siento que algo se mueve y se ablanda dentro de mí. Quiero saber qué otras cicatrices carga, pero entiendo que no me corresponde preguntar. No me lo diría aunque lo hiciera. Sé esto con la misma certeza que sé que no le contaría sobre ninguna de las mías.

Quizás con el tiempo podría confiar lo suficiente en mí.

Un pensamiento extraño e inútil cuando sé que nada duradero puede surgir de lo que pasó entre nosotros anoche. No soy más parte de su órbita hoy de lo que era ayer o la primera noche que llegué a este edificio. Durante los próximos cuatro meses, solo estoy tomando prestada esta vida, este mundo. Después de que Claire regrese, volveré a mi propia realidad.

Y allí, nunca podré ser parte del mundo de Nick, ni del de nadie más. No mientras oculte mis propias cicatrices. Mis secretos son demasiados y no pueden ser compartidos.

Mirándolo ahora, me pregunto cuántos secretos esconde él también.

Casi como un desafío, siento que sostiene mi mirada mientras apoya la cadera contra la encimera. —Tengo negocios más tarde hoy en Londres. Mi chofer pasará a recogerme dentro de una hora. Estaré fuera por dos semanas.

—Oh, está bien. —Su abrupto anuncio parece ser una señal amplia para que me vaya, así que coloco mi taza en la encimera y comienzo a deslizarme del taburete—. En ese caso, definitivamente debería irme y dejarte hacer lo que necesites hacer.

Lo que realmente necesito hacer es olvidarme de Nick Baine y de la increíble aventura de una noche que acabamos de compartir, porque eso es todo lo que va a ser. Si no fui lo suficientemente

inteligente para darme cuenta antes de que él sería un problema para mí, verlo bajo esta nueva luz esta mañana es más que suficiente para convencerme. Tener sexo con él es una cosa. Permitirme acercarme a él, preocuparme por él, es un riesgo que no puedo permitirme. *No* correré ese riesgo.

Cuando me alejo del taburete para recuperar mi bolso del sofá cercano, su silenciosa orden me detiene.

—Detente, Avery. —Está frunciendo el ceño mientras coloca su taza en la encimera, pero hay un rastro de humor oscuro en su voz. Inclina la cabeza, con los ojos entrecerrados sobre mí—. ¿Por qué será que cuando no estás chocando conmigo, estás huyendo de mí?

—No estoy huyendo.

Gruñe. —¿Ah, no?

Me quedo quieta cuando rodea la encimera y se acerca a mí. Extiende la mano izquierda —su mano buena— y aparta algo de mi cabello desaliñado de mi rostro. Su expresión es sombríamente sobria. Intensa de una manera diferente a como lo he visto hasta ahora.

—Quiero verte de nuevo.

Trago saliva. —Claro, está bien. Sería genial. —La mentira suena casi convincente para mí—. ¿Por qué no me avisas cuando regreses? Podemos tratar de hacer planes para reunirnos para almorzar alguna vez, o tomar algo quizás...

Él está negando con la cabeza, esos astutos ojos azules demasiado cínicos para creer una palabra de lo que estoy diciendo.

—Quiero verte. Te quiero en mi cama otra vez.

Me esfuerzo por mantener mi determinación. —¿Y si eso no es lo que yo quiero?

Sus cejas se elevan como si nunca hubiera considerado que yo pudiera rechazarlo. Pero entonces sus dedos se deslizan a través de mi cabello hasta la tierna piel de mi nuca y ya estoy derritiéndome. Por mucho que quiera pensar que puedo alejarme de este hombre y olvidarlo después de anoche, la respuesta total de mi cuerpo a su toque claramente lo contradice.

—Te deseo, Avery. Te veré de nuevo cuando regrese.

Antes de que pueda manejar otra protesta, inclina su cabeza hacia la mía y me besa. Su lengua traspasa la línea de mis labios, posesiva y tan caliente que siento sus exigentes lamidas hasta mi núcleo. Gimo mientras me inclino hacia él, librando una batalla perdida.

Cuando se retira, su boca sensual y perversa se curva en una sonrisa de pirata. —Como te dije anoche, cuando veo algo que quiero, lo tomo.

Entonces, aparentemente para probar ese punto, su mano se desliza entre mis muslos hasta el horno de calor húmedo que ya arde allí. Su aliento se escapa de él con una maldición entrecortada. Estamos lo suficientemente cerca para que pueda sentir la dura cresta de su erección. Él está tan excitado como yo.

—A la mierda —dice con voz ronca, sus manos ya trabajando en aflojar el cierre de mis jeans—. Mi chofer tendrá que esperar.

12

TODAVÍA ESTOY FLOTANDO CUANDO comienzo mi turno del lunes por la noche en Vendange. La bruma de satisfacción en la que Nick me dejó cuando salí de su penthouse esta mañana apenas se ha desvanecido después de tantas horas. Me gustaría culpar a ese asalto matutino a mis sentidos por el hecho de que no solo acepté verlo cuando regrese de Londres, sino que incluso le di mi número de teléfono, algo que nunca hago.

Adiós a mi decisión de mantenerme a salvo y a mi resolución de no permitir que nuestra aventura de una noche progresara más. Pero nuestra noche y la mañana siguiente fueron más que increíbles, y estoy aprendiendo bastante rápido que Nick Baine es un hombre difícil de resistir.

Mejor dicho, imposible.

Cuando veo algo que quiero, lo tomo.

Dios, vaya si lo hizo.

Con sus manos, su boca, su perversa lengua... su insaciable verga. No pensé que me quedara algo más para dar, pero él me demostró que estaba equivocada una y otra vez. Apenas podía caminar con firmeza después de que nos separamos y regresé al apartamento del quinto piso. ¿Camino de la vergüenza? Ni de cerca. Nunca me había sentido tan desvergonzada. Tan viva.

Todavía lo siento. Una sonrisa curva mis labios y ni siquiera intento reprimirla. Tampoco puedo controlar la punzada de excitación que se enciende dentro de mí con solo pensar en él.

—¿Cómo va todo, Ave? —la voz de Tasha me devuelve a la realidad. Hemos estado tan ocupadas que apenas hemos tenido tiempo de saludarnos. Pero ahora está de pie junto a mí detrás de la barra, agitando un martini para un cliente que está a unos asientos de distancia—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Por qué?

—¿Por qué? —Arquea una ceja mientras ensarta dos aceitunas y las sumerge en el martini—. Para empezar, estás sirviendo chardonnay en una copa pilsner.

Bajo la mirada a lo que estoy haciendo y hago una mueca al ver que tiene razón. —Oh, mierda.

Tasha se ríe y se va a servir su bebida mientras corrijo mi error detrás de la barra. Cuando regresa, me preparo para el interrogatorio inevitable. —Entonces, ¿qué te pasa? —Inclina la cabeza hacia mí—. Tu reciente cambio de escenario parece sentarte bien. Te ves... diferente de alguna manera.

—¿En serio?

—Sí. —Ahora me estudia más de cerca—. No has dejado de sonreír desde que fichaste esta noche.

—¿No? —La miro y mi sonrisa se extiende por mi rostro, descarrilando cualquier intento de mantener la compostura. Luego me río, y estoy totalmente descubierta antes de que su interrogatorio haya comenzado.

—Dios. Mío. —Sus ojos marrones se abren de par en par—. Conozco esa mirada. Aunque nunca la había visto en ti antes. Pero, chica, esa mirada lo dice todo. —Su voz baja a un nivel privado—. Lo hiciste. Te acostaste con alguien, ¿verdad?

El calor invade mi cara y agradezco la música y el murmullo de conversaciones que me permiten mantener al menos un poco de dignidad intacta.

—¿Cuándo? —pregunta Tasha—. ¿Y con quién? Ni siquiera me habías dicho que estabas saliendo con alguien.

—Porque no estoy saliendo con nadie. O no lo estaba. No lo estoy. No es así. —Niego con la cabeza, sin saber cómo describiría lo que pasó entre Nick y yo—. Fue sexo, eso es todo.

—Oh, eso es todo —insiste, claramente insatisfecha con mi respuesta—. ¿Por eso has estado actuando tan alegre y distraída? Solo un sexo cualquiera, sin importancia.

—Está bien —cedo porque de todas formas no va a dejarlo pasar —. Fue sexo realmente genial. Y... no tan al azar.

—¿Quieres decir, alguien que conocemos? —Cuando me encojo de hombros coquetamente, su rostro se contrae en un ceño fruncido —. Si me dices que en un momento de debilidad, tú y Joel...

—¿Qué? ¡Diablos, no!

Suelto una carcajada ante lo ridículo de la idea y, como si nuestros pensamientos hubieran invocado a la bestia, veo que la cabeza morena de Joel gira en nuestra dirección desde el otro lado del restaurante. Entrecierra los ojos con una mirada fulminante hacia nosotras desde donde está parado en una mesa para cuatro, actuando como anfitrión gregario junto a Kimmie, la única mesera que puede tolerar su estilo de gestión autoritario y su falta de humanidad básica.

Aunque, a decir verdad, Kimmie tampoco es mucho mejor. La pequeña rubia ha tenido sus labios permanentemente pegados al trasero de nuestro gerente desde que la contrató.

—Definitivamente no fue Joel —le aseguro a Tasha mientras ambas nos ocupamos de llenar pedidos de bebidas mientras continuamos hablando.

—¿Pero yo conozco a este tipo?

Asiento. —Más o menos.

Me considera por un momento, luego niega con la cabeza como si descartara una suposición por otra. Solo le toma un segundo más antes de que su expresión se ilumine con incredulidad. —No. No, no lo hiciste. —Deja su paño de bar en el pequeño fregadero y se

vuelve hacia mí, con ambas manos apoyadas en sus caderas—. ¿Ese tipo del edificio? ¿El que casi nos atropella en el ascensor?

—Para ser justa, yo fui la que casi lo atropella —ofrezco débilmente.

Tasha se queda boquiabierta. —¿Estamos hablando de ese tipo... alto, moreno, totalmente arrogante? ¿Actuaba como si fuera dueño del maldito edificio? ¿Estamos hablando del imbécil con aires de superioridad?

Oh, Dios. Ella no tiene idea de cuánta superioridad. —Es él.

—¡Avery Ross, pequeña zorra! —exclama, sonriendo como una loca—. Cuéntamelo todo. —Me río y ella me da un ligero golpecito en el bíceps—. No estoy bromeando. ¿Sabes cómo pasé la mayor parte de anoche? Viendo televisión en los sudados desarreglados de Antonio con fórmula seca de bebé en mi pelo. Quiero detalles. Necesito detalles. Déjame vivir vicariamente, al menos.

Me río y empiezo a contarle sobre mi encuentro con Nick en la galería de arte, pero apenas he dicho tres frases cuando oímos a Joel aclararse la garganta intencionadamente detrás de nosotras, de nuestro lado de la barra. Se mete justo entre nosotras, obviamente con la intención de interrumpir nuestra breve conversación.

—Tasha. Dame cuatro shots de whisky para la mesa nueve. —Sin *por favor*. Sin *gracias*. Pero así es Joel.

—Claro —dice ella, poniendo los ojos en blanco hacia mí mientras se aparta de su sombra para atender su pedido—. ¿Quieres de primera calidad para esos?

Él resopla con impaciencia. —¿Tengo cara de que me importe? —Tampoco escapo de su mirada fulminante—. Kimmie dice que la dejaste esperando quince minutos por una ronda de tequila más temprano esta noche.

—¿Qué? Eso no es verdad.

De hecho, es una descarada mentira. Miro por encima del hombro redondo de Joel hacia donde su pequeña mascota le está dando a una de sus mesas una vista prolongada de su escote en su

blusa negra de corte bajo. No estoy segura de quién está tratando de fastidiarme, pero Joel se apresura a dejar claro su punto.

—Llevas mucho tiempo aquí, Avery. No empieces a arruinarlo ahora. —Mueve su dedo entre Tasha y yo—. Si veo más holgazanería aquí atrás, les descontaré una hora a las dos. No crean que no lo haré.

Tengo tantas ganas de decirle que se vaya al diablo que las palabras están saltando en la punta de mi lengua. Pero no puedo darme el lujo de perder el pago de una hora, y mucho menos este trabajo.

Tasha ve mi lucha por contenerme y me rescata desviando la atención de Joel. —Aquí tienes. Cuatro shots de Glenlivet, listos para servir.

Sin una sola palabra de reconocimiento, agarra la bandeja de bebidas y la lleva a la mesa.

13

ES CASI LA MEDIANOCHE cuando Joel me manda a descansar. La sutileza no es su fuerte, pero ni siquiera lo intenta cuando finalmente se acerca a la barra para anunciar que es mi turno de comer algo rápido antes de que nos acerquemos a la hora de cierre. El hecho de que se tome la molestia de mirar su reloj mientras me concede mis quince minutos solo hace que me rechinen aún más los dientes.

Tasha me hace un dramático gesto de fastidio con los ojos mientras él se aleja pavoneándose de la barra. —No puedo creer que te haya hecho esperar hasta que todos los demás fueran primero. Qué imbécil.

Me encojo de hombros mientras termino de pasar la tarjeta de un cliente. —Tiene problemas, obviamente.

Tasha resopla. —Y un pene muy pequeño, seguramente.

—Qué asco. Mejor ni intentemos imaginarlo, ¿ok?

Ella se ríe y me quita la cuenta de los dedos. —Ve. Yo me encargo de esto por ti.

—Gracias.

Mientras empiezo a marcar mi salida en la consola de la barra, la falsa risa estruendosa de Joel se impone sobre el ruido del restaurante. Ha retomado sus rondas por las mesas, deteniéndose

para saludar a los clientes como si fuera el maldito alcalde en persona. Kimmie está justo allí a su sombra, adulándolo y coqueteando con él y con todos los otros hombres del lugar.

Tasha gruñe al mismo tiempo que yo. —Recuérdame otra vez por qué aguantamos esto.

Le dirijo una mirada irónica. —Porque en cualquier noche ganamos el doble de lo que ganaríamos en cualquier otro lugar de la ciudad sin tener que quitarnos la ropa para vivir.

—Oh, cierto. Eso. —Tasha me da un codazo—. Ve a disfrutar tu descanso.

—Está bien. Volveré en quince minutos.

Ella me hace un gesto con la mano. —Ya sabes dónde estaré.

Lleno un vaso con agua del grifo de la pistola de soda detrás de la barra, luego paso por la cocina para tomar una taza de la sopa especial del día y un pan caliente para cenar. No es mucha comida después de ocho horas de trabajo, pero servirá. Dios sabe que he sobrevivido con mucho menos durante mucho más tiempo.

¿Cuántas veces una lata de sopa de pollo con fideos diluida en agua había sido lo único que se interponía entre mamá y yo y la casi inanición cuando era pequeña? Demasiadas para contarlas. Ni siquiera quiero intentarlo. Esos años difíciles no son algo que me guste recordar. Y el hambre no había sido el único problema que habíamos soportado juntas después de que mi amado padre muriera y nos dejara solas.

No, ella y yo habíamos pasado por cosas mucho peores.

Especialmente después de que se casara con mi padrastro.

Cierro mi mente contra los feos recuerdos que siempre están demasiado cerca de la superficie, aferrándose a mi conciencia como veneno. Recuerdos del terror, el dolor, la vergüenza. Recuerdos de derramamiento de sangre y lágrimas... de violencia y muerte.

Mierda. ¿Alguna vez me liberaré de ellos?

En realidad no necesito preguntar. Conozco la respuesta. No soy más libre que mi madre. La única diferencia son los barrotes de acero y los muros con alambre de púas que la han mantenido

confinada durante casi una década. Mis barrotes y paredes son autoconstruidos, pero igualmente impenetrables. He vivido detrás de ellos durante tanto tiempo que no estoy segura de sobrevivir si alguna vez me permito salir.

El aire es demasiado puro. La luz es demasiado brillante, no me deja ningún lugar para esconderme. Sin oportunidad de escapar de mi pasado o del impacto que ha tenido en cada faceta de mi vida desde entonces.

Soy mi propia carcelera por necesidad. Y sí, también por miedo.

Nadie traspasa mis barreras.

Al menos, nadie lo había hecho hasta ahora.

No hasta que permití que Nick Baine me cogiera sin sentido, aparentemente.

—Imprudente —me regaño a mí misma en voz baja mientras llevo mi comida al guardarropa de los empleados para comer en privado.

Con el resto del personal de Vendange en el salón, saco mi teléfono de mi casillero y me acomodo en una silla desvencijada descartada del comedor, pensando que revisaré mi correo electrónico y navegaré por Internet durante mi breve descanso.

Veo la luz del mensaje parpadeando mientras dejo el teléfono a mi lado y doy mi primer bocado al sustancioso estofado de pollo. Probablemente sea Margot enviándome un mensaje después de que me escapara de la galería sin explicación anoche. Estoy debatiendo cuán honesta debo ser con ella mientras desbloqueo la pantalla y toco el ícono de mensajes.

He estado pensando todo el día en lo bien que se siente estar contigo.

Lo jodidamente dulce que sabes cuando te vienes.

Bueno. Definitivamente *no es* Margot.

Mi estómago da un vuelco y una gran sonrisa se extiende por mi rostro. Aunque Nick había pedido mi número esta mañana, en realidad no esperaba que me llamara o me enviara un mensaje. Mi corazón late acelerado mientras leo su sexy mensaje nuevamente,

imágenes eróticas de nosotros dos anoche —y esta mañana— reproduciéndose en mi mente. Un calor húmedo se despliega dentro de mí, floreciendo en una profunda excitación que me hace retorcerme y apretar los muslos en respuesta.

Está de viaje de negocios, a miles de kilómetros fuera del país, pero está pensando en mí. Deseándome. Ni siquiera puedo fingir que no me siento halagada. Aunque halagada es lo mínimo que siento. Estoy tan excitada como si estuviera aquí mismo en la sala de descanso conmigo, gruñendo sus calientes y sucias palabras en mi oído.

Me doy cuenta de que la marca de tiempo en su mensaje es de hace unas cuatro horas. Mierda. ¿Pensará que lo estoy ignorando?

¿Creerá que no quiero saber de él?

Seguro que no debería querer eso. Debería esperar que haya interpretado mi falta de respuesta como que no estoy interesada y que deje todo el asunto aquí y ahora. Antes de que las cosas entre nosotros se salgan aún más de mi control.

Claro. Como si no estuviéramos ya yendo por ese camino más rápido de lo que puedo esperar detenerlo.

Incluso si mis bragas no estuvieran húmedas de deseo, no podría negar la emoción que corre por mis venas ante la idea de que Nick me envíe mensajes sexuales desde un continente de distancia. En cuanto a él, basándome en lo poco que sé hasta ahora, no creo ni por un segundo que un mensaje ignorado sea suficiente para disuadir a Nick Baine de ir tras algo que quiere.

Y lo que parece querer ahora soy yo.

Otro delicioso aleteo de interés late a través de mis venas. Han pasado varias horas desde que envió su mensaje. Dada la diferencia horaria de cinco horas entre Nueva York y Londres, eso significa que lo envió alrededor de la una de la madrugada allá. Ahora son apenas las cinco de la mañana en su extremo. Demasiado temprano para enviar una respuesta.

¿No es así?

Dejo la sopa y me recuesto en la silla para leer el mensaje de Nick nuevamente. Mi dedo acaricia el costado de mi teléfono mientras sus palabras seductoras lamen mis sentidos. Mi cuerpo también recuerda todo sobre él. Puedo sentirlo desnudo contra mí, nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor y almizclados con el aroma del sexo mientras nos movemos juntos en un ritmo acelerado. Puedo sentirlo dentro de mí, su polla estirándome, llenándome tan completamente que me hace llorar.

Y también puedo sentir su boca sobre mí de nuevo. Esos labios hábiles. Esa lengua malvada e implacable.

Oh, mierda.

Mi respiración sale ahora en rápidos jadeos. Mi corazón late con fuerza, mis extremidades se sienten sueltas y pesadas. Mi sexo está empapado, mi clítoris palpita.

El impulso y la frustración sexual me dominan. Antes de poder convencerme de que es una idea terrible, escribo una breve respuesta: *Lástima que no estés aquí para terminar lo que has comenzado.*

Presiono ENVIAR, mordiéndome el labio para contener mi sonrisa mientras imagino a Nick leyendo mi mensaje después de despertarse esta mañana. Si le provoco un caso de bolas azules con su café, se lo tendrá merecido.

No pasa ni un segundo antes de que mi teléfono vibre con su mensaje entrante.

Así que estás ahí. Pensé que quizás estabas haciéndote la difícil.

Sonrío con suficiencia y escribo mi respuesta. *¿Después de anoche? Demasiado tarde para eso, ¿no crees?*

Su respuesta llega igual de rápido. *¿Estás diciendo que ya te tengo donde quiero, Srta. Ross?*

Mis cejas se elevan. *Depende de dónde podría ser eso, Sr. Baine.*

No tengo que esperar mucho antes de que aparezca su respuesta. Sus sugerencias me llegan una tras otra, cada una de ellas cobrando vida erótica en mi mente.

De espaldas.

De rodillas.

En mi cara.

En cualquier lugar y donde sea que yo ordene.

Trago saliva mientras leo ese último mensaje. Una parte de mí se estremece ante la idea de ceder el control a él o a cualquier hombre, una reacción instintiva contra un viejo recuerdo que enterré hace mucho tiempo. Se desvanece hasta la nada bajo el resplandor de mi excitación por Nick. ¿Cómo exactamente me ordenaría? ¿A qué otros juegos sensuales me arrastraría con él? Me sorprende lo intensamente que quiero saberlo. Con qué ansiedad me siento tentada a seguirlo donde sea que me lleve.

Te quiero completamente a mi merced, añade. *En cualquier lugar donde pueda tenerte envuelta alrededor de mi polla o retorciéndote bajo mi lengua.*

Oh, Dios. Me está matando. Me lamo los labios secos y envío mi respuesta. *Eso ciertamente deja las cosas muy abiertas*.

Sí, así es. ¿Y tú, Avery? ¿Estás completamente abierta para mí ahora?

Casi puedo ver la curva oscuramente divertida de su boca mientras leo su respuesta. Imaginarlo al otro lado de la línea mientras me envía mensajes sucios hace que mi corazón aletee contra mi caja torácica. Mi clítoris late a un ritmo más lento y profundo, un dolor sordo que no puedo ignorar.

¿Estás tan mojada por mí como yo estoy duro por ti ahora? pregunta.

Estoy empapada de deseo, pero la idea de que él esté igualmente excitado es combustible para mi fuego. Mi respiración se acelera mientras leo su mensaje. Mi sexo ya está pulsando y caliente, pero ahora se contrae en respuesta a él. Lo que siento es primitivo y crudo... irresistible.

Sonrojada de vergüenza y con más necesidad de la que puedo manejar, echo un vistazo hacia la puerta abierta del guardarropa. Debería terminar esta conversación antes de que vaya más lejos. Mi

descanso de quince minutos está a la mitad. Necesito terminar pronto y volver al salón antes de que Joel venga a buscarme.

En cuanto a Nick, no sabe que estoy trabajando como bartender y no voy a decirle que le mentí sobre mi trabajo anoche. Entre otras cosas.

Mi teléfono vibra en mi mano con su mensaje entrante. *No me digas que te estoy asustando tan pronto...*

Gimo mientras el último vestigio de mi buen juicio me abandona y escribo mi respuesta. *No me asusto tan fácilmente.*

Su respuesta es inmediata. *Bien. Me decepcionaría si lo hicieras.*

Sonrío y me levanto de la silla. Camino hacia la puerta del guardarropa y echo un vistazo al bullicioso restaurante y bar. Mis piernas están temblorosas y flojas de deseo, mis manos tiemblan mientras alcanzo la puerta y la cierro. Giro el cerrojo —algo que Joel prohíbe explícitamente a sus empleados— y luego me acomodo de nuevo mientras mi teléfono vibra en mi mano con el mensaje entrante de Nick.

No has respondido a mi pregunta. ¿Estás mojada por mí ahora, Avery?

Mi dedo flota sobre la pantalla táctil del teléfono, pero solo por un segundo. *Sí.*

Dímelo.

Dudo, incierta al principio. *Nunca he hecho esto con nadie antes.*

Mejor aún, responde. *Dime cuán mojada estás.*

Mis mejillas se sonrojan, pero mi respuesta no es nada sumisa. *Mi coño está empapado por ti. Igual que anoche. Y esta mañana.*

Le toma un segundo volver con una respuesta. *Carajo. ¿Sabes lo que eso me provoca?*

Dímelo. Dos pueden jugar a este juego. Recostándome en la silla, dejo que mis piernas se relajen y se separen, mi mano se desliza entre mis muslos mientras espero su respuesta.

Mi polla está dura como el infierno. Lo ha estado desde que comenzamos a hablar aquí. La estoy acariciando ahora.

Oh, Dios mío. Una sacudida de calor me atraviesa ante la imagen que ha evocado en mi mente. Sé cómo se ve desnudo y excitado. Puedo imaginar fácilmente su gran mano moviéndose arriba y abajo por el grueso eje... ahuecando la ancha corona de su hermosa polla.

Mi aliento escapa de mis labios en un suspiro. *Estoy celosa de tu mano.*

Entonces únete a mí.

Me muerdo el labio ante su respuesta instantánea. *Tal vez ya lo estoy haciendo.*

Mientras envío mi mensaje, me digo a mí misma que solo seguiré el juego durante unos minutos. No mentí cuando dije que nunca había hecho esto antes. El hecho de que esté contemplando hacerlo en el trabajo, con mi jefe y compañeros de trabajo y fácilmente cien personas más al otro lado de la puerta del guardarropa, me hace preguntarme si estoy perdiendo la cabeza.

Debo estarlo, porque incluso mientras me aseguro que no dejaré que esto vaya demasiado lejos, estoy desabrochando el botón de mis jeans negros y bajando la cremallera para hacer espacio para que mis dedos se deslicen dentro.

Dime lo que estás haciendo. La exigencia de Nick pulsa en la pantalla de mi teléfono.

Con mi mano libre, escribo una breve respuesta. *Tocándome. Pensando en ti.*

Mierda, sí, responde de inmediato. *Estoy ahí, nena. Te sientes como seda. Mojada. Caliente.*

Sí, confirmo, deslizando las yemas de mis dedos en el satén líquido entre mis piernas.

Mi polla quiere estar dentro de ti, me dice, avivando mis llamas con una serie de respuestas rápidas.

Sé lo bien que se siente.

Lo apretada que eres.

Ese dulce y ávido coñito.

Puedo sentir tus paredes resbaladizas apretándome desde aquí.

Oh, Cristo. Mi respiración se escapa mientras leo sus provocadoras palabras. Los toques juguetones de mis dedos sobre mi clítoris y en mi hendidura caliente se vuelven más deliberados. Estoy horrorizada de mí misma por esta falta de control, pero no puedo detener lo que Nick ha comenzado. Me muevo en la silla, agachándome más y ampliando la V de mis piernas para darme mejor acceso. Mis caderas suben y bajan al ritmo de mis caricias, mi cuerpo hambriento de algo más de lo que puedo darle sola.

Lo deseo. Si Nick estuviera aquí ahora mismo, me lo cogería sin dudarlo. Sin preocuparme en absoluto por el hecho de que mi jefe y un restaurante lleno de gente están al otro lado de la puerta.

Carajo, tan caliente como estoy por él, me cogería a Nick frente a todo el maldito lugar si eso significara aliviar esta insoportable necesidad.

Su mensaje entrante pulsa nuevamente. *Tan callada ahora, Srta. Ross. ¿Estás cerca? Creo que debes estarlo.*

Mis ojos están pegados a la pantalla del teléfono mientras froto y acaricio mi coño hacia el clímax. Nick parece saberlo. Parece saber instintivamente lo que necesito para llevarme al límite.

Otra serie de mensajes llegan y los leo a través de una mirada borrosa mientras los primeros temblores de liberación comienzan a vibrar profundamente dentro de mí.

Yo también estoy cerca, nena.

Tan jodidamente duro.

Podría clavar clavos con esta polla.

¿Puedes sentirla?

Sí. Oh Dios, sí. Mis dedos entran y salen, pero es una pobre imitación de lo que realmente quiero. Lo que necesito.

Dime cómo te sientes, nena.

Dime cuánto quieres que te folle.

Mucho. Lo quiero aquí tan desesperadamente, que gimo con la fuerza de ello.

Estoy más allá del control ahora. Y estoy demasiado perdida en mi necesidad de liberación para siquiera pensar en responder a su

malvado mandato. Mis dedos se mueven más rápido, más fervientemente entre mis pliegues. La crema tibia cubre las yemas mientras froto mi clítoris hinchado y húmedo con más fuerza, acariciándome hacia el clímax que está justo fuera de alcance pero que se acerca rápidamente.

Mi teléfono se desliza de mi otra mano, cayendo al suelo con un golpe suave. No me importa. No puedo concentrarme en nada excepto en la necesidad que Nick ha avivado en mí. Me imagino sus dedos en mí en lugar de los míos. Abriéndome. Masajeando mi pequeño y tenso manojo de nervios con una fricción despiadada y deliciosa. Penetrándome. Llenándome. Golpeándome como lo hizo en su penthouse. Haciéndome gritar por más.

Mi cabeza cae hacia atrás con un gemido bajo. Mi cuerpo se tensa, mi columna vertebral arqueada como un arco. Cuando la primera ola de orgasmo me invade, aprieto los dientes en un esfuerzo fallido por contener mi grito. El placer ondula a través de cada fibra de mi ser, partiéndome. Destrozándome.

—Carajo —jadeo, mis dedos hundiéndose profundamente, exprimiendo hasta el último temblor del canal húmedo y resbaladizo de mi cuerpo. Mi clítoris está hinchado, hipersensible al movimiento circular de mi pulgar.

Nunca me he corrido así, tan feroz, tan descaradamente primitiva y cruda, ni siquiera en mis noches más solitarias y necesitadas.

Estoy perdida en ello... tanto que apenas registro el traqueteo del pomo de la puerta al otro lado de la habitación.

Cuando el sonido finalmente atraviesa mi aturdimiento, cuando el repentino y poderoso golpe de un puño en la puerta cerrada con llave se impone sobre el ruido del restaurante y la música al otro lado, reacciono de golpe.

La voz de Joel retumba desde afuera. —¿Hay alguien ahí? ¿Quién cerró esta maldita puerta?

¡Mierda! Me apresuro a arreglarme mientras él sacude el pomo de la puerta nuevamente. Ropa arreglada, jeans cerrados, ajusto mi

blusa negra y rápidamente aliso mi cola de caballo para ponerla en orden.

—Un segundo —le llamo mientras rodeo mi taza de sopa fría en el suelo y me estiro para recuperar mi teléfono de donde cayó—. Ya salgo.

Una mirada a los mensajes de Nick envía un nuevo calor a mis mejillas. Especialmente los que me perdí mientras estaba ocupada teniendo un orgasmo. Apresuradamente escribo una respuesta. *Lo siento, tengo que irme ahora.*

¿Estás bien?

Me río, radiante y sin aliento. *Genial ahora, gracias. Fue increíble.*

Su respuesta llega a mi teléfono ni siquiera un segundo después. *Voy a hacerte correr tan fuerte la próxima vez que te vea. Prepárate. Esto fue solo el comienzo.*

La oscura promesa se enrosca dentro de mí, dirigiéndose directamente a mi núcleo aún fundido y tembloroso. Como si mi orgasmo de hace un momento no fuera suficiente, cada terminación nerviosa en mi cuerpo se enciende de nuevo. Estoy lista para lo que sea que Nick tenga en mente. Más que lista.

Maldición. Estoy en problemas con este hombre.

No puedo contener mi sonrisa mientras apago la pantalla del teléfono y rápidamente lo guardo en mi casillero. Me dirijo a la puerta del guardarropa y la abro para encontrar la cara corpulenta y ceñuda de Joel mirándome fijamente.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Y por qué estaba cerrada esta puerta?

—Lo siento —digo, sonando más que un poco sin aliento. Aclaro mi garganta en un intento de enmascarar la pequeña risita que está burbujeando dentro de mí—. Estaba, um... en una llamada privada.

Sus ojos diminutos se entrecierran sobre mí. —Haz llamadas en tu propio tiempo. Tu descanso terminó hace cinco minutos.

—¿De verdad? —Mi tono suena despreocupado, pero estoy genuinamente sorprendida. Y probablemente menos arrepentida de lo que debería estar—. Supongo que perdí la noción del tiempo.

Él gruñe, con desaprobación en la línea recta de su boca. —¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Me encojo de hombros. —Básicamente.

Su ceño se profundiza. —Bueno, acaba de costarte una hora de paga. Ahora, vuelve al reloj y ponte a trabajar. Este no es tu salón privado.

Gira y se aleja, lleno de prepotencia. No me importa su actitud autoritaria. No esta noche. Ni siquiera me importa que acabe de perder una hora de salario.

Porque lo que pasó aquí con Nick...

Totalmente valió la pena.

Sonriendo sin vergüenza, con mi cuerpo aún zumbando de placer, tiro mi taza de sopa a medio comer en la cocina y luego me dirijo al baño para refrescarme antes de volver a la barra para terminar mi turno.

14

EL RESTO DE LA semana transcurre sin ninguna comunicación adicional con Nick. Tengo que admitir que estoy decepcionada por no haber tenido noticias suyas. Después de cómo habíamos dejado las cosas, pensé que seguramente llamaría o enviaría un mensaje de nuevo. Y sí, he estado esperando otra ronda de sexo a distancia con este hombre, deseándolo como la chica traviesa en que evidentemente me estoy convirtiendo ahora. Lo quiero, ya sea a través de las líneas telefónicas o en persona.

Peor aún, lo extraño. Lo cual es una locura, considerando que apenas nos conocemos. No en la vida real, de todos modos.

Puede que sea capaz de conjurar sus ojos azul cerúleo y su rostro apuesto y cincelado sin siquiera intentarlo, o reconstruir cada centímetro fuerte y musculoso de su increíble cuerpo en mi mente, pero fuera de su dormitorio —o de la habitación cerrada de mi lugar de trabajo— lo que sé sobre Nick Baine es muy poco.

Podría husmear en Internet para satisfacer parte de mi curiosidad, pero esa es una línea que me niego a cruzar. Dios sabe que no me gustaría que nadie indagara en mi vida, incluso si la mayoría de los registros no hubieran sido sellados por el tribunal hace años. Nunca podría perdonar una violación de mi privacidad, y tampoco se lo haré a Nick.

De todos modos, ya he deducido lo básico y obvio sobre él. Inteligente. Exitoso. Rico. Muy fuera de mi liga en más formas de las que me importa contar. Además, incluso si estuviera tentada a entrometerme en su vida en línea, las cosas que quiero saber no van a estar listadas en su página de Wikipedia o en cualquier artículo que pudiera aparecer en un motor de búsqueda.

Quiero saber por qué un hombre rico y devastadoramente guapo —que debe ser uno de los solteros más codiciados de la ciudad— elige vivir solo en su ático en lo alto del mundo. Quiero saber por qué me desea a mí, de entre todas las mujeres que podrían estar babeando ante la oportunidad de estar con él. Quiero saber cómo se hizo las terribles cicatrices en su mano y brazo derechos.

Más que nada, quiero saber por qué veo destellos de tormento y dolor en sus ojos en esos momentos fugaces antes de que me cierre su mirada. Quiero saber por qué siento que este hombre poderoso está ocultando sus propios secretos feos, que podría estar tan dañado y asustado como yo.

Dudo que alguna vez descubra todas las verdades de Nick. Quizás ni siquiera debería esperar poder hacerlo.

El hecho de que no haya intentado comunicarse conmigo durante toda la semana solo parece confirmar que aunque hayamos estado desnudos y sudorosos juntos algunas veces, no vamos a convertirnos de repente en una pareja.

Es un control de cordura que aparentemente necesitaba. Porque lo que sea que esté pasando entre nosotros —la oscura atracción magnética que nos unió desde el momento en que nuestros ojos se encontraron por primera vez— es temporal. No es parte de nuestra vida diaria y nunca podrá serlo. Lo sé. Demonios, estoy decidida a que no lo sea.

Y sin embargo, descubro que necesito toda mi fuerza de voluntad para resistirme a enviarle un rápido saludo mientras salgo de nuestro edificio para encontrarme con Margot en la galería para almorzar.

Ella no está en el piso principal cuando entro a Dominion y saludo a su vivaracha asistente morena.

—Margot está en una reunión de portafolio con uno de nuestros artistas —me informa Jen—. Está un poco retrasada. Deberían terminar en unos minutos.

Asiento con la cabeza. —No hay problema. Solo voy a mirar por mi cuenta hasta que esté lista para irnos.

Una pareja atractiva que habla entre sí en un idioma extranjero son los únicos otros clientes en el piso conmigo. Les doy una breve sonrisa cuando pasan junto a mí en dirección a otra exhibición. Me sorprende sentir una punzada de envidia mientras los veo tomados de la mano, con los dedos entrelazados, los ojos llenos de adoración mientras conversan tranquilamente frente al arte.

No pasa desapercibido cuando la mano del hombre se desliza hacia la curva del trasero de su compañera. Él le susurra algo al oído y su respuesta es un murmullo bajo, lleno de deseo. ¿Se irán pronto a casa y se arrancarán la ropa como lo hicimos Nick y yo? ¿O tomarán su tiempo para hacer el amor, sabiendo que tienen la eternidad en los brazos del otro? La punzada en mi pecho se agudiza, y decido que realmente no quiero jugar este jueguito después de todo. Alejándome de la pareja, desvío mi atención hacia una colección de obras abstractas al otro lado de la galería.

Aunque tengo la intención de mirar algunas de las exhibiciones que me perdí en la fiesta de hace unos días, no pasa mucho tiempo antes de que mis pies me lleven frente a *Beauty*. Ella es tan impresionante y claramente sexual hoy como lo era la otra noche. Posiblemente más, considerando que fue el catalizador para que Nick y yo nos fuéramos juntos.

Aunque, considerando la inevitabilidad de nuestra colisión y todo lo que ha seguido, tal vez Beauty fue solo una espectadora inocente.

Mis labios se curvan ante el recuerdo de esa noche. Mi tiempo en la cama de Nick. La necesidad carnal por él que todavía está hirviendo dentro de mí, y que está a solo un pensamiento inapropiado de distancia en cualquier momento dado.

—¿Me atrevo a esperar que esa sonrisa signifique que te gusta?

La profunda voz masculina que suena a mi lado es desconocida, pero cálida como el whisky. Los leves rastros de un acento sureño relajado solo añaden al timbre ahumado.

Giro la cabeza y encuentro a un hombre de unos treinta y tantos, tan alto y corpulento como un linebacker, parado junto a mí en la exhibición. Con su melena de lujoso cabello castaño claro que le llega a los hombros, su camisa de chambray descolorida y sin meter, jeans negros y botas de vaquero, es hermoso de una manera despeinada por el viento, como un rebelde de rodeo. Una barba espesa y pulcramente recortada enmarca su rostro rudamente guapo y bronceado y su sonrisa torcida, mientras sus ojos color melaza me mantienen en una mirada curiosa e interesada.

Cuyo poder completo está enfocado en mí.

Me da la impresión de que sabe que su aspecto funciona para él porque simplemente se queda allí, esperando pacientemente a que encuentre mi lengua.

Parpadeo y aclaro mi garganta. —Sí. Me gusta, quiero decir. Es una pieza increíble. Tiene un talento increíble.

No tengo que preguntar si es el artista sin nombre que la pintó. La mirada de orgullo tranquilo que ilumina sus ojos ante mi elogio es inconfundible. Mira el lienzo y asiente pensativamente. —Ayuda tener la inspiración correcta.

—Sí —estoy de acuerdo.

Antes de que pueda preguntarle sobre la mujer en la pintura, él gira hacia mí y extiende su mano. —Soy Jared Rush.

—Avery Ross —respondo mientras él brevemente aprieta mi mano—. Encantada de conocerlo.

Su sonrisa es devastadora. —Debe ser usted la cita de almuerzo de Margot. Siento haberla retrasado.

Me encojo de hombros. —Está bien. No me importó esperar.

—¡Oh, ahí estás! —exclama Margot desde el otro lado de la galería. Se desliza hacia nosotros y me envuelve en un rápido abrazo

—. Cuando no te encontré al frente con Jen, pensé que podríamos habernos perdido de nuevo.

Niego con la cabeza. —Solo estaba mirando mientras esperaba que terminaras con Jared.

La mirada de Margot rebota entre nosotros con sorpresa y no poca intriga. —¿Se conocen?

—Acabamos de conocernos —dice él, y puedo sentir el creciente calor de su mirada sobre mí mientras pretendo no notarlo—. Avery me estaba diciendo cuánto le gusta la pintura.

—¿No es brillante? —se entusiasma Margot—. Deberías ver su otro trabajo.

Le sonrío. —Me imagino que todo es increíble.

—Avery también es artista —anuncia Margot, para mi bochorno.

—¿Es cierto?

—No realmente —murmuro—. Juego un poco. Todavía soy amateur, especialmente comparada contigo.

Mientras hablo, la intensa mirada de Jared me sostiene aún más cerca. —Si estás interesada, te llevaré a los Hamptons alguna vez para ver mi estudio. Podemos hablar de procesos, compartir nuestras técnicas. Creo que lo disfrutarías.

No tengo dudas de que lo haría. Y estoy bastante segura de que no son solo técnicas artísticas lo que quiere compartir. Aunque su atención es halagadora, lo último que necesito es complicar mi vida más de lo que ya lo he hecho. Además, por muy hermoso que sea Jared Rush —por mucho que esté impresionada por su talento y muera por saber más sobre su proceso— solo hay un hombre que ha logrado tentarme a su cama en más años de los que me importa admitir, y actualmente está a un continente de distancia.

Margot inclina su cabeza mientras mira entre Jared y yo. Puedo verla tratando de evaluar la situación, pero mantengo mi rostro controlado con una expresión neutral, la máscara que siempre está lista cuando la necesito. Cuando mis ojos no le dicen nada, mira a Jared. —¿Te gustaría acompañarnos a almorzar?

Para mi alivio, él niega con la cabeza. —No puedo hoy, desafortunadamente. Debo regresar a Sagaponack para trabajar. De hecho, estoy retrasado. Tengo que aprovechar la luz del día cuando puedo.

Se inclina y presiona un ligero beso en la mejilla de Margot. Luego gira y me extiende su mano. Nos estrechamos de nuevo, y sus ojos mantienen mi mirada con una promesa sensual que haría derretirse a cualquier mujer en el acto. Incluso yo no soy completamente inmune.

—Encantado de conocerte, Avery. Avísame si quieres esa visita al estudio. Margot puede ponerte en contacto conmigo en cualquier momento.

—De acuerdo —asiento, aunque dudo que acepte su oferta—. Encantada de conocerlo, Jared.

—El placer es todo mío —su encantador acento sureño tiene un impacto adicional cuando me muestra una amplia sonrisa con hoyuelos—. Espero verte de nuevo por aquí.

Mientras se aleja de nosotras para salir de la galería, Margot me da una sonrisa astuta. —¿Una invitación a su estudio? Eso es una novedad. Creo que le gustas.

Le lanzo una mirada sardónica. —Tengo la sensación de que le gustan muchas mujeres.

—Cierto —admite ella—. Pero seamos sinceras, cuando un tipo se ve así, ¿quién puede culparlo? Añade su talento creativo y éxito —sin mencionar el hecho de que es un hombre genuinamente bueno en una ciudad llena de tiburones— y no es de extrañar que tenga mujeres prácticamente pisoteándose unas a otras por su atención. Si no estuviera felizmente casada, estaría allí con el resto de ellas. Jared Rush es una auténtica joya.

—Estoy segura de que lo es, pero no estoy lanzando mi anzuelo para averiguarlo.

—Bueno, ciertamente podrías hacer algo peor —me reprende suavemente—. Deberías considerar seriamente lo que dijo, Avery. La invitación para visitar su estudio, si nada más. No lo habría ofrecido

si no lo dijera en serio. ¿Te das cuenta de cuántos otros artistas matarían por la oportunidad de estudiar con él? Y con las conexiones de Jared en el mundo del arte, también podría abrir puertas para tu trabajo en otras galerías.

El recordatorio sobre mi fracaso en Dominion duele, aunque sé que no es la intención de Margot hacerme sentir mal. Solo está tratando de ayudar.

—Hablando de posibles nuevas conexiones —añade—, había esperado presentarte a algunas personas que estuvieron en la fiesta de la galería la semana pasada, pero cuando te fui a buscar, ya te habías ido. Ni siquiera viniste a despedirte.

Me estremezco interiormente, sintiéndome culpable e incómoda por todo el asunto ahora. —Lo siento. Debería haberte avisado a ti o a Jen que no me quedaba. Yo como que... me fui con prisa.

Ella frunce el ceño, obviamente confundida. —¿Te fuiste con prisa? ¿Por qué? ¿Pasó algo?

—Um, supongo que podrías decir eso —estoy evadiendo, pero hasta este momento ni siquiera estaba segura de si quería abordar el tema con Margot. Puede que sea mi amiga, pero no estoy segura de que vaya a apreciar el hecho de que me fui a casa con uno de sus clientes.

De todos modos, puedo ver que es demasiado tarde para escabullirme de la verdad ahora. Los astutos ojos almendrados de Margot se entrecierran sobre mí.

—¿De qué se trata esto, Avery? ¿Por qué te fuiste?

—Conocí a alguien. En la fiesta —señalo el área donde estamos ahora—. Me topé con él, literalmente, justo aquí frente a esta pintura. Resulta que ya nos habíamos conocido antes. Bueno, no exactamente conocido, pero nos habíamos visto un par de noches antes. Anyway, empezamos a hablar de arte y... bueno, otras cosas. Luego decidimos irnos juntos.

—Irse juntos —las cejas de Margot se arquean alto en su frente. Baja su voz a un susurro conspiratorio, aunque somos las únicas dos

personas en esta sección de la galería—. ¿Me estás diciendo que te fuiste a casa con este hombre? ¿Como que, te acostaste con él?

Mi mirada avergonzada es evidentemente suficiente respuesta.

—¡Con razón no tienes interés en Jared! —su rostro se ilumina con curiosidad—. ¿Conozco a este hombre misterioso? Cuéntame más sobre él. Como su nombre, para empezar.

—Nick —murmuro, y me asombra que solo el sonido de su nombre en mi lengua sea suficiente para hacerme recordar cada delicioso detalle de nuestra conversación esa noche en la galería y las horas de comunicación piel con piel que siguieron en su lugar—. Su nombre es Nick Baine.

Su sonrisa flaquea, pero es tan sutil que casi lo pierdo. Casi.

—¿Qué pasa?

—Nada. Lo siento, es solo que... —levanta sus hombros en un leve encogimiento—. No es nada. Quiero decir, no creo que estés pidiendo mi consejo, ¿verdad?

Eso es justo lo que no quiero escuchar. Mi estómago se hunde ante la cautelosa forma en que formula su respuesta. El destello problemático en su mirada tampoco ayuda.

—Entonces, ¿me estás diciendo que conoces a Nick?

—Por supuesto que lo conozco —su voz es tentativa, apagándose silenciosamente. Veo ternura en sus ojos, la vacilación de una amiga que es reacia a lastimarme, pero que no puede quedarse de brazos cruzados y verme tropezar—. Avery, trabajo para Dominic Baine. Él es dueño de esta galería.

—¿Dominion le pertenece a él? —escucho la calidad leñosa de mi voz. La confusión que soy incapaz de ocultar.

Margot asiente. —Supongo que no te lo dijo.

—No, no lo hizo.

No sé por qué debería sorprenderme tanto. Nick es obviamente increíblemente rico y versado en arte. Un admirador, así me lo dijo él mismo. El hecho de que sea dueño de una galería no debería hacer que mis sienes palpiten y mi respiración se contraiga en mi pecho.

Y no lo haría, si fuera dueño de cualquier otra galería que no sea esta.

Si no fuera la razón por la que mis propias piezas fueron retiradas de la exhibición para hacer espacio para otros artistas más merecedores. ¿Era consciente de eso cuando hablamos frente a *Beauty*? ¿Cuando follamos la mayor parte de la noche y luego de nuevo a la mañana siguiente? ¿Solo estaba fingiendo que no sabía muy bien quién era yo?

Es un hombre astutamente inteligente. No imagino que se le escape mucho. En este momento, difícilmente puedo decir lo mismo de mí misma.

La humillación me quema la garganta, pero ser tomada por tonta es solo parte de mi decepción. También estoy enojada. Por dejarme caer tan fácilmente en cualquier juego que él piense que está jugando. Por dejarme atraer tan sin esfuerzo a su cama.

Más que nada, estoy furiosa porque me ha mentido, ya sea por omisión o evasión. ¿Puedo confiar en algo de lo que ha dicho o hecho? Ahora, nunca estaré segura.

Y sí, reconozco la ironía de mi indignación. Después de todo, tampoco le he dado mucho más que mentiras.

Me saco de la oscura espiral de mis pensamientos para mirar a Margot. —Si preguntara, ¿qué tipo de consejo me darías sobre Nick?

La he tomado por sorpresa. Traga saliva, luego se lame los labios rojos brillantes y lentamente niega con la cabeza. —No me corresponde —murmura—. Lo siento. Probablemente no debería haber dicho nada en absoluto.

—Margot —extiendo mi mano, colocándola en su hombro—. ¿Qué necesito saber sobre él?

Ella sostiene mi mirada por un largo momento, la indecisión nublando sus profundos ojos marrones. Finalmente, exhala un largo suspiro. —Solo... ten cuidado, Avery. Eso es todo. Dominic Baine no es como otros hombres que puedas conocer. No es como Jared.

—¿De qué manera? —necesito saber, pero no estoy segura de que me dará la verdad. Puedo sentir prácticamente su incomodidad

con este giro en la conversación. Está en la cautela de su expresión, en la tensión de sus respiraciones superficiales—. Margot, por favor. Dímelo.

Su boca se comprime y da una vaga sacudida de cabeza. —Está dañado, Avery. Profundamente. No sé cómo ni por qué. No creo que nadie pueda decir que realmente lo conoce. No lo permite. Cualquiera que he visto intentarlo ha sido cortado rápidamente y desterrado de su vida sin una pizca de remordimiento.

Mientras habla, me asombra detectar los rastros de una vieja herida en su mirada normalmente tranquila y fría. Quiero presionarla sobre qué más sabe sobre Nick —y cómo— pero no estoy segura de que realmente me interese saber la respuesta.

Entonces ella parpadea y la ilusión de dolor que pensé ver en sus ojos se desvanece. —Solo no quiero verte salir lastimada.

Asiento con la cabeza, sin estar segura de cuál podría ser la respuesta apropiada a su advertencia o su visión íntima de Nick, que solo puedo suponer que proviene de experiencia personal. ¿Cómo había lastimado a Margot? ¿A cuántos otros ha dejado a un lado, desterrado, cuando intentaron acercarse demasiado? Estoy segura de que hay muchos.

Así como estoy segura de que seré la siguiente, a menos que haga todo lo posible por mantenerme alejada de él.

15

—ESPERE, SEÑORITA AVERY. PERMÍTAME ayudarla con eso.

Manny se apresura a recibirme en el taxi frente al edificio. Acabo de regresar de almorzar con Margot, trayendo mis pinturas conmigo en el asiento trasero del taxi. Las cuatro piezas están embaladas y apiladas una contra otra en el asiento. Mientras intento sacar sola las incómodas cajas, él sale con un carrito de metal cromado y se acerca para ayudar.

—Está bien, Manny. Puedo manejarlas.

—Estoy seguro de que puede, señorita —me da un golpecito suave en el hombro—. Por favor, permítame.

Aunque me siento más cómoda haciendo las cosas por mí misma, es un hombre tan amable que rechazar su ayuda casi parece un insulto, así que me hago a un lado.

—Está bien, entonces. Pero tenga cuidado con ellas, por favor.

—Por supuesto —me asegura.

Aunque no es joven, es más fuerte de lo que parece. Pago al conductor y luego observo cómo Manny levanta con cuidado cada voluminoso paquete del vehículo con brazos firmes y estables. Mientras coloca la última caja en el carrito, noto que mira de reojo el logotipo de la Galería Dominion en las cajas que Margot me dio para transportar mis piezas.

—¿Ha estado de compras, verdad?

Casi me río ante la idea de que pudiera permitirme comprar arte, especialmente de una galería tan exclusiva como Dominion. *La galería de Nick*, me corrijo en silencio. El recuerdo de mi conversación con Margot me deja un sabor amargo en la boca. —No hice compras hoy. Solo estoy trayendo algunas cosas que me pertenecen.

—¿En serio? —los ojos del portero se iluminan con genuino deleite—. ¿Es usted una artista profesional, señorita Avery?

Quizás porque es Manny —porque me siento segura con él, protegida, de una manera que raramente siento con los hombres en general— no intento negar lo único que siempre me ha dado tanta alegría. No siento la necesidad de justificarme ante él, ni siquiera cuando está empujando mi trabajo rechazado delante de mí hacia el edificio.

—Pinto un poco. Es algo que he amado hacer desde que era niña.

—Bueno, eso es fantástico —dice entusiasmado mientras cruzamos juntos el vestíbulo, dirigiéndonos a los elevadores—. ¿Qué tipo de cosas pinta?

—Paisajes y escenas urbanas, principalmente. Algún bodegón, de vez en cuando. He hecho algunos retratos, pero tuve que abandonarlos —me encojo de hombros—. No importa cuánto me esfuerce, nunca logro que los rostros se vean lo suficientemente reales.

Manny se ríe. —Dígaselo a Picasso.

Sonrío mientras él me indica que entre primero al elevador abierto. Me sigue con el carrito y presiona el botón del quinto piso. Cuando el elevador comienza a subir, señala las cajas que contienen mi arte.

—Entonces, ¿qué tipo de pinturas son estas?

—Oh, solo algunas escenas de la ciudad —descarto su interés con una pequeña sonrisa—. Nada especial.

—Lo suficientemente especiales para estar en la galería del señor Baine. Yo diría que eso es mucho mejor que la mayoría.

Me estremezco internamente. ¿El portero sabe que Nick es dueño de la galería? Dios mío. ¿También sabrá que pasé la noche en el ático de Nick la semana pasada?

Miro hacia la pequeña cámara de seguridad instalada en la esquina del elevador y apenas puedo suprimir mi gemido de vergüenza. Aunque el que Nick y yo tomamos desde el garaje era privado, es demasiado esperar que no esté equipado con el mismo tipo de equipo de seguridad que este.

Maravilloso. Como si mi día no hubiera sido lo suficientemente humillante e incómodo. Mi única gracia salvadora es el hecho de que Nick no está aquí para presenciar cómo arrastro mis cajas por el edificio ahora mismo. Recuerdo todo lo que Margot me dijo sobre él —y el hecho de que jugó conmigo esa noche, dejándome creer que solo estaba en la galería como cliente. Seduciéndome con todo su discurso sobre pasión, dolor y el placer de ser imprudente.

Me lo imagino en Londres estos últimos días, riéndose de mi idiotez —de cómo mis piernas se abrieron tan fácilmente para él— y eso hace que mi sangre hierva de indignación. También ardo de decepción, pero eso es más difícil de reconocer. No quiero sentirme herida en lo que respecta a Nick Baine. No quiero admitir, ni siquiera a mí misma, que él tiene el poder de lastimarme. Eso realmente me convertiría en su tonta.

—Una amiga mía administra la galería —le digo a Manny, desestimando su bien intencionado pero terriblemente mal ubicado elogio—. La única razón por la que estaba allí fue porque ella me ayudó a entrar. Desafortunadamente, el señor Baine ha decidido otorgar mi espacio a mejores artistas.

—Oh —las pobladas cejas de Manny se fruncen. Obviamente avergonzado por mí, desvía la mirada y cambia el peso sobre sus lustrosos zapatos mientras esperamos que el elevador suba—. Bueno, estoy seguro de que le irá bien en otro lugar —dice—. Después de todo, hay muchas otras galerías en la ciudad, ¿verdad?

Fuerzo una sonrisa. —Claro.

—Así es —asiente con la cabeza como si esperara convencerme —. Sabe, mucha gente pasa por mi camino todos los días. Miles de ellos. Veo buenas personas y no tan buenas. Después de un tiempo, aprendes a identificar rápidamente quién es quién. Como usted, por ejemplo.

Lo miro, mitad con curiosidad, mitad aterrorizada por lo que podría decir.

—La he tenido identificada desde el principio.

—¿En serio?

—Sí, señorita. Usted es una de las buenas. Tengo la sensación de que quizás nadie se lo ha dicho lo suficiente, pero si no le importa que lo diga, creo que necesita escucharlo hoy —su boca se curva cálidamente, y extiende la mano para darme una palmadita ligera en el hombro—. Eres buena persona, Avery. Necesitas recordar eso, sin importar lo que la vida te depare.

Me quedo en silencio, sorprendida. No sé qué decir. Las palabras se atascan en mi garganta junto con mi respiración, pero no es por el peso de su amabilidad.

Es porque está equivocado.

No soy una de las buenas.

Si supiera algo sobre mí —sobre mi pasado, sobre de dónde vengo— tampoco lo pensaría.

Me cuesta encontrar mi voz. Cuando finalmente lo hago, sale en voz baja, casi un susurro. —Gracias por decir eso, Manny.

Antes de que su tierna mirada pueda ver a través de mí, aparto la vista. Miro al frente mientras recorremos el resto del camino hasta el quinto piso. En el acero martillado de las puertas del elevador, mi reflejo me devuelve la mirada, una máscara borrosa y distorsionada.

~ ~ ~

Me estoy vistiendo para mi turno nocturno en Vendange cuando suena mi teléfono celular. Maldiciendo, tropezando fuera del enorme vestidor con solo mi camisa negra de trabajo a medio abotonar y la

ropa interior, corro hacia la sala donde dejé mi bolso al entrar esta tarde.

Aunque no estoy anticipando que Nick pueda llamar —más exactamente, estoy convencida de que no lo hará— aún corro hacia mi teléfono como si estuviera en una maratón. Mi mente da vueltas con una docena de cosas hirientes para decirle, todas las respuestas frías que he estado ensayando desde mi almuerzo con Margot.

Pero no es Nick quien llama.

Por supuesto que no. El bastardo probablemente ya borró mi número.

Parte de mi enojo se esfuma cuando registro el código de área de Pennsylvania en la pantalla. Ya hablé con mi madre esta mañana. Es raro que le permitan llamar más de una vez al día. Prácticamente inaudito. Algo debe estar mal.

La alarma me recorre mientras deslizo para responder. —¿Mamá? —el mensaje automatizado de llamada por cobrar habla por encima de mi apresurado saludo. Con ansiedad creciente, espero a que termine—. Sí, acepto. ¿Mamá? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí, cariño —su voz suena débil, un poco cansada, pero eso no es nada inusual en los últimos dos años—. ¿Llamo en mal momento?

—No, para nada —coloco el teléfono entre la oreja y el hombro mientras abrocho el resto de los botones de mi camisa—. ¿Qué sucede? ¿Está todo bien?

—Oh, sí. Todo está bien, mi amor.

—¿Qué pasa entonces? ¿Por qué llamas otra vez hoy?

—El señor Stadler vino a verme hace un rato.

Frunzo el ceño al oír mencionar al defensor público que maneja su caso. —¿Qué quería? ¿Ha habido algún progreso en tu apelación?

—Nada todavía sobre eso, cariño. Pero está trabajando en ello.

Me abstengo de señalar que Stadler ha estado trabajando en sus apelaciones desde que el estado la envió a prisión. Todo lo que hemos visto es un obstáculo tras otro. Honestamente, no sé de dónde saca mi madre su paciencia. Tal vez es eternamente

optimista. O tal vez, para sobrevivir donde está durante los últimos nueve años, ha tenido que renunciar a cualquier esperanza de que alguna vez pueda ver su condena anulada o su sentencia reducida.

Odio no poder hacer nada para ayudar. Odio que esté en una jaula a doscientas millas de distancia y no pueda ver su rostro. No la he abrazado en más de un año.

Odio que la mujer que amo más que a cualquier otra persona en este planeta haya sido etiquetada como un monstruo por el sistema judicial. Una asesina que mató a tiros a su esposo —mi borracho padrastro— a sangre fría.

No es como si lo hubiera negado. Mi dulce y amorosa madre había sorprendido a todos en la corte, incluyéndome, cuando se declaró culpable de homicidio en primer grado.

—No tenemos noticias sobre la apelación, Avery, pero el señor Stadler sí tenía otras noticias.

Su suave voz interrumpe mis pensamientos. Ahora escucho algo extraño en su tono. Algo ligero. ¿Es... emoción?

—¿Qué tipo de noticias? ¿Qué está pasando?

—Conseguimos la entrevista con la junta de libertad condicional.

La euforia me invade. —¡Mamá, eso es maravilloso! ¿Cuándo?

—El señor Stadler dice que podría ser tan pronto como la próxima semana. Probablemente antes.

—Quiero estar allí.

Escucho su suave inhalación. —Cariño, no creo que sea una buena idea...

—Quiero estar contigo, mamá. Necesito estarlo.

Incluso mientras lo digo, sé cuál será su respuesta. Puedo sentirla venir en su tierno suspiro al otro lado de la línea.

—Avery, no quiero que vengas —su negativa es evidente en su prolongado silencio, y sé que su corazón se está rompiendo tanto como el mío—. No te quiero aquí para nada de esto. Sabes cómo me siento al respecto.

No digo nada, todos mis argumentos muriendo en la punta de mi lengua. Desde el primer día, ella ha insistido en luchar sola esta

batalla. Como una chica de dieciséis años, yo estaba demasiado aterrorizada y débil para apoyarla. Ahora, soy una mujer de veinticinco años que no puede hacer nada para salvarla.

—Avery, cariño. Dime que entiendes.

Niego con la cabeza en silencio, deseando que las cosas fueran diferentes.

Extrañándola como la chica asustada e insegura que era en aquel entonces.

—Sí, mamá —finalmente acepto—. Entiendo.

16

HOLA, HERMOSA.

El mensaje de texto llega a mi teléfono mientras desembarco del metro un domingo por la mañana en la estación Flushing en Queens. Hoy me dirijo al bautizo de la bebita de Tasha a las 10:30 a.m., seguido de una pequeña reunión en su casa.

Estaba de buen humor y animada cuando salí del apartamento hace una hora, feliz de estar afuera en esta gloriosa y cálida mañana de principios de mayo y de tener una excusa para usar algo que no fuera ropa de bartender o las camisetas y pantalones deportivos enormes que suelo usar cuando no estoy trabajando.

Mientras camino un par de cuadras hacia la iglesia con mi vestido gris pálido y tacones, miro el mensaje inesperado de Nick y siento que mi alegría se desvanece. En su lugar, surge una punzada de incredulidad y una irritación que va en aumento.

¿Es en serio?

¿Realmente cree que he estado todo este tiempo esperando a que se comunique conmigo? ¿O está tratando de organizar sus conquistas estadounidenses ahora que han pasado sus dos semanas en Londres?

El arrogante imbécil.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a meter el teléfono en mi bolso, decidida a ignorarlo.

El sonido de otro mensaje entrante suena apenas un minuto o dos después.

No mires. Ni siquiera pienses en mirar, me ordeno a mí misma. Y sin embargo, a pesar de mi propia dignidad y buen juicio, saco el teléfono de nuevo y deslizo para desbloquear la pantalla.

¿Estás ahí? Te tengo en mente de una manera terrible.

—Por favor —me detengo en seco en la acera y fulmino con la mirada a mi teléfono. Como estoy completamente enfurecida y no puedo evitarlo, escribo una respuesta mordaz.

¿Por qué? ¿Ya te acabaste todas las mujeres disponibles en Londres?

Presiono ENVIAR y reanudo mi caminata, esperando que mi furia digital sea suficiente para callarlo y terminar con esta farsa aquí y ahora.

Mi teléfono comienza a sonar inmediatamente.

Maldición.

Sé que debería dejarlo pasar al buzón de voz. Debería fingir que Dominic Baine ya no existe y seguir con mi vida, tal como es.

En cambio, mis pies se detienen. Maldigo en voz baja y contesto enojada.

—Realmente no tengo tiempo para esto, *señor Baine* —enfatizo su nombre, sin siquiera intentar sonar cordial.

Él guarda silencio por un segundo y sé que lo he tomado por sorpresa.

—Estás molesta. Dime por qué.

Sin saludo, solo una exigencia. Breve y directa, con preocupación.

Dios, había olvidado lo aterciopelada y oscura que suena su voz. Acaricia mi oído, estimula mis sentidos. Si no estuviera tan herida y furiosa, quizás no podría reprimir la acelerada respuesta de mi cuerpo ante su gruñido profundo y masculino. Pero la contengo, apretando mis muelas en un silencio hosco mientras él intenta entender mi cambio de actitud.

—Avery, ¿qué demonios está pasando?

—Tú dímelo.

—Estás enojada conmigo.

—Qué brillante de tu parte notarlo.

—Porque no me he comunicado contigo hasta ahora —no es una pregunta, sino una afirmación segura de sí mismo.

Prácticamente resoplo en respuesta.

—Seguro que te gustaría pensar eso.

Es sorprendente lo convincente que suena, incluso para mis propios oídos. Hasta que hablé con Margot, realmente *había* estado molesta porque no me había llamado ni enviado mensajes. Ahora que está al otro lado de la línea, no puedo esperar para terminar esta conversación con él y borrar de mi mente la noche que pasamos juntos.

—Si crees que necesitas explicarte o poner excusas, Nick, créeme, no es necesario.

—No hago las cosas porque creo que debo hacerlas —dice, algo severo—. No es así como opero.

No puedo decir que me sorprende escucharlo admitir eso.

—¿Qué es lo que *quieres*, Nick?

—Hubiera pensado que mi mensaje lo dejaba bastante claro. Has estado en mi mente, señorita Ross. Desde nuestra muy estimulante conversación del otro día. De hecho, he pensado en poco más desde entonces.

La simple mención de lo que hicimos juntos por mensaje hace que mi cuerpo se acelere en vívido recuerdo. Cierro los ojos y libero un suspiro contenido.

—¿Sabes qué? No puedo hacer esto contigo. No ahora —Ni nunca más, me prometo, y estoy casi lo suficientemente desesperada para creer que realmente lo digo en serio—. Estoy ocupada, Nick. Tengo un lugar al que debo ir y...

—¿Tan temprano? ¿Y además en domingo? —lo pregunta casi conversacionalmente, pero puedo escuchar la seriedad en su tono—. ¿Adónde vas?

—No veo por qué eso sería de tu interés.

—Y sin embargo lo es —dice, imperturbable—. Todo acerca de ti me interesa, Avery.

Que Dios me ayude, pero la forma en que dice mi nombre con esa voz profunda está ejerciendo su oscura magia sobre mí otra vez. Debería estar indignada por su arrogancia y ofendida porque evidentemente piensa que soy lo suficientemente idiota para creer lo que estoy segura no es más que una mentira. En cambio, me quedo muda en la acera, con toda mi ira atascada en la garganta.

Cuando mi silencio se prolonga por un largo momento, Nick llena el vacío.

—No era mi intención no contactarte estas últimas semanas. Desafortunadamente, surgieron cosas. No se pudo evitar.

Me digo a mí misma que cualquiera que sea el juego que está jugando, no voy a ser parte de él. Real o no, no necesito sus intentos de calmar mi ira. No necesito su consideración. Pero hay una cualidad sobria en su voz que me hace mantener las garras guardadas. Al menos, por ahora.

—El día que te envié el mensaje, tuve que irme a Dubái para finalizar una adquisición —dice—. De hecho, solo regresé a Londres hace menos de una hora.

—Oh —trato de no reconocer la idea de que se está comunicando conmigo tan pronto después de su regreso. Por lo que sé, probablemente esté mintiendo. Podría estarlo, excepto que escucho sinceridad en sus palabras. Hay una leve pesadez en su lenta exhalación y en su voz escucho lo que parece ser un cansancio genuino. Posiblemente algo más profundo.

—El acuerdo se prolongó más de lo previsto. Fue complicado... desagradable. Tienden a serlo, cuando una de las partes tiene la espalda contra la pared.

No necesito preguntar si está hablando de su propia espalda. Estoy segura de que Nick conduce sus negocios de la misma manera que su placer, y no puedo imaginar que alguna vez se encuentre en una posición de debilidad, sin importar lo que haga. O con quién.

Me doy cuenta de que estoy detenida en medio de la acera mientras lo escucho. Moviéndome hacia un lado del camino de concreto, dejo que un grupo de personas pase por mi lado y espero a que Nick me cuente más. Por mucho que quiera negar que me importa lo que tiene que decir, siento curiosidad.

Y sí, hay una parte de mí que está preocupada por lo que pasó mientras estuvo ausente. Si eso me hace una tonta aún más grande ahora, que así sea.

—¿Qué pasó en Dubái?

—Estaba negociando la compra de una propiedad que tenía en mente desde hace varios años. Un hotel emblemático en una ubicación privilegiada. La familia que lo poseía durante tres generaciones pasó por tiempos difíciles y estaba ansiosa por vender. La mayoría de ellos, es decir. Teníamos la aprobación de cuatro de los accionistas, pero el último, su abuelo, había estado retrasando el acuerdo desde el primer día. Como tenía el control con el cincuenta y uno por ciento, nada iba a concretarse hasta que moviéramos al viejo a nuestro lado.

Hoteles de lujo. Viajar en avión para realizar negocios inmobiliarios en Londres y Dubái. Nick menciona estas cosas como si fueran habituales para él en cualquier día. Nunca he estado fuera de Estados Unidos, y mucho menos en un lugar tan lejano y extranjero como Oriente Medio. En cuanto al tipo de dinero del que Nick está hablando, ni siquiera puedo empezar a imaginarlo. Si antes estaba tratando de adivinar el nivel de su riqueza, ahora estoy prácticamente segura de que tiene que empezar con una "b".

—Supongo que el acuerdo no salió como esperabas.

—No. No exactamente —escucho el roce de su mano frotándose la mandíbula—. El viejo tonto tenía demasiado orgullo para su propio bien. No podía admitir la mala administración que su familia hizo de su fortuna. Debido a sus anteojeras, el hotel también estaba sufriendo. Se dirigía a la bancarrota mucho antes de que yo pusiera mis ojos en adquirirlo, pero no se le podía convencer de que era hora de dejarlo ir.

Mientras habla, mi enojo hacia él se escapa un poco de mis manos. Noto distantemente cómo la ciudad continúa pulsando a mi alrededor: autos, taxis y autobuses rugiendo por la calle, grupos de personas parloteando que pasan por la acera, pero toda mi atención está centrada en Nick y el tono cada vez más oscuro de su voz. Él es todo lo que oigo. Es todo lo que puedo sentir mientras espero a que me cuente el resto.

—Supongo que debería haber sido una pista cuando llamó abruptamente a mi equipo en Londres para decir que estaba listo para terminar con todo el calvario. Demonios, en retrospectiva, quizás sí sabía hacia dónde se dirigían las cosas —suelta una breve exhalación, una vaga risa desprovista de humor—. El viejo insistió en que nos reuniéramos en el hotel de Dubái, en su suite del ático. Cuando mi equipo y yo llegamos, él estaba afuera en la terraza con vista al golfo. Había estado bebiendo. Exigió que él y yo habláramos en privado allí, lejos de sus nietos traidores y los dos equipos de abogados.

No digo una palabra. No estoy segura de ser capaz en este momento. Mi respiración está atrapada en mis pulmones, mi corazón late con temor por lo que viene a continuación.

Nick continúa, su voz nivelada, inescrutable.

—Supe de inmediato que no nos había llamado allí para concluir el acuerdo. Tenía una agenda diferente. Lo que quería era decirme en la cara que me fuera al infierno. Así que lo hizo. Dijo que preferiría morir antes que vender un pedazo de su alma a alguien como yo. Luego se abalanzó hacia la barandilla de la terraza y saltó del edificio.

—Oh, Dios mío —mi mano vuela hacia mi boca floja con horror—. Nick, qué terrible.

—Su familia estaba inconsolable, naturalmente. Todos estaban conmocionados por lo que había hecho.

—Lo siento —murmuro—. Siento que hayas tenido que estar allí para presenciar algo así. Siento las cosas terribles que te dijo.

Él gruñe en reconocimiento.

—No era la forma en que hubiera preferido cerrar el acuerdo, pero a veces las cosas no salen como planeas.

—Espera. ¿Qué? —mi ceño se arruga mientras registro lo que me está diciendo—. ¿Todavía seguiste adelante con el acuerdo para comprar el hotel?

—Sí —dice con naturalidad—. Después de un retraso apropiado para que la familia pudiera llorar y organizar sus asuntos legales. Finalizamos la venta anoche.

Jadeo ante el nivel de su aparente desapego, aunque no estoy segura de por qué debería sentirme tan conmocionada.

—Nick, ese hombre se suicidó. Frente a ti, nada menos.

—Sí, lo hizo. No es como si yo lo hubiera empujado —se queda en silencio y me pregunto si he tocado un nervio. Después de un largo momento, aclara su garganta—. Es solo negocios, Avery.

—Claro. Solo negocios —digo en voz baja, mientras algo que Nick me dijo aquella primera noche en la galería cruza por mi memoria—. Y cuando ves algo que quieres, lo tomas.

Mi nítido recordatorio de su propia admisión no se le escapa.

—¿Eso te molesta?

—Lo que me molesta es sentirme como una tonta. ¿Por qué no me dijiste que eras dueño de la galería?

No pierde el ritmo.

—Has estado hablando con Margot.

—Ella es mi amiga, Nick. ¿Sabes lo estúpida que me sentí cuando le dije que había conocido a alguien esa noche, que me había acostado contigo, solo para descubrir que ya habías estado con ella también?

—¿Ella te dijo eso? —suena descontento, su voz profunda bajando a algo cercano a un gruñido.

—No con esas palabras exactamente, pero tampoco te escucho negarlo —se queda en silencio y mi cabeza vuelve a llenarse de vapor—. Me dijo que estabas dañado. Que lastimas a cualquiera que se acerca demasiado a ti, que los dejas ir. Me advirtió que me mantuviera alejada de ti.

Él se ríe, pero hay poco humor en ello.

—Conocí a Margot Chan hace cuatro años, antes de que llegara a la galería y antes de que se casara con David Levine. Tuvimos un breve romance, nada más. Me di cuenta de que fue un error, y terminó tan abruptamente como comenzó.

—¿Por qué? —exijo—. ¿Cómo es que terminaste las cosas con ella?

—Decidí que prefería tenerla administrando mi galería que calentando mi cama.

Quiero creerle. Ya que Margot todavía logra trabajar con él, no puede ser tan malo. Sin embargo, su advertencia de que él no es como otros hombres que conozco —la implicación de que de alguna manera es peligroso— mantiene mis muros protectores en su lugar. He sido herida antes. He sido dañada de maneras de las que nunca puedo hablar, y menos a este hombre.

—¿Por qué no me dijiste que Dominion es tu galería?

—¿Por qué te importa que yo sea el dueño del lugar?

Aspiro bruscamente.

—Tú hiciste que quitaran mi arte solo unos días antes. Le dijiste a Margot que mi trabajo no era lo suficientemente bueno para estar en tu galería, pero eso no te impidió follarme a la primera oportunidad que tuviste.

—Tu arte *no es* lo suficientemente bueno, Avery. Tal vez algún día lo será —responde con calma—. Pero nada de eso tiene que ver con lo que está pasando entre nosotros ahora.

—¡Y una mierda que no! —un par de ancianas vestidas con su mejor ropa dominical me dirigen miradas severas al pasar, y me doy cuenta de que mi voz está subiendo con mi indignación. La bajo, mirándolas disculpándome antes de desatar mi ira sobre Nick en un susurro tenso—. Me mentiste. Podrías haberme dicho la verdad, pero no lo hiciste. ¿Sobre qué más me mentirás?

—Y cuando te pregunté si eras artista, podrías haberme dicho que tenías pinturas en la galería en un momento. ¿Qué más me estás ocultando?

Una avalancha de secretos y mentiras abarrotan mi conciencia en los segundos que permanezco muda. Sacudo la cabeza y libero un largo suspiro.

—Esto es una mala idea. Pensé que lo era desde el principio, pero ahora estoy segura. No puedo hacer esto, Nick. Por favor, no me llames de nuevo.

Él suelta una maldición en voz baja.

—Estaré de vuelta en Nueva York en unos días. Podemos hablar más de esto cuando te vea.

—No —murmuro—. No quiero hablar.

—Entonces no hablaremos. Puedo pensar en cosas mucho mejores que podríamos hacer juntos.

—Nick, hablo en serio...

—Yo también, Avery. Te he molestado, y lo siento —su voz es solemne, un rumor profundo que acaricia mis sentidos—. En cuanto a esa noche, tu arte y mi galería no tuvieron nada que ver con lo que pasó entre nosotros. Follamos porque ambos lo queríamos. Lo haremos de nuevo porque eso es lo que ambos queremos.

Desearía poder negarlo. Cada fibra de mi ser me dice que esta es mi oportunidad para detener lo que solo puede resultar ser un error enorme. No tengo espacio en mi vida para Dominic Baine o el complicado giro de emociones que despierta en mí.

Y el deseo.

Tampoco debería darle espacio en mi vida.

Pero está ahí, tal como él dice.

Lo deseo, incluso ahora.

—Tengo que irme —murmuro—. La hija de mi amiga está siendo bautizada esta mañana. Solo tengo unos minutos para caminar el resto del camino a San Miguel para la misa.

—¿San Miguel en la 99?

—No, en Queens —miro la hora en mi teléfono y hago una mueca —. Realmente tengo que irme ahora.

—Está bien —cede, pero puedo escuchar su renuencia a dejarme ir—. ¿Y Avery?

—¿Sí?

—Te veré cuando regrese a la ciudad.

No respondo. No hay necesidad de decir las palabras. Termino nuestra llamada, luego cierro los ojos con una suave maldición, demasiado consciente de mi propia necesidad por este hombre como para pensar que podré negarlo.

17

LA CASA DE TASHA es pequeña y apretada, su familia numerosa y bulliciosa. La multitud alegre y parlanchina de más de treinta tíos, tías y primos de diferentes edades llena la cocina y la sala del primer piso del pequeño dúplex. En la hora aproximada que ha pasado desde el bautizo de Zoe, las mujeres han servido un bufé comunitario lo suficientemente grande como para alimentar a todo un vecindario, y los hombres están agrupados alrededor, equilibrando platos de papel en una mano y cervezas en la otra, mientras hablan de deportes y discuten sobre equipos rivales. Es un calor acogedor —una palpable sensación de amor y seguridad— que no puedo evitar envidiar un poco.

Mientras me abro paso entre los invitados y regreso a la mesa repleta de comida, le sonrío a una niña tímida de grandes ojos de cierva y coletas marrón oscuro que me mira desde detrás de las piernas de su mamá. Pongo mi dedo contra mis labios y le guiño un ojo cómplice antes de servirme una segunda porción de pastel de chocolate. Ella también ha disfrutado de un poco recientemente, como evidencia el arcoíris de glaseado que aún se aferra a las esquinas de su boca angelical.

—¿La estás pasando bien? —Tasha aparece detrás de mí, luciendo radiante en su vestido color crema de la iglesia y su melena

de rizos en espiral recogida de su rostro en un bonito peinado.

—¿Bromeas? Lo estoy pasando genial —levanto mi plato—. Este pastel está increíble.

—¿Verdad que sí? Mi suegra es amiga de una de las señoras que hornea en Martha's en Forest Hills —mientras Tasha me habla, saluda a más invitados que acaban de llegar—. Perdón por abandonarte con mi familia después de regresar de la iglesia. Zoe necesitaba tiempo con mamá después de toda esa actividad de esta mañana. Con suerte, dormirá un rato, así que ahora puedo comer algo.

Toma un plato y comienza a llenarlo con rodajas de jamón en espiral, judías verdes y varias porciones de las diversas ensaladas de fideos y papas.

—No me molestó pasar el rato con tu familia —le digo, llevándome con el tenedor un gran bocado de pastel a la boca—. Todos son muy amables. Me he estado divirtiendo mucho charlando con tus primas y especialmente con tus tías, Mary y Rosa. También conocí a tu tío Jerry.

Tasha me lanza una mirada. —Dime que no te aburrió con su disertación sobre cómo hacer vino casero.

—Sí, de hecho lo mencionó —sonrío, habiendo soportado treinta minutos completos de la aparente devoción del anciano por el arte y oficio de la fermentación casera—. Por lo que me cuenta, prepara un cabernet formidable.

Ella se ríe. —Oh, formidable lo es, sin duda. Créeme. La elaboración de vino se ha convertido en la obsesión del tío Jerry desde que se jubiló hace unos años. Lo malo es que incluso ha hecho que Antonio experimente con la fabricación casera. Excepto que Tony ha estado jugando con cerveza, no con vino. Para que conste, no recomiendo ninguna de las dos.

—¡Oye, escuché eso! —Antonio grita desde un grupo de hombres jóvenes que están al otro lado de la cocina abarrotada. El esposo de Tasha, del tamaño de un defensor de fútbol americano, sostiene una botella de color marrón oscuro en la mano. La levanta en un saludo

burlón hacia nosotras, luego señala la etiqueta casera—. No la critiques hasta que la pruebes. ¿Quieres que te traiga una bien fría, Avery?

Tasha niega con la cabeza hacia mí. —Créeme, no quieres.

—Quizás más tarde —le digo, riéndome mientras él me da un pulgar hacia arriba y luego vuelve a hablar con sus compañeros.

—Oye, Tasha —otro de sus parientes, uno de sus muchos primos, entra a la cocina por la puerta trasera. Sostiene un arreglo floral masivo en sus brazos. Una explosión de rosas blancas y rosadas, fresias y media docena de otros tipos de flores fragantes blancas y rosadas con follaje brillante rebosan del gran jarrón—. ¿Tienes algún lugar donde quieres que ponga esto?

—Oh, es cierto. El ramo de la iglesia. Gracias por traerlo a casa, Robbie —cuando él asiente, ella deja su plato y camina hacia un aparador antiguo en el comedor de concepto abierto, despejando un lugar para el arreglo—. Ponlo aquí, por favor. Quiero poder disfrutarlo desde cualquier lugar que mire.

La sigo para admirar el enorme ramo mientras su primo se marcha. —Es impresionante —mi nariz se llena con el increíble aroma de las flores—. Y huele como el cielo.

—¿Verdad que sí? Dios, debe haber costado una fortuna —murmura, acercando una de las rosas a su rostro e inhalando profundamente—. Me pregunto quién las envió.

—¿No venía una tarjeta?

—No. Ni tarjeta. Ni sobre. Nada —mis instintos se alteran ante eso. Ella suelta la flor y endereza suavemente parte del follaje—. Cuando lo vi en la iglesia, asumí que lo habían proporcionado para la misa, pero el Padre William me dijo que había llegado justo antes de que comenzáramos. Un regalo misterioso, aparentemente.

Imposible. Siento que mi cabeza niega lentamente mientras recuerdo a Nick presionándome para saber adónde iba. ¿Realmente había enviado un regalo tan generoso y considerado a mi amiga? ¿Alguien a quien ni siquiera había conocido? Me sorprende pensar que sí. Más que eso, me conmueve.

Tasha me mira y frunce el ceño. —¿A qué viene esa sonrisita, Avery? ¿Tú no enviaste estas flores, verdad?

—No —niego con la cabeza más vigorosamente—. Quisiera poder decir que fui yo, pero no. Nunca podría pagar algo tan extravagante. Ahora entiendo por qué me preguntó a qué iglesia iba.

Sus ojos se ensanchan. —¿Quieres decir que *él* las envió? ¿Dominic-el-cretino-Baine?

Ha empezado a llamarlo así desde el momento en que le conté sobre mi conversación con Margot. En ese momento, estuve de acuerdo. Ahora, me siento obligada a defenderlo, al menos un poco. —Tienes que admitir que fue un lindo gesto de su parte. Dios, no puedo creer que pudiera hacer entregar flores tan rápido después de nuestra conversación.

Aunque, pensándolo bien, nada es imposible si tienes suficiente dinero. O si eres Dominic Baine.

—Espera un maldito segundo —Tasha pone los puños en sus caderas—. Retrocede, chica. Sí, las flores son increíbles, incluso considerando la fuente. *Supongo.* Pero, ¿significa esto que realmente están en buenos términos? ¿Como que hablaste con él tan recientemente como esta mañana?

—Me envió un mensaje de texto desde Londres mientras iba camino al bautizo. Le envié una respuesta malhumorada, y lo siguiente que supe es que me estaba llamando. No iba a contestar, pero sabía que no dejaría de intentarlo hasta que me localizara. Así que simplemente... empezamos a hablar.

Ella arquea una ceja. —¿Qué demonios pasó con "es un mujeriego y un mentiroso y nunca quiero volver a verlo"?

Suspiro ante mi derrota. —Es una larga historia.

—¿Volviste con él?

¿Lo hice? Ni siquiera estoy segura de que alguna vez estuviéramos juntos. No en ningún sentido significativo de la palabra, a menos que el gran sexo cuente para algo.

Por la forma en que mi cuerpo se acelera al pensar en él, es difícil argumentar que no cuenta. Y, para ser justa, el sexo que tuve con

Nick superó con creces lo *grandioso*.

—No sé qué está pasando entre nosotros —admito—. Le dije que no quería volver a verlo. Le hice saber que estaba muy enojada porque no me dijo que era dueño de Dominion. Incluso le dije que sabía que se había acostado con Margot antes.

—Entonces, ¿qué tuvo que decir al respecto?

—Dijo que nada de eso tenía que ver con nosotros.

Cogimos porque ambos lo quisimos.

Lo haremos de nuevo porque eso es lo que ambos queremos.

Sus palabras me persiguen como una lengua de fuego por mis venas. Aprieto los labios y encuentro la mirada expectante de Tasha. —Dijo que quiere verme de nuevo cuando regrese a Nueva York.

—Mmm. Me lo imagino. ¿Y tú? ¿Quieres volver a verlo?

—No lo sé. Sí, quizás sí —vacilo, encogiéndome de hombros—. Realmente no debería...

—No, no deberías. Pero, ¿con qué frecuencia una mujer hace lo que debería cuando se trata de un hombre al que no puede resistir?

En ese preciso momento, Antonio se acerca a nosotras con paso arrogante. —Hablando de mí otra vez, veo —le dirige a su esposa una sonrisa traviesa y la atrae bajo el ala de su musculoso brazo—. La tengo justo donde quiero —me dice—. Ella nunca pudo resistirse a mí. Pero, quiero decir, en serio. ¿Quién podría? ¿Tengo razón?

—Eres un idiota —dice ella, riéndose mientras le da una palmada cariñosa en su amplio pecho.

El afecto que sienten el uno por el otro es inconfundible. No tratan de ocultarlo. Antonio inclina la cabeza para darle un beso dulce. Observo cómo una mirada privada parpadea a través de sus ojos fijos, y parte de la envidia que sentí por la gran y amorosa familia de Tasha se transforma en otro matiz de anhelo.

¿Tendré esto alguna vez con alguien? No con Nick, no soy lo suficientemente ingenua como para pensar que nos dirigimos a algo a largo plazo. Aun así, no puedo acallar la punzada de anhelo que siento mientras observo a Tasha y su esposo.

—Oye, Avery —dice Antonio después de un momento, apartando la mirada de su esposa—. Mira esto. ¿Estás lista para probar una de mis mejores cervezas?

Levanta la mano que no está alrededor de Tasha y veo que sostiene una botella sin abrir de cerveza casera.

Tasha frunce el ceño. —Por Dios, Tony. No la hagas beber eso...

—¿Qué quieres decir? He estado perfeccionando esta receta durante un mes. Está muy buena —dice—. Vamos, Avery, sé tú la juez. Pruébala.

Sin desanimarse, me extiende la botella marrón oscura, luego saca un abrebotellas del bolsillo trasero de sus jeans. Antes de que pueda decidir de un modo u otro si la quiero, quita la tapa de la botella y asiente para que tome un trago.

—Estoy segura de que no es tan mala —ofrezco optimista, llevando la botella a mis labios e inclinándola hacia atrás.

Y no, no es mala. Es completamente horrible. El sabor amargo recorre bruscamente mis papilas gustativas como una bocanada de aguarrás con sabor a lúpulo. En el momento en que toca mi lengua, empiezo a toser. Mis músculos de la garganta se contraen, pero me obligo a tragar el sorbo de la supuesta cerveza.

—¿Ves? —dice Tasha mientras jadeo y toso—. La odia, Tony.

Él parece destrozado. —¿No te gusta?

Mis ojos están llorosos. Mi esófago se siente como pavimento quemado. —Es um... un poco fuerte.

—Mira a la pobre chica. Está a punto de desmayarse —Tasha agarra la botella de mi mano flácida y la vuelve a poner en la mano de su esposo—. Avery y yo estábamos hablando de cosas muy importantes antes de que tú groseramente intentaras envenenarla. Vamos, déjanos charlar. Y llévate esta porquería contigo.

Antonio levanta sus hombros fornidos. —Está bien, más cerveza para mí —toma un gran trago de la botella. Evidentemente, ha desarrollado cierta tolerancia porque ni siquiera hace una mueca al tragar esa cosa horrible, luego regresa con sus amigos al otro lado de la habitación.

Tasha niega con la cabeza disculpándose conmigo mientras otra tos se apodera de mi garganta. —Intenté advertirte. ¿Estás bien?

—Sí —croé—. Bien.

Ahora que estamos solas en nuestro pequeño rincón de la reunión —y ahora que puedo respirar más o menos normalmente— Tasha cruza los brazos sobre sus pechos y me da una mirada astuta. —Entonces, creo que estabas a punto de contarme cómo cierto regalador de flores, omitidor de verdades y probablemente mujeriego sin remedio logró convencerte de volver a verlo. Aparte de las razones obvias, eso sí —y concederé que hay muchas.

—Sí, las hay —me muerdo el labio, pero no suprime mi sonrisa mientras empiezo a enumerar los numerosos atributos de Nick—. Guapísimo. Inteligente. Intrigante. Poderoso. Absolutamente increíble en la cama.

—Olvidaste "rico como un Rockefeller" —añade Tasha con ironía —. Quiero decir, incluso yo tengo que admitir que un tipo como Dominic Baine es lo suficientemente atractivo sin todo su dinero. ¿Qué hace alguien con un patrimonio neto de dos puntos cuatro mil millones, de todos modos?

¿Dos punto cuatro? Siento que mi garganta se cierra de nuevo, pero no tiene nada que ver con la terrible cerveza de Antonio. ¿Podría Nick ser realmente tan rico? Y el hecho de que Tasha mencione una cifra tan específica hace que incline la cabeza en señal de interrogación. —¿Cómo sabes cuánto vale?

—Estaba en un artículo de Forbes que encontré sobre él.

—¿Buscaste a Nick en Internet? —Estoy mortificada—. ¡Tasha! No lo hiciste.

—Por supuesto que lo hice. ¿Qué clase de amiga sería si no investigara a fondo a este tipo en Google?

La miro boquiabierta. —Eso es simplemente... incorrecto. Es invasivo.

Ella suelta un suspiro dramático. —Bueno, no es como si hubiera encontrado mucho, de todos modos.

Aunque no quiero aprobar su intromisión, es casi imposible mantener mi curiosidad en línea con mis principios ahora. —¿Qué quieres decir con que no encontraste mucho?

—Quiero decir que, aparte de las estimaciones de su patrimonio neto durante los últimos diez años y un puñado de adquisiciones de alto perfil que Baine International tiene en registros públicos, Dominic Xavier Baine parece ser un libro cerrado.

Su nombre completo es un premio por sí solo, un bocado de información que estoy aprendiendo por primera vez ahora. El nombre completo de Nick es elegante y oscuro y misterioso, como el hombre mismo. Las sílabas se deslizan por mis sentidos y las saboreo como lo haría con cualquier dulce robado.

—Dicen que odia cualquier tipo de publicidad —continúa Tasha—. Un entrevistador de revista incluso lo llamó el 'magnate en las sombras' debido a lo esquivo que es con los medios. Mantiene sus negocios muy por debajo del radar y nadie parece saber mucho sobre él personalmente tampoco, aparte de las cosas oficiales de su biografía registradas en el sitio web de su empresa. Eso es prácticamente un milagro en sí mismo en esta época. Mientras que la mayoría de sus compañeros multimillonarios nunca conocieron una cámara o un titular que no les encantara, lo más que cualquiera puede decir sobre tu señor Baine es que el hombre es un enigma.

Absorbo esta nueva perspectiva en silencio. Desde el principio sentí que Nick era intensamente privado, incluso secreto. Ahora ese sentimiento se asienta sobre mí con más peso del que me gustaría examinar. No quería ser entrometida sobre él o su vida personal. El hecho de que haya tomado medidas para mantenerse fuera del centro de atención —a pesar de su significativo éxito y riqueza— no debería molestarme.

No debería importarme que esté dañado y solitario, como me ha advertido Margot. O que sea evasivo y protector de sus secretos —cualesquiera que sean— como parecen implicar las revelaciones de Tasha. Pero aun así, me importa.

Todas estas cosas me preocupan profundamente.

Porque tengo suficientes secretos para los dos.

18

ME APARTO DE MI caballete, frunciendo el ceño mientras inclino la cabeza para evaluar mi trabajo en la suave luz melocotón del amanecer. Estoy instalada en la sala del apartamento de Claire, un mar arrugado de sábanas manchadas de pintura compradas en tiendas de segunda mano extendidas por el suelo bajo mis pies descalzos y el paisaje urbano inacabado que simplemente no logro hacer bien por más que lo intente.

Sujeta a la parte superior de mi caballete está la fotografía que he estado luchando por dar vida en el lienzo. Mi ceño se profundiza mientras observo la luz amarillenta y las líneas sin vida de mi pintura. Tal vez Nick tiene razón. Mi arte no es lo suficientemente bueno. Ni para su galería, ni para la de nadie más.

Como evidencia de ese hecho, detecto una sombra errante en una de las casas de piedra rojiza que he pintado meticulosamente hoy. Vuelvo al cuadro para corregirla, pero mis arreglos solo empeoran el problema.

—Maldición.

He pasado semanas tratando de perfeccionar esta obra. Ahora estoy tentada a desechar todo. Antes de permitirme ceder a ese impulso, arrojo mi pincel con frustración y me dirijo a la cocina para buscar algo de desayunar.

Apenas son las ocho de la mañana, aunque llevo horas despierta. Después de pasar ayer en casa de Tasha, anoche me fui a la cama inquieta, con la mente abarrotada de mil pensamientos distractores. Muchos de ellos relacionados con Nick.

No puedo fingir que no me molesta que Tasha investigara en internet sobre su vida. No solo porque lo hizo sin preguntar, sino también porque la información que descubrió —aunque escasa— ha despertado en mí una curiosidad no deseada, pero persistente.

Curiosidad y cautela, ambas en igual medida.

Quiero saber más sobre él. Si soy honesta conmigo misma, quiero saberlo todo sobre Dominic Xavier Baine.

El hecho de que compartiera lo que vivió en Dubái tiene un nuevo peso hoy, ahora que soy consciente de su reputación de privacidad tanto en su vida personal como profesional. Me siento especial porque confió en mí, porque me tuvo confianza. No tenía por qué hacerlo. No tenía que explicarse en absoluto, y sin embargo lo hizo.

No hago nada porque crea que tengo que hacerlo, había dicho.

Y no, supongo que no lo hace.

Pero hay más en Nick que simple elusividad o estricta discreción. Lo percibo del mismo modo en que todas las criaturas heridas son capaces de reconocer las cicatrices que llevan los demás. Es enigmático por alguna razón. Es reservado porque hay seguridad en el aislamiento. No se necesitan miles de millones de dólares o una mansión en un ático para aprender esas lecciones en la vida.

Lo que sea que esté en el pasado de Nick —cualquier muro que haya construido a su alrededor para protegerse en el presente— es asunto suyo. Yo no pertenezco ahí. No más de lo que él pertenece al mío.

Meto una rebanada de pan integral en la tostadora, luego me sirvo lo último del café tibio que preparé hace varias horas. Después de agregar un poco de crema y azúcar, apoyo los codos en la encimera de mármol blanco y abro mi tablet para revisar el clima para mi trayecto a Vendange más tarde. Gimo. Nublado con fuertes

lluvias por la noche. Maravilloso. El mal tiempo generalmente significa una noche más lenta para las propinas.

Mi tostada salta y me giro para recogerla. Masticando una esquina del pan seco, vuelvo a mi tablet y comienzo a cerrar el navegador.

Tengo la intención de cerrarlo. Pero toda mi reflexión sobre Nick y las cicatrices que ambos llevamos abre una vieja herida dentro de mí. Mi dedo se detiene sobre la barra de búsqueda.

No lo hagas.

Mi mano tiembla y, por un instante, casi pierdo el valor.

No lo hagas. No abras esa puerta de nuevo. Después de todo, no hay necesidad de buscar. Ya sé lo que encontraré al final de ese largo y oscuro pasillo.

—No...

El sonido de mi propia voz me sobresalta. Pero ni siquiera la advertencia hablada en voz alta me disuade ahora. Con la tostada atrapada entre los dientes, uso ambas manos para escribir lentamente un nombre en el buscador.

Martin Edward Coyle.

La página se llena de resultados de búsqueda, la mayoría fechados después del arresto de mi madre. Veo su nombre mencionado en casi todos los registros. Y en todas esas menciones de mi hermosa, amable y cariñosa madre, se la describe principalmente por su crimen. Como si su condena se hubiera convertido en un apéndice de toda su identidad.

Brenda Leigh Coyle, acusada del asesinato por arma de fuego de su esposo en su casa la tarde del 21 de agosto...

Brenda Leigh Coyle, quien confesó el brutal asesinato de su esposo, Martin...

Brenda Leigh Coyle, ahora cumple cadena perpetua después de declararse culpable de asesinato premeditado...

Varios de los artículos describen a mi padrastro como una víctima inocente. Obituarios en línea escritos por sus familiares y miembros bienintencionados de la iglesia lo elogian por su fuerte ética de

trabajo y su compromiso con la comunidad. Esos son los que más me dan náuseas. Ninguno cuenta la verdadera historia de quién era. Ninguno arroja luz sobre el tipo de monstruo que era a puertas cerradas.

El hecho de que no expusiera su verdadera naturaleza cuando tuve la oportunidad es un arrepentimiento que llevaré conmigo para siempre.

Podría haber salvado a mi madre, si solo me hubiera dejado testificar.

Si solo hubiera permitido que el caso fuera ante un jurado en lugar de declararse culpable para evitar un juicio, podría haber ahorrado a ambas el dolor de estos últimos nueve años.

Un golpe en la puerta del apartamento me saca de mi deriva por los pasillos más oscuros de mi pasado. Salto, dejando caer mi tostada a medio comer sobre la encimera.

—Un segundo —grito mientras apago la tablet y la guardo en un cajón de la cocina.

No estoy emocionada por ver a nadie vestida como estoy, pero supongo que es solo Manny o uno de los hombres de mantenimiento, ya que nadie entra o sale del edificio excepto ellos, a menos que vivan aquí. Haciendo un rápido intento de alisar mi camiseta extra grande sobre mis holgados pantalones de chándal, camino hacia el vestíbulo para abrir la puerta.

Pongo mi ojo en la mirilla y aspiro bruscamente.

Oh, Dios.

Mi estómago comienza a agitarse, mitad sorpresa, mitad mortificación. A regañadientes, abro la puerta.

—Nick.

—Buenos días. —Su sonrisa sexy dispersa cada pensamiento desagradable hacia los rincones más lejanos de mi mente. Está ahí de pie con jeans oscuros y un blazer negro. Su camisa blanca almidonada está desabrochada en el cuello, pero incluso vestido de manera informal para negocios, parece valer un millón de dólares.

Más precisamente, dos mil cuatrocientos millones, corrige mi subconsciente.

—Um, hola. ¿Cuándo... qué estás haciendo aquí? —Trato de sonar indiferente, pero mi tartamudeo me delata. Me estoy muriendo un poco por dentro e intento no quedarme boquiabierta ante él, muy consciente de que debo parecer una indigente privada de sueño con mi ropa holgada y manchada de pintura y mi despeinada coleta—. Pensé que no volverías hasta dentro de un par de días más.

—Le dije a mi equipo de Londres que se ocupara de las cosas por mí y volví antes. Acabo de llegar del aeropuerto JFK hace unos minutos. —A pesar de mi desaliñado aspecto, sus ojos me recorren lentamente, con aprecio—. Tengo hambre. Pensé que tú también podrías tenerla.

—Hambre —murmuro. Observa mi boca mientras lo digo, y no creo estar imaginando el destello de interés que parece encenderse en su mirada. Mi pulso responde a él instantáneamente, acelerándose incluso mientras la razón me advierte que mantenga la cabeza fría—. ¿Te refieres a salir a desayunar? No estoy exactamente vestida para eso.

—Entonces nos quedaremos dentro. —Sus labios sensuales se curvan en una sonrisa traviesa—. De hecho, prefiero esa idea aún más. Y podemos decidir sobre el desayuno después.

Me río, pero todavía no estoy lista para dejarlo entrar. —Es lunes, Nick. Algunos de nosotros tenemos que trabajar para vivir.

—Llama para decir que estás enferma.

Sostengo su mirada, preguntándome si tiene idea de lo tentada que estoy. —No puedo hacer eso.

—Está bien. —Inclina la cabeza en reconocimiento, pero claramente no en rendición. Metiendo la mano en el bolsillo de su blazer, saca su celular—. Dime dónde trabajas. Haré la llamada por ti.

—¡No lo harás!

Él no sabe que mi autodenominado trabajo de "relaciones públicas" se realiza detrás de una barra seis noches a la semana, pero eso no me impide jadear cuando actúa como si realmente tuviera la intención de hacer la llamada. Me lanzo hacia él, intentando repetidamente agarrar su mano, que mantiene lo suficientemente alta para estar cómodamente fuera de mi alcance. Soy alta con mis cinco pies y seis pulgadas, pero él es fácilmente seis pulgadas más alto, y mi esfuerzo por detenerlo solo hace que nuestros cuerpos se junten.

—¿Vas a llamar tú o lo haré yo?

Está jugando conmigo, y hay una parte de mí que está más que dispuesta a seguirle el juego. No se me escapa el hecho de que de alguna manera ha logrado entrar al vestíbulo conmigo, cuando yo tenía buenas intenciones de mantenerlo al otro lado del umbral. Ahora, estamos de pie juntos sobre las baldosas de mármol, a menos de un palmo de distancia.

El aire se siente electrificado, crepitando con energía. Con mutuo reconocimiento.

Con sus ojos fijos en los míos, Nick estira la mano y cierra silenciosamente la puerta detrás de nosotros.

Gimo, sintiendo mi inminente derrota. —No puedo faltar a un día de trabajo solo porque tú quieras, Nick. Mi jefe probablemente me despediría por eso.

—Entonces renuncia. —La mueca en su boca sugiere que está bromeando, pero el brillo oscuro en su mirada me dice que está completamente serio. Sus dedos acunan el lado de mi rostro, la yema de su pulgar acariciando suavemente mi labio inferior—. Quiero pasar el día contigo. Y la noche.

Lo miro, sin hablar, cautivada por el placer de su toque y el poder de esos convincentes ojos azules. Mi aliento se escapa en un suspiro. —¿Así es la vida todo el tiempo para ti? ¿Dar órdenes y esperar que todo el mundo las siga simplemente porque es lo que tú quieres?

—Lo dices como si fuera algo malo.

Sonrío a pesar de mí misma. —Supongo que si eres Dominic Baine probablemente no lo sea.

—¿Eso es un sí, Avery?

Inclino la cabeza hacia él. —¿Al desayuno o a algo más?

—A todo lo que quiero hacer contigo ahora mismo. —Sonríe al decirlo, pero no es humor lo que veo ardiendo en sus ojos. Su gran mano todavía está curvada contra mi mejilla, sus dedos todavía persuadiéndome a la sumisión.

No hace falta mucho para que todos mis argumentos se marchiten bajo su toque. Entonces inclina su cabeza y me besa, y cada último pedazo de mi control me abandona.

Lo deseo, y todas mis razones de por qué es un error dejarlo entrar —anhelar a este hombre como lo hago— se dispersan mientras su lengua pasa por mis labios para enredarse con la mía.

19

EN LAS DOS SEMANAS desde que se fue a Londres, casi logro convencerme de que mi recuerdo del sexo con Nick de alguna manera se ha expandido y evolucionado en una fantasía más grande que la vida misma, una que no puede parecerse a la realidad. Mientras Nick me besa, me doy cuenta de lo equivocada que estaba al pensar eso. Si lo que ya hemos tenido juntos era intenso, la chispa solo ha crecido más ardiente en el tiempo que hemos estado separados.

Mi cuerpo se enciende al contacto, como si mis terminaciones nerviosas ya estuvieran entrenadas para reconocer a su amo y despertar en ansiosa respuesta. Su boca domina la mía en un beso profundo y posesivo que deja mi corazón acelerado, mis extremidades sin fuerza. Ya me estoy derritiendo en un desesperado estado de excitación, pero cada caricia de su lengua entre mis labios entreabiertos hace que mi sexo pulse en respuesta, ya húmedo y anhelante con la necesidad de ser llenado.

Recuerdo cómo él fue quien marcó nuestro ritmo aquella primera vez. Recuerdo cómo controló nuestro progreso, cómo casi exigió que le diera las riendas de mi placer. Pero ha despertado algo codicioso en mí y no tengo paciencia para esperar sus señales ahora. Extiendo la mano y presiono mi palma contra la enorme protuberancia de su

erección. Él gime bruscamente, casi un gruñido. Pero no me detiene. Ni siquiera cuando agarro la hebilla de su cinturón y la suelto.

Está tan consumido como yo.

Lo veo en sus ojos entornados, en la brusca dilatación de sus fosas nasales mientras se aparta de nuestro febril beso para mantener mi mirada mientras desabrocho sus pantalones lo suficiente para tomar su dura carne en mi mano. Envuelvo mis dedos alrededor de su grueso miembro y acaricio toda su longitud, observando cómo el azul celeste de sus iris se vuelve tormentoso y oscuro, lleno de tanto deseo que me tambalea.

Cuando vuelve hacia mí para otro beso, esta vez su boca es salvaje. La pura fuerza de su asalto sensual me hace retroceder sobre mis talones. Solo la pared del vestíbulo detrás de mí me mantiene firme mientras el cuerpo de Nick se estrella contra el mío.

Su lengua invade mi boca mientras sus manos se deslizan bajo mi camiseta y se cierran alrededor de mis pechos desnudos en un agarre firme, casi doloroso. Gimo, atrapada entre el placer y el dolor mientras amasa los montículos y hace rodar las puntas doloridas de mis pezones entre sus dedos. Siento su pene encajado en mi cadera, su rígida línea presionando contra mi pelvis mientras él arquea su columna en un fuerte empujón mientras me besa hasta dejarme sin aliento.

Ya estoy completamente mojada para él, y la fricción rítmica de nuestros cuerpos es casi suficiente para hacerme llegar a pesar de que ambos estamos completamente vestidos. Sin vergüenza, me monto a horcajadas sobre su fuerte muslo, aferrándome a él mientras se mueve contra mí y continúa besándome y acariciándome hasta llevarme a un estado de frenética necesidad.

Se aleja de mí con una áspera maldición, su mirada fija en la mía. —Carajo, Avery. ¿Qué me has hecho? Te he estado deseando así desde el día que salí de Nueva York.

—Lo sé —mis palabras apenas son un jadeo—. Yo también.

En el instante en que lo confirmo, él baja y tira de mis pantalones deportivos hacia abajo. La tela suelta cae alrededor de mis tobillos,

dejándome desnuda de la cintura para abajo. Los dedos de Nick se deslizan entre mis muslos, hacia la cálida humedad que se ha acumulado allí. Dejo caer mi cabeza hacia atrás con un gemido mientras acaricia mi hinchado clítoris con su pulgar. Sus dedos profundizan en el húmedo calor de mi hendidura, haciéndome gritar mientras su contacto penetra y provoca.

—Esta vagina va a ser mi obsesión —pronuncia con voz ronca, gimiendo mientras mi interior se contrae alrededor de sus dedos que entran y salen—. Cristo, ya lo es.

Aumenta el ritmo, y su beso se vuelve algo aún más salvaje. El tormento es implacable, enloquecedoramente bueno. Pero no es suficiente. No me está dando lo que realmente quiero. Lo que necesito.

Mis manos encuentran su pene de nuevo. Bajando la cremallera de sus pantalones por completo, meto la mano en sus bóxers y libero su erección. Interrumpe nuestro beso y exhala un gemido bajo mientras lo tomo. Maldice contra mi mandíbula mientras lo aprieto y paso mis dedos a lo largo de la vena en la parte inferior de su miembro.

No he olvidado lo poderoso que se sintió su pene en mi mano la primera vez, pero ahora la sedosa y acerada longitud se siente inmensa, formidable. Lo acaricio apreciativamente, hambrienta, deleitándome en la brusca flexión de sus caderas mientras su cuerpo bombea al ritmo de mis movimientos, su pene hinchándose aún más dentro de mi agarre.

Aun así, necesito más.

Moviéndome sobre mis pies, lo empujo hacia atrás un paso. Veo el destello de sorpresa en su mirada oscurecida, la vacilación de darme tanto control. Con mis manos todavía envueltas alrededor de él, acariciando cada delicioso centímetro desde la amplia punta hasta los testículos y de vuelta, enfrento su mirada desafiante con la mía. —Cuando veo algo que quiero, yo también lo tomo.

Su leve sonrisa no escapa a mi atención mientras me hundo de rodillas ante él. Mis pantalones deportivos descartados ofrecen un

delgado cojín, pero si el suelo de mármol es duro y frío debajo de mí, no lo noto. Inclinándome hacia adelante, lamo alrededor de la corona de su pene, saboreando la salada gota de humedad que encuentro en su punta.

La mano de Nick se enreda en mi cabello suelto mientras comienzo a explorar el resto de él, mi lengua memorizando su sabor y textura embriagadores. Sus fuertes piernas están separadas para permitirme acceso, una mano apoyada en la pared detrás de mí como si necesitara algo sólido para anclarse. —Carajo, eso se siente bien. Ah, Cristo, nena.

Cierro mis labios alrededor de él y lo llevo profundamente a mi boca, saboreando el calor y el poder de este hombre que me está convirtiendo en algo lascivo. Alguien intrépida y audaz. Alguien que apenas reconozco.

Alguien que nunca me he permitido ser con nadie más.

Con Nick, todo lo que conozco es la necesidad. Es pura, inmaculada. Primaria y cruda.

Aunque podría deleitarme con él durante horas, me aparta demasiado pronto, levantándome bruscamente. Agarra mis hombros con sus fuertes manos, sus ojos quemándome con la ferocidad de su mirada. Con una maldición, me arrastra hacia él y reclama mi boca en un beso voraz. —Se acabaron los juegos. Necesito cogerte.

—Sí —estoy de acuerdo, mi voz débil.

Solo noto ahora que todavía lleva su saco. Mientras se lo quita, mete la mano en un bolsillo interior y saca un paquete de condón. No puedo evitar arquear una ceja hacia él.

—Bastante seguro de ti mismo, ¿no, Sr. Baine?

—Siempre —la comisura de su boca se contrae con una sonrisa malvada—. Pero también creo en no dejar nada al azar. Y necesito estar dentro de ti, Srta. Ross. Ahora.

Me besa dura, larga y profundamente, y siento que maniobra para ponerse el condón. Antes de darme cuenta de lo que está haciendo, sus manos abarcan mi trasero y me está levantando sobre las puntas de mis pies, abriéndome mientras su pene encuentra su

posición entre mis piernas. Me provoca con unos deslizamientos húmedos de nuestros cuerpos antes de guiarse a mi entrada y embestir con fuerza, comenzando el ritmo impulsivo que ambos anhelamos.

Sosteniéndome en alto en sus manos, él controla cada empuje, cada penetración. Grito con la imposible plenitud de tenerlo dentro de mí mientras me levanta hasta la corona de su pene y luego me lleva hasta su base. Su tempo no es suave, pero entonces, lo suave no es lo que quiero de él. Por la mirada salvaje en sus ojos y la mueca feroz que tuerce su boca mientras me coge tan completamente contra la pared del vestíbulo, no creo que lo suave sea lo que ninguno de los dos necesita ahora.

Nuestra necesidad es carnal, urgente. Y se siente tan bien, tan dolorosamente correcto. Mi orgasmo está aumentando, elevándose rápida y poderosamente. Cierro los ojos ante la inmensa fuerza del placer que se arremolina a través de mí. Estoy abrumada por lo desesperadamente que necesito esto.

Lo necesito a él.

El aliento caliente de Nick roza mi mejilla. —Ábrelos para mí, Avery. Déjame verte llegar.

Mis párpados se levantan. No tengo más remedio que hacer lo que dice, porque ahora estoy al borde. Estoy jadeando su nombre, gimoteando mientras mi orgasmo se apodera de mí. Me rompo con un grito ahogado, mirando a sus ojos mientras mi liberación me sacude.

Nick no disminuye su ritmo ni por un segundo. No me muestra ni una pizca de piedad. Y me encanta. Agarrando sus anchos hombros, me retuerzo sobre él mientras continúa embistiéndome, soportando todo mi peso en sus palmas y antebrazos. Me agito y me sacudo, todo mi cuerpo temblando mientras mi centro convulsiona con ola tras ola de violenta y destructora felicidad.

No es hasta que empiezo a desplomarme contra él, mi cabeza cayendo sobre su hombro, que siento que el agarre de Nick en mí

cambia. Todavía está duro dentro de mí, nuestros cuerpos aún íntimamente unidos, aunque él todavía no ha terminado.

—Envuelve tus brazos alrededor de mi cuello, nena. Agárrate a mí.

Lo hago, y luego nos movemos. Lejos del vestíbulo, hacia la sala de estar.

Nick me lleva como si no pesara nada, un atractivo adicional que también me parece ridículamente romántico. Pero ahí termina su suavidad. Cuando llegamos al sofá, me pone de pie. Gimo en protesta cuando nuestros cuerpos se separan. Sin decir palabra, me quita la camiseta, luego se desabrocha rápidamente los botones de su camisa blanca y arroja la ropa a un lado. Su pene sigue tan erecto como cuando empezamos, de hecho, más. Incluso si no lo estuviera, su mirada ardiente no deja lugar a dudas de si ha terminado conmigo.

—Date la vuelta.

Me tambaleo con piernas sin huesos, apresurándome a obedecer su brusca orden. Cuando estoy de espaldas a él, me dobla sobre el brazo del sofá. Mi trasero está en el aire, mi sexo y trasero totalmente expuestos ante él. Escucho oscura aprobación en el bajo gruñido que escapa de él. Siento poder y exigencia en el ardiente deslizamiento de su palma mientras traza fuego a lo largo de mi columna.

Su mano viaja más abajo, entre las nalgas de mi trasero, sus dedos acariciándome indecentemente, explorando cada centímetro de mi desnudez. Lo siento separarme ampliamente, luego para mi sorpresa —para mi indecible placer— se arrodilla y entierra su cara entre mis piernas. Me aferro a los cojines del sofá mientras su boca y su lengua lamen caliente y húmedamente a lo largo de toda la hendidura de mi cuerpo. Baja hasta mi clítoris y succiona la perla hinchada en su boca. Mientras hace esto, empuja un dedo en mi vagina y desliza otro en el apretado capullo de mi ano, que ha humedecido con su lengua y mis propios jugos.

—Oh, Dios —es solo una breve provocación de la punta de su dedo dentro de mí, pero jadeo y me quedo inmóvil, sacudida por sensaciones que nunca antes había sentido.

Por muy bien que se sienta, también estoy desconcertada y más que un poco asustada. No porque me asuste, sino por lo mucho que lo deseo. Estoy viva de necesidad y aterrorizada por lo carnal que me hace sentir.

—¿Alguna vez? —su murmurada pregunta sopla contra mi trasero desnudo, enviando un escalofrío de ansiosa anticipación por mi cuerpo.

—No. Nunca.

—Bien. Entonces será todo mío. Pero no esta vez —lo escucho moverse. Registro que está de pie de nuevo, posicionado directamente detrás de mí, sus muslos cálidos entre los míos. Se inclina sobre mí, poniendo su boca junto a mi oído—. Te deseo demasiado para ir despacio ahora. ¿Entiendes?

Asiento, y antes de que pueda decirle que no necesito que vaya despacio, entra en mí con una embestida larga y dura que siento hasta la garganta.

Y Nick no va despacio ahora.

Me coge con un abandono desatado, como si no pudiera tener suficiente. Como si realmente hubiera estado deseando esto —deseándome a mí— todo este tiempo que hemos estado separados.

Mientras me preparo para cada furiosa embestida, inclinando mis caderas para recibirlo mientras arremete implacablemente hacia el clímax, me doy cuenta de que yo también he estado deseando esto. Lo he estado deseando a él.

Y si he estado preocupada por estar dejándome llevar demasiado lejos con Dominic Baine, hoy me doy cuenta de la futilidad de ese pensamiento.

Porque ya estoy ahí.

Estoy demasiado involucrada, y lo que es peor es que ya no puedo fingir que no estoy exactamente donde quiero estar.

20

UN PAR DE ORGASMOS más tarde, recién duchada y envuelta en una toalla, estoy sentada al borde de mi cama en la habitación de invitados de Claire mientras hago lo que probablemente sea la peor actuación de fingir estar enferma que he hecho en mi vida. Afortunadamente, es lo suficientemente temprano por la mañana como para que Vendange aún no esté abierto, así que murmuro mis excusas sobre estar agotada por un mal virus estomacal en el buzón de voz de Joel en el restaurante.

No estará contento. Seguramente me castigará por dejarlo con poco personal hoy, ya sea con cambios de horario terribles o reducción de sueldo. Diablos, no me sorprendería que amenazara con despedirme la próxima vez que me vea. En este momento, realmente no me importa. Mi cuerpo está deliciosamente exhausto, y sé que hay más placer esperándome en el apartamento de Nick, donde ha ido a asearse y a prepararnos el desayuno.

Presiono FIN en la llamada al restaurante, y ya estoy sonriendo mientras marco a Tasha para ponerla al tanto. No tiene sentido hacerla preocuparse por mí, lo que hará cuando llegue al trabajo y vea que no estoy allí.

—Hola, chica —contesta después de varios timbres—. Espera un segundo. Tengo una situación de vómito de bebé que atender aquí.

No espera a que responda antes de dejar el teléfono para atender a su hijo. En el fondo, escucho el ruido amortiguado del caos familiar general: agua corriendo en el fregadero, Antonio preguntándole a Tasha dónde dejó sus llaves, un televisor parloteando en algún lugar de la otra habitación, y Tasha calmando a la pequeña Zoe, cuyos llantos entrecortados se calman casi inmediatamente bajo el tierno cuidado de su madre.

—Perdón por eso —dice cuando vuelve a la línea—. ¿Qué pasa?

—No voy a ir hoy. Llamé para reportarme enferma, le dejé un mensaje a Joel diciendo que creo que tengo intoxicación alimentaria o algo así.

—¡Oh, no! Cariño, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Es solo que...

—Fue la cerveza de Tony, ¿verdad? —Me interrumpe antes de que pueda terminar de hablar—. ¿No te dije que no bebieras esa porquería?

No puedo contener la risita. —La cerveza estaba asquerosa, pero no estoy enferma. Eso es lo que estoy tratando de decirte. No voy a ir porque pasaré el día con Nick.

—No me digas. ¿Tú, que no has faltado a un solo turno desde que empezaste a trabajar allí, estás haciendo novillos? —Baja la voz —. ¿Estás con él ahora mismo?

—No. Estoy en el apartamento. Él se fue hace un rato.

Se ríe por lo bajo. —Con razón te escuchas tan tranquila y relajada. Vamos, dime. El sexo fue increíble, ¿verdad?

—Con Nick siempre lo es —admito. Jugueteo con un hilo suelto de mi toalla, mi cuerpo doliendo en todos los lugares correctos cuando pienso en cómo pasamos las últimas horas—. Apareció en mi puerta esta mañana. Acababa de llegar de Londres y dijo que no podía esperar para verme... para estar conmigo. Ahora está de vuelta en su departamento, preparándonos el desayuno.

—¿Tienes idea de lo mucho que apestas en este momento? —Lo dice con sarcasmo, pero prácticamente puedo ver la sonrisa en su rostro—. Estoy aquí parada con un charco de vómito de bebé en mi

hombro y una taza de café tibio en mi mano, y tú básicamente me estás diciendo que acabas de pasar la mañana teniendo sexo salvaje increíble con un guapísimo multimillonario y estás en camino a su penthouse para disfrutar de un delicioso desayuno con él. Un delicioso desayuno que, solo puedo imaginar, te estará preparando mientras se ve pecaminosamente sexy haciéndolo. En serio te odio, mujer.

Me río. —Probablemente yo también tendría que odiarme. De todos modos, solo quería que supieras que estoy bien. Pero Joel va a estar furioso.

—Que se joda —dice bruscamente—. ¿Con lo que trabajas? Te mereces una noche libre y un poco de diversión. Te mereces ser feliz, Avery.

—Lo soy —digo, y me asombra lo genuinamente que lo siento. Mi sonrisa apenas se ha atenuado desde que Nick dejó el apartamento.

Para ser honesta, apenas se ha atenuado desde que lo conocí.

—Tengo que irme ahora, ¿vale? Él me está esperando arriba.

—Sí, sí, restriégamelo —dice, exhalando una risa suave—. Ve. Diviértete. Mañana esperaré un informe completo.

~ ~ ~

Tasha tenía razón. Nick se ve pecaminosamente sexy preparando el desayuno. Estaría aún más celosa de saber que no solo es increíble en la cama, sino que también es excepcional en la cocina.

Sentada en uno de los taburetes altos detrás de la isla de la cocina, tomo un sorbo de mi mimosa burbujeante y observo con asombro mientras sirve dos platos de huevos Benedict perfectamente preparados que parecen sacados de una revista gourmet. Huevos pochados esponjosos flotando sobre un muffin inglés ligeramente dorado, apilado con una rebanada doblada de tocino canadiense y una fina capa de espinacas verde oscuro. La cremosa salsa holandesa amarilla está artísticamente esparcida sobre todo, con cebollín finamente picado espolvoreado encima. Ha completado cada plato con una colorida porción de fruta cortada y bayas jugosas y maduras.

—Cuando dijiste que estabas preparando el desayuno, imaginé huevos revueltos y tocino. Quizás una rebanada de pan tostado al lado. Esta comida es una locura.

Su boca se curva. —No creo en hacer las cosas a medias.

—Eso estoy notando. —Le sonrío—. Qué suerte la mía.

Su mirada está fija en mí, y la forma en que me mira hace que mi estómago revolotee con algo más profundo que el hambre básica. Después de un momento, me indica que comience a comer. —Bon appétit.

Corto el huevo y no puedo contener mi gemido mientras saboreo el primer bocado decadente. Nick me observa todo el tiempo, sin parecer tener prisa por probar su propia comida. Mientras mastico, trago y suspiro ante la explosión de deliciosos sabores que llenan mi boca, sus ojos azules brillan con una chispa de interés que no es más que carnal.

Ver un deseo tan ardiente en su intensa mirada también calienta mis pensamientos. No ayuda que esté ahí de pie sin camisa y descalzo, vistiendo solo un par de jeans descoloridos que cuelgan bajos en sus esbeltas caderas. Por lo que ciertamente no es la primera vez, mis ojos recorren los planos musculosos y relieves de su pecho y brazos y su abdomen ondulado.

Es hermoso; no hay otra palabra para él. Ni siquiera el enredo de cicatrices furiosas que atraviesan su antebrazo y mano derecha puede disminuir la perfección masculina del cuerpo de Nick. Su rostro es igualmente devastador, especialmente cuando me está mirando como si estuviera a punto de saltar sobre el mostrador y devorarme.

—¿Está bueno? —pregunta.

—Muy bueno. —Me lamo los labios, sin estar segura de qué encuentro más atractivo, si a él o el fantástico desayuno que me preparó—. Cocinas mejor que muchos chefs que conozco.

—¿En serio? —Parece sorprendido, halagado. Se encoge de hombros, pero puedo ver el orgullo en su expresión. Y algo más, que estoy tentada a llamar arrepentimiento—. Cocinar comenzó

como terapia para mí. Un pasatiempo que adopté hace muchos años cuando necesitaba trabajar para recuperar el uso de mi mano.

Dice esto como si ambos supiéramos qué le pasó. Quiero preguntar, pero no quiero apagar este momento como presiento que lo haría si lo obligo a explicarme sus cicatrices.

Apoyando su cadera contra el mostrador, cruza sus musculosos brazos sobre su pecho. —Ahora cocino principalmente porque me gusta. Todavía me ayuda a concentrarme y recalibrarme como nada más puede. Casi nada, es decir.

Sonrío mientras pincho una fresa madura y roja con el tenedor. —Bueno, creo que deberías saber que me siento muy mimada ahora mismo.

—Bien. Apenas estamos comenzando.

Su sonrisa torcida está cargada de promesa erótica, y siento una mezcla de decepción y alivio cuando finalmente rompe el contacto visual para tomar su tenedor y comenzar a comer su desayuno sobre el mostrador. Comemos en un silencio agradable durante unos momentos antes de que alcance la botella de champán y rellene mi mimosa.

—¿No hubo problemas para escaparte del trabajo, espero?

—No. Ningún problema. —Le doy un encogimiento de hombros indiferente, odiando el sabor ácido de mi mentira.

Debería haberle dicho antes a qué me dedico. Si me despreciaría porque gano mi sueldo sirviendo bebidas, entonces estaría mejor sin él. Sería más inteligente descubrirlo ahora, mientras todavía puedo alejarme de él con mi corazón y mi cordura intactos. Eso es lo que me digo a mí misma, pero el hecho de que haya dejado que la mentira exista durante tanto tiempo solo hace que la verdad parezca aún más lejos de mi alcance.

—¿Y tú? —pregunto, tratando de calmar mi garganta seca con un sorbo de jugo de naranja con champán—. Has estado fuera durante dos semanas. Estoy segura de que tienes cosas importantes de negocios que deberías estar haciendo ahora mismo.

Sonríe mientras mastica un bocado de su Benedict. —No puedo pensar en una sola cosa que necesite hacer, de negocios o de otra índole. Excepto a ti, señorita Ross. Lo cual pienso atender tan pronto como terminemos aquí. Vas a necesitar energía para todas las cosas que tengo en mente.

Siento que mis mejillas se inundan de calor, pero no puedo resistirme a provocarlo. —Oh, ahora veo lo que está pasando aquí. Esta comida increíble no se trata tanto de impresionarme con tus habilidades culinarias como de alimentarme para una maratón en tu cama.

Se ríe, con los ojos clavados en mí. —Maratón, sí. Sin duda. La cama es opcional.

Me río con él, aunque por dentro mis terminaciones nerviosas vibran con anticipación. Se inclina hacia adelante para acunar el costado de mi rostro en su palma, arrastrándome hacia él para un beso largo y lento. Como siempre con Nick, el más mínimo contacto, el más breve roce de sus labios sobre los míos, envía una oleada de adrenalina por mis venas. No puedo frenar mi respuesta hacia él y hay una parte de mí que ni siquiera quiere intentarlo. Me derrito, me duele, quiero... siempre a este hombre.

—Dios, sabes tan bien —murmura contra mi boca mientras profundiza su reclamo—. Podría devorarte aquí mismo ahora mismo.

Sí. Sí, por favor, Nick. Estoy a punto de decirlo, lista para entregarme a él, pero en ese mismo instante un teléfono celular suena con una llamada entrante. El teléfono de Nick está sobre la encimera donde ha estado desde que llegué. Suena de nuevo, vibrando contra el granito negro.

Con un gruñido bajo, se aparta lentamente de mí para mirar el dispositivo. No puedo evitar mirar también, solo un reflejo de mi mirada hacia el nombre y la foto iluminados en la pantalla.

Lily Fontana.

Es bonita. Cabello negro azabache y piel blanca como la leche. Un rostro en forma de corazón que calculo tiene mi edad. Su sonrisa

es confiada, su expresión exuberante tan encantadora como su nombre.

—Tengo que atender esto —dice Nick, sujetando el teléfono contra su pecho—. ¿Me disculpas un minuto?

Asiento, porque ¿qué más puedo hacer? Se aleja, hacia la sala de estar para hablar mientras yo trato de no sentirme incómoda y fuera de lugar en su cocina.

—Hola, Lily. Las noticias vuelan, por lo que veo. —Su voz es baja, pero se escucha por todo el penthouse—. Sí, llegué esta mañana, de hecho.

Aunque su tono con ella es autoritario y firme, también hay una familiaridad en su conversación —una intimidad— que enciende unos celos desagradables en mi estómago. Me obligo a seguir picoteando mi desayuno, aunque mi boca se siente seca y mi estómago se siente lleno por el peso de mi decepción.

—No, tienes razón —le dice a Lily—. Debería haberte llamado para informarte que mis planes habían cambiado. —Escucha por otro momento, luego exhala un breve suspiro—. Ah, diablos. ¿Eso es esta noche? No, no puedo asistir. Hay otras cosas a las que ya me he comprometido.

Mientras dice esto, regresa a la cocina donde estoy moviendo distraídamente los huevos en mi plato. Nuestras miradas se conectan, pero no puedo sostener su intensa mirada. No mientras tiene a otra mujer al otro lado de la línea, presionándolo para que esté en otro lugar en lugar de conmigo. Una mujer muy bonita cuyo rostro ahora está grabado en mi mente.

—Entiendo, pero la gala del alcalde Holbrook es lo último que me preocupa. Dile que todavía estoy en Londres. Demonios, dile que concierte una cita conmigo durante el horario laboral como todos los demás. —Nick me mira fijamente mientras habla con Lily, y no hay duda del calor sensual que todavía está presente en sus ojos, todo enfocado en mí—. Estoy seguro de que habrá otras oportunidades para que me saque dinero para la próxima campaña. Bueno, ¿qué va

a hacer, bloquear los permisos del centro recreativo? Si lo hace, simplemente trabajaré alrededor de cualquier obstáculo que surja.

Nick hace una pausa para escuchar más, luego le da instrucciones a Lily para transmitir sus disculpas al alcalde y reorganizar un par de reuniones en su agenda para la semana siguiente. Termina la llamada y vuelve a dejar el teléfono sobre el mostrador.

—Mi asistente —me informa—. A Lily le gusta mantener un estricto control. Es buena manteniéndome en el camino correcto, pero no siempre se lo hago fácil. No hace falta decir que no está contenta de que haya acortado mi estancia en Londres sin avisarle que estaba de vuelta en Estados Unidos.

—Oh. —Su asistente. Asiento, asombrada por la profundidad de mi alivio. Pero no puedo fingir que no soy consciente de que tiene obligaciones comerciales esperándolo. Unas que evidentemente implican codearse con la élite de la ciudad. Termino el último trago de mi mimosa, sintiendo la brecha entre nuestros dos mundos con más claridad que nunca.

—¿Qué pasa, Avery?

Lo miro, inquieta como siempre por esos penetrantes ojos azul océano que parecen tan expertos en ver a través de mí. Ver más allá de la máscara que he podido mantener frente a todos los demás. La aguda mirada de Nick ve con demasiada claridad. Aun así, intento desviarlo. —¿A qué te refieres?

—Algo ha cambiado en ti justo ahora. ¿Fue la llamada de Lily? —Sus penetrantes ojos se entrecierran al mirarme—. ¿Pensaste que era otra mujer, alguien más que una colega? ¿Te puso celosa?

Me encojo de hombros, pero es una débil negación. —Es muy bonita. No quise mirar tu teléfono cuando llamó, pero estaba justo ahí en el mostrador.

—Lily es atractiva —admite—. Pero es mi empleada. No me acuesto con mis empleadas. Y de todos modos, en cuanto a belleza, no tiene nada que hacer contigo.

Se acerca a mí donde estoy sentada en el taburete de la barra, sus dedos entrelazándose en mi cabello suelto, luego deslizándose para acunar mi nuca. Su toque me cautiva. Mis sentidos se llenan con el embriagador aroma de él: su piel cálida y desnuda y su cabello limpio y húmedo por la ducha. Miro hacia sus brillantes ojos azules y estoy cautivada, conteniendo la respiración por el momento en que sentiré sus labios rozar los míos.

No me decepciona. Inclinándose hacia mí, toma mi boca en un beso profundo que me derrite hasta los huesos. Sus grandes manos enmarcan mi rostro, sujetándome contra él mientras su lengua se desliza más allá de mis dientes para acariciar, saborear y provocar. Gimo con la fuerza de mi deseo por él. Mientras nuestro beso se vuelve ardiente, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, deleitándome con la sensación de su pecho musculoso presionado contra mí, su erección una demanda rígida en mi cadera.

Pero por muy bien que se sienta —por muy correctos que nos sintamos juntos, así— ahora me recuerdan la imposibilidad de que lleguemos a ser algo más que lo que existe entre nosotros en este momento. Puede tocarme y besarme, dar placer a mi cuerpo de maneras en que ningún hombre lo ha hecho antes, pero ahí es donde Nick y yo terminamos. No puedo esperar que me invite a las otras partes de su vida cuando yo maldita sea no puedo invitarlo a la mía.

Me aparto, sacudiendo la cabeza lentamente. Cuando tomo aire, mis pulmones se contraen como si estuvieran atrapados en un tornillo. —Nick, lo siento. Creo que tal vez debería irme.

Veo cómo su mirada se estrecha sobre mí, su ceño frunciéndose con el ceño. No está complacido con este cambio repentino en mi estado de ánimo. Incluso puede estar sospechando. —¿Irte? Eres mía por el día y la noche, ¿recuerdas? Dejaste el trabajo por mí hoy. Pienso hacer que valga la pena.

Sé demasiado bien lo gratificante que puede hacerlo, y tengo que esforzarme mucho para ignorar el ansioso pulso de mi cuerpo tras su

promesa erótica. —Nick, si tienes algún lugar donde necesitas estar esta noche en su lugar... Si el alcalde...

—Al diablo con el alcalde. —Me acerca más a él, acariciando mi mejilla con su mano. Tiemblo de excitación mientras sus dedos descienden sobre la curva de mi pecho—. Estoy donde necesito estar —insiste, su voz espesa y áspera de necesidad—. Aquí mismo, contigo.

—¿Qué hay del centro recreativo?

Retrocede y ahora veo que parte de la indiferencia desaparece de su comportamiento. —¿Qué pasa con eso?

—Parece que es importante para ti.

Asiente. —Lo es. He tenido los planes para un centro recreativo infantil en la mesa de dibujo durante casi dos años. Estoy financiando todo el proyecto. Construyéndolo desde cero, lo que no es mi modo habitual de operar. Pero quiero que esto se haga bien. Quiero que sea perfecto.

Su franqueza me sorprende. Más que eso, también lo hace su vulnerabilidad. Puedo escuchar su compromiso con el proyecto en cada palabra. Puedo ver su determinación —su pasión por ello— en la mirada firme e imperturbable con la que me sostiene ahora.

—Escuché lo que le dijiste a Lily sobre posibles obstáculos si no tienes el apoyo del alcalde, Nick. Si el evento de esta noche es algo a lo que deberías asistir, entonces no quiero ser yo quien te impida estar allí.

Frunce el ceño, estudiándome más de cerca. —Realmente lo dices en serio, ¿verdad?

—Sí. —Alzo la mano para acariciar la oscura barba incipiente en su mandíbula—. Quiero que vayas.

Lo considera por un largo momento, y finalmente asiente. —Está bien. Si es así como realmente te sientes.

—Así es.

Me besa, luego baja para recoger su teléfono celular. —Lily es extremadamente eficiente. Será mejor que le avise sobre el cambio

de planes antes de que envíe mis disculpas a la gente del alcalde Holbrook.

Marca un número en el teléfono, mientras acaricia mi muslo con su mano libre. Por mucho que quiera pasar el resto del día —y la noche— con él, sé que es un hombre ocupado con obligaciones significativas. Y si el centro recreativo significa tanto para él como me ha transmitido ahora mismo, entonces debería hacer todo lo que esté en su poder para hacerlo realidad.

—Lily —dice cuando ella contesta un momento después—. He reconsiderado el evento de esta noche. Asistiré después de todo. Y llevaré a una acompañante. Por favor, haz que Patrick nos recoja a las siete y media.

21

PASAMOS LA MAYOR PARTE del día desnudos juntos en el penthouse de Nick. Fiel a su palabra, se propone mantenerme bien complacida y multi-orgásmica tanto dentro como fuera de su cama.

Después de horas de esfuerzo creativo y vigoroso, no estoy segura de cómo tengo fuerzas para mantenerme erguida mientras descendemos en el ascensor hasta el vestíbulo para encontrarnos con la limusina que nos llevará a la gala. No puedo negar que también estoy ansiosa por esta noche. Lo más cerca que he estado de una elegante reunión de etiqueta son las pocas bodas en las que he trabajado como bartender a tiempo parcial en aquellas raras ocasiones en que surgía la oportunidad y mi horario en Vendange lo permitía. Ahora, aquí estoy, asistiendo posiblemente al *gran* evento social del año como la acompañante de Dominic Baine.

De pie junto a mí con un esmoquin negro, camisa blanca almidonada y corbata de seda negra, Nick es la personificación de la confianza y la clase. Es atractivo sin importar lo que use —y aún más cuando no usa nada en absoluto—, pero verlo vestido con ropa formal es toda una revelación. Así, la riqueza e influencia que ejerce son inconfundibles. Aunque su postura es relajada a mi lado, con sus largas piernas ligeramente separadas, el poder vibra en cada centímetro de su alta y atlética figura.

Noto cómo tiene las manos suavemente entrelazadas frente a él, la mano sin cicatrices descansando ligeramente sobre la marcada. Es una postura que he visto en él antes, y solo ahora me doy cuenta de que esto es parte de su máscara. Se ve tan guapo e imponente que hay pocas probabilidades de que alguien note su imperfección. Pero aun así la esconde, como si el daño lo avergonzara.

No lo disminuye en absoluto ante mis ojos. Veo a un sobreviviente. Veo a un hombre con secretos y fantasmas propios, y quiero entenderlo. Quiero que sepa que no hay nada en él que me desagrade. De hecho, es tan magnífico que me deja sin aliento.

Es tan condenadamente sexy que me hace desearlo de nuevo, aunque ciertamente ya he disfrutado bastante de él hoy.

—Si sigues mirándome así, señorita Ross, no llegaremos ni al auto, mucho menos a la fiesta —cuando levanto la mirada, encuentro una chispa de humor en sus ojos y en la sonrisa que tira sensualmente de la comisura de su boca—. Pensándolo bien, sigue mirando. Le llamaré a Patrick para decirle que puede devolver el auto al garaje.

Me río y le doy un ligero golpe en el bíceps.

—No harás eso.

—No, pero debería —extiende la mano para deslizar suavemente el dorso de sus nudillos por el costado de mi rostro. La mirada que me da es tan solemne como ardiente—. Te ves hermosa, Avery.

—Gracias.

Quiero verme bien para él. He pasado los últimos cuarenta y cinco minutos duchándome y arreglándome en el apartamento de Claire, emocionada y aprensiva ante la perspectiva de llegar a cualquier lugar del brazo de Dominic Baine. Aunque daría cualquier cosa por usar algo tan elegante como los vestidos de cóctel de diseñador y los vestidos de alta costura que llenan el vestidor de Claire, mi presupuesto se limita más a los estantes de descuento de las tiendas departamentales.

Estoy nerviosa mientras me encuentro junto a Nick con el vestidito negro que compré en oferta con Tasha el año pasado y las

sandalias negras de tiras de Jimmy Choo que conseguí a precio de ganga en una tienda de segunda mano en Park Slope poco después de establecerme en Brooklyn. ¿Todos sentirán esta noche a la impostora en medio de ellos? De hecho, ¿Nick lo notará?

Ya sea que perciba mis nervios o no, cuando el ascensor suena anunciando nuestra llegada a la planta baja del edificio, Nick toma mi mano en la suya y me conduce hacia el vestíbulo. Manny está allí en la puerta principal mientras caminamos por el reluciente mármol hacia la elegante limusina negra que espera justo afuera. Detecto el más leve levantamiento de cejas del portero cuando nos acercamos, pero aparece y desaparece en un instante.

Como profesional consumado, Manny simplemente sonríe y abre la puerta suavemente para nosotros.

—Buenas noches, señorita Ross. Señor Baine.

—Buenas noches, Manny —Nick asiente en señal de saludo, colocando su mano en la parte baja de mi espalda para permitirme salir antes que él.

Al pasar, le ofrezco a Manny una sonrisa que se siente un poco incómoda, considerando nuestra conversación del otro día y el hecho de que el portero probablemente está al tanto del tiempo que he pasado en el apartamento de Nick. Su rostro no muestra ningún juicio. Si acaso, no puedo evitar pensar que hay una pequeña nota de aprobación en sus amables ojos.

—Que tengan una agradable velada, señorita. Señor —dice, escoltándonos hasta la limusina donde el chofer de Nick espera con la puerta trasera abierta.

Subimos y rápidamente estamos en camino. No toma más que unos pocos minutos hacer el recorrido por Park Avenue hasta el hotel de cinco estrellas que alberga la gala. Si mis nervios vibraban antes, ahora aumentan con nueva aprehensión cuando la limusina se coloca detrás de un desfile de vehículos negros similares en la entrada del hotel.

Grupos de reporteros y personal de medios de comunicación están reunidos detrás de las barreras de control de multitudes, la

cacofonía de sus gritos y charla es audible incluso a través del vidrio y el acero de la limusina. Cámaras, teléfonos celulares y tabletas destellan como luces estroboscópicas mientras la prensa intenta obtener sus fotos de los invitados que llegan. Tan pronto como Patrick avanza, acercándonos más al alboroto, otra limusina se coloca justo detrás de nosotros.

—Disculpe, señor —dice desde el frente—. No vamos a avanzar rápido, desafortunadamente.

—No es tu culpa —responde Nick, pero puedo ver el desagrado en su rostro. Puedo sentirlo en la tensión de su cuerpo junto al mío.

En ese momento, uno de los hombres con cámaras salta la línea y toma una foto a través del parabrisas de nuestro auto. Veo a Nick bajar la cabeza para evitar la toma, pero el flash de la cámara es más rápido.

—Mierda —sisea, mientras su nombre se eleva en un alarido entre la multitud.

Como una nube de langostas, varios reporteros se separan para converger en la limusina. La lluvia de flashes fuera de las ventanas es cegadora. Las voces se elevan hasta un caos de gritos indistinguibles.

—Dios mío.

Trago saliva, tanto asombrada como repelida por el frenesí alimenticio que nos espera al otro lado de las puertas de la limusina. Si así es como se viaja en el círculo de Nick, tener su riqueza y posición social, no es de extrañar que proteja tanto su privacidad. De repente me arrepiento de haberlo presionado para asistir a esta fiesta. No solo por el bien de Nick, sino también por el mío.

Viejos recuerdos oxidados de otro tiempo se abren paso en mi mente, sin invitación. Flashes de cámaras disparando y explotando en mi cara. Gritos implacables y exigentes de reporteros —interrogatorios, acusaciones— sus aterradores voces resonando en mis oídos. Y también recuerdo mis propios gritos. Los sollozos desgarradores que sentía como si fueran a partirme en dos.

Cierro los ojos, tratando de mantener la prueba desterrada a mi pasado, pero los recuerdos son demasiado fuertes. Demasiado crudos, incluso después de todos estos años.

¡Mamá, no! ¡Mamá, por favor, no te vayas! ¡No me dejes!

Nick gruñe desde mi lado, sobresaltándome de vuelta a la realidad.

—A la mierda con esto —mira con enojo la locura clamante fuera del vehículo—. Nos bajamos aquí, Patrick.

—Muy bien, señor.

Cuando miro con incertidumbre a Nick, su mirada determinada se fija en mí. Me da estabilidad, aunque él no puede saber lo desesperadamente que lo necesito en este momento.

—Dame la mano cuando salgamos del auto. Mantén la cabeza baja, agárrate fuerte y sígueme. ¿De acuerdo?

Asiento. Él abre la puerta de su lado y me ayuda a cruzar el asiento para salir con él. Su fuerte mano está envuelta alrededor de la mía, tal como prometió. No me suelta, ni por un segundo.

Me apresuro junto a él mientras nos abre paso a través del embotellamiento de vehículos y la barrera de prensa y medios parlanchines. Nos dirigimos hacia el par de porteros que tienen las manos ocupadas admitiendo a los invitados y dignatarios mientras un pequeño destacamento de seguridad les grita a los medios que se mantengan al otro lado de las barreras.

Tan pronto como nos acercamos, uno de los porteros saluda a Nick por su nombre y nos deja entrar. Entramos al hotel, dejando el alboroto atrás, y mi alivio es instantáneo y profundo. Música clásica relajante suena suavemente en el fondo mientras entramos en el opulento vestíbulo. Algunas otras parejas en ropa formal caminan delante de nosotros, claramente dirigiéndose al mismo evento al que vamos nosotros.

Cuando nos acercamos al puesto de registro fuera del Gran Salón de Baile, no puedo evitar notar que el dobladillo de mi vestido es más corto que la mayoría, el corte ciñendo mis curvas un poco más

ajustado. Con una mano todavía atrapada en el agarre de Nick, uso la otra para alisar la falda y tirar sutilmente del dobladillo.

—Relájate —murmura Nick. Se inclina hacia mí con una sonrisa que envía calor como flechas a través de mis venas—. Si alguien aquí tuviera tus piernas, también las estaría luciendo.

—Buenas noches, señor Baine —dice uno de los anfitriones de esmoquin mientras nos acercamos al frente de la fila—. El alcalde Holbrook quiere que sepa que se siente honrado de que haya podido hacer tiempo para estar aquí esta noche.

—Por supuesto —el tono de Nick es uniforme, su sonrisa perfunctoria, mientras nos alejamos del puesto y atravesamos la imponente entrada de doble puerta hacia el salón de baile.

No paso por alto el hecho de que más de una docena de cabezas se vuelven cuando entramos, o más bien, cuando Dominic Xavier Baine entra en la habitación.

Hombres y mujeres hacen una pausa a mitad de frase o apartan la mirada de sus acompañantes cuando él entra en medio de ellos con la confianza sin disculpas de un rey. O un dios. Es fascinante observar el efecto que tiene en los simples mortales que lo rodean.

Los hombres se yerguen un poco más, con el pecho inflado como si estuvieran subconscientemente obligados a al menos intentar estar a su altura, sin importar cuán fútil sea. Las mujeres bajan la barbilla y lo miran coquetamente por debajo de sus pestañas, sus dedos alcanzando distraídamente para tocar sus bocas o jugar con las puntas de su cabello. Algunas incluso se lamen los labios, con el deseo dibujado en sus rostros sin importar su estado civil o edad.

La presencia de Nick es magnética, su órbita todo lo consume, atrayendo a todos y todo a su paso, arrastrando a todos esos objetos menores hacia el calor de su sol. No estoy más exenta que cualquier otro. Tiene un control sobre mí que ni siquiera puedo empezar a negar ya. Cada vez que estamos juntos, siento que ese control se aprieta, acercándome más, llevándome a un camino que me han advertido que podría destruirme.

Sé que debería tener en cuenta esas advertencias.

Debería resistir esta atracción que siento con él. Debería luchar con todo lo que tengo antes de acercarme demasiado y terminar reducida a cenizas.

En lugar de resistir o luchar, dejo escapar un pequeño suspiro cuando Nick suelta mi mano y se gira para enfrentar a un hombre corpulento con traje gris oscuro que se nos acerca desde el otro lado del salón de baile. Si el tamaño y la conducta del hombre no lo delatan como seguridad, sus auriculares y micrófono inalámbrico lo hacen.

—Buenas noches, señor Baine. El alcalde Holbrook estaría complacido si se uniera a él por un momento. Le gustaría agradecerle personalmente por venir a apoyar su campaña esta noche.

Nick gruñe.

—Déjame adivinar. ¿Le gustaría agradecerme frente a las cámaras de allá?

Aunque el hombre corpulento no confirma ni niega, miro más allá de él hacia donde un grupo de reporteros está entrevistando al ambicioso joven alcalde que actualmente se postula para su segundo mandato. No tengo dudas de que tener el respaldo de Nick, implícito o absoluto, vale más que la mayoría de las contribuciones que llegarán durante la reunión de esta noche.

Nick se vuelve para mirarme.

—¿Estarás bien unos minutos sin mí?

—Claro. Por supuesto.

Por la mirada que me da, sé que está tentado a tocarme. Tal vez incluso besarme. Pero su comportamiento se ha vuelto más cauteloso desde que llegamos. Ya sea para protegerme del resplandor del centro de atención que tiene que soportar o para protegerse a sí mismo, no puedo estar segura. En este momento, sin embargo, no importa. Estamos aquí para ayudar al centro recreativo. Mis inseguridades y deseos son insignificantes en comparación con ese objetivo.

—Ve —le digo—. Estaré bien.

Él asiente.

—Regreso enseguida.

Lo veo alejarse, saboreando el corte de su traje en su excelente forma y el suelto y animal deambular de sus extremidades mientras cruza el salón de baile y es recibido por el político sonriente. El alcalde Holbrook estrecha la mano de Nick con entusiasmo mientras el pequeño grupo de reporteros se cierra sobre ellos.

Me quedo allí por un momento, luego decido ocuparme con una copa de vino. Me deslizo entre la elegantemente vestida multitud, abriéndome camino hacia uno de los bartenders ubicados cerca de la pista de baile del salón.

No puedo decir que me sienta completamente cómoda entre esta élite, pero la música que toca la pequeña orquesta en la parte delantera del salón de baile es relajante y el mar de hermosos vestidos y esmoquines proporciona suficiente distracción para mí mientras pido una copa de Pinot noir y me dispongo a observar a la gente hasta que Nick regrese.

Con el vino en mano, comienzo a zigzaguear de nuevo a través de la reunión. El salón de baile está lleno y bullicioso, tanto con los invitados del alcalde como con el ejército de personal de catering del hotel que recorre la sala ofreciendo elegantes hors d'oeuvres a los grupos de asistentes que conversan.

Mientras deambulo de regreso hacia el otro lado de la sala, uno de esos camareros de catering gira accidentalmente en mi camino, casi chocando conmigo con su bandeja plateada de crudités. Por reflejo, levanto mi copa de vino para mantenerla fuera del camino cuando la rubia baja se detiene bruscamente, frente a mí. Durante un momento de estupor, ninguna de las dos habla.

—Avery —la expresión tensa de Kimmie pasa de la conmoción a la confusión mientras me mira de arriba abajo—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

22

ESTOY TAN JODIDA.

El pánico me inunda mientras miro a mi compañera de trabajo menos favorita de Vendange. Kimmie es la última persona que esperaba o quería ver aquí esta noche. Podría arruinarme de muchas maneras en este momento, y la delgada mueca de desprecio que se extiende por su rostro solo refuerza aún más ese punto.

Me digo a mí misma que ignore su intento de confrontación. Después de todo, considerando la situación, mi mejor defensa probablemente sea un ataque. —Me sorprende verte aquí también, Kimmie. No sabía que trabajabas para el hotel.

Ella sigue frunciendo el ceño, pero mi pregunta parece tomarla desprevenida. —Normalmente no lo hago. Mi prima es la gerente de catering. La ayudo cuando tienen eventos grandes y necesitan personal extra.

—Oh. Bueno, disfruta la fiesta entonces. No trabajes demasiado —fuerzo una ligera sonrisa y comienzo a pasar junto a ella.

—¿Joel sabe que estás aquí?

Su tono ácido congela mis pies en su lugar. Debí haber adivinado que no me dejaría escapar tan fácilmente. Pero la nota de acusación en su voz me enfurece. Le lanzo una mirada fría. —¿Qué te importa a ti?

—A mí no. Pero creo que a él le importará bastante —sus labios se fruncen, y ya puedo ver el destello de satisfacción en su rostro—. Cuando me llamó para ver si podía cubrir tu turno hoy, dijo que te reportaste enferma. Qué curioso, no te ves enferma para mí.

—Qué amable de tu parte decirlo —respondo con igual veneno.

—Entonces, ¿qué haces aquí? No puedes estar posiblemente en la lista de invitados para algo tan elegante, así que ¿cómo entraste? —mira a mi alrededor, su mirada ahora inquisitiva—. ¿Estás aquí en una cita ardiente o algo así?

Suelta una risita al decirlo, como si encontrara la idea absurda. Pero su pregunta da en el blanco con precisión láser, incluso más que su amenaza implícita de delatarme con Joel. Y mientras escanea la multitud, obviamente buscando pistas sobre con quién podría estar, un pánico genuino florece en mi estómago.

Si me ve con Dominic Baine, no tengo idea de lo que hará.

Si decide confrontarme de nuevo, cuando esté parada cerca de él, no solo quedaré humillada, sino enferma por la vergüenza que podría causarle. Especialmente en un lugar tan público.

El pensamiento se asienta en mí con un peso que apenas puedo soportar. Si Nick descubriera que le he estado mintiendo, fingiendo ser alguien que no soy, estaría furioso.

Si ocurriera frente a sus colegas o el alcalde —o, Dios mío, frente a la prensa— tendría todo el derecho de despreciarme.

Kimmie me estudia con evidente diversión. —¿Qué te pasa, Avery? Te juro que parece que acabaras de tragarte un insecto.

Se siente como si me hubiera tragado un nido entero de avispas, pero no voy a dignificar sus provocaciones dándole ningún tipo de respuesta.

Me termino el vino y coloco la copa vacía en su bandeja sin comentarios. Escucho su indignado resoplido cuando paso junto a ella, pero no me doy la vuelta para disfrutar el momento. No dudo ni un segundo mientras atravieso la multitud a paso ligero, desesperada por alejarme de ella. Con suerte, podré encontrar un

baño de damas donde esconderme hasta que pueda calmar mis nervios lo suficiente para volver a la fiesta y esperar a Nick.

Estoy tan preocupada con esa misión que apenas registro la presencia de un hombre alto y apuesto que emerge de un grupo de hombres en esmoquin delante de mí. Ojos marrones cálidos brillan con un saludo amistoso mientras Jared Rush me muestra su sonrisa de megavatios.

—Esta fiesta acaba de volverse muchísimo más interesante —dice arrastrando las palabras mientras me detengo frente a él—. Es bueno verte, Avery.

—Jared, hola —recuperando mi compostura, le devuelvo la sonrisa de bienvenida—. Es agradable verte aquí también.

Por muy alterada que esté, su encanto relajado ayuda a calmar mis nervios. Tampoco duele que sea increíblemente agradable a la vista. Esta noche, sus largas ondas castañas están recogidas en una cola suelta en la nuca. El look es considerablemente más domado que la primera vez que lo vi, pero incluso vestido con un esmoquin impecablemente confeccionado y su melena salvaje recogida lejos de su rostro, Jared todavía irradia un aire rebelde y arrogante que lleva sin una pizca de disculpa.

Me gusta eso de él y estoy genuinamente contenta de pensar que tengo al menos un aliado aquí esta noche.

Disculpándose con los otros hombres con los que había estado hablando, dirige toda su atención hacia mí. —¿A dónde ibas tan rápido? No me digas que estás a punto de irte.

—No, um... —niego con la cabeza vagamente—. Solo estaba pensando en tomar un poco de aire.

—No te culpo. Cada vez que tienes tantos políticos en una habitación, tanto aire caliente hace que sea condenadamente difícil respirar —Jared señala hacia las puertas francesas abiertas del salón de baile—. Me encantaría acompañarte afuera si quieres. Si te apetece algo mejor para comer que los aperitivos extravagantes que están haciendo pasar por comida esta noche, estaría encantado de invitarte a cenar también.

—Oh, yo... —Mi mirada se aleja de él, buscando a Nick al otro lado de la reunión. Todavía está hablando con el alcalde, y desde la última vez que miré, hay una creciente multitud de otros hombres y mujeres compitiendo por su tiempo—. En realidad estoy aquí con alguien, Jared.

—Ah —inclina la cabeza en reconocimiento—. Debería haber sabido que no tendría tanta suerte de encontrarte aquí sin compromiso.

—Lo siento.

—No lo sientas —la sonrisa que me da es infantil. Y un poco traviesa—. Aunque, tengo que preguntarme qué clase de tonto dejaría a una mujer tan encantadora como tú sola ni por un minuto en una habitación llena de lobos como yo.

—Ella no está sola.

La voz profunda de Nick corta a través del ruido de la habitación, baja y nivelada. Me giro y lo encuentro parado directamente detrás de mí, como si hubiera cruzado la longitud de la sala en un instante. Debe haberse separado justo cuando lo busqué hace un momento. Incluso el alcalde y sus acompañantes parecen desconcertados de haberlo perdido tan abruptamente, sus miradas fijas en él desde el otro lado del salón.

Nick parece completamente despreocupado por cualquier cosa que no sea yo.

Por la expresión tormentosa en su rostro, casi espero que Jared tartamudee una disculpa y se retire lo más rápido posible. Pero no lo hace. En cambio, exhala una risa sardónica y lentamente sacude la cabeza.

—Bueno, que me condenen. Supongo que si tengo que perder ante alguien, bien podría ser contigo, Baine.

—Me alegra que te sientas así, Rush. En cuanto a los lobos que buscan invadir el territorio de mi cita, sería prudente que mantuvieras tus garras para ti mismo. Sería una lástima perderlas.

Nick lo dice con humor irónico, pero para mí, sus ojos cuentan una historia diferente. Hay una advertencia en sus ojos mientras

bromea con Jared, quien claramente es un amigo. Y estoy segura de que no estoy imaginando el destello de posesividad que veo en el rostro de Nick cuando vuelve su penetrante mirada azul hacia mí.

—No esperaba verte aquí esta noche, Jared —dice mientras extiende la mano para darle un firme apretón a la suya—. No me digas que de repente estás interesado en la política.

—¿Yo? Diablos, no. Solo estoy aquí como parte del séquito de Kathryn. Ya sabes que ella vive para esta basura.

Ante la mención de otra mujer —una con la que Jared evidentemente está asistiendo al evento de esta noche— no puedo evitar mirarlo con interrogación, especialmente considerando que había estado haciendo un movimiento bastante fuerte hacia mí.

—Kathryn es una vieja amiga mía y de Nick. Es prácticamente de la familia.

—Oh —sonrío, curiosa por saber más. Pero cuando miro en la dirección de Nick, juro que capto el más ligero indicio de una sombra deslizándose sobre su expresión controlada.

Jared también parece ponerse serio ahora. —Deberías saludarla, Nick. Ha pasado demasiado tiempo. Ella nunca lo dirá, pero te extraña.

Nick permanece en silencio por un largo momento. —Ya he soportado una actuación obligatoria. Es suficiente por una noche.

No sé qué pensar de la tensión que repentinamente ha descendido sobre la conversación. Puedo ver la pensatividad de Jared, su silenciosa frustración. En Nick, veo lo mismo, pero también hay enojo allí. Veo cómo se levanta el muro a su alrededor. Jared parece reconocerlo también.

Nick me mira, su expresión cerrada, impenetrable. —¿Estás lista para irnos de aquí?

—Está bien, claro —asiento, inquieta por su humor cada vez más oscuro. También soy muy consciente de que tengo mis propias razones para irme, principalmente Kimmie. En algún lugar del salón de baile, ella está flotando alrededor, sin duda esperando otra oportunidad para atacar.

Nick se vuelve hacia Jared y extiende su mano. —Dale mis disculpas a Kathryn.

—Eres un idiota. ¿Lo sabes, verdad? —No hay enojo en la voz de Jared mientras estrecha la mano de Nick, solo tristeza—. ¿Cuánto tiempo vas a seguir excluyéndola, amigo?

Nick no responde, simplemente inclina la cabeza en un gesto y murmura: —Buenas noches, Jared.

23

NICK NO ME SACA por la entrada principal del hotel. En su lugar, me guía por un lujoso corredor con espejos, enviándole mensajes a Patrick mientras caminamos.

Me apresuro junto a él, pasando columnas de mármol que se elevan hacia el techo y enormes jarrones de piso llenos de exuberante vegetación a ambos lados. Nick camina con paso rápido y me cuesta seguirle el ritmo con mis delicados tacones altos.

Aunque proyecta un aire de propósito sereno y controlado para cualquiera que lo mire ahora, lo conozco demasiado bien como para dejarme engañar por su apariencia externa. Está cavilando, prácticamente vibrando de agitación. No había estado muy entusiasmado con asistir a la gala desde el principio, pero después de encontrarse con Jared, prácticamente me está arrastrando fuera del lugar.

—Por aquí —dice, tomando mi mano entre la suya.

Doblamos por otro reluciente pasillo que nos lleva más lejos del bullicio de la fiesta. Adelante hay una discreta puerta lateral del hotel. A través del vidrio con borde de latón, veo una reluciente limusina negra que se detiene justo afuera.

Patrick sale y nos encuentra al otro lado del auto cuando salimos del hotel. Abre la puerta trasera y Nick me hace un gesto para que

me deslice antes que él.

—¿De regreso al apartamento, señor? —pregunta Patrick.

—No. Solo conduce —le indica Nick—. Te avisaré cuando quiera parar.

Entra y cuando Patrick cierra la puerta detrás de él, Nick presiona un botón en su apoyabrazos y el panel de privacidad se cierra. El vidrio opaco desciende en silencio, sellándonos juntos en el asiento trasero del largo sedán.

—¿Te gustaría algo de beber?

Ya está alcanzando un vaso de cristal tallado en la consola central entre los dos asientos orientados hacia atrás frente a nosotros. Cuando niego con la cabeza, levanta una licorera de whisky ámbar oscuro y se sirve dos dedos en su vaso.

—¿Quieres contarme qué fue todo eso allá? —pregunto con vacilación.

—No.

Sin mirarme, se bebe el licor de un solo trago. Una maldición brota de él mientras coloca el vaso en la consola. Cuando se recuesta contra el cuero acolchado del asiento que compartimos, su mirada es turbulenta, atormentada.

El auto arranca, deslizándose entre el tráfico nocturno. Durante un largo rato, el único sonido es el del suave jazz que sale del sistema de sonido de la limusina y el fuerte tamborileo de mi propio corazón.

—Lo siento —murmura Nick. Extiende su mano hacia mí, acariciando distraídamente mi muslo. El dobladillo de mi vestido se ha subido bastante por encima de mis rodillas al deslizarme dentro de la limusina, y el pulgar de Nick traza un patrón lento y sensual a lo largo de mi piel desnuda. Sin embargo, a pesar de su tierno contacto, su mirada es dura sobre mí, su tono tiene un filo helado—. Parecía que la estabas pasando bien hablando con Jared antes de que yo llegara. No quería acortar tu noche. Si hubieras preferido quedarte...

—No me importa la fiesta —estoy molesta de que siquiera lo sugiera. Pongo mi mano sobre la suya, apretando mis dedos alrededor de los suyos, más grandes—. En cuanto a Jared Rush, es interesante, pero tampoco me importa él.

Nick gruñe.

—Destrozarías su ego si te escuchara decir eso. No creo que haya conocido jamás a una mujer inmune a sus encantos.

—Sí, me di cuenta cuando lo conocí en la galería la semana pasada.

—¿La semana pasada? —cuando asiento, sus ojos se encienden con oscuridad—. Nunca me lo mencionaste.

—Acabo de hacerlo.

Nick me estudia intensamente ahora.

—A Jared Rush le encantan las mujeres hermosas. Estoy seguro de que no tengo que adivinar si te tiró los tejos.

—No lo hizo. No realmente —me encojo de hombros—. Fue amable. Simpático.

—Ya me imagino.

Escucho la nota hosca en su voz, pero no estoy lista para llamarlo celos. Resentimiento, quizás. Sospecha, definitivamente.

—Hablamos un poco de arte. Cuando se enteró de que pinto, me invitó a su estudio para ver parte de su trabajo.

Nick se ríe, pero hay poco humor en ello.

—Al menos es un enfoque nuevo —su mirada me perfora mientras sus dedos continúan bailando ligeramente en mi muslo interno. Su mandíbula, sin embargo, está apretada lo suficiente como para hacer que un tendón se contraiga en su mejilla—. ¿Qué le dijiste?

—No le dije nada. No tengo ningún interés en Jared Rush.

Me sorprende darme cuenta de cuán cierta es realmente esa afirmación. No puedo negar que el amigo de Nick es atractivo. La atención de Jared es halagadora. Cualquier mujer lo pensaría. Pero en un salón lleno de hombres guapos, solo era consciente de uno. Aquel al que he sido incapaz de resistirme desde el principio.

Levantando mi mano para tocar el rostro de Nick, tomo un respiro fortificante.

—El único hombre que me interesa está sentado a mi lado ahora mismo.

—¿Es así? —su tono es uniforme, pero eso solo me dice lo tenso que realmente está.

—Sí. Solo tú, Nick.

Ese pulso furioso en su mejilla late contra mis dedos mientras acaricio suavemente su mandíbula. Sus ojos escudriñan los míos en la oscuridad de la limusina. Afuera, la ciudad pasa en destellos de luz brillante y color, y en un frenesí de ruido callejero.

El momento se siente tentativo, cargado de electricidad, pero frágil. Quiero preguntarle sobre la mujer que Jared mencionó. Kathryn. Quiero saber quién es ella y qué significa para Nick. O más bien, qué significó para él. Jared dijo que era una vieja amiga. Prácticamente familia para ambos, había dicho. Obviamente, eso ya no era cierto para Nick.

¿Por qué? Quiero saberlo. Está claro que ella ya no tiene lugar en la vida de Nick, pero siento que un destello de celos se enciende dentro de mí. También siento una punzada de cautela, porque acabo de presenciar de primera mano el lado intimidante de Nick. La advertencia de Margot sobre cómo él corta a las personas de su vida cuando se acercan demasiado cruza por mi mente.

¿Es eso lo que le pasó a Kathryn? ¿Seré la siguiente?

Hay una parte de mí que quiere saber —necesita saber— antes de dejarme caer más profundamente en una fantasía que no durará... que no puede durar.

Estoy a punto de preguntarle, pero los dedos de Nick están haciendo su magia en mí. Desliza su mano debajo de mi rodilla y gentilmente guía mis piernas para separarlas. Luego se gira hacia mí en el asiento, su ardiente mirada manteniéndome cautiva mientras desliza su palma bajo mi falda y sube por mi muslo interno.

—Ven aquí —murmura con voz espesa, extendiendo la mano para sujetar mi nuca con su mano libre. Me arrastra contra él,

tomándome en un beso feroz y consumidor mientras su otra mano copa mi sexo.

Sus labios son voraces, su lengua exigente mientras se desliza dentro de mi boca. Sabe a whisky y a agresión apenas contenida y a tanto deseo que me tambalea. Su toque se intensifica entre mis piernas, y no puedo contener mi gemido cuando sus dedos apartan mi ropa interior para tocar mi carne desnuda. Ya estoy empapada, temblando de excitación y dolorida por él.

—Dios, tu coño es tan suave —susurra contra mis labios—. Tan jodidamente dulce, Avery.

Siento un tirón, seguido por el sonido agudo de encaje y satén rasgándose. No pide permiso ni perdón, simplemente arranca mis bragas, luego sube mi vestido por encima de mis caderas para exponerme ante su mirada hambrienta.

Ahora estoy sin fuerzas, totalmente a su disposición. Me hace girar en el largo asiento y me extiende ante él. En alguna parte distante de mi conciencia, soy consciente del conductor justo al otro lado del vidrio y de la ciudad bullendo a ambos lados de la limusina en movimiento. Soy consciente de todas las razones por las que no debería estar con Dominic Baine. Todas las razones por las que no debería desear esta pasión temeraria que compartimos.

Pero ninguna de esas cosas importa ahora. No en este espacio. No en este momento, cuando me mira como si no existiera otra mujer. Como si le perteneciera, en cuerpo y alma, y no pudiera esperar para tomar lo que es suyo.

—Maldición, eres hermosa.

Sus palmas están calientes en mis muslos internos desnudos. Son firmes y fuertes. Me separa ampliamente, levantando mi rodilla para que una pierna descanse contra el respaldo del asiento, mi otra pierna colgando sobre el borde. Sus dedos trazan mi piel, desde el arco de mi pie sujeto en mi delicada sandalia negra hasta el vértice de mis muslos.

—Quiero que te vengas para mí, Avery.

Gimo porque prácticamente ya estoy ahí. Solo la anticipación de su toque, de su boca, de su miembro enterrado dentro de mí es suficiente para encender mis terminaciones nerviosas en un frenesí ardiente. Frota la yema de su pulgar sobre mi clítoris y me arqueo ante el contacto como si me tocara un cable con corriente. Cada caricia erótica me hace temblar y me retuerzo, desesperada por más. Jadeo cuando introduce dos dedos profundamente dentro de mí, pequeños espasmos de sensación pulsando en mi núcleo mientras mi cuerpo se cierra a su alrededor, tratando de retenerlo con fuerza. Hambrienta de más.

Me observa retorcerme, luciendo diabólico en su esmoquin y corbata mientras su mano toca mi sexo con habilidad pecaminosa. Su rostro está tenso, su boca curvada con satisfacción mientras me lleva al borde de la locura.

Me folla con sus dedos, largas embestidas que se hunden profundamente, estirando mis paredes. Su pulgar gira sobre el tenso guijarro de mi clítoris, lubricándome con mis propios jugos. Ni siquiera intento contener mi clímax. Me golpea, fragmentándome con un grito agudo que estoy segura no puede ser enmascarado por el suave jazz que suena en el auto o el vidrio de privacidad.

—¡Oh, Dios... Nick!

Me levanto del asiento, alcanzándolo mientras las olas continúan vertiéndose sobre mí. Él me atrapa en sus brazos, besándome ferozmente. Su fuerza nunca deja de asombrarme. En un movimiento suave, me levanta sobre su regazo y se recuesta contra el asiento, dejándome a horcajadas sobre sus muslos. Me siento decadente y salvaje, mi vestido arrugado alrededor de mi cintura, mi desnudez extendida sobre sus finos pantalones. Mis rodillas están dobladas a cada lado de él, mi trasero descansando ligeramente sobre los talones de mis sandalias.

Juntos, atacamos su cremallera y liberamos su miembro. Registro que Nick busca en su bolsillo un condón, pero estoy demasiado atrapada en la sensación de él en mis manos como para siquiera fingir que tengo capacidad para pensar en protección. Acaricio su

longitud, girando mi mano alrededor del grueso tallo de su eje con una mano, mientras que con la otra levanto suavemente sus testículos fuera de sus pantalones.

—Ah, joder, nena —echa la cabeza hacia atrás con una maldición, los tendones de su cuello tensándose. Palpita en mi agarre, su erección sacudiéndose bajo mi febril caricia. Un fluido caliente y sedoso brota de la punta de su miembro, lubricando mis dedos mientras intensifico mi ritmo.

El gruñido de Nick en respuesta es animalístico, el sonido más caliente que jamás he escuchado. Encadena ambas manos mías en su puño, luego rápidamente desenrolla el condón sobre su erección con una mano. Sujetándome por las caderas, ajusta nuestra posición, luego guía su miembro hacia mí. Con un gruñido áspero, embiste dentro, al mismo tiempo tirando de mí hacia abajo para que tome toda su medida.

Jadeo ante la enormidad de tenerlo dentro de mí en este ángulo. Nick es grande, pero sentada encima de él así, me siento estirada hasta mis límites. Llena hasta el punto del dolor. Y entonces... él comienza a moverse.

No hay nada gentil o cauteloso en el tempo que marca para nosotros ahora. Nuestros cuerpos chocan juntos urgentemente, febrilmente. Es primitivo y crudo, increíblemente excitante.

Me folla como si no pudiera tener suficiente, como si estuviera tan desesperado por mí como yo por él.

Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros mientras me levanta y baja sobre su miembro.

—Se siente tan bien... Oh, Dios...

Su gruñido en respuesta vibra contra mis pechos, y sus caderas bombean más vigorosamente. Lo monto con completo abandono, el mundo entero reduciéndose solo a este momento. Solo este placer. Solo este hombre.

—Es tan bueno... sí... más fuerte... no pares —susurro entrecortadamente, con lágrimas picando en la parte posterior de mis ojos por la intensidad de lo que me está haciendo. Estoy

desenfrenada, destrozada, fuera de mí con la sensación y la necesidad en espiral de venirme de nuevo—. Oh, Dios, Nick... no pares.

No se detiene. Martillando dentro de mí, se retira para ver mi rostro mientras mi orgasmo me desgarra. Tiemblo y me quiebro con un grito que no puedo contener. Quiero apartar la mirada de él, avergonzada por la ferocidad de mi respuesta, pero cuando intento bajar mi mirada, los dedos de Nick están en mi barbilla, negándose a dejarme esconder.

Embiste dentro de mí una y otra y otra vez. Sus embestidas son cada vez más fuertes, penetrando más profundo, prolongando mi liberación mientras persigue la suya. Veo la tensión apoderarse de él ahora. Sus músculos se convierten en granito bajo mis dedos mientras me aferro a él. Dentro de mí, su miembro se siente aún más inmenso, pulsante y caliente como fuego.

Nuestras miradas se encuentran y se mantienen incluso cuando su gran cuerpo se arquea debajo de mí con una última embestida que sacude los huesos. Siento que su miembro se sacude mientras se viene. Veo la ferocidad en su rostro mientras se entierra profundamente y su clímax explota fuera de él.

Y aun así, sigue embistiendo. Marcándome con su calor, haciendo que cada célula de mi cuerpo se someta a su voluntad, al poder que su cuerpo tiene sobre el mío.

—Sí —jadeo, como si respondiera al comando—. Nick, sí...

Me aferro a sus hombros mientras me envía hacia otro pico. Cuando caigo por el borde un momento después, las lágrimas que he estado conteniendo se derraman conmigo. Me digo a mí misma que la reacción es meramente física. Me digo a mí misma que la constricción caliente en mi pecho no es más que la respuesta de mi cuerpo al deseo y al placer que nunca soñé que conocería.

Y mientras me aferro a Nick en la parte trasera de su limusina, aislada de la ciudad y del resto de la realidad que espera afuera, me digo a mí misma la mentira más grande de todas... que no me estoy enamorando de este hombre que nunca será mío.

24

SI HABÍA ESTADO ALBERGANDO alguna ilusión sobre que Kimmie no me delatara en el trabajo, estas se evaporan apenas cruzo la puerta para mi turno a la tarde siguiente. Joel está en la parte trasera del restaurante firmando una entrega cuando paso por el puesto de la anfitriona en la entrada. Su cabeza oscura se levanta y gira en mi dirección. Ver una expresión desagradable en su rostro no es nada fuera de lo común, pero hoy su ceño está furioso.

Tasha sale disparada desde donde está doblando cubiertos para interceptarme, con los ojos muy abiertos en señal de advertencia. *Está furioso*, me dice en silencio con los labios.

Sí. Como si no pudiera verlo por mí misma.

—¡Hey, Avery! —exclama con un volumen exagerado—. ¿Te sientes mejor hoy?

—Ni te molestes —le digo, mientras camina conmigo hacia el guardarropa.

Rápidamente le cuento sobre mi salida nocturna con Nick y mi inesperado y finalmente desagradable encuentro con Kimmie en el hotel.

—Esa pequeña zorra traicionera. Supongo que eso explica por qué anda por ahí como gato que se comió al canario hoy —

frunciendo el ceño, Tasha cruza los brazos sobre su pecho—. Espero que la hagas ahogarse con las plumas.

Le doy una mirada irónica en reconocimiento. —Honestamente, Kimmie me importa un carajo. Y no me arrepiento ni un segundo de lo de ayer —le lanzo a Tasha una sonrisa de lado—. Ni de anoche.

Ella exhala un suspiro dramático. —Está bien, adelante, cuéntame lo increíble que fue desfilar frente al *Quién es Quién* de Manhattan del brazo de Dominic Baine.

Dejo escapar una pequeña risa. —Bueno, no lo llamaría desfilar, pero sí, estar con él siempre es bastante increíble.

Me quito la cartera del hombro y me siento en la silla para cambiar mis zapatos bajos por mis tacones de trabajo. La misma silla donde Nick me hizo llegar solo con el poder de sus palabras. El calor sube a mis mejillas y lentamente sacudo la cabeza.

—Me gusta, Tasha. Da miedo cuánto.

—A ti te gusta él, obviamente tú le gustas a él. Ambos están solteros, son hermosos y asquerosamente calientes el uno por el otro. Ah, y su patrimonio personal podría mantener a toda la población de un país pequeño. Recuérdame por qué esto es aterrador.

Quizás no lo sería para otra persona. Para cualquier otra. Pero tengo cien razones para temer lo que siento por Nick, cada una más aterradora que la anterior. Si comenzara a enumerarlas para Tasha ahora, ni siquiera sabría por dónde empezar.

Sin embargo, sí sé dónde terminan todas. Mi verdad. Mis mentiras. Y el lugar oscuro donde he enterrado todos mis secretos más feos y condenatorios.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Mi cabeza se levanta bruscamente ante la pregunta de Tasha. Por un momento, me sobresalto. ¿Acaso expresé mis miedos en voz alta?

—Tarde o temprano, se va a enterar de que trabajas aquí, Avery. Si tiene algún problema con eso, entonces definitivamente no te merece.

Asiento porque sé que tiene razón. Debería decírselo. Esquivé una bala anoche con Kimmie, pero solo porque ella no tuvo la oportunidad de delatarme ante Nick en público no significa que deba tratar de prolongar mi mentira.

Existe la posibilidad de que me perdone por esta pequeña falsedad que le he dicho. En cuanto al resto de ellas...

—Avery —la áspera voz de Joel me saca de mis pensamientos. Acaba de llegar al marco de la puerta abierta, sus ojos fríos sobre mí, sus labios finos comprimidos en una línea recta—. Mi oficina. Ahora —su mirada se posa en Tasha a continuación—. Ve al piso. No te pago para que estés aquí parada chismorreando con esta.

Ella me da una mirada de disculpa antes de salir corriendo del guardarropa. Miro a Joel, odiando la forma en que parece deleitarse haciendo que todos se encojan.

Aunque debería apresurarme para obedecer las órdenes de mi jefe también, permanezco sentada en la silla. Es extraño, pero solo sentir los cojines rodeándome, sosteniéndome, me da una fortaleza que no puedo explicar. Hace apenas unas semanas, hice cosas en esta silla que nunca hubiera considerado hacer antes de conocer a Nick. Y ahora, siento un tipo diferente de audacia creciendo en mí, una que no puede ser doblegada por un prepotente bastardo abusivo como el que está echando humo frente a mí en la puerta.

Me tomo mi tiempo para guardar mis zapatos bajos en mi bolso, luego me levanto y guardo cuidadosamente mis cosas en mi casillero. Estoy siendo rencorosa y desafiante, pero en este momento me resulta difícil que me importe.

La creciente agitación de Joel es casi palpable. Resopla bruscamente. —Tal vez no me oíste. Dije, mi oficina. Ahora mismo, carajo.

Cierro la puerta del casillero con más fuerza de la necesaria, luego giro para enfrentarlo. —Te escuché. Pero ¿sabes qué? No me pagas para que salte a tus órdenes. A diferencia de Kimmie, no estoy aquí para lamerte el trasero. Estoy aquí para trabajar. Y lo he hecho, seis días a la semana sin falta durante el último año y medio.

Lo he tomado por sorpresa, puedo notarlo. Pero Joel es un abusador natural y se recupera rápidamente. —Tal vez deberías haber considerado eso antes de faltar a tu trabajo ayer y dejarme en apuros detrás de la barra. ¿Qué se supone que debo hacer al respecto?

—No he faltado ni un día desde que empecé a trabajar aquí, Joel.

Me ignora, su rostro enrojeciendo. —Y deja a Kimmie fuera de esto. Al menos ella es confiable.

Resoplo, incapaz de contenerme. —Oh, claro que es confiable. ¿Cuánto tardó antes de decirte que nos encontramos anoche? ¿Esperó hasta llegar hoy, o te llamó directamente desde el hotel?

A juzgar por su expresión estreñida, supongo que fue lo último.

—Las personas que trabajan para mí solo tienen una oportunidad. Después de todo este tiempo, habría pensado que ya lo sabías —su boca se frunce mientras me juzga ahora—. Así que, a partir de hoy, estás fuera del horario nocturno.

—¿Qué?

Veo la sonrisa tirando de la comisura de sus labios, como si estuviera disfrutando enormemente al administrar mi castigo. —Ya que obviamente tienes mejores cosas que hacer, te pondré en los turnos de día. Puedes comenzar con tres turnos a la semana, como cualquier otra persona que recién empieza en el trabajo.

El bastardo. —Eso va a reducir mis ingresos a la mitad, Joel. Esto es una mierda, y lo sabes.

—¿Quieres perder este trabajo? —da un paso adelante, con su pecho abultado como si pensara que puede intimidarme—. Francamente, siempre has tenido un poco de actitud, Avery. Tengo que decirte que me está cabreando.

Por supuesto que lo haría. Conozco a hombres como él, hombres que equiparan el control con la opresión. Hombres que no lo piensan dos veces antes de pisarle la cabeza a alguien para hacerlos obedecer. Hombres que intimidan, golpean o abusan de las personas que los rodean.

He conocido hombres mucho peores que Joel, mi padrastro siendo uno de ellos. Pero el hecho de que Joel sea menos monstruo no lo hace correcto. No significa que mis pelos no se ericen en reacción cuando se acerca aún más a mí, acorralándome en la pequeña habitación sin nadie más alrededor.

Su voz se suaviza ahora, pero la siento como la amenaza que realmente es. —En caso de que no esté siendo claro, déjame ayudarte a entender algo aquí y ahora. Necesitas mostrarme el respeto que merezco. Soy un hombre razonable, Avery, pero no toleraré la insubordinación.

—¿Cómo te sientes respecto al desprecio completo y absoluto?

No puedo evitarlo; las palabras salen volando de mi boca antes de que pueda detenerlas. Y una vez que están fuera, ni siquiera quiero intentar retirarlas.

Con la ira alimentándome, me alejo de él. Endureciéndome ante el peso de su mirada fulminante, vuelvo a mi casillero y tranquilamente recojo mis cosas. Puedo sentir sus ojos sobre mí mientras me cuelgo la cartera al hombro. Cuando giro, lo encuentro boquiabierto, su cara fofa corpulenta de color, su labio superior perlado de sudor.

Hago una pausa frente a él. —En caso de que no esté siendo clara, déjame ayudarte a *ti* a entender algo. Renuncio, carajo.

Paso junto a él y atravieso el restaurante a grandes zancadas, diciéndole a Tasha que la llamaré más tarde e ignorando la mirada boquiabierta de Kimmie desde el otro lado de la sala mientras me voy.

~ ~ ~

Estoy casi en la estación del metro cuando la realidad de lo que acabo de hacer finalmente se asienta.

Mierda. No tengo trabajo.

Peor aún, he quemado el puente con Vendange sin posibilidad de reparación. No es que quisiera volver ahora, no si significa trabajar para ese imbécil prepotente, Joel. Por lo que ciertamente no es la primera vez, reflexiono sobre lo afortunada que soy de tener el

dinero de cuidar la casa de Claire Prentice para amortiguar mi caída. He logrado ahorrar la mayor parte, menos el alquiler atrasado que le pagué a mi antiguo arrendador. Aun así, mis restantes tres mil quinientos solo me llevarán hasta cierto punto.

Esta es la primera vez que estoy desempleada desde que tuve la edad legal para trabajar, y parte de mi osadía flaquea mientras me dirijo a pie por la Avenida Madison con mis tacones de trabajo sin tener realmente un lugar adonde ir.

—Mierda, mierda, mierda —disminuyo el paso en una esquina por un semáforo, agradecida de estar en Nueva York, donde una mujer murmurando palabrotas para sí misma en medio de una multitud de peatones no atrae ni un guiño de atención.

¿He perdido la maldita cabeza? Creo que tal vez sí, porque por muy aterrador que sea mi futuro no tan distante, ahora mismo también siento una sensación conflictiva pero innegable de liberación.

Estoy desencadenada, pero también soy muy consciente de que solo es una libertad temporal.

Desechar mi trabajo y mi sueldo es una cosa. Hay una realidad más dura esperándome en unos pocos meses. Cuando Claire regrese de Japón, no solo estaré sin trabajo, sino también sin hogar.

Y luego está Nick.

Lo dije en serio cuando le conté a Tasha que tengo miedo de cuánto me gusta. Cada vez que estamos juntos, siento que caigo más profundamente bajo su hechizo, contra mi mejor juicio. Contra todas mis reglas autoimpuestas de no dejar que nadie se acerque demasiado a mí.

Sin embargo, a pesar de todo eso, mientras me alejo de la acera con el resto de la multitud para cruzar la calle, es su rostro el que más quiero ver. Es su voz la que necesito escuchar.

Saco mi teléfono de mi cartera y abro nuestra conversación de texto, la que he revisitado más veces de las que me gustaría contar. El número de Nick está a solo un toque de distancia. Cuando nos separamos anoche, le dije que no podría verlo por un par de días

debido al trabajo. No parecía complacido con eso, pero admitió que él también tenía asuntos que atender.

Aunque no quiero molestarlo si está trabajando, ahora mismo, hay una parte de mí que simplemente necesita sentirse conectada a algo sólido y real. Por más difícil que me resulte admitirlo, incluso para mí misma, Nick se está convirtiendo en el puerto más estable y seguro que conozco.

Antes de perder el valor, toco su número y hago la llamada.

Contesta antes de que termine el primer tono. —Avery.

—Hola.

—Esto es un placer inesperado —su voz me envuelve, cálida y oscura y suave como el terciopelo. Lo escucho despedir silenciosamente a alguien en el fondo, su tono todo negocios. Ese borde tenso desaparece cuando vuelve a mí un momento después—. ¿Cómo estás hoy, preciosa?

Sonrío, saboreando su tierno cariño. —Estoy bien. Todavía pensando en lo de ayer. Y anoche.

Él hace un sonido bajo en el fondo de su garganta, algo sensual que hace que mis entrañas se derritan un poco. —No he estado pensando en nada más que en ti toda la mañana. Más específicamente, he estado pensando en lo hermosa que eras, montándome en la parte trasera de mi limusina, y en todas las formas en que quiero hacerte llegar de nuevo.

Oh, Dios. Como apenas puedo caminar en línea recta cuando está diciendo cosas tan deliciosas, me salgo del flujo de tráfico peatonal y tomo una posición cerca de una tienda de ropa para hombres.

—Nick, lamento llamarte al trabajo.

—No lo lamentes —duda—. ¿Es ese ruido de tráfico? Avery, ¿dónde demonios estás?

Miro el letrero en la esquina. —Estoy en Madison, en la esquina de la Cuarenta y seis —inhalo, luego expulso mi aliento en un suspiro—. Renuncié a mi trabajo hoy.

Nick está callado por un breve momento, firme como siempre en su calma. —Te oyes alterada. ¿Estás bien?

—Sí, eso creo. Supongo... que solo quería escuchar tu voz.

—No vayas a ninguna parte —me ordena—. Estaré ahí en menos de diez minutos.

—Nick, realmente no es necesa...

—Hay un hotel justo donde estás. Espérame en el vestíbulo. Voy en camino ahora.

Finaliza la llamada sin darme la oportunidad de rechazar o decir algo más.

Y, fiel a su palabra, antes de que pasen diez minutos, veo su brillante BMW negro deslizarse hasta la acera. Uno de los valets del hotel sale para recibirlo, pero Nick rechaza la asistencia con un gesto. Apresurándose bajo la entrada con marquesina del elegante hotel, atraviesa una de las puertas giratorias y me encuentra adentro.

—Avery.

Como siempre sucede, mi estómago da un vuelco al verlo. Va vestido con un traje gris grafito, la chaqueta abierta sobre su camisa blanca. Sin corbata hoy, pero incluso con los dos primeros botones de su cuello desabrochados de manera casual para la oficina, todavía se ve como todo un titán empresarial de clase mundial.

Percibo más que veo la atención que atrae Nick simplemente al entrar al edificio. Como si trajera una carga eléctrica viva dentro con él, una sacudida de consciencia viaja por el lobby de techos altos y suntuoso. Y no es de extrañar, realmente.

Dominic Baine es tan guapo como rico y poderoso. Y dentro de su rostro esculpido y devastadoramente atractivo, sus impresionantes ojos de un azul brillante están fijos inquebrantablemente en mí.

Sé que debe ser consciente de la atención que está generando, pero a pesar de toda su discreción y su reputada secretividad con respecto a su vida personal, Nick parece no importarle en lo más mínimo. Mientras me levanto de mi asiento en uno de los sofás del

lobby, él ya está ahí, recogiéndome en sus brazos. Estoy envuelta en un abrazo fuerte y protector que me hace sentir más segura que en cualquier otro momento de mi vida.

Después de unos segundos, retrocede para mirarme. Su ceño se profundiza, solemne con preocupación. —¿Quieres hablar de ello?

—No —doy una pequeña sacudida de cabeza, esperando que entienda que no estoy lista para hablar. Al igual que él, yo también tengo mis propias murallas. Murallas empinadas que nadie puede escalar. Y por mucho que mi corazón vacile ahora, especialmente cuando Nick me sostiene en sus brazos, todavía no estoy lista para dejarlo entrar.

Además, en el fondo, sé que nunca podré dejarlo entrar. No sin ver su preocupación convertirse en lástima y disgusto, o algo aún peor.

Me estudia, y aunque estoy segura de que su aguda mirada puede ver todas las grietas en mí como nadie más lo ha hecho, parece entender que presionar solo me hará quebrarme.

—No quiero hablar, Nick. No quiero pensar en nada por un rato, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —acaricia el lado de mi rostro, su toque gentil mientras continúa evaluando silenciosamente mi bienestar—. Conozco el lugar perfecto para eso.

25

TAN PRONTO COMO ENTRAMOS al auto, Nick llama a Lily y le instruye que despeje su agenda por el resto del día. No sé qué tiene en mente para nosotros, ni tampoco importa. Sentada junto a él en el BMW, sus dedos curvados sobre la parte superior de mi muslo mientras navega con suavidad entre el tráfico de la tarde, ya tengo todo lo que necesito.

Después de haber estado conduciendo por la ciudad durante un rato, me lanza una mirada. —¿Te gusta la comida del mar?

—Me encanta.

—Excelente. Quiero llevarte a uno de mis lugares favoritos.

No puedo ni empezar a adivinar dónde podría ser, especialmente ahora que se dirige hacia el túnel que nos llevará a Queens. —¿Me vas a decir el nombre del lugar?

—No.

—¿Ni siquiera una pista?

Ahora arquea una ceja oscura en mi dirección. —¿Qué pasa, no te gustan las sorpresas?

—No particularmente.

De hecho, odio las sorpresas. He tenido demasiadas en mi vida, comenzando a los siete años, el día que supe que mi padre había muerto de un ataque cardíaco masivo. Seguido unos años después

por la sorpresiva noticia de que mi mamá había conocido a un buen hombre de familia de otro pueblo y tendría un nuevo padrastro. Lo que luego fue seguido por la sorpresa adicional de verla con un ojo morado por primera vez. Y poco después, con un brazo roto.

Hubo otras sorpresas también, culminando con la más horrible de todas aquel día hace nueve años.

Me he quedado callada, perdida en recuerdos inquietantes, y, por supuesto, Nick no pasa por alto el cambio en mi estado de ánimo. La mano que descansaba ligeramente sobre mi muslo ahora se eleva a mi mejilla. Su toque es tan tierno que casi me quiebra.

—Te gustará esta sorpresa, lo prometo.

No sé si entiende lo profundamente que me afecta su tranquilización. No puede saberlo, por supuesto, y si soy honesta conmigo misma, espero que nunca lo sepa. Espero que nunca aprenda lo feo que es mi pasado, o cuán brutalmente todo se vino abajo.

Quiero pretender, aunque sea por un momento, que esta es mi realidad. Quiero imaginar que sé lo que se siente estar libre de secretos y mentiras. Más que nada, quiero saborear lo que sea que Nick tiene planeado para nosotros y fingir que somos simplemente una pareja normal disfrutando de una cita normal.

Decidida a hacer precisamente eso, me acomodo mientras continuamos el viaje por Queens. Cuando nos acercamos a Cross Bay Boulevard, creo que he descifrado su plan.

—Entonces, ¿vamos a comer a Howard Beach?

Él sonríe. —No a esa playa.

Y, maldito sea, su respuesta críptica es todo lo que puedo sacarle. Pronto, sin embargo, veo señales para el aeropuerto, y Nick se incorpora al carril de salida hacia JFK. Sin una palabra de explicación, toma el giro y se dirige directamente al aeropuerto.

—Nick —lo miro boquiabierta, confundida, ansiosa y emocionada al mismo tiempo—. En serio. ¿Adónde vamos?

—Confía en mí. —Me mira, y aunque claramente está disfrutando su juego, también veo sinceridad escrita en sus ojos azules que

penetran hasta el alma—. ¿Puedes hacer eso, Avery?

Lo miro fijamente, sintiendo el peso de este momento hasta en los huesos. No solo está hablando de hoy, de esta misteriosa excursión. Puedo verlo en la solemnidad de su rostro apuesto. Está pidiendo mi confianza de una manera mucho más significativa. Una que no estoy segura de entender completamente todavía.

¿Puedo confiar en él?

Nunca he sentido que necesitaba a un hombre para atravesar los momentos difíciles de mi vida. Todavía no lo siento, pero tengo que admitir que hay algo reconfortante en estar con Nick. Me gusta la forma en que me mira, la forma en que me trata. Hay algo profundamente fortificante en poder mirar a través de la pequeña cabina del vehículo y saber que no estoy sola. Creer que con este hombre, estoy protegida. Estoy a salvo.

Y sí, confío en él.

La revelación es tan extraña, tan fuera de mi ámbito de experiencia, que me sorprende.

Asiento, y su sonrisa en respuesta es mi recompensa.

Evita la arteria principal hacia la terminal del aeropuerto. En cambio, seguimos una vía de servicio hasta una terminal separada reservada para aeronaves privadas. Estaciona el auto en el pequeño estacionamiento y apaga el motor.

—¿Vamos?

—¿Todavía no me vas a decir adónde vamos?

En lugar de responder, se inclina a través del asiento y me arrastra a un beso que me derrite los huesos. Cuando me suelta, estoy sin aliento, atrapada en los océanos de sus ojos inquisidores. Su voz profunda acaricia mis sentidos como terciopelo. —Confianza, Srta. Ross.

—Cierto —murmuro, mis venas zumbando solo por esa breve unión de nuestras bocas—. ¿Al menos estoy vestida adecuadamente para donde sea que me estés llevando?

Se retira para mirarme con mi blusa negra de escote bajo, jeans negros y tacones. —Estás más que vestida adecuadamente. Estás

increíblemente sexy. Pero podrías sentir un poco de calor donde vamos, así que llamaré con anticipación para asegurarme de que tengas todo lo que necesitas cuando lleguemos.

Entrecierro los ojos hacia él. —¿Vas a llamar con anticipación para conseguir ropa para mí?

—A menos que decida mantenerte desnuda en su lugar.

Sonrío y niego con la cabeza. —¿Eres así de controlador en todos los aspectos de tu vida, Sr. Baine, o solo cuando se trata de mí?

—¿De verdad estás lista para descubrirlo?

Un hormigueo recorre todas mis terminaciones nerviosas ante su oscura invitación. Aunque hablé con humor, no hay ninguno en la voz de Nick. Sus brillantes ojos azules me mantienen en una mirada penetrante y escrutadora de la que no puedo escapar aunque quisiera. La forma hambrienta en que me mira hace que mi estómago revolotee y mi sexo anhele tenerlo dentro de mí.

No puedo evitar sentir que me está preparando para algo... que si salgo de este auto con él ahora, si le permito alejarme de la vida que conocía antes de él, no habrá vuelta atrás.

Me está diciendo esto ahora, dándome la oportunidad de escapar.

Pero eso no es lo que quiero.

Él lo sabe, tan seguramente como yo.

Ya estoy demasiado involucrada. Lo he estado desde el principio con él. Y no quiero salir.

—Está bien —le digo—. Sí. Estoy lista, Nick.

~ ~ ~

—¿Entonces, tenía razón? —pregunta, caminando detrás de mí mientras contemplo el inicio de un espectacular atardecer en Miami.

Estamos en lo alto de la ciudad en la terraza envolvente de un penthouse de lujo, rodeados por el cielo abierto, agua interminable y una suave y cálida brisa oceánica. Sin nada más que una baranda a la altura de la cadera de plexiglás transparente frente a nosotros, siento como si fuéramos parte del cielo mismo, suspendidos dieciocho pisos sobre la tierra.

Nick apoya su barbilla ligeramente en mi hombro, su voz profunda enroscándose a través de mis sentidos. —¿Qué te parece esta sorpresa?

—Es increíble.

Desde nuestro punto de vista en el piso superior de la elegante torre residencial blanca, el cielo parece lo suficientemente cerca para tocarlo, sus dispersas volutas de nubes iluminadas con cien tonos de rosa, lavanda, coral y dorado. Frente a nosotros, el Atlántico se extiende interminablemente desde la playa y el paseo marítimo muy por debajo, hasta el horizonte distante. Sobre mi hombro en la dirección opuesta, el atardecer es aún más brillante, perfilando los vibrantes colores del centro de Miami al otro lado de la bahía de Biscayne.

Llegamos hace poco tiempo a bordo del jet privado pilotado que Nick pagó para alquilar en el momento en JFK. Durante nuestras tres horas en el aire, me mantuvo en suspenso sobre adónde íbamos. Y mientras un viaje espontáneo a Miami Beach es más aventura de la que he conocido jamás, resulta que eso era solo parte de su sorpresa. Este condominio ático, otra de sus impresionantes propiedades, es la cereza en un pastel ya fabuloso.

—No puedo superarlo, esta vista es impresionante.

Presiona un beso en el lado de mi cuello, justo debajo del lóbulo de mi oreja. —Espera a ver el amanecer desde aquí arriba.

Envolviendo sus brazos alrededor de mí, me atrae más cerca de él, contra los firmes músculos de su pecho y muslos. El coqueto vestido con tirantes finos que llevo puesto, que me llega por encima de la rodilla —también cortesía de Nick— se balancea alrededor de mis piernas mientras giro en su abrazo. —¿Nos quedamos a pasar la noche?

—Podemos quedarnos todo el tiempo que quieras.

Para siempre, pienso, mientras él aparta suavemente parte de mi cabello que se ha soltado de mi cola de caballo, y luego acaricia mi mejilla. El deseo recorre mis sentidos ante ese tierno toque. Suspiro,

sintiendo cómo toda mi tensión e incertidumbre de horas antes comienzan a derretirse y alejarse de mí.

Nuestros cuerpos se rozan solo ligeramente mientras estamos aquí, pero es suficiente para sentir el sólido bulto de su erección en mi abdomen. El hecho de que me desee ahora como yo lo deseo a él envía un escalofrío de calor y conciencia girando a través de mí, directo a mi centro.

¿Cómo puede su más ligero toque excitarme siempre tan fácilmente? ¿Cómo puede ser que cuando estamos juntos el resto del mundo simplemente se desvanece?

Él sabe lo que me hace, y por la lenta sonrisa maliciosa que me da ahora, no hay duda de que disfruta lo fácilmente que mi cuerpo responde a él.

—Cristo, eres una tentación —murmura, bajando su cabeza para mordisquear mi labio inferior.

Mientras me provoca con su beso, su mano se desliza entre mis muslos desnudos bajo la tela ondulante de mi falda, donde estoy totalmente desnuda. De los media docena de vestidos que Nick arregló para que me esperaran, el cuerpo de tirantes finos del que seleccioné no está hecho para un sostén, así que no estoy usando uno. Y, por insistencia de Nick cuando nos cambiamos de ropa a nuestra llegada, tampoco estoy usando bragas. Sonrío ante el pensamiento, porque su exigencia erótica casi lo deshizo cuando me vio ponerme el pequeño vestido sedoso, y sé que también será una distracción para él, hasta que pueda quitármelo nuevamente.

Él gime cuando sus dedos alcanzan mi sexo. Ya estoy húmeda solo por estar sostenida en sus brazos, y por el beso que se vuelve posesivo ahora, mientras se abre paso entre mis pliegues y me acaricia sin vergüenza ni misericordia. Gimo indefensa ante el primer roce de su pulgar sobre mi clítoris, mis manos aferrándose a su espeso cabello negro mientras empuja su lengua en mi boca y dos dedos se hunden profundamente en mi cuerpo.

—Nick. —Su nombre es un jadeo mientras dejo que mi cabeza se incline hacia atrás mientras me lleva hacia la locura con sus

perversas caricias—. Oh, mierda... podría venirme así.

—Y lo harás, nena. —Besa mi garganta expuesta, su lengua jugando en el hueco en la base de mi cuello—. Pero aún no.

Para mi consternación, siento que su mano comienza a retirarse de mí. No puedo contener mi gemido de decepción. Mi falda cae nuevamente alrededor de mis muslos, y cuando lo miro, está sonriendo como el diablo mismo. Descaradamente carnal, pone los dos dedos que estaban dentro de mí en su boca y los chupa.

—Estoy hambriento —gruñe oscuramente, con una curva pecaminosa en esos labios que quiero sentir sobre los míos, en cada centímetro desnudo de mi cuerpo—. Antes de devorarte de la manera que tengo toda la intención de hacerlo, debería cumplir esa promesa de alimentarte.

26

EL LUGAR FAVORITO DE Nick para comer mariscos es un pequeño restaurante escondido frente a la playa, a unos cuarenta y cinco minutos al sur de Miami. Llegamos en un Lamborghini Aventador de alquiler color rojo metálico que él reservó en el aeropuerto cuando arribamos hoy más temprano, una sexy bestia de automóvil que ha hecho voltear todas las cabezas a nuestro paso. Aunque nunca he sido alguien que busque ser el centro de atención, no puedo negar que me siento como una princesa cuando Nick me ayuda a salir del deportivo y me escolta a su lado hasta el restaurante.

El pequeño edificio achaparrado no parece gran cosa desde afuera, pero está lleno y hay más personas esperando bajo el pórtico arqueado de la entrada. Sin embargo, tan pronto como la anfitriona ve a Nick, asiente en señal de saludo y se abre paso entre los clientes que esperan para recibirnos.

—Qué gusto verlo, señor —ofrece, evitando discretamente mencionar su nombre entre los otros comensales. A mí también me concede una sonrisa igualmente acogedora—. Y buenas noches, señora. Por aquí, por favor. Tenemos su mesa lista.

La seguimos hasta un área de patio-jardín iluminada por antorchas tiki encendidas y palmeras adornadas con cuerdas serpenteantes de pequeñas luces blancas. Unas veinte mesas

cubiertas con elegantes manteles blancos, relucientes cubiertos y copas de cristal llenan el pequeño espacio de concreto con vista a una laguna redonda y una playa de arena. Más allá se encuentran las aguas brillantes de la Bahía de Biscayne y el Atlántico abierto.

Los últimos momentos del atardecer pintan el cielo oscurecido con colores vívidos mientras nos dirigimos al extremo más alejado del patio y a la única mesa disponible, que también resulta ser la que tiene la vista más romántica del agua y del horizonte a través de las palmeras protectoras.

Mientras nos acomodamos en nuestra mesa, Nick despide a la anfitriona con una petición de una botella de champán. Noto que no especifica la marca, ni ella pregunta.

—¿Estamos celebrando? —pregunto, mirándolo mientras desdoblo mi servilleta de lino blanco y la coloco en mi regazo.

—Corre el rumor de que alguien renunció a su trabajo hoy —arquea una ceja en señal de interrogación—. Yo diría que eso amerita una celebración o un consuelo. El champán parece un buen acompañamiento para cualquiera de las dos cosas.

Trago saliva, tomada por sorpresa ante el recordatorio de lo que sucedió hoy.

—Es motivo de celebración —digo, sin estar segura si estoy resuelta o simplemente esperanzada—. Mi jefe es un idiota. Si hubiera tenido el valor, habría renunciado mucho antes.

Nick escucha en silencio, sin apartar su mirada de mí mientras hablo.

—A veces es difícil ver las cosas que nos están frenando. A veces se necesita un empujón para hacernos abrir verdaderamente los ojos.

Asiento, reconociendo para mí misma cuánta razón tiene en eso. ¿Cuánto tiempo habría soportado el trato dominante de Joel si no me hubiera visto obligada a enfrentarlo? ¿Habría aceptado su actitud autoritaria si no fuera por el sentido de autoestima y poder que estar con Nick estas últimas semanas ha inculcado en mí?

Llega nuestro champán, un Dom Pérignon de 1998 que estoy segura no encontraría en la carta general de vinos. El sommelier que lleva la botella de cuatrocientos dólares espera la aprobación de Nick, luego nos sirve. Después de colocar la botella en hielo y cuando el sommelier se ha ido, Nick levanta su copa.

—Por los ojos abiertos —dice.

Sonrío y choco mi copa con la suya.

—Por las buenas sorpresas y los atardeceres espectaculares también.

—En efecto.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro, y por un instante quedo hechizada. Soy muy consciente de que Dominic Baine es guapo. Impresionantemente guapo. Pero el impacto de su sonrisa en mí en medio de esta terraza de restaurante llena de gente, con la inquebrantable conciencia de que todos nos miran —deseando ser nosotros— es como algo sacado de un sueño.

Él es como algo sacado de un sueño, y apenas resisto el impulso de pellizcarme para asegurarme de que realmente estoy despierta y viviendo este momento, no simplemente deseando estarlo.

Mi primer sorbo del burbujeante champán me hormiguea por toda la garganta. Nick no aparta su mirada de mí, ni siquiera para observar la explosión final de color que llena el cielo en los momentos antes de que el sol se apague y los brillantes colores sobre el agua den paso a una noche estrellada.

Hacemos nuestros pedidos para la cena —para Nick, el róbalo chileno, y para mí, un pargo rojo estilo caribeño— luego nos relajamos para compartir un aperitivo de ceviche con pulpito, camarones, pescado blanco y verduras en juliana espolvoreadas con cilantro y rociadas con una salsa cremosa picante.

Nick se mete un camarón en la boca, luego observa cómo empujo con mi tenedor uno de los pequeños bocados de múltiples tentáculos hacia el otro lado del plato. Niega con la cabeza.

—Esa pieza es tuya. Tómala.

Arrugo la nariz, con escepticismo seguramente escrito por toda mi cara.

—Hmm, no, gracias.

—Es la mejor parte de este plato —lo pincha con la punta de su tenedor y me lo ofrece por encima del plato. Cuando solo me quedo mirando a la pequeña criatura decapitada, Nick inclina la cabeza—. No me digas que es tu primera vez.

—¿No es obvio?

No mueve la mano. Y ahora, más de una persona nos está mirando mientras permanezco inmóvil, y no poco repelida, por el caballeroso pero indeseado ofrecimiento de Nick.

—Pruébalo, Avery. No dejes que el miedo te impida expandir tus límites personales. Si lo haces, te perderás algunas de las cosas más placenteras de la vida.

No puedo apartar la mirada de sus intensos ojos y algo oscuro —algo perverso— se despliega en lo profundo de mí ante su seducción en voz baja.

—¿Por qué tengo la sensación de que no solo estás hablando de la cena?

Su sonrisa en respuesta es decadente, carnal.

—Confianza, señorita Ross. ¿Recuerda? Tiene mi palabra, no la introduciré a nada que no vaya a disfrutar. Inmensamente.

Después de todo lo que me ha mostrado hasta ahora, no lo dudo ni por un segundo.

Sin muchas opciones, me inclino hacia adelante y cierro mi boca alrededor de su tenedor. El pulpo se siente extraño en mi lengua, tierno pero firme. Mientras mastico, descubro que el sabor es realmente muy bueno. Cítricos, especias y una cremosa salsa dulce se mezclan maravillosamente con el delicado sabor del pulpo.

—¿Te gusta? —ante mi asentimiento, Nick sonríe con aprobación, todavía inclinado en su silla, con la mirada clavada en mi boca—. No puedo esperar para expandir tus horizontes aún más.

Arqueo una ceja hacia él.

—¿Te importaría elaborar, señor Baine?

Se ríe.

—Haré algo mejor. Te lo demostraré. Más tarde.

Trago saliva y me lamo los labios mientras mi estómago da vueltas salvajemente ante su promesa erótica. Entre mis piernas, de repente soy muy consciente de mi desnudez y del calor que florece allí mientras él me mira como si el resto de las personas a nuestro alrededor no existieran.

Dios me ayude, pero no puedo esperar a descubrir qué otras cosas tiene en mente para mí.

Estoy tan absorta en mis pensamientos y en la abrasadora atención de Nick que apenas registro el hecho de que mi teléfono está sonando en mi bolso. Una vez que lo oigo, el trino parece tan fuerte como una sirena en la tranquila área del patio comedor.

—Lo siento —digo y alcanzo mi bolso junto a mis pies calzados con sandalias—. Probablemente sea mi amiga Tasha, del trabajo, llamando para saber cómo estoy. Le dije que la llamaría más tarde hoy.

Mientras tomo el teléfono para silenciar el timbre, veo el número allí y siento que mi rostro pierde algo de color.

—Adelante, contesta si quieres —dice Nick.

—No —niego con la cabeza mientras envío la llamada de mi madre al buzón de voz—. No es Tasha.

—Oh —responde Nick. Su tono nivelado es indescifrable, pero su rostro se oscurece con sospecha—. ¿Debo preocuparme por otro hombre?

—¿Qué? No —frunzo el ceño, negando con la cabeza—. No, nada de eso.

—Bien —no sonríe. Tampoco insiste en obtener más detalles.

Maldita sea, debería estar agradecida por ese respiro y volver a nuestra conversación como si la llamada nunca hubiera ocurrido. Pero por alguna razón —una que prefiero no examinar— me siento obligada a dejarle echar un vistazo a mi vida, mi vida real, aunque sea solo un vistazo.

Deslizo el teléfono de vuelta a mi bolso, luego tomo un sorbo de champán.

—Era mi mamá.

Sus cejas oscuras se levantan un poco.

—¿No querías hablar con ella?

—No en este momento.

No dice nada durante un largo momento. Luego, cuando habla, sus palabras parecen ser elegidas cuidadosamente, como si sintiera que está pisando terreno inestable.

—¿Tú y tu madre no son cercanas?

—Somos muy cercanas. La adoro.

—Pero no le has contado sobre mí.

—No —dejo mi copa vacía. Consciente de oídos curiosos, mantengo mi voz baja—. ¿Qué le diría? ¿Que durante las últimas semanas he estado durmiendo con uno de los hombres más ricos de Nueva York, posiblemente de todo el país? ¿O que acabo de renunciar a mi trabajo y ahora estoy sentada en Miami comiendo pulpo y bebiendo champán sin una preocupación en el mundo?

Nick sonríe con suficiencia.

—Conozco a muchas madres emprendedoras a las que les encantaría escuchar esas palabras.

—A mi madre no. Pensará que he perdido la cabeza, y tal vez tendría razón en eso —niego lentamente con la cabeza—. Si le cuento algo sobre nosotros, solo la hará preocuparse por mí. No haré eso.

—Porque eres protectora con ella —dice, dando directamente en el blanco.

—De la misma manera que ella siempre ha sido protectora conmigo. Ha tenido una vida... difícil. Todavía la tiene. Trato de no aumentar sus cargas —bajo la mirada mientras exhalo y jugueteo con mis manos en mi regazo—. Mi mamá es toda la familia que me queda.

—Lo siento —levanto la cabeza y no encuentro más que sinceridad en su rostro—. Siento que las cosas no hayan sido fáciles

para ti.

Sus palabras me conmueven, rompiendo algo dentro de mí que no puedo permitir que se quiebre. No debería dejar que me vea tan claramente. No debería querer que entienda mi dolor, o los secretos que nunca podré revelar completamente. Ni siquiera a él.

—¿Y qué hay de ti, Nick? No creo que tu vida siempre haya sido fácil tampoco.

No puedo evitar que mi mirada se desvíe hacia su mano y brazo derechos, hacia sus cicatrices. Lleva pantalones color canela claro y una camisa de botones azul pálido, con los puños enrollados sobre sus musculosos antebrazos. Para cualquiera que simplemente lo mire, sus imperfecciones serán lo último que notarán. Pero he visto la evidencia de sus lesiones. Sé que sufrió algo terrible —algo brutal — en algún momento de su vida.

Cuando vuelvo a mirar para encontrarme con sus ojos, parecen haberse endurecido un poco. Levanta el hombro, una esquina de su boca tirándose hacia una sonrisa sin alegría.

—Cuando tenía dieciocho años, tuve el mal juicio una noche de interponerme en el camino de un borracho que buscaba pelea. Creía que era un tipo duro. Pensé que podía manejar la situación. El bastardo me lanzó a través de una ventana de cristal. Desperté en el hospital una semana después con un brazo destrozado y una mano casi cercenada.

Jadeo, llevando mi mano a mi boca.

—Dios mío. Nick, eso es terrible.

Se encoge de hombros, sin embargo, hay algo en sus ojos que parece cualquier cosa menos indiferente.

—Sobreviví. Las cicatrices son solo un recordatorio de mi estupidez y arrogancia. De todos modos, dudo que pueda encontrar a muchas personas que sientan lástima por mí ahora.

Yo sí, pero no digo las palabras. Sé que rechazaría mi simpatía. Seguramente no quiere lástima. Pero mi corazón duele por lo que debe haber sufrido. El horror del accidente. El dolor de la recuperación. El recordatorio permanente de todo ello.

Extiendo la mano a través de la mesa y la pongo sobre su mano dañada. No la retira, pero la mirada que me da es dura y prohibitiva. Está cerrado, como si ya me hubiera dado todo lo que pretende por ahora, y si insisto, nunca escucharé nada más.

Me salvo de la tentación cuando llegan nuestras cenas. Son tan deliciosas como nuestro aperitivo y, por un tiempo, Nick y yo nos contentamos con saborear nuestras comidas. Nick pide una botella de vino blanco para nosotros, aunque un cuarto de la botella de champán todavía descansa en hielo en el cubo junto a nuestra mesa.

Charlamos sobre cosas triviales mientras comemos y bebemos nuestro vino. Para mi deleite, a mitad de nuestra comida, una banda cubana de cinco músicos llega y se instala cerca. Calculo que el más joven de los músicos debe tener unos cincuenta años, y el resto del grupo parece al menos una o dos décadas mayor que él.

Los hombres comienzan a tocar una canción sensual que hace que mi pie con sandalias marque el ritmo debajo de la mesa y mis hombros se balanceen ligeramente con la melodía. Cuando noto que Nick me está observando, una ola de timidez me invade.

—Lo siento.

—No lo sientas —me contempla por un momento, luego coloca su servilleta junto a su plato y se levanta. Me extiende su mano, palma hacia arriba—. Ven conmigo.

—Eh, ¿qué?

—Baila conmigo.

No somos los únicos que han decidido disfrutar de la música en la pequeña área del patio despejada para bailar, pero aun así siento todos los ojos sobre nosotros mientras Nick espera que tome su mano y me una a él. A regañadientes, porque no puedo imaginarme rechazándolo, me levanto de mi asiento y coloco mi mano en la suya.

Me lleva y me atrae hacia él, con su mano descansando ligeramente en mi espalda, y la otra sujetando suavemente la mía. Ninguno de los dos va a ganar ningún premio de rumba, pero

tampoco es como si estuviéramos tratando de impresionar a alguien. Nos movemos juntos, miradas fijas, cuerpos rozándose al ritmo de la sensual canción.

Se siente bien estar cerca de él, moviéndome con él como uno solo. Sus ojos me mantienen cautiva bajo la luz parpadeante de las antorchas tiki, su aroma me intoxica aún más que el vino. Lo deseo desesperadamente, y puedo sentir su excitación también, incluso antes de sentir la creciente evidencia de ello en mi cadera.

Su mano se desliza por mi columna, luego sobre la curva de mi trasero. Sé lo que está pensando cuando su toque se demora allí, posesivo y sin disculpas. Mi carne desnuda tiembla bajo mi falda corta, cada centímetro de mí anhelándolo.

Nick baja su cabeza junto a la mía, y sus labios rozan el contorno de mi oreja. Sus palabras envían un estremecimiento de deseo a través de mí.

—Vámonos de aquí.

27

ATRAVESAMOS LA CIUDAD A toda velocidad de regreso al ático frente a la playa. La mano izquierda de Nick descansa sobre el volante, mientras su derecha reposa sobre la palanca de cambios del Aventador mientras el ágil deportivo recorre las calles brillantemente iluminadas y bulliciosas de Miami. Soy vagamente consciente de las miradas envidiosas que inspiramos a nuestro paso, pero toda mi atención está fija en el hombre increíblemente sexy sentado a mi lado.

Estoy inclinada hacia Nick lo mejor que puedo en el profundo asiento deportivo, con mi mano extendida sobre su poderoso muslo. Cada flexión de sus músculos cuando acelera o reduce la marcha me hace desearlo más. Cada breve y febril mirada que me lanza hace que mi estómago se agite ansiosamente y mi sexo se contraiga con hambrienta anticipación del momento en que pueda tenerlo dentro de mí nuevamente.

—¿Ya casi llegamos? —pregunto, escuchando el tono ronco de deseo en mi propia voz.

—Oh, nena, ni siquiera estamos cerca. —Nick me lanza una mirada oscura y diabólica—. El apartamento, sin embargo, está a solo diez minutos de distancia.

Sonrío ante su broma y decido hacer un poco de la mía.

—¿Diez minutos enteros? No estoy segura de poder aguantar tanto tiempo sin tocarte.

Deslizo mi palma más arriba por el interior de su firme muslo hasta que mi mano roza el bulto de su erección. Acaricio entre sus piernas, acunando sus testículos y deleitándome con el repentino cambio en su respiración. Su miembro se endurece aún más bajo mi toque errante, sus músculos del muslo temblando mientras muevo mis dedos sobre él. Su reacción me hace más atrevida, así que levanto mi brazo de debajo del cinturón de seguridad y me giro más cerca, volviendo mi caricia más descarada.

Mientras nos detenemos ante un semáforo en rojo en una intersección llena de gente, mi boca está a solo centímetros de su oreja. —No estoy segura de poder aguantar diez minutos más sin probarte, Sr. Baine.

Emite un sonido que parece más un gruñido que una respuesta. Cuando desabrocho su cierre y saco su pene erecto de sus pantalones, sus ojos azules me penetran con calor carnal.

—Eres muy traviesa, Srta. Ross.

Presiono mis labios contra la línea cuadrada de su mandíbula. —En realidad, estoy hambrienta.

Sonríe ante mi recordatorio de lo ocurrido esta noche, pero su cuerpo se tensa bajo mi toque. Mientras esperamos que cambie la luz, acaricio su grueso y prominente miembro. No me pasa desapercibido que tiene las muelas apretadas, los tendones tensos en su cuello mientras paso mi mano a lo largo de su longitud. Sus ojos se desvían hacia los míos y le doy una sonrisa pícara, luego me inclino hacia su regazo. Suelta una maldición cuando doy el primer giro con mi lengua sobre la punta de su pene.

—Menos mal que no nos quedamos para el postre —murmuro—. Me gusta mucho más esto.

Envuelvo mis labios alrededor de la cabeza de su miembro, y él gime.

—Ah, mierda... nena —dice con voz áspera, mirándome mientras el tráfico y el ruido de la calle zumban a nuestro alrededor en la

intersección—. Me pones tan duro.

No puedo negar la emoción que siento al escuchar esas palabras, al sentir la sólida evidencia de su respuesta hacia mí mientras su rígida carne se desliza tan deliciosamente contra mi lengua. Juego con la amplia cabeza, trazando el borde suave y la corona, luego lamiendo a lo largo de la tierna parte inferior. Probando, pero sin tomar.

Y Dios, sabe tan bien. Sedoso, salado, suave como el satén mientras subo y bajo por su carne rígida. Pero debajo de todo ese terciopelo hay puro poder masculino. Y mi pequeña probada solo me hace desear más. Separo mis labios y lo introduzco en mi boca, chupándolo profundamente.

Las caderas de Nick se levantan en respuesta, exigentes. Sisea bruscamente, su mano derecha bajando hacia la parte posterior de mi cabeza. Sus dedos se filtran a través de mi larga cola de caballo mientras lo lamo y chupo sin piedad.

—Dios —gruñe—. Tampoco voy a durar diez malditos minutos sin cogerte.

Sé el instante en que la luz se pone verde. Nick mete la marcha y pisa el acelerador, haciendo que el Aventador salga disparado de la intersección con un estruendoso rugido del motor y un chillido de neumáticos girando.

No creo que nos tome ni cinco minutos llegar al edificio de apartamentos. Todavía estoy disfrutando del miembro de Nick cuando estaciona el Lambo en el garaje subterráneo y apaga el motor.

Con una maldición gutural, me aparta y se sube rápidamente la cremallera. —No juegas limpio, Srta. Ross.

Su sonrisa sombría envía diez tipos de escalofríos a través de mi cuerpo mientras enrolla mi cola de caballo alrededor de su puño y me arrastra bruscamente a través de los asientos. Sus ojos me queman con una necesidad apenas contenida mientras me mantiene inmóvil, nuestras caras a menos de un centímetro de distancia. —Se me ocurren varias formas en las que me gustaría castigarte por eso.

Castigar. La palabra me sobresalta en algún nivel básico y primario. No es una que haya escuchado antes de un amante. Ciertamente no una que esperaría que me excitara. Pero lo hace, de la misma manera que todo en este hombre despierta algo audaz e imprudente en mí. Cosas que nunca he sido, o pensé que podría ser, con nadie más.

Con Nick, no tengo miedo. No, con él, ninguna de mis viejas reglas se aplica. Ha estado tentándome a doblarlas o romperlas todas desde el principio. Me lamo los labios, que están hinchados y todavía llevan el olor y sabor erótico de él.

Me lleva a un beso que es duro, urgente y crudo. Gimo con la intensidad, mi sexo contrayéndose en respuesta animal a cada embestida posesiva de su lengua dentro de mi boca. Levanto mis manos a su rostro, mis dedos raspando sobre la leve barba incipiente de su mandíbula, luego hundiéndose profundamente en su suave cabello negro para poder sostenerlo más cerca.

Quiero que este beso contundente continúe para siempre. Lo que realmente quiero hacer es volver a bajarme sobre él y chuparlo hasta que se venga, pero Nick me suelta con un gruñido bajo, y está claro por el calor tormentoso de sus ojos que tiene otros planes.

Apenas logramos entrar al ático antes de que se lance sobre mí. Su beso es carnal, su cuerpo duro contra mis curvas, dominándome de una manera que me deja sin aliento.

No estoy segura de cómo terminamos moviéndonos hacia la terraza. El dominio de Nick sobre mi boca y mi cuerpo es tan absorbente que no me doy cuenta de que estamos afuera hasta que siento la primera caricia fresca del aire nocturno en mis brazos y piernas desnudos. Mi falda corta y ligera baila alrededor de mis muslos. La brisa del océano es fresca contra mi sexo desnudo, un delicioso contraste con el calor fundido que Nick ha encendido en cada célula de mi ser.

Nick alcanza entre mis piernas y toma aire entre dientes apretados. —No debería jugar limpio contigo tampoco. Debería

provocar —dice, sus dedos apenas rozando mi hendidura empapada —. Debería atormentar.

Le da a mi sensibilizado clítoris solo la más breve caricia con su pulgar, un toque fugaz que arranca un grito entrecortado de mis labios entreabiertos. Lo miro indefensa, preparada para suplicar por más.

—Debería castigarte —murmura, su voz áspera de lujuria.

Mientras dice esto, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración, suspendida en una oscura anticipación que envía mi corazón galopando en mi pecho. Estoy esperando su toque, su beso, lo que sea que desee de mí. Soy suya para que me tome, como él quiera. Lo he sido desde el momento en que nuestros ojos se encontraron por primera vez hace semanas, y él lo sabe.

—Sí —respondo.

Mi admisión es tan silenciosa que, al principio, pienso que la brisa se la ha llevado. Pero entonces veo cómo los ojos de Nick se oscurecen bajo las duras líneas de sus cejas. Veo su rostro dolorosamente apuesto adquirir un borde peligroso ahora, una mirada que me pone nerviosa, me excita... me hace temblar de necesidad.

—Confías en mí —dice, menos pregunta que afirmación confiada.

Asiento, demasiado atrapada en mi deseo para pronunciar palabras.

—Date la vuelta.

Obedezco su orden baja y me encuentro parada en el borde mismo de la terraza abierta. La barandilla de plexiglás está a solo centímetros frente a mí, la barrera a la altura de la cadera entre mi cuerpo y una caída de dieciocho pisos prácticamente invisible en la oscuridad iluminada por las estrellas. Me quita el aliento estar tan cerca del espacio infinito y oscuro debajo de mí. Más lejos, el agua salpicada de luz de luna se aleja de la oscura orilla hasta donde mis ojos pueden ver.

Las fuertes manos de Nick se posan en mis hombros. Su calor se filtra a través de mi piel y huesos, y no puedo evitar apoyarme en él

mientras se acerca detrás de mí. Quiero sentir sus brazos a mi alrededor, saber que estoy anclada a algo seguro y sólido, pero él me niega ese consuelo.

—Sujétate a la barandilla —me indica, su tono autoritario y tranquilo—. No quites tus manos de ella, Avery. A menos que yo te lo diga.

Asiento, tragando con la garganta seca. El perímetro arqueado de plexiglás está rematado por una amplia tira de acero pulido. Enrosco mis dedos sobre ella, agarrándome como me ha dicho. La falda corta y vaporosa de mi vestido ondea en la brisa nocturna, haciendo cosquillas en mis muslos. Detrás de mí, siento una corriente de aire aún más fresco cuando Nick se aleja ligeramente.

—Abre las piernas para mí, nena. —Hace un sonido bajo de aprobación cuando cumplo—. Buena chica. Ahora inclínate hacia adelante. Más abajo, nena... Eso es, hasta abajo. Quiero ver tu hermoso trasero y tu dulce coño desnudos y listos para mí. Listos para cualquier cosa que quiera hacer.

Oh, Dios. Mi sexo se contrae ante su amenaza erótica. Respiro entrecortadamente e intento mirar por encima de mi hombro hacia él. Cuando su palma golpea mi trasero, grito por la conmoción inesperada, tambaleándome un poco sobre mis sandalias de tacón alto.

—Mira al frente, Srta. Ross. —Su voz profunda vibra en mis huesos—. Te ganaste esto, ¿recuerdas?

El escozor persistente de su azote es como una lengua de fuego en mi trasero, pero sus dedos están ahí un instante después, deslizándose sobre mí ligeros como plumas, calmando la mordida. Los escalofríos me atrapan tras ese toque provocador, y mi pulso se convierte en un latido que parece arraigado en mi clítoris.

—Ahora eres mía para atormentarte —me recuerda. Su caricia desciende más, hacia el calor húmedo entre mis muslos separados —. Te diré cuándo puedes moverte.

Sin más opción que someterme, bajo la cabeza y espero sin aliento, ansiosamente, el próximo bocado de placer —o dolor— que

él decida concederme.

Gimo cuando hunde dos dedos dentro de mí, penetrando profundo. Embiste una vez, dos veces, un ritmo lento que me vuelve loca. Necesito más. Para aliviar el dolor, necesito que sea más fuerte y rápido.

—Nick, por favor...

—¿Por favor, qué?

Introduce otro dedo en mí, pero todavía no es suficiente. —Cógeme.

—Oh, nena. —Se ríe oscuramente, un sonido tan puramente sexual que casi me vengo en el acto—. No pidas clemencia tan pronto. Ni siquiera estoy cerca de terminar contigo.

Como para demostrar que este es un castigo al que me ofrecí voluntariamente, retira sus dedos por completo, ignorando mi gemido de protesta. Mi falda está levantada y sobre mi espalda, exponiéndome completamente de la cintura para abajo. Sus palmas acarician mis nalgas, masajeándolas. Separándolas en el instante antes de que sienta el primer roce húmedo de su lengua en mi ano.

"Nick." Su nombre sale de mí como un jadeo desgarrado. Es todo lo que puedo hacer para mantenerme de pie mientras lame, chupa y recorre mi trasero con su lengua. Estoy retorciéndome indefensa, mis músculos temblando desde los arcos de mis pies separados hasta los tendones de mis dedos aferrados por mi vida a la barandilla de la terraza.

Mi orgasmo se construye rápidamente mientras me acerca más a su boca y se deleita ávidamente conmigo. Cuando sus dedos se deslizan en mi humedad para acariciar mi carne sensible, su pulgar rodando sobre mi clítoris en un tempo exigente, no puedo contener mi grito de placer. Mi columna se arquea, y un espasmo me sacude. Y de repente estoy corriéndome más fuerte que nunca, la sensación derramándose sobre mí, sacudiéndome hasta la médula.

Sus dientes muerden mi trasero con fuerza, elevando las últimas réplicas de mi liberación hasta la estratosfera. Lo siento moverse detrás de mí. Escucho el tintineo metálico de su cinturón mientras lo

desabrocha, seguido del urgente raspado de su cremallera. El papel aluminio cruje, luego se rasga mientras abre un paquete de condón.

Sus manos están calientes en mi pelvis desnuda, sus dedos como hierro mientras jala mi trasero hacia él. Su miembro está duro y grueso contra la hendidura de mi cuerpo, y mi sexo responde con renovada necesidad. Gimo impaciente, inclinando mis caderas para recibirlo.

Quiero gritar por piedad, maldita sea. Quiero chillar para que me penetre hasta el fondo. En su lugar, aprieto los dientes tan fuerte en mi labio inferior que pruebo sangre. Justo cuando pienso que no puedo soportar ni un segundo más de este tormento, el pene de Nick se desliza entre mis piernas.

—Olvida el castigo. Necesito cogerte. —Desliza una mano entre nosotros, colocando la gruesa cabeza de su pene en la entrada de mi cuerpo—. Agárrate fuerte, nena. No te sueltes.

Embiste en mí con un empujón que me hace ver estrellas detrás de mis párpados cerrados. No hay delicadeza en su ritmo, solo necesidad. Caliente y rápido y resbaladizo y crudo. El placer y el dolor son tan intensos, tan exquisitamente entrelazados, que casi me hacen llorar.

Y cada embate salvaje de su cuerpo me acerca más a la caída empinada abajo. La barandilla es segura, sólida como el acero, pero no puedo negar mi miedo mientras mis hombros y pecho se cuelgan sobre ella, completamente a merced de Nick. Mi respiración sale en jadeos temblorosos y la sangre fluye a mi cabeza inclinada, mi cuerpo balanceándose fuerte contra la pared baja mientras absorbo el impacto de sus embestidas posesivas y dominantes.

Me está llevando esta noche a un lugar al que nunca he ido. Un lugar estimulante e intenso, donde la adrenalina es combustible para el placer y el castigo es su propia dulce recompensa.

Y no puedo tener suficiente.

Me agarro a la barandilla como me dijo que hiciera, pero a pesar de su orden, puedo sentir que es realmente su firme agarre en mis caderas lo que me mantiene anclada. A pesar del peligro que algún

día puede representar para mi corazón, son sus fuertes manos las que me mantienen segura ahora. Es su control lo que me da la libertad de sentir este intenso placer, este éxtasis que se hace más explosivo por el miedo, por el riesgo.

Por mucho que anhele esta fiereza, cada choque de nuestros cuerpos me dice que él también la anhela, que él está tan gobernado como yo por esta pasión que existe entre nosotros.

Ahora gruñe con ello, golpeando duro y furioso.

Desesperada por mi propia liberación nuevamente, ensancho mi postura e inclino mis caderas para recibirlo más profundamente, y la correa que tiene sobre su control se rompe. Mientras se corre, pronuncia mi nombre como una maldición, una mano dejando mi cadera para retorcer la longitud de mi cola de caballo mientras sus embestidas se hacen más profundas. Como si no pudiera llegar lo suficientemente dentro de mí.

Su clímax desencadena el mío. Me hago pedazos con un grito de placer.

Y cuando mis manos comienzan a ceder por la dichosa falta de fuerza de mi cuerpo exhausto, los brazos de Nick me rodean sólidamente. Me aleja del borde y me gira en su abrazo, sus ojos tiernos en mí pero oscuros con intención erótica. Me levanta en sus brazos, luego me lleva de vuelta al ático y a su cama que me espera dentro.

28

EL AMANECER, TAL COMO prometió, es nada menos que espectacular desde la terraza del ático de Nick. Mientras él está en una llamada con un colega de Londres, salgo con mi celular para tomar algunas fotos del glorioso espectáculo de luces pastel que ofrece la naturaleza. Mi trabajo puede no ser digno de la galería de Nick —un hecho que duele más de lo que quisiera admitir— pero quiero recordar estos colores para la próxima vez que pinte. Por capricho, tomo otra fotografía, una que también captura un bonito velero blanco navegando a poco más de un kilómetro de la costa.

Recordando ahora mi promesa de ponerme en contacto con Tasha, selecciono una de mis nuevas fotos y se la envío por mensaje.

Perdón por no llamar ayer, pero esto pasó.

Estoy con Nick. Todo bien.

Su respuesta llega casi al instante. *¿Esas son malditas palmeras, desgraciada?! En serio tengo que reconsiderar esta amistad contigo...*

Me río y envío una carita sonriente. *Yo también te quiero. Me pondré en contacto cuando pueda.*

Me alegra que estés bien, responde. *¡Llámame pronto! PD: ¡El trabajo apesta aún más sin ti!*

No puedo creer que apenas ayer me fui de Vendange. Menos de veinticuatro horas con Nick en esta escapada de fantasía hacen que Joel y el restaurante parezcan un sueño lejano.

Todos mis otros problemas también parecen distantes, mantenidos a raya por el placer que Nick me ha dado y por la sensación de seguridad que siento cuando estoy en sus brazos. No es algo que haya tenido con nadie más —esta sensación de estar verdaderamente protegida y segura.

De estar resguardada de todo. Incluso de mi pasado.

Escondida aquí arriba con Nick en su paraíso entre las nubes, casi puedo creer que nada malo puede alcanzarme.

Solo una ilusión, lo sé. Ahora mismo, estoy demasiado contenta para preocuparme por la realidad.

Mientras contemplo la impresionante vista, me acurruco más profundamente en la bata blanca que Nick me dio para ponerme cuando salí de la ducha con él hace unos minutos. El grueso algodón de felpa lleva su aroma. La mezcla indescriptible de piel masculina limpia y sensualidad especiada se ha convertido en mi droga favorita, despertando todo lo femenino en mí y provocando una profunda posesividad que no puedo negar. Cruzando los brazos sobre mis pechos, inclino mi barbilla para hundir mi nariz en la suave solapa y respiro lentamente, saboreando este recordatorio sensorial de él.

Por muy hermosa que sea esta mañana, no quiero dejar ir la noche que compartimos. No quiero volver a Nueva York, donde todo aquello de lo que Nick me alejó aún me espera.

Incluyendo las muchas mentiras que tendré que explicarle.

—Pensé que ya estarías vestida.

Al sonido de su voz, miro por encima de mi hombro y lo veo caminando detrás de mí sin nada más que una gran toalla blanca ajustada alrededor de sus caderas. Se me hace agua la boca mientras lo observo moverse con gracia de depredador por la terraza. He tenido mis labios y mi lengua sobre cada centímetro de

ese cuerpo bronceado y musculoso, y solo la visión de Nick acercándose ahora me da hambre de hacerlo de nuevo.

Sonrío, incapaz de ocultar la alegría en mi rostro. —Puedo vestirme en cualquier momento. No sé cuándo tendré otra oportunidad de ver el amanecer desde un punto tan increíble.

—Me alegra saber que tienes claras tus prioridades. La ropa está sobrevalorada de todos modos —sonríe, acercándose a mi lado y apoyando su cadera contra la barandilla—. Después de anoche, dudo que pueda volver a estar aquí sin tener una erección tremenda.

Como evidencia de ese hecho, no puedo evitar notar cómo su toalla se abulta tentadoramente en su entrepierna. No tiene ninguna vergüenza, por supuesto, parado ahí medio desnudo y luciendo lo suficientemente sexy como para derretirme. Mi sexo responde con un hormigueo húmedo y caliente, extendiendo llamas por mis extremidades y endureciendo mis pezones contra la suave tela de la bata.

Estoy segura de que Nick ve mi reacción. Se ha sintonizado con las necesidades de mi cuerpo incluso más que yo misma. Con sus ojos azules oscureciéndose, extiende la mano y toma el extremo del largo cinturón de la bata, atrayéndome hacia él. No me resisto. Más que nada, quiero sentir sus manos sobre mí de nuevo. Quiero sentirlo dentro de mí ahora, otra vez... durante todo el tiempo que sea posible.

Me besa, rodeándome la espalda con sus brazos. —¿Has decidido qué te gustaría hacer hoy?

—Se me ocurren algunas cosas.

Sus oscuras cejas se arquean con la lenta curva de sus labios. —Oh, créeme, señorita Ross, a mí también. Y las haremos, te lo prometo —sus labios rozan los míos otra vez, terminando con un mordisco deliberado que me hace jadear—. No creas que he olvidado que todavía te debo alguna forma de castigo.

—Si lo de anoche es una indicación, apenas puedo esperar por más.

Se ríe ante mi desafío y las manos que tenía suavemente en mi espalda descienden para apretar mi trasero. Atrae mi pelvis contra la ahora masiva protuberancia de su erección. —¿Te sientes atrevida?

—No puedo evitarlo. Eres una muy mala influencia, señor Baine. Soy una desvergonzada ramera a tu lado.

—Desvergonzada resulta ser mi tipo favorito de ramera —gruñe mientras me besa de nuevo, frotando su miembro contra mí en una fuerte exigencia que enciende todas mis terminaciones nerviosas. Gimo ante la excitante sensación de él, ya medio ebria de deseo. Arranca su boca de la mía con una maldición entrecortada—. Jesús, lo que me haces. Me pones tan malditamente excitado que creo que podría follarte durante semanas sin parar a respirar.

Suspiro de placer ante la idea. —Mmm, me parece bien.

Sus manos se deslizan dentro de mi bata. Dejo caer mi cabeza hacia atrás con un suave grito mientras sus dedos trazan el contorno de mis costillas, luego comienzan a acariciar mis pechos desnudos. Mis muslos están a horcajadas sobre su pierna, y no puedo resistirme a moverme contra él, mi sexo húmedo de excitación y anhelando contacto. Nick no me hace esperar mucho. Una mano se desliza por mi cuerpo y entra en mi hinchada hendidura. Hurga entre mis pliegues, acariciando el duro botón de mi clítoris antes de penetrarme con su dedo.

—Oh, Dios —mi respiración entra y sale rápidamente de mis pulmones mientras él empuja y se retira, volviéndome loca con una necesidad creciente—. Nick, se siente tan bien.

Sus ojos se profundizan a un azul tormentoso mientras me observa retorcerme y revolverme en su mano. Cuando habla, su voz es áspera como la grava. —¿Quién es la mala influencia ahora, señorita Ross? Aquí estaba yo planeando llevarte a tomar un café y un buen desayuno antes de hacerte acabar otra vez hoy.

Me río y niego con la cabeza. —Café y desayuno después. Ahora mismo, solo quiero que me folles.

—Desvergonzada *y* exigente —responde, bajando la cabeza para reclamar mi boca en un beso profundo y dominantemente posesivo.

Luego retira sus dedos de mi interior y da un ligero pellizco a mi clítoris—. Pon tu dulce trasero en mi cama, señorita Ross. A menos que quieras que te tome aquí mismo a plena luz del día.

~ ~ ~

No logramos salir del apartamento de Nick para buscar desayuno hasta después de las diez. Yo sería feliz pasando todo el día en su cama, pero, desafortunadamente, nuestros estómagos vacíos se niegan a ser ignorados. Aunque debo admitir que esperaba otro de sus asombrosos desayunos caseros, difícilmente puedo sentirme decepcionada cuando veo el alegre café frente al mar al que me lleva en Coconut Grove.

Con vistas a una marina llena de elegantes megayates y veleros de todo tipo con altos mástiles, el restaurante al aire libre está lleno de una mezcla de personas. Algunos gotean joyas y ropa de resort con logotipos, mientras otros visten con los básicos informales de turista: shorts cargo y camisetas. Nick y yo estamos en algún punto intermedio. Él luce relajado pero inconfundiblemente adinerado con bermudas azul marino, zapatos náuticos y una camisa polo blanca.

En cuanto a mí, me siento femenina y bonita a su lado con mi vestido sin mangas de lino celeste y sandalias planas —todo mi atuendo de marcas de diseñador de alta gama, cortesía de la colección de escapada de fantasía de Dominic Baine. Nunca he tenido ropa tan fina y cara, pero sé que las cabezas que se giran en mi dirección no se deben tanto a cómo estoy vestida sino al hombre con quien estoy. Puede que la gente de aquí no lo reconozca como el titán empresarial que es, pero he sido testigo más de una vez de cómo la presencia de Nick atrae la atención donde sea que vaya.

Es imposible ignorar las miradas hambrientas de más de unas cuantas mujeres que lo observan ahora, ni sus delgadas miradas envidiosas que se deslizan hacia mí como una ocurrencia tardía. Como si sintiera mi ansiedad, la palma de Nick se posa posesivamente en la parte baja de mi espalda mientras avanzamos por el restaurante con la anfitriona delante de nosotros.

Nos llevan a una mesa cerca del perímetro del restaurante donde gruesas cuerdas náuticas separan el área del comedor del sendero que conduce a los muelles. Gaviotas planean sobre las embarcaciones, sus graznidos mezclándose con el zumbido de las conversaciones a nuestro alrededor.

Nick y yo nos acomodamos y hacemos nuestros pedidos, y pronto disfrutamos de platos de frutas frescas y crepes ligeras como el aire, todo servido bajo un cielo soleado y sin nubes que no podría ser más perfecto. Aunque el lugar está ocupado con navegantes que van y vienen, se siente increíblemente íntimo estar sentada frente a él, desayunando en nuestra mesa cubierta por una sombrilla de paja.

En algún momento durante estas últimas semanas, comenzó a sentirse natural y cómodo estar con él sin importar dónde estemos. Me siento segura a su lado.

Se siente... correcto.

Esa realización por sí sola debería disparar todo tipo de alarmas dentro de mí. En cambio, me llena de una alegría que ha faltado en mi vida durante tanto tiempo que me asombra que pueda ser real.

Nick me ve sonreír mientras tomo mi café. —¿En qué estás pensando?

Me encojo de hombros con la intención de evadir la pregunta, pero sale de mi lengua de todos modos. —Estoy pensando que soy feliz —trago, atrapada en el azul oceánico de su mirada—. No he sido tan feliz en mucho tiempo. Tal vez nunca.

Extiende la mano a través de la mesa, toma la mía y lleva mis dedos a sus labios para un tierno beso. —Algún día, Avery, me dirás por qué es así.

Lo dice como si fuera mi elección, pero hay una demanda tácita en la intensidad de su mirada escrutadora. Una ráfaga de pánico me recorre ante la idea. No puedo contarle más, sin importar hasta dónde lleguen las cosas entre nosotros. Hay algunas cosas que nunca puede saber.

Además de las mentiras que le he dicho sobre mi vida personal, los secretos que guardo sobre mi pasado harán que me compadezca

o me desprecie. No podría soportar ver ninguna de esas cosas en sus ojos. Ya es bastante difícil ver la interrogante en sus ojos ahora, mientras mi silencio se prolonga.

Para mi alivio, nuestra mesera elige este momento para acercarse y preguntar si nos gustaría algo más. Con el momento interrumpido, meto mis manos en mi regazo y rechazo su oferta de más café. Después de que retiran nuestros platos y Nick le pide la cuenta, intento dirigirnos hacia una conversación más segura.

—Algunas de estas embarcaciones son realmente increíbles, ¿no?

Puedo ver que sospecha de mi evasión, pero me complace con un asentimiento de acuerdo. Señalo una bestia de lancha de velocidad gris metálico, robusta, que acaba de entrar al muelle. —Mira esa. Parece algo que tendría un villano de James Bond.

Nick se ríe cuando arrugo la nariz. —¿No te gusta?

—Está bien. Llámame anticuada, pero me gustan más los veleros.

Sus cejas se elevan. —Una mujer según mi corazón.

Su sonrisa fácil es devastadora y su comentario casual hace que el aire parezca un poco más cálido, un poco más eléctrico. Tomo un sorbo de mi café e intento fingir que no me está excitando solo por estar sentado frente a mí. —Entonces, ¿te gusta navegar, Nick?

—He trasteado de vez en cuando —dice—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en el agua?

Agito mi mano desestimando la pregunta. —Oh, hace mucho tiempo. Y nunca en nada como estas embarcaciones. Mi abuelo tenía un Sunfish en el lago donde solían vivir. Me llevaba en él cuando era pequeña y me enseñó un poco sobre navegación.

—Suena como un buen momento.

Asiento. —Lo era. A veces me dejaba ayudar a girar la vela. Principalmente me gustaba estar en el bote con él —suelto un lento suspiro, reflexionando sobre el tiempo en que las cosas eran diferentes para mí en casa. Cuando las cosas iban bien—. Ha pasado mucho tiempo desde que pensé en esos días.

—¿Tu abuelo ya no navega?

—Murió cuando yo era adolescente —podría dejarlo así, y probablemente debería. Pero la herida sigue fresca incluso después de todo este tiempo y las palabras se me escapan en voz baja—. Había estado bebiendo tarde una noche y cometió el error de subirse a su auto. Chocó contra un árbol en una de las carreteras secundarias junto al lago. Afortunadamente, nadie estaba con él ni en el camino cuando tuvo el accidente.

—Jesús —la cara de Nick se vuelve solemne mientras hablo, casi severa—. Lamento que hayas tenido que perderlo así.

—Fue un golpe duro para toda mi familia. Uno de muchos —admito, sabiendo que no puedo ir más allá con este recuerdo de lo que ya he hecho.

No puedo decirle a Nick que el alcoholismo de mi abuelo sobrevino tras perder a su querida hija en el sistema penitenciario de Pennsylvania con una condena perpetua por asesinato. No puedo decirle que después de que mi madre fuera condenada y mi abuelo muriera, la única persona que me quedaba era mi abuela, una mujer que sé que quería cuidar de mí, pero no podía debido a su pena por la hija que se vio obligada a ver llevar lejos.

No puedo contarle sobre los secretos más profundos que han estado carcomiendo mi alma durante casi una década. Secretos que son como veneno, erosionándome desde adentro cuanto más tiempo los guardo, pero que seguramente me destruirán si alguna vez los dejo salir.

Nuestra mesera viene a mi rescate de nuevo, trayendo la cuenta y presentándosela a Nick con una sonrisa que parece menos para ganar una buena propina que para captar su atención. Si él nota la atención de la atractiva chica, la maneja con la misma fría confianza con la que maneja todo lo demás que se cruza en su camino.

Colocando discretamente un billete grande dentro de la cartera de la cuenta, se la devuelve y le dice educadamente que se quede con el cambio.

—¿Quieres dar un paseo? —me pregunta, dirigiendo toda la intensidad de su sonrisa solo a mí.

—Me encantaría.

Salimos al paseo marítimo y comenzamos un tranquilo paseo por los muelles para mirar las filas de llamativas lanchas rápidas con nombres que provocan gemidos como *Pier Pressure* y *Liquid Assets* y *Feelin' Nauti*. Unos minutos después de iniciar nuestro recorrido por la marina, diviso el yate gris de aspecto futurista de antes. Cuando resoplo en voz alta, Nick me dirige una mirada curiosa.

—¿Qué te dije? —señalo el nombre grabado en su popa—. *"Double-Oh-Heaven."*

Él también se ríe, luego toma mi mano y comenzamos a dirigirnos hacia el área más tranquila de la marina donde están atracados la mayoría de los veleros.

Mientras caminamos, mi teléfono suena en mi bolso. No tengo que adivinar quién llama. Dado que mi madre no pudo contactarme anoche, está usando un tiempo precioso durante su descanso para almorzar para intentarlo nuevamente. Por mucho que no quiera que nada interrumpa el buen momento que estoy pasando con él, odio dejar a mi madre preguntándose o preocupándose por mí.

Nick hace una pausa. —¿Necesitas contestar? Adelante, si quieres. Voy a ir a la tienda de la marina a buscarnos un par de botellas de agua.

Aunque estoy segura de que es solo una excusa cortés para darme privacidad, tan pronto como se aleja, meto la mano en mi bolso y deslizo la pantalla para contestar. —Sí, acepto —le digo en voz baja al mensaje automatizado de llamada por cobrar—. Hola, mamá.

Caemos en una conversación fácil, retomando justo donde lo dejamos hace unos días. Después de asegurarme que su entrevista con la junta de libertad condicional sigue en marcha sin contratiempos previstos, me informa alegremente que ha terminado la novela de misterio que estaba leyendo cuando hablamos por última vez y ahora ha comenzado un jugoso romance sobre un vampiro, nada menos. Me cuenta lo contenta que está de que llegue

la primavera y lo bonitos que se ven los árboles en flor desde la ventana de su celda.

Escucho y respondo en consecuencia, mientras miro culpablemente las embarcaciones que brillan en el agua azul de la marina y las gaviotas blancas que se deslizan por el cielo lleno de sol —una libertad que es probable que mi madre nunca experimente por sí misma otra vez.

Quiero hablarle de Nick. Quiero decirle que he conocido a alguien especial, alguien que me hace feliz. Pero nuestros quince minutos se han reducido a menos de cinco y, además, sé que esa es una conversación que no será fácil para ella escuchar. Se preocupará por mí. Necesitará que le asegure que estoy a salvo con este hombre que ella no conoce. Que estoy siendo cuidadosa.

Mientras nos despedimos, veo a Nick caminando hacia mí por el muelle. Lleva una bolsa de plástico con el logo de la marina en una mano y un par de botellas de agua en la otra. Para cuando termino mi llamada, se acerca a mí con una sonrisa enigmática en su rostro.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

Me pasa el agua. —Provisiones.

Mientras lo miro confundida, saca de la bolsa una gorra de marinero. La gorra de capitán azul y blanca está hecha para un niño, pero Nick se inclina para besarme mientras me la coloca en la cabeza. —¿Estás lista para irnos?

—¿Lista para ir a dónde?

En lugar de responder, comienza a caminar por uno de los muelles. Me apresuro tras él, viéndolo acercarse a la embarcación más bonita de la marina: un gran velero blanco de dos mástiles con acabados de teca llamado *Icarus*. Nick deja su bolsa de compras en la cubierta y me hace un gesto para que me una a él.

Lo miro con cautela. —No hablas en serio. No me digas que acabas de alquilar este barco para nosotros.

—No lo hice —su sonrisa es absolutamente juvenil—. Es mío. Fue una de las primeras cosas que me compré una vez que pude darme

el lujo de ser estúpido con el dinero. Vamos, sube a bordo, Avery. Vamos a navegar.

29

DURANTE EL RESTO DEL día, mi mundo consiste en velas blancas ondeando, agua azul cristalina, aire oceánico templado... y Nick, dominándolos todos con maestría. Después de salir a motor de la marina hacia la Bahía de Biscayne, izamos las velas y pusimos rumbo al sur. No sé cuántas horas llevamos navegando ni siquiera dónde terminaremos.

Francamente, no me importa demasiado.

Con la brisa en mi rostro y el sol calentando mi piel, estoy en el paraíso. No hace daño estar compartiendo este pequeño trozo de felicidad con un hombre guapísimo que parece salido de un sueño de aventuras marinas. El pelo oscuro de Nick está revuelto y salvaje mientras permanece sin camisa y descalzo en la cabina, su piel bronceada tornándose en un tono aún más intenso durante las horas que llevamos navegando.

No es la primera vez que me sorprende mirándolo. Su sonrisa de respuesta es relajada y despreocupada, y hace cosas extrañas a mi pulso. —¿Lista para tomar el timón un rato?

—Claro —me coloco junto a él en la cabina, ansiosa por colaborar. Aunque mi abuelo me enseñó lo básico de la navegación, mis habilidades están oxidadas y el barco de Nick es diferente a todo lo que he manejado antes—. ¿Qué necesito hacer?

Se coloca detrás de mí junto al timón y señala hacia adelante, con el brazo extendido sobre mi hombro. El calor de su cuerpo, el aroma a sol de su piel, todo conspira para marearme con una sobrecarga sensorial. Y él conoce el efecto que tiene en mí, maldita sea.

—Solo mantenla firme —me dice, su aliento caliente haciéndome cosquillas en la oreja. Siento sus labios rozar la piel sensible bajo el lóbulo mientras su voz grave retumba contra mi espalda. Cuando tiemblo con una excitación incipiente, él intensifica la reacción de mi cuerpo presionando un suave beso en el costado de mi cuello—. Firme, dije. Una buena primera oficial puede manejar cualquier distracción sin perder el rumbo.

Sonrío y le dirijo una mirada irónica. —Dudo que la mayoría de los primeros oficiales tengan que lidiar con las distracciones que yo tengo.

Él arquea una ceja. —¿Te estás quejando, señorita Ross?

—Para nada.

—Bien. —Su boca se curva en una sonrisa sin arrepentimiento. Con dedos suaves, gira mi cara hacia adelante—. Ahora, solo mantén nuestra proa apuntando hacia esa boya de allá.

Le hago un saludito descarado. —A sus órdenes, Capitán.

Descalzo y ágil como un gato, salta a cubierta para ajustar las velas mientras yo mantengo nuestro curso. Hago mi mejor esfuerzo por seguir sus instrucciones, pero es condenadamente difícil mirar fijamente a una boya flotante en la distancia cuando el cuerpo casi desnudo de Nick y su atletismo natural están en plena exhibición. Maneja las velas solo y con un nivel de habilidad que me deja más que impresionada. Sin mencionar que desesperadamente excitada.

Regresa, pasándose la mano cicatrizada por el pelo revuelto por el viento mientras salta a la cabina. Cuando me hago a un lado para cederle el timón, niega con la cabeza.

—Sigue tú. El viento es constante y estamos en curso recto ahora. Lo estás haciendo genial. —Me da un firme apretón en el

trasero mientras se inclina a mi alrededor y me roba un beso—. Además, es mi turno de observarte un rato.

Toma asiento en el banco de teca con listones en el lado de estribor de la cabina y me deja seguir llevándonos más adentro de la bahía. Cuando miro por encima de mi hombro derecho, lo encuentro con los brazos descansando casualmente sobre el respaldo del banco, un tobillo apoyado en su rodilla. Bajo las oscuras líneas de sus cejas, sus brillantes ojos azules arden firmemente mientras me evalúa.

Me aclaro la garganta, necesitando algo más en qué concentrarme además del atractivo calor que veo en su mirada. —Así que, ¿solo andas en barcos de vez en cuando, eh?

Sonríe con suficiencia. —Más o menos.

—Después de verte aquí hoy, mi apuesta está en *más*. ¿Cuánto tiempo llevas navegando?

—Mucho tiempo. Prácticamente nací en el agua. —Es una respuesta vaga, y asumo que eso es todo lo que pretende decirme cuando se encoge de hombros, mirando las olas mientras las cortamos—. En realidad crecí aquí en Florida. Empecé a navegar incluso antes de aprender a andar en bicicleta.

—Oh. —No puedo ocultar mi sorpresa, ni siquiera cuando Nick me mira—. Lo siento. Supongo que asumí que habías nacido y crecido en Nueva York.

—Ah. Es cierto. —Gruñe, estudiándome—. Uno de esos insoportables niños mimados con fondos fiduciarios.

Me río, sorprendida de que recuerde lo que le dije la noche que nos conocimos en la galería. Ahora me pregunto si mi comentario despreocupado había tocado una fibra sensible en él o si es tan meticuloso que ningún detalle se le escapa jamás.

Y ahora mis propios pensamientos vuelven a un comentario que hizo en el muelle. Compruebo nuestro curso y me aventuro a lanzar otra breve mirada en dirección a Nick. —¿Y este barco fue una de las primeras cosas que te compraste después de tener éxito?

Asiente, acariciando distraídamente el brillante acabado de caoba. —Un yawl Sparkman and Stephens de cuarenta y cinco pies hecho a medida. Había querido uno desde que tenía diez años y vi una vieja foto de JFK en su S and S. Así que, después de ganar mis primeros millones en inversiones, gasté la mitad en el *Icarus*.

Mis cejas se disparan hacia arriba. —¿Me estás confiando tu bebé de un millón de dólares? Dios mío. Por favor, ven aquí y toma el timón ahora.

Se ríe, pero no hace ningún movimiento para relevarme. —No tengo ninguna duda de que está en buenas manos. Después de todo, hablo por experiencia personal.

Le devuelvo la sonrisa y vuelvo a mi deber en el timón con aún más concentración, ahora que soy consciente de lo que estoy dirigiendo. Aunque no soy experta en el tema, incluso yo podía notar que este barco era especial. Que era clásico, uno de los mejores que el dinero podía comprar.

¿Y no es esa una de las constantes que he llegado a entender sobre él? Dominic Baine se rodea de cosas finas. Cosas hermosas y caras. Cómo terminé yo en esa ecuación, no tengo idea.

No, no es cierto. Sí lo sé. Y el sabor es agudo y amargo en mi garganta, especialmente cuando está bajando la guardia conmigo desde que llegamos a Miami. Me está dejando entrar, poco a poco. Y la única razón por la que estoy aquí en primer lugar es porque todo este tiempo, lo he llevado a creer que soy alguien que no soy. He fingido ser alguien mejor. Alguien que realmente podría pertenecer a su lado.

Cuánto tiempo puedo esperar que mis mentiras se mantengan, ni siquiera quiero adivinarlo. He pasado mucho más allá del punto sin retorno, y no sé cómo podré arreglar las cosas.

Fuerzo mi culpa y preocupación a un segundo plano mientras lo miro. A menudo es tan fácil para mí pensar en Nick en términos de cómo se proyecta al mundo en general. El formidable magnate de negocios. El financiero súper rico. El hombre dominante que con un

chasquido de sus dedos puede tener cualquier cosa, y a cualquiera, que desee.

Ahora mismo, sentado a bordo de su velero sin nada más que unos shorts, con el viento despeinando su cabello negro mientras mira hacia el horizonte perdido en sus pensamientos, en lugar de la poderosa fuerza de la naturaleza que corta todos los obstáculos de la vida como el *Icarus* hiende las olas, veo a Nick como un niño, obsesionado con algo que quería y decidido a hacerlo suyo.

Nunca ha parecido más mortal. Con las cicatrices que surcan su brazo y mano derechos, nunca ha parecido más real, ni más terrenal.

—¿Por qué el nombre *Icarus*?

—¿Conoces el mito?

Me encojo de hombros. —Tal vez. ¿No era el dios cuyas alas fueron quemadas por el sol?

—No un dios. Solo un hombre. Ícaro estaba prisionero en una isla con su padre. Para escapar, su padre les hizo a cada uno un par de alas de plumas y cera y le advirtió a Ícaro que no volara demasiado cerca del sol, ni demasiado cerca del mar. Pero Ícaro no escuchó. Probó por primera vez la libertad y se le subió a la cabeza. Voló tan alto que el sol derritió la cera. Siguió aleteando, luego todas las plumas se cayeron y se hundió en el mar y se ahogó.

Inclino la cabeza. —¿Entonces este barco es una advertencia o una lección?

Su leve sonrisa es pensativa, críptica. —Ambas, supongo.

—Algún día, Nick, puedes contarme por qué es así. —Veo el destello de sorpresa en su mirada mientras le devuelvo sus palabras de nuestro desayuno esta mañana. No me responde, por supuesto —. ¿Alguna vez dudaste que podrías conseguir tu barco algún día? ¿O a los diez años ya eras simplemente una versión más joven de este hombre decidido e implacable que estoy mirando ahora?

Su boca se curva en una sonrisa sin arrepentimiento. —¿Tú qué crees?

Me río, sacudiendo la cabeza. —Nada ha estado jamás fuera del alcance del indomable Dominic Baine. ¿Es eso?

—Nada que realmente quiera, no.

Incluyéndome a mí. Aunque no dice las palabras, no hay forma de confundir el mensaje en sus ojos que se oscurecen. Y no puedo negar la corriente de conciencia que me atraviesa como una flecha mientras sostiene mi mirada.

Se pone de pie y se acerca para unirse a mí en el timón. Su cercanía me pone nerviosa. Al mismo tiempo, envía mis sentidos dispersándose con la alegre anticipación de su contacto.

—Gira un poco a estribor ahora —me indica, haciéndome saber calmadamente que estoy descuidando mi puesto—. Sí, así está bien. Esa es mi chica —dice mientras ajusto el timón—. Ojos al frente.

Asiento, observando nuestro curso y la cinta "catavientos" en la vela para mantenernos moviéndonos en la dirección correcta. Nick se mueve detrás de mí, apoyando sus manos en mis hombros. Suspiro al instante en que siento sus manos apartar mi larga coleta. Gimo cuando su boca presiona cálidamente contra la parte posterior de mi cuello.

—Quiero llevarte a algún lugar nuevo esta noche —murmura—. Pero solo si quieres ir allí conmigo. Y solo si confías en mí.

Por sí sola, la declaración no debería hacer que mi pulso lata con deseo. Pero combinada con la mirada ardiente de Nick y su voz ronca, está cargada de promesa sensual. Trago saliva, mi corazón acelerándose mientras sus manos bajan por mis costados, luego alrededor para acariciar mis senos.

—Si quieres volver a un puerto seguro esta noche, dímelo ahora, nena.

—N-no. —Mi negación es un suspiro tembloroso, seguido por un suave grito cuando las manos de Nick se deslizan por la parte delantera de mi cuerpo y hacia la V de mis piernas. Comienza a recoger mi falda, levantándola por encima de mis rodillas, sobre mis muslos—. Nick... no puedes...

—Solo un toque —dice, haciendo a un lado el encaje de mis bragas y encontrando mi sexo. Me penetra profundamente con los dedos, haciéndome retorcer de placer—. Jesús, estás empapada. Tan apretada y caliente. No puedo tener suficiente de este coño. Y ahora necesito hacerte venir.

Antes de que pueda protestar, antes de que pueda siquiera intentar negarme, me acaricia implacablemente desde mi clítoris hasta la hendidura de mi trasero. Levantando mi pie hasta el borde del banco de la cabina junto a mí, me abre y llena mi sexo con sus dedos.

—Dios mío.

Nerviosamente, miro hacia los otros barcos dispersos en la bahía con nosotros. No hay nadie lo suficientemente cerca para ver lo que estamos haciendo, pero el delicioso riesgo de que la gente vea la mano de Nick entre mis piernas mientras dirijo una embarcación de lujo de un millón de dólares hacia el Atlántico abierto es una emoción que nunca esperé.

Mi visión se nubla mientras el placer me atraviesa con cada malvado movimiento de su pulgar y la profunda embestida de sus dedos. No me muestra piedad, aunque difícilmente espero eso de él ya. No más de lo que puedo esperar resistirme a él. Caigo voluntariamente, felizmente, en el vórtice de sensaciones que está avivando dentro de mí.

Es todo lo que puedo hacer para mantener mis manos en el timón y mis ojos en nuestro curso. Mis extremidades se sienten sin huesos, pero el pecho desnudo de Nick y su cuerpo fuerte a mi espalda me mantienen enraizada, centrada, segura.

Y no cede hasta que llego al orgasmo.

No hasta que un grito de liberación se escapa de mi garganta y vuela hacia las velas ondulantes en un alarido.

30

AL CAER LA NOCHE, Nick navega el barco hacia la Bahía de Florida donde anclamos a una milla de lo que me informa es Islamorada en los Cayos. Después de tantas horas en el agua, se siente bien hacer una pausa y bajar las velas por un rato. Estoy exhausta por varias razones, pero nunca me he sentido más viva.

—¿Tienes hambre? —pregunta Nick, llevándome con él a la cocina donde descubro que las provisiones que compró en Miami incluyen una hogaza de pan fresco, una botella de vino blanco y lo básico para una cena romántica para dos. Lo observo mientras reúne una caja de pasta, aceite de oliva, tomates, calabacines, un pequeño recipiente de queso parmesano rallado y un diente de ajo—. ¿Te parece bien una pasta primavera?

—Suena perfecto.

Me entrega la botella de Pinot Grigio y saca un sacacorchos de un cajón.

—Las copas están detrás de ti en el armario. Tú sirves el vino. Yo me encargo de la cena.

—Sí, Capitán Baine —inclino la cabeza, sonriendo mientras tomo el sacacorchos de su mano—. ¿O prefieres que te llame Chef Baine?

Él se ríe, pero su expresión es puro fuego.

—Lo que realmente quiero escucharte decir esta noche es "Sí, señor".

Me quedo inmóvil, sorprendida por el peso de esa simple palabra.

Sostiene mi mirada y esos profundos ojos azul océano son posesivos y ardientes sobre mí, desnudándome sin permiso ni disculpa. No hay forma de malinterpretar la implicación erótica en su respuesta. Y aunque su tono tiene un matiz juguetón, mi pulso responde con plena conciencia de lo que está sugiriendo. Control y capitulación. Dominación y rendición. Amo y sumisa.

—¿Es eso lo que quieres de mí? —pregunto, con voz suave.

Nick lentamente se aparta del mostrador para encararme por completo.

—Quiero todo de ti, Avery. No como mi sumisa, ni porque quiera que me sirvas como algo parecido a eso. No es donde estoy en mi vida.

Mi corazón se sobresalta cuando escucho la confesión que no está poniendo en palabras.

—Pero lo estuviste.

—No desde hace mucho tiempo.

—¿Con Kathryn? —No puedo evitar la rapidez con que su nombre salta a mi lengua. He estado intentando descifrar qué significa ella para él. Ahora que finalmente me he atrevido a preguntar, temo la respuesta.

Veo el desagrado de Nick al mencionarla y trago saliva, deseando poder retractarme.

Sus ojos se endurecen.

—Kathryn estuvo en mi vida por un breve tiempo, hace años, cuando recién llegué a Nueva York. La otra parte de mi vida no tiene nada que ver con ella, y nunca lo tuvo. Ella tampoco tiene nada que ver con nosotros.

Parte de mi recelo se alivia con eso. Creo que ella no es parte de quien él es ahora, o de quien es conmigo. Quiero creer que no hay nada más en la historia sobre esta otra mujer y él, pero puedo ver

por su mirada prohibitiva que, al menos por ahora, el tema de Kathryn está firmemente cerrado.

Se acerca más, el estrecho espacio de la cocina se reduce a nuestro alrededor, hasta que queda menos de una pulgada de espacio entre nuestros cuerpos. Su pecho esculpido y desnudo y sus hombros anchos y bronceados llenan mi campo de visión, rodeándome con su calor, con el aroma tentador de su piel.

—Quiero más de ti de lo que jamás le has dado a otro hombre, Avery. Más de lo que jamás querrás darle a otro —acaricia mi mejilla y levanto la mirada hacia él. Hacia el rostro apuesto, a menudo indescifrable, de este hombre que se está convirtiendo en una parte vital de mi vida, lo quiera o no—. Quiero tu placer, tu rendición completa, y para darte eso de verdad, necesito tu confianza. No necesitarás una palabra de seguridad conmigo. Dime que no, dime que pare, y lo haré. Te lo prometo. Pero si confías en mí, te llevaré al límite de tus más profundos y privados deseos.

Los recuerdos de anoche en su terraza inundan mi mente: la forma en que pidió mi confianza, y luego me llevó al vertiginoso límite entre el placer, el dolor y el miedo.

Y otra vez hoy, mientras navegábamos, la forma en que dominó tanto mi cuerpo como mi liberación. Cómo me preguntó si estaba lista para ir más allá con él, lejos de puertos seguros.

Ahora, la suma de todas estas cosas envía un escalofrío deliciosamente oscuro por mis terminaciones nerviosas. Si él todavía estuviera en ese estilo de vida, seguramente lo sabría a estas alturas. Pero eso no hace que su sugerencia sea menos inquietante. Nick es dominante por naturaleza, alfa hasta la médula. Dado mi pasado —mi pasado roto— debería sentir miedo de esa parte de él. Sin embargo, no hay miedo con Nick. Solo una deliciosa y oscura anticipación.

Y la idea de someterme a él sexualmente —en todos los sentidos — hace que todo lo femenino en mí se acelere con curiosidad... y deseo.

—Sin límites entre nosotros —dice, su voz tranquila con demanda y promesa—. Sin fronteras. Sin reservas. Nunca, Avery. No conmigo.

Dios me ayude, la forma en que su mirada me está quemando, la forma en que mi cuerpo recuerda en detalle vívido y sensual cuán magistralmente sabe cómo complacerme... estaría dispuesta a probar cualquier cosa y todo con él. Estoy hambrienta por el tipo de libertad que está describiendo. También me aterroriza, aunque en un rincón distante de mi conciencia, me doy cuenta de que he estado siguiendo este camino con Nick desde el principio. Lista para entregar mi cuerpo y mi placer... si no mi alma. Ansiosa por confiarle todo mi ser, sin importar las advertencias. Sin importar todos los riesgos.

Me lamo los labios y veo cómo sus ojos se desvían hacia mi boca y se quedan allí. Su mandíbula se tensa y luego sus pestañas negras se levantan, y me estoy ahogando en una tormenta de azul turbulento.

—Quiero más de lo que crees que eres capaz de dar a cualquiera, Avery. Pero me lo darás todo a mí.

No está formulado como una pregunta, pero asiento con la cabeza, el único movimiento del que soy capaz cuando me mira con tanta hambre cruda. Su boca se curva ante mi acuerdo casi instintivo a sus demandas. Soy suya. Desde el momento en que nos conocimos, le he pertenecido a él y a nadie más, y él lo sabe tan bien como yo.

—Quiero escucharlo —murmura, su voz raspando mis sentidos como seda, decadente y seductora—. Dilo, nena.

—Sí.

Sus cejas se levantan ligeramente, expectantes. La orden no pronunciada, pero suave, envía una emoción oscura a través de mí.

—Sí, señor.

—Buena chica.

Se aleja un poco, aunque anhelo que me bese, que me toque, que me derribe y me tome justo donde estoy. Pero me lo niega.

Diablo que es, frunce los labios con maliciosa diversión y me estudia por un largo momento.

Sé que él también me desea ahora. Puedo verlo en sus ojos. Lo escucho en el ritmo creciente de su respiración. Puedo sentirlo en la carga eléctrica del aire entre nosotros, tan potente y palpable que hace que mis pezones se endurezcan y envía escalofríos a mis brazos desnudos. Mi mirada se desliza hacia abajo, y no es sorpresa encontrar su erección tensando la tela oscura de sus shorts.

Me desea, pero, maldita sea, va a hacerme esperar.

Levanta mi barbilla y me da un breve beso provocador.

—Sirve el vino, nena. Decidiré durante la cena hasta dónde voy a llevarte esta noche.

~ ~ ~

Disfrutamos de la pasta primavera de Nick y nuestra botella de vino a la luz de las velas en la mesa plegable de la cabina, bajo un cielo de terciopelo negro perforado por incontables estrellas. La comida es maravillosa, la noche tranquila y cálida, pero paso todo el tiempo en un estado de anticipación intensificada por lo que me espera una vez que termine.

Cada mirada que me dirige acelera mi pulso. Cada vez que se acerca para rellenar mi copa o roza sus dedos con los míos, las brasas que aún arden en mi interior cobran nueva vida, alimentando el calor húmedo entre mis muslos y haciéndome inquietarme en el asiento acolchado frente a él.

Y porque me conoce tan bien, no creo ni por un minuto que Nick no sea consciente de mi curiosidad inquieta. O de mi necesidad. No, está disfrutando cada segundo.

No puedo soportar la tensión ni la incertidumbre, y si pienso en estar desnuda y a su merced por un momento más, voy a gritar. O eso, o combustionar en el acto.

Niego con la cabeza cuando me ofrece lo último del vino después de terminar nuestra comida.

—Mejor no. Ambos sabemos que tiendo a hacer cosas imprudentes cuando he bebido demasiado.

Sonríe con suficiencia.

—¿Como abandonar exposiciones de arte con un hombre que acabas de conocer?

—Sí, está eso. Y luego huir con él a Miami y zarpar por capricho hacia destinos desconocidos.

—Resulta que sé exactamente dónde estamos —dice, vertiendo el resto del Pinot Grigio en su copa—. No tienes nada de qué preocuparte mientras estés conmigo.

Me río.

—Oh, dudo seriamente que eso sea cierto.

Inclina la cabeza, con el ceño fruncido.

—¿Estás preocupada ahora?

—No —me lamo los labios, observándolo en la tenue luz de la vela que se extingue, sus rasgos esculpidos y mandíbula cuadrada envueltos en sombras y ángulos duros. Dominic Baine es profanamente guapo, infinitamente seductor. En sus trajes caros y a medida, es el epítome de la elegancia y la clase. Esta noche, vestido solo con sus shorts, con su corto cabello negro despeinado por el viento, su mandíbula erizada con los primeros indicios de barba, es áspero y hermoso, un ángel oscuro y malvado.

Y ahora —en este lugar, en este momento— es mío.

Mirándolo ahora, después de nuestro día juntos en el agua y nuestra cena romántica a solas en el barco, casi puedo olvidar que es un titán del mundo corporativo con un patrimonio neto que supera la economía de un pequeño país.

Casi puedo olvidar que me han advertido que tenga cuidado con él, que proteja mi corazón.

Que si soy lo suficientemente tonta como para acercarme demasiado, solo me dejará ir como ha hecho con tantas otras antes que yo.

No es hasta que pienso en ellas —las mujeres que vinieron y se fueron antes que yo— que la duda comienza a filtrarse bajo mi piel, a pesar de sus anteriores garantías sobre Kathryn, al menos. Mi agradable burbuja rota, aparto la mirada de la suya, girando la

cabeza para mirar el agua negra brillante y el puñado de luces que resplandecen en el cayo al otro lado de la bahía.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes el *Icarus*? —le pregunto, desesperada por una conversación que no me haga preguntarme cuándo va a hacerme el amor otra vez o cuántas otras mujeres podrían haberse encontrado sentadas en este mismo lugar con él.

—Mandé construirlo hace once años. Tenía veintidós y acababa de probar mi primer éxito en inversión inmobiliaria. Ni qué decir tiene que quedé enganchado.

Lo miro y lo encuentro reclinado en su asiento, con la copa de vino sostenida suavemente en su mano. Se ve tan joven así, casi despreocupado. No puedo evitar sonreír.

—Y ahora aquí estás, treinta y tres años y dos mil cuatrocientos millones después —veo que un destello de sorpresa cruza sus rasgos y me sonrojo avergonzada—. Lo siento. No debería saber eso sobre ti a menos que quisieras contármelo. Mi amiga Tasha te buscó en internet sin preguntarme primero y me transmitió algunos de los aspectos destacados.

—¿La amiga de Queens con el bebé nuevo?

—Sí. Tasha también estaba conmigo cuando casi choco contigo en el ascensor del vestíbulo.

Las cejas de Nick se levantan.

—¿En serio? Qué curioso, no recuerdo a nadie más una vez que te vi.

Es un halago descarado, pero, viniendo de él, no soy completamente inmune. Ni siquiera intento contener mi sonrisa.

—Tasha pensó que eras arrogante. No quería que me gustaras, pero creo que la conquistaste con el ramo que enviaste para el bautizo de Zoe hace varias semanas.

—En realidad, estaba tratando de conquistar a otra mujer ese día —termina su vino y coloca la copa sobre la mesa—. ¿Qué otros aspectos destacados de internet compartió Tasha contigo sobre mí?

Me encojo de hombros.

—Solo que eres muy exitoso. Y que eres conocido por lo ferozmente que proteges tu privacidad.

—Dominic Baine, "el magnate en las sombras" —dice, sonando vagamente divertido. Pero lo conozco demasiado bien como para dejarme engañar por su casual indiferencia. Está irritado por su reputación pública. Está a la defensiva—. Si hay algo que la prensa no soporta, es alguien que se niega a bailar bajo su reflector. Entonces comienzan a buscar debilidades, abolladuras en la armadura. Comienzan a excavar en busca de secretos.

—¿Encontrarán alguno?

La pregunta sale de mí antes de que pueda detenerla. La mirada de Nick se agudiza sobre mí, su mandíbula endureciéndose. Quiero retraer mis palabras, pero quedan suspendidas entre nosotros como un desafío. Sé que él también lo siente. Puedo percibir el destello de disgusto en él mientras se inclina hacia adelante, colocando sus codos sobre la mesa mientras me mantiene bajo su dura mirada. Contra mi voluntad, mi mirada cae sobre las numerosas cicatrices irregulares que cruzan el brazo y la mano derechos de Nick.

—Todo el mundo tiene secretos, Avery. Si no quieres que vuelvan a surgir, tienes que tener cuidado de recordar dónde entierras los cuerpos.

Aunque lo dice reflexivamente, con un tono que me hace cautelosa de presionarlo, me doy cuenta de que podría estar hablando de mí con la misma facilidad. Siento que mi cara pierde color bajo su escrutinio, una sacudida de puro pánico que me atraviesa. ¿Lo sabe? ¿Es posible que tenga alguna idea sobre mi pasado?

No, no puede ser. Estoy segura de ello.

Como era menor de edad, nunca se mencionó mi nombre después de la muerte de mi padrastro. No hay nada que me vincule con esas noticias, ni entonces ni ahora. Es una de las muchas razones por las que estoy agradecida de haber conservado el apellido de mi papá, incluso cuando Martin Coyle se casó con mi madre y la presionó para que me adoptara formalmente.

Mi piel se eriza ante el recuerdo, y no puedo reprimir el escalofrío que me recorre. Sé dónde están enterrados los cuerpos de mis secretos, pero no importa cuán lejos haya huido de ellos, todavía me mantienen en su gélido abrazo.

El toque de Nick me devuelve al presente, sus dedos tiernos mientras cubre mi mano con la suya. Se levanta ahora, su expresión suavizada.

—Hemos terminado aquí. Levántate, nena, y ven conmigo.

Cuando dudo, insegura, extiende su mano en silenciosa demanda. Tan pronto como estoy de pie, me gira suavemente y comienza a desabrochar mi vestido.

—Nick, ¿qué estás...?

—No necesitarás esto por el resto de la noche —hace un trabajo rápido, dejándome de pie solo en sostén y bragas—. Ahora, ven conmigo.

31

—NICK, ¿ADÓNDE VAMOS?

Él no responde, solo envuelve sus dedos alrededor de los míos y me aleja de la mesa. Espero que me lleve a la cabina. En cambio, sube a la regala y se agarra a un cabo con su mano libre.

—Una mano para mí y otra para el barco —me dice mientras me ayuda a subir a su lado—. Ten cuidado dónde pisas. La sal puede hacer que la cubierta esté resbalosa.

Juntos bajo la luz de la luna, descalzos, nos dirigimos hacia la proa. Nick me coloca en la amplia cubierta de madera, luego camina hacia una de las escotillas y saca un par de cojines largos y doblados. Los extiende uno junto al otro bajo la vela mayor guardada.

—Aquí mismo —dice, indicando el cojín a su lado mientras se sienta en el otro.

Tan pronto como me hundo a su lado, él gira hacia mí y su boca cubre la mía. Su lengua se adentra en un beso posesivo que dispersa todos mis pensamientos, incluso los más inquietantes. Suspiro cuando sus labios se separan de los míos, toda mi tensión fluyendo como la marea.

—¿Mejor? —pregunta como si supiera que necesitaba tanto el cambio de escenario como su boca sobre mí.

Lo miro en un estado de intoxicación sensual. —Mucho mejor. He estado esperando que hicieras eso toda la noche.

Incluso en la oscuridad, puedo ver la curva satisfecha de su sonrisa. —Las cosas buenas llegan para quienes saben esperar.

Resoplo, sin poder evitarlo. —No crees eso ni por un segundo. Tú tomas lo que quieres, ¿recuerdas?

—Sí —admite, sin arrepentimiento—. Pero no estamos hablando de mí ahora mismo.

—Bueno, entonces demuéstralo.

—¿Demostrarlo?

—Muéstrame todas las cosas buenas que tienes en mente para mí. —Me lamo los labios y añado tardíamente—: Señor.

Sus cejas se alzan, ya sea por diversión o desafío, no estoy segura. —Evidentemente, no he explicado lo suficiente el concepto de cómo se supone que esto funcione esta noche. Tú no haces las exigencias.

Antes de que me dé cuenta de lo que está haciendo, estira su brazo alrededor de mí y desabrocha mi sostén. Doy un grito de sorpresa cuando se suelta. Nick quita la tela de encaje, arrojándola sobre los cojines. Cuando levanto mis manos instintivamente para cubrirme, sus dedos se cierran sobre los míos.

Sacude la cabeza en firme reprimenda. —Tampoco te escondes de mí.

Colocando mis manos a mis costados, se sienta y simplemente me mira por un largo momento. Mis pechos y torso están completamente expuestos ante él, y parece decidido a tomarse su dulce y enloquecedor tiempo admirando cada centímetro de mí. Tiemblo, aunque el aire nocturno es cálido sobre mi piel desnuda. Las olas golpean contra el barco mientras se mece suavemente en el agua, arrullándome en un estado casi hipnótico mientras permanezco suspendida en creciente anticipación, anhelando su toque. Su beso.

Cualquier cosa que este hombre provocador desee de mí.

Cuando finalmente extiende su mano, rozando con las yemas de sus dedos la suave parte inferior de mis pechos, exhalo un suspiro tembloroso.

Su voz es un susurro oscuro y perverso. —Verás, señorita Ross, la forma en que esto funciona es que tu cuerpo, tu placer, me pertenece.

Su caricia se vuelve más audaz, sus palmas firmes sobre mí, sus pulgares rodando sobre mis pezones erectos, pellizcando sus hipersensibles puntas. La excitación fluye a través de mí con su brusco manejo de mi carne sensible, y dejo escapar un suave gemido de rendición, apoyando mi peso sobre mis manos para darle acceso total a mi cuerpo.

—Sí —murmura con voz espesa, en tono aprobador—. Ahora estás entendiendo la idea.

Su boca cubre uno de mis pezones, succionándolo profundamente. Siseo con pura necesidad mientras su lengua gira lentamente, lamiendo y chupando. El calor corre bajo mi piel con cada deliciosa succión, cada roce inesperado y agudo de sus dientes.

Gimo y me retuerzo donde estoy sentada, con las piernas cruzadas ligeramente, mi sexo humedeciéndose y calentándose dentro de mis bragas. Quiero que las manos de Nick también estén allí abajo. Quiero su boca en mi clítoris, su lengua enterrada en mi hendidura. Lo deseo tanto que mi sexo se contrae, el aroma de mi propia excitación elevándose cálido y dulce en la suave brisa del océano.

Es todo lo que puedo hacer para no alcanzar a Nick y empujar su cabeza entre mis muslos separados. Jadeo su nombre, arqueándome más hacia atrás sobre mis palmas, mi columna inclinada hacia él, mis pechos empujados hacia adelante mientras continúa su asalto sensual sobre ellos. —Nick, por favor...

Su gruñido de respuesta vibra hasta mis huesos. Levantando la mirada de mis pechos, me da una sonrisa despiadada. —Suplicar es lindo, cariño. Pero esta noche solo va a hacer que esperes aún más por lo que realmente quieres. —Mientras habla, el dorso de sus

nudillos se desliza por el centro de mi cuerpo, un descenso lento que se detiene al llegar a mi ombligo—. A menos que me lo pidas muy amablemente.

—Por favor, señor —susurro, un temblor creciendo con ese breve y provocador toque—. Quiero... Oh, Dios, necesito sentir tus manos sobre mí. Por favor.

—En ese caso, ¿cómo podría negarme? —Se inclina hacia adelante y me besa. Al mismo tiempo, su palma se desliza entre mis piernas para acunar mi monte.

Grito ante la gloriosa presión y la poderosa posesión de su mano mientras se curva alrededor de mi sexo dolorido. Mi hendidura está empapada, y mientras me acaricia, sus dedos se deslizan más allá del borde de mis bragas hacia mi ranura húmeda. Gime, sus fuertes dedos flexionándose, acariciando mi carne desnuda.

Quiero que frote mi clítoris palpitante. Quiero que empuje sus dedos dentro de mí y le dé a mi canal vacío algo a lo que aferrarse. Quiero sentir su pene llenándome, follándome.

Ya estoy jadeando de deseo, desesperada por cualquier cosa que me dé, pero demasiado pronto, su toque desaparece. Ignora mi gemido de protesta y me empuja hacia abajo sobre mi espalda en el cojín.

Cuidadosamente endereza mis piernas, luego quita mis bragas húmedas. Me acuesto ante él, desnuda y temblorosa, con mis terminaciones nerviosas ardiendo mientras lo observo levantarse sobre sus rodillas para desabrochar sus shorts. Se los quita, empujando sus bóxers junto con ellos. Su erección salta libre, pesada y enorme.

Mi boca se hace agua mientras mi mirada se fija en él, y cuando mi lengua sale para humedecer mis labios en respuesta, la expresión ardiente de Nick se vuelve incandescente. —El sentimiento es mutuo, nena. Antes de que termine la noche, voy a tener mi boca en cada deliciosa curva y hendidura de tu cuerpo. —Un gruñido áspero, puramente sexual, sube por su garganta mientras me mira—. Y te

prometo que esa dulce boca tuya también va a estar por todo mi cuerpo.

Deja sus shorts a un lado y se acerca a mi costado. Cuando trato de alcanzarlo, atrapa mi mano y la estira por encima de mi cabeza. Luego trae la otra arriba, y coloca una de mis palmas sobre la otra. Las sostiene ahí por un momento, antes de que sus dedos recorran lentamente la longitud de mi brazo, luego a lo largo de mi caja torácica.

—Todo esto es mío —dice—. Cada perfecto centímetro.

Tiemblo bajo su ligera caricia, la piel de gallina corriendo tras su toque. Es una tortura mantener mis manos sobre mi cabeza, pero sé que eso es lo que él quiere. Es lo que ha exigido, aunque no haya dicho las palabras.

Su toque desciende, deteniéndose a lo largo de las curvas flotantes de mis pechos, luego por el centro de mi caja torácica. Acaricia mi vientre, su dedo trazando el borde de mi ombligo, enviando chispas eléctricas a mis extremidades. Luego su toque viaja más lejos, sobre los huesos de mis caderas, luego a lo largo de la línea de vello rubio recortado en mi pubis. Cuando sus dedos se hunden deliciosamente en la V empapada de mis muslos, mi suspiro de respuesta sale de mí, delgado y tembloroso de deseo.

—Esto —dice, sus ojos fijos en los míos mientras separa mis pliegues húmedos—. Esto especialmente es mío. De cualquier manera que yo quiera. Cuando y como yo elija. ¿No es así?

Asiento con la cabeza, es todo lo que puedo hacer mientras su toque se desliza a lo largo de mi sexo, las yemas de sus dedos alternando entre acariciar mi clítoris y provocar la entrada de mi cuerpo. Gimo indefensa, anhelando que me penetre, que me llene.

—Necesito oírte decirlo, nena.

—Sí. —Mi respuesta es un jadeo gastado.

—Hmm. —Lentamente sacude su cabeza. Aleja sus dedos de mí y gimo ante la pérdida—. Sabes lo que quiero oír, Avery. Dímelo. Hazme saber que tengo tu rendición.

—Sí —respondo sin aliento, ansiosa a pesar de mi incertidumbre sobre adónde podría llevarme esta noche—. Sí, señor.

—Muy bien. Por eso, mereces una recompensa.

Se mueve entre mis piernas, luego las abre ampliamente. Sus palmas calientes se deslizan por mis muslos y detrás de mis rodillas, doblándolas para que las plantas de mis pies estén planas sobre los cojines. Su mirada me recorre, desde mi sexo completamente expuesto, hasta mi torso desnudo, que brilla pálido bajo la luna y las estrellas sobre nosotros.

Luego sus ojos se elevan a mi rostro y veo tanto deseo en su expresión, que me deja aturdida.

—Jesucristo, eres impresionante, Avery. No tienes idea, ¿verdad? —Su voz profunda es áspera, un raspado irregular de palabras desde su garganta—. Si fuera pintor, esta sería la única musa que necesitaría.

Besa la depresión poco profunda de mi estómago, su boca caliente contra mi piel. Su lengua es deliciosamente suave mientras lame y chupa un camino mareante hacia un lado de mi pelvis, luego al otro. Mi columna se arquea en reflejo a sus besos, y me toma toda mi concentración mantener mis manos obedientemente unidas por encima de mí mientras procede a probar cada centímetro desnudo de mi abdomen.

Ya estoy empapada y temblando incluso antes de que sus palmas se deslicen bajo mi trasero, elevándome hacia su boca. El primer roce de su lengua a lo largo de la costura de mi cuerpo casi me deshace. Pero lo aguanto, queriendo obedecerle. Deseando complacer a Nick con mi sumisión tanto como él me complace ahora con su dominación y control.

Saquea mi sexo con su boca y lengua, acariciando mi clítoris, lamiendo y chupando mi coño como si quisiera devorarme. Temblores ondean a través de mí, extendiendo fuego a través de mis sentidos mientras mi clímax comienza a hincharse. No puedo contenerlo. No puedo contener mi agudo grito de liberación mientras

chupa mi clítoris entre sus dientes y me penetra con sus dedos, mis paredes apretándose a su alrededor, codiciosas y exigentes.

—Oh, Dios. —Mis caderas se sacuden en sus manos, pero él no cede. Sigue besándome, sigue acariciándome despiadadamente con su lengua hasta que temo desmayarme de puro éxtasis—. Oh, carajo... Nick.

Todavía estoy llegando al orgasmo, todavía temblando con las réplicas de mi liberación cuando finalmente me deja caer suavemente sobre el cojín. —No te muevas. Mantén tus manos donde están.

—Sí, señor. —Mi acuerdo hierve más allá de mis labios, sin siquiera un indicio de vacilación. En este momento, diré cualquier cosa, me someteré a cualquier cosa, por otra oportunidad de sentir su boca en mi carne necesitada.

A horcajadas sobre mí, se eleva sobre mi torso. Su pene está completamente hinchado e inmenso, atrayendo mi mirada mientras una gota de fluido caliente y sedoso gotea de la amplia corona sobre mi vientre mientras Nick alcanza por encima de mi cabeza. No tengo idea de lo que está haciendo. Mi mente está dichosamente drogada con adrenalina y endorfinas, y mis sentidos todavía están brumosos mientras floto lentamente de vuelta desde algún lugar en las nubes.

Lo oigo sacar algo de una escotilla cerca de nuestras cabezas. El suave deslizamiento no se registra completamente hasta que siento la fría abrasión de la cuerda siendo enrollada alrededor de mis muñecas.

La alarma me atraviesa, devolviéndome a la plena conciencia. —Nick...

—Shh. —Pausa lo que está haciendo y extiende la mano para acariciar suavemente mi mejilla. Su mirada sostiene mis ojos cautelosos, firme y tranquila—. ¿Confías en mí?

Trago saliva. —Me estás atando...

—Sí. Pero solo porque creo que lo disfrutarás.

—No lo sé. —Intento bajar mis manos y descubro que ya las ha atado. Aunque hay holgura en la línea, estoy atada con seguridad a

una cornamusa metálica—. Nick, nunca he...

—Lo sé, nena. —Su voz es tan gentil como nunca la he escuchado—. Pero puedes confiar en mí. Y sabes cómo puedes detener esto si vamos demasiado lejos para ti. Solo dime que pare. En cualquier momento, en cualquier instante, y lo haré. —Acaricia mi mejilla, luego se inclina y roza un tierno beso sobre mis labios—. Déjame llevarte a un lugar donde nunca has estado. Déjame mostrarte lo bueno que puede ser dejarte llevar, perderte en algo que no puedes controlar. Piérdete en mí, Avery.

No está pidiendo tanto como ordenando, sin embargo, no me erizo. Confío en él. Quiero hacer cosas con él que nunca me atrevería a probar y que nunca en mi vida quise compartir con nadie más.

Accedí a que me llevara lejos de puertos seguros hoy, y no puedo pensar en nada más tentador que hacer lo que me está pidiendo ahora: perderme en él y en esta pasión insaciable que parece obsesionarnos a ambos.

—Confía en mí —dice, y asiento—. No es suficiente, nena. Necesito que lo digas.

—Sí, señor.

Sacude la cabeza. Acaricia mi mejilla con tierno cuidado. —No más *señor*. No ahora.

Me besa de nuevo, un lento y ardiente enredo de nuestros labios y lenguas. Mi excitación se enciende de nuevo, alimentada por la presión erótica del pene erecto de Nick descansando contra mi estómago mientras me monta a horcajadas. Su eje se contrae y se hincha mientras nos besamos, su respiración raspando dentro de mi boca abierta.

Desliza sus palmas por la longitud de mis brazos extendidos. —¿Tienes alguna idea de cuánto me excitas? —Su caricia se mueve a mis pechos, luego más abajo, mientras se acomoda de nuevo entre mis muslos separados—. Podría follarte durante días, nena. Semanas.

Suspiro ante lo bien que suena eso. —Promesas, promesas, señor Baine.

Ríe oscuramente. —Diría que no me tientes, pero no tiene sentido fingir eso donde tú estás involucrada.

—Entonces fóllame ahora —le ordeno, pero mi intento de control se pierde cuando sus dedos se deslizan en mi hendidura y empujan profundamente dentro de mí—. Oh, Dios, Nick.

Siento que se inclina hacia atrás y agarra sus shorts con su mano libre, la otra todavía volviéndome loca y haciéndome retorcer en anticipación necesitada. Escucho el desgarro de un envoltorio de condón, seguido un momento después por la deliciosa presión de Nick acariciando su pene a lo largo de la costura húmeda de mi sexo. Me arqueo para recibirlo, y él embiste a fondo con un gruñido áspero.

Nos deslizamos en un ritmo profundo y urgente, ambos hambrientos por el contacto, nuestros cuerpos encajando como si estuvieran hechos el uno para el otro. Empuja profundo, llenándome hasta que apenas puedo respirar. Atada por mis muñecas, solo puedo usar la tensión de la cuerda para estabilizarme mientras él me embiste en un ritmo frenético, llevándome hacia la cresta de un feroz orgasmo.

Nick me observa mientras empiezo a romperme una vez más, sus ojos quemándome con la ferocidad que veo en ellos. —Eso es, nena. Vente para mí otra vez. Quiero verlo. Puedo sentir tu apretado coño ordeñándome. Sé que estás cerca.

—Sí —jadeo, mi respiración agitándose mientras me mezo en el cojín, totalmente a su merced.

La cuerda es una dulce abrasión contra mi piel, recordándome que no tengo control con este hombre. Tampoco lo quiero, no cuando el placer es tan intenso como este. Muerdo mi labio inferior mientras un gemido comienza a hervir en la parte posterior de mi garganta.

—Te ves tan linda cuando te vienes —me elogia Nick—. Haces los sonidos más sexys. Me pone tan malditamente duro escuchar tus

pequeños gritos.

Me folla más profundo, embistiendo en mí implacablemente, dominándome por completo. Me apoyo para tomar toda la medida de sus embestidas demoledoras, amando la intensidad animal de él. Amando lo cruda y primaria que puede hacerme sentir, mientras logra hacerme sentir segura, incluso apreciada.

Mi orgasmo explota un instante después, rompiéndose sobre mí en ola tras ola, ahogándome en placer. Vagamente, mientras estoy girando en órbita, siento que el ritmo de Nick se ralentiza hasta detenerse. Sale de mí, todavía completamente erecto.

—Date la vuelta, nena. —Su voz es grava, áspera e irregular—. Te necesito de rodillas. Ahora.

Porque ahora estoy sin huesos, además de estar atada, él me ayuda a darme vuelta. Sus fuertes manos tiemblan un poco mientras toma mis caderas y me gira para que ya no esté de espaldas, sino posicionada ante él de rodillas sobre el cojín. La longitud de cuerda blanca está enrollada más apretada alrededor de mis muñecas ahora que me he dado la vuelta, dejándome en mi lugar con mi trasero en el aire y mis manos extendidas frente a mí.

—Ah, carajo —gruñe Nick—. ¿Qué me estás haciendo? Nunca he visto nada tan caliente como tú.

Su palma aterriza bruscamente en mi trasero. Me estremezco y muerdo mi labio, mi suave grito sonando más como un maullido desesperado y lascivo. Nick agarra mis caderas y las levanta más alto, tensando más mis brazos y haciendo que mi columna se arquee. Su polla empuja gruesa en la entrada de mi sexo, luego se desliza a casa.

Mi aliento sale de mí mientras me llena, entrando en mí largo y duro. Su pene se siente inmenso en este ángulo, imposiblemente grueso, y cada empuje profundo e invasor parece aún más completo que el anterior, llevándome al borde del placer y el dolor.

Y quiero más. Lo quiero todo de él. Inclino mi pelvis, abriéndome más para él para poder tomar cada pulgada dura, cada embestida demoledora. Él también está hambriento de mí, y la fuerza

asombrosa de su lujuria es más caliente que cualquier cosa que haya sentido antes.

Maldiciones pronunciadas con aspereza y elogios gruñidos por cómo me siento, cómo me veo, brotan de él en ráfagas agudas mientras me folla. La sobrecarga sensorial es demasiado para contenerla, y no hay forma de detener mi clímax. Ruge sobre mí en un destello abrasador, llenando mi visión de estrellas mientras la sacudida explosiva de sensación estalla dentro de mí.

El tempo de Nick no disminuye mientras me hago pedazos bajo sus poderosos empujes. Sus manos se sujetan con fuerza a mis caderas mientras embiste en mí. —Sí, nena. Déjame oírte.

No podría contener mi grito de liberación aunque lo intentara. Gimo su nombre, temblando mientras el orgasmo ondea a través de mí, ola tras ola de placer. La palma de Nick se desliza por mi columna, hacia mis hombros. Me presiona más hacia abajo contra el cojín, el movimiento haciendo palanca para levantar mi trasero aún más alto mientras embiste en mí con mayor urgencia.

Siento el cambio en su enfoque ahora que estoy descendiendo en espiral desde mi orgasmo, mi cuerpo flojo y sin huesos. Las manos de Nick vuelven a mis caderas, apretando con más fuerza mientras persigue su propia liberación. Siento la tensión enrollada en su pene, la longitud acerada de él hinchándose más grande con cada bombeo profundo de sus caderas. Está tan rígido y sólido como el granito dentro de mí, tan caliente como hierro fundido.

Hace un sonido estrangulado mientras embiste duro y rápido dentro de mí. Y luego su cuerpo se arquea bruscamente y embiste a fondo, temblando y maldiciendo con la fuerza de su liberación. Sigue moviéndose dentro de mí, liberando mis caderas para envolver sus brazos a mi alrededor, doblándose sobre mí y arrastrándome con fuerza contra su pecho caliente.

No sé cuánto tiempo permanecemos así, ambos agotados y húmedos con sudor y el almizcle terroso de nuestra intimidad. Todo lo que sé es que no quiero moverme. Quiero sentirlo dentro de mí toda la noche si es posible.

Gimo en protesta malhumorada cuando eventualmente se retira para deshacerse del condón.

—¿Estás bien? —Hace la pregunta en voz baja, casi con vacilación, mientras alcanza para desatar mis ataduras y dejar la cuerda a un lado—. No te lastimé...

—No. —Sacudo mi cabeza, todavía ebria del placer que se desvanece mientras mis brazos caen sobre el cojín, tan sin huesos y fatigados como el resto de mi cuerpo. Ruedo sobre mi espalda y miro su rostro solemne y asombrosamente guapo—. No, no me lastimaste. Eso fue... increíble.

—Tú eres increíble —murmura—. Estar contigo es... —Sus palabras se apagan y su mirada se aleja de mí—. No esperaba esto. No te esperaba a ti, Avery.

Me mira de nuevo y maldice en voz baja. Luego se inclina hacia mí, tomando mi rostro en sus manos mientras me besa. No con fuego y urgencia esta vez, sino con una ternura que casi me rompe.

Porque yo también siento algo inesperado con él. Algo que no planeé o quise. Algo que no puedo permitirme arriesgar.

Necesito a este hombre. Lo quiero con algo más profundo que el deseo. Algo más poderoso que la obsesión que ambos compartimos el uno por el otro. Estoy cayendo rápido, y por mucho que quiera fingir que podré alejarme después de que Claire regrese y mi realidad se reanude, tengo que admitir otra rendición a Nick esta noche.

Mi cuerpo y mi placer le pertenecen, pero la verdad más asombrosa es que también le pertenece mi corazón.

32

—¿ESTÁS SEGURO DE QUE nadie puede vernos?

—Nadie puede vernos —la sonrisa de Nick roza la superficie del agua turquesa iluminada por el sol mientras se mueve hacia mí, ambos completamente desnudos junto al bote—. No hay nadie en kilómetros a la redonda. Solo tú y yo. Y quizás uno o dos tiburones pequeños.

—¿Qué? —chillo y me abalanzo hacia él por reflejo.

Él se ríe, atrapándome en sus brazos y apretándome contra su cuerpo—. Ahora te tengo justo donde quería.

—¡Desgraciado! —le doy una palmada en el hombro—. ¿Realmente hay tiburones por aquí?

Su sonrisa es críptica, y decido que realmente no quiero saberlo. Tampoco quiero escapar de sus brazos. Su cuerpo musculoso se siente demasiado bien contra el mío, nuestras piernas deslizándose juntas, enredándose bajo la superficie.

Es pacífico aquí, solo nosotros dos... y la diversa vida marina que prefiero no imaginar. A un par de kilómetros de distancia, por el lado de babor del *Icarus*, Islamorada es una larga franja de verde exuberante. Detrás de nosotros, en la distancia, hay grupos de islas más pequeñas que sobresalen del agua como cepillos verdes.

Aunque despertamos con varios botes vecinos anclados en la gran bahía con nosotros, todos excepto un par se habían marchado poco después del amanecer. Nick y yo nos tomamos nuestro tiempo para desayunar en la cubierta, seguido de unas horas perezosas haciendo el amor en la cabina principal. Cuando salimos a tomar aire y refrescarnos después, rápidamente me vi persuadida a un baño matutino sin ropa al costado del bote.

Rodeo sus hombros con mis brazos, deleitándome en la simple intimidad del momento mientras flotamos casi sin peso en el cálido y cristalino agua salada azul de la bahía.

—Esto es un paraíso absoluto —murmuro, echando la cabeza hacia atrás para mirar el prístino cielo azul y un par de gaviotas blancas cabalgando la brisa sobre nosotros—. ¿Cómo encuentras la voluntad para regresar a Nueva York después de pasar tiempo aquí?

—Mi vida está en Nueva York. No aquí. No lo ha estado por mucho tiempo.

Bajo la cabeza y encuentro su mirada. —¿Por cuánto tiempo?

Se encoge de hombros, indiferente. —Me mudé definitivamente cuando tenía veinte años.

—¿Y ganaste tus primeros dos millones en inversiones inmobiliarias para cuando tenías veintidós? —No puedo evitar quedarme boquiabierta al unir las piezas de lo que me ha contado—. Eso es increíble. Sé que eres brillante, pero también debes haber sido un prodigio como magnate empresarial.

Sonríe con desdén. —Tuve suerte, eso es todo. Cuando llegué a Nueva York, la Guerra de Irak apenas comenzaba. Tenía algo de dinero ahorrado y pensé que lo único que toda guerra necesita es equipamiento, suministros. Así que invertí en algunas empresas contratistas de defensa.

—Una movida inteligente.

—Y lucrativa, según resultó. Después de un año, había más que duplicado mi dinero. Por esa misma época, el mercado inmobiliario en Florida estaba empezando a volverse loco. Entonces, compré algunas propiedades, las revendí, luego reinvertí en desarrollos cada

vez más grandes y también puse algo de dinero en el mercado. Sabía que no podía durar, y justo antes de que la burbuja inmobiliaria comenzara a estallar, me salí. Lo vendí todo en su punto máximo. Para finales de 2008, valía medio billón. Desde entonces, diversifiqué. Acciones, finanzas corporativas. Cualquier cosa que me llame la atención y parezca ser una inversión sólida. Cualquier cosa que pueda convertir en algo más grande o desmontar y vender con ganancia.

Extiendo mi mano para trazar una onda humedecida de cabello negro que se pega a su frente. —Y ahora, aquí estás —digo, totalmente impresionada por todo lo que ha logrado.

—Sí. Aquí estoy.

Su mirada no abandona la mía, y bajo el calor de sus penetrantes ojos azules, trato de entender cómo es que hemos terminado juntos así. ¿Cómo es que de todas las mujeres con las que podría elegir pasar su tiempo, está conmigo?

—¿Por qué yo, Nick?

—¿Qué quieres decir?

Me estudia tan intensamente que estoy segura de que debo estar sobrepasando los límites. Sacudo la cabeza, insegura de cómo comenzar ahora que he abordado el tema. —No te estoy pidiendo que me digas cuántas otras mujeres han estado aquí contigo así...

—Puedes preguntar —dice, aunque su voz es tajante—. La respuesta es ninguna.

—Ninguna —repito la palabra sin emoción. No esperaba que respondiera, y mucho menos que dijera esto.

Él niega con la cabeza. —No a bordo de mi barco. No a mi casa en Miami. No aquí, así. Nadie.

Esta revelación es más que inesperada. Es desconcertante, y demasiado gratificante, pensar que soy la primera. La *única.* Pero aún así... —¿Entonces por qué ahora? ¿Por qué yo?

—Para ser honesto, no estoy seguro. No había planeado esto — hay un filo en su mirada mientras me observa, una dureza que me hace temer haber arruinado nuestro momento. Con su silencio, el

único sonido a nuestro alrededor es el suave chapoteo del agua contra el bote y el grito agudo de un ave marina. Entonces Nick sacude la cabeza y murmura una maldición—. He hecho mucho contigo que no he hecho con nadie más. Me has obsesionado, señorita Ross. Ahora que he abierto la puerta, no creo que sea fácil cerrarla.

—¿Es eso lo que quieres? —trago con dificultad—. ¿Cerrar la puerta conmigo?

—No. Eso no es lo que quiero. Quiero abrirlas todas. Quiero ser quien te guíe a través de ellas.

—No entiendo —murmuro—. Puedes tener a cualquiera, Nick. Esa noche en la galería, podrías haberte ido a casa con cualquier mujer allí. Sin embargo, me elegiste a mí.

—Sí, lo hice —sus brazos se deslizan por mi espalda bajo el agua mientras seguimos flotando juntos—. A menos que esté equivocado, tú también me elegiste a mí.

—Es cierto, pero yo no sabía quién eras.

Sus cejas oscuras se arquean. —¿Y si lo hubieras sabido?

Recuerdo lo lastimada que estaba por el rechazo de mi arte. Lo enojada que me puse cuando supe por Margot que no solo era un reconocido mujeriego, sino el dueño de Dominion. —Creo que te habría mandado al diablo en lugar de pasar la noche contigo.

—¿En serio? —una sonrisa diabólica se dibuja en la comisura de su sensual boca—. Creo que te habrías ido a casa conmigo de todas formas.

Con los ojos entrecerrados, suelto una risa. —Qué arrogante de tu parte decir eso, señor Baine.

—Dime que me equivoco.

No puedo y él lo sabe. Y mientras floto en el círculo de sus fuertes brazos, mi argumento de que podría haber sido capaz de resistirme a él, entonces o ahora, está perdiendo fuerza rápidamente. Me aferro al único pedazo de indignación que me queda.

—No te gusta mi arte —aunque mi voz es suave, es una acusación.

—Nunca dije eso.

—Tú mismo me dijiste que no era muy bueno. Que no era lo suficientemente bueno para tu galería.

—Eso no es lo mismo que decir que no me gusta, o que no creo que tengas talento.

—¿Lo crees? —no puedo evitar hacer la pregunta. Su opinión profesional como dueño de una galería muy respetada no puede ser disputada, pero es su juicio personal el que me hace contener la respiración—. ¿Crees que tengo talento, Nick?

Él asiente. —Claramente, lo tienes. Creo que es posible que pudieras ser grandiosa.

—¿Pero? —porque es obvio que no cree que esté cerca de eso todavía.

—¿Realmente quieres saber?

—Sí. Necesito saberlo.

Me estudia, como si estuviera sopesando cómo decirlo. —Tu arte es autoconsciente. No es honesto. Miro tus pinturas, Avery, y veo a alguien que o bien no está segura de quién es realmente, o está tratando de esconderse de esa verdad.

Me erizo al escucharlo, una rápida sacudida de defensividad —y alarma— atravesándome. ¿Puede tener razón sobre mi trabajo? Más inquietante aún, ¿puede realmente verme tan claramente? No es como si la idea debiera sorprenderme. Desde aquella primera noche en el vestíbulo del edificio de Park Avenue, me he sentido desnudada —expuesta hasta el alma— bajo la astuta mirada de Nick.

Me siento así ahora también, y cada reflejo en mi cuerpo se tensa con el impulso de escapar. Quiero esconderme. Y porque él puede leerme como nadie más, en lugar de dejarme retirar, Nick cierra sus brazos a mi alrededor aún más, enjaulándome en su abrazo. Aparto la mirada de sus ojos inquisitivos, pero él se niega a permitirme eso

también, tomando suavemente mi barbilla y trayendo mis ojos de vuelta a él.

—Tienes un don, pero no lo estás dejando llegar al lienzo. Creo que tienes miedo de lo que verás. Siempre vas a tener miedo, a menos que encuentres el valor de abrir los ojos —un calor peligroso y seductor parpadea en sus insondables iris azules—. Puedo abrir puertas para ti, Avery. Puedo guiarte a través de ellas.

Sus palabras de hace unos minutos parecen tener un significado más oscuro y sensual mientras me mantiene cautiva en sus brazos y su mirada. —¿Seguimos hablando de mi arte, o de algo más?

Su boca se curva, pero sus ojos permanecen absolutamente serios. —Eso depende de ti.

Es imposible ignorar su erección mientras nos balanceamos suavemente el uno contra el otro en el agua. Las pequeñas olas que ondulan por la bahía nos empujan juntos en un ritmo perezoso y sensual que me hace reflexionar sobre todo lo que hicimos anoche.

Todo lo que estoy ansiosa por hacer con él nuevamente.

Y porque parece disfrutar provocándome —dentro y fuera de su cama— muevo mis caderas y levanto mis piernas, envolviéndolas alrededor de su cintura. Él cierra los ojos con una maldición entre gemidos mientras mi sexo desnudo se acerca íntimamente a su abdomen.

—Ten cuidado, señorita Ross —advierte mientras su miembro roza mi trasero—. Me estás dando muchas ideas interesantes.

Me río y me inclino hacia atrás en sus brazos, nivelándome hasta que estoy flotando boca arriba en el agua. Se siente como el cielo, flotando suspendida en el abrazo de Nick con un interminable cielo azul arriba y una cama de suaves olas debajo de mí. —No quiero irme de este lugar. ¿Podemos quedarnos aquí un rato más?

—¿Cuánto tiempo quieres quedarte? ¿El resto del día, el resto de la semana? ¿El resto del mes?

No puede hablar en serio. Levanto la cabeza del agua y lo encuentro mirándome con hambre, su ardiente mirada recorriendo el arco de mi cuerpo y la curva de mis pechos sobre la línea de la

superficie del agua, donde mis pezones están rosados y erguidos mientras las pequeñas olas los lamen.

—¿No necesitas trabajar? ¿Hacer todas esas cosas importantes que hacen los magnates multimillonarios en las sombras?

Se ríe. —La mayor parte de mi negocio se conduce por correo electrónico y llamadas telefónicas. Cualquier cosa que necesite manejar puede hacerse desde aquí.

—Bueno, se supone que estoy cuidando una casa —le recuerdo —. Las plantas de Claire perdonarán un par de días sin agua, pero no mucho más.

—Llamaré a Manny. Él se asegurará de que todo esté cuidado.

—¿Qué? —me incorporo, dándome cuenta de que no está bromeando—. Nick, estoy segura de que eso no está en su descripción de trabajo.

—No, no lo está. Pero si se lo pido, estoy bastante seguro de que estará dispuesto a hacerlo.

Me quedo boquiabierta, entendiendo de repente algo que sospeché aquella primera noche que estuvimos juntos. —No solo eres dueño del penthouse, ¿verdad?

Él sonríe.

—Dios mío —gimo, pero no puedo evitar devolverle la sonrisa—. Estás loco. No podemos simplemente desaparecer por días o semanas en tu barco.

—Por supuesto que podemos. Lo que necesitemos, podemos conseguirlo en uno de los cayos vecinos. Comida, café, ropa, condones —sonríe maliciosamente—. Todos los elementos esenciales.

Me río, dándome cuenta de que casi estoy eufórica ante la idea de prolongar esta escapada de fantasía con él. Es tremendamente romántico, más que al borde de lo imprudente... y no puedo pensar en nada que quiera hacer más.

No tengo resistencia, ni para el plan de Nick, ni para el hombre mismo. Notando mi obvia rendición, él toma mi nuca y me arrastra hacia él para un beso que me roba el aliento.

Gimo cuando finalmente me suelta, la excitación girando caliente y apretada en mi interior. —Vas a corromperme, ¿sabes eso?

—Oh, señorita Ross. Tengo toda la intención de hacerlo.

33

—DESPUÉS, TRAS SALTAR DE isla en isla por los cayos durante tres semanas, navegamos de regreso a Miami y pasamos un par de noches en su condominio de playa antes de volar a Nueva York la semana pasada.

—¡Caramba, chica! Eso suena absolutamente increíble —exclama Tasha radiante, sentada frente a mí en el diner de Queens donde nos hemos encontrado para almorzar en su día libre de Vendange. Acaba de pasar los últimos veinte minutos escuchándome indulgentemente mientras le contaba los momentos más destacados de mi escapada tropical con Nick.

Los clasificados para todo público, claro. El resto de los momentos destacados son solo para Nick y para mí.

—También te ves increíble, Avery. No puedo decidir qué te queda mejor: ese bronceado de infarto o la sonrisa que no ha abandonado tus labios desde que entraste.

Inclino la cabeza hacia ella.

—¿Qué, no hay comentarios sarcásticos sobre Nick ni amenazas de repudiarme como amiga?

—No. No cuando te ves tan feliz. Me gusta ver que por fin bajas la guardia con alguien —toma un sorbo de su té helado, luego me saluda con el vaso—. Y para que conste, diría lo mismo aunque tu

novio no fuera un guapísimo multimillonario con un yate y múltiples áticos. Pero ciertamente no hace daño que lo sea.

Le devuelvo la sonrisa burlona y vuelvo a comer mi wrap de pavo y papas fritas.

—¿Mi novio? No estoy segura de sentirme cómoda llamándolo así todavía.

Me lanza una mirada de incredulidad.

—¿Estás bromeando? A ver, repasemos. Han sido prácticamente inseparables durante los últimos dos meses, casi la mitad de ese tiempo lo han pasado solos, tomando el sol y bañándose desnudos por toda la costa de Florida en su velero de un millón de dólares. Que, por cierto, nunca antes había hecho con nadie más. Ha cocinado para ti, te ha llevado a lugares bonitos y fiestas elegantes, y ahora estás sentada frente a mí luciendo como una mujer que no solo está extremadamente bien atendida y complacida, sino que también posiblemente está enamorándose perdidamente de este hombre. ¿Cómo lo llamarías tú?

—Bueno, cuando lo pones así, tal vez —me río y sacudo la cabeza—. Pero no lo sé. Y no me estoy enamorando de él.

Dios, ¿será que sí? Lo que siento por él es intenso, sin duda. Es ardiente y consumidor. Después de todo el tiempo que hemos pasado juntos —desnudos y vestidos— ciertamente ya no puedo llamar casual a nuestra relación. Él es mi primer pensamiento al despertar y el último al quedarme dormida cada noche. Claro, ambos momentos suelen ocurrir en sus brazos, pero eso no cambia el hecho de que no hay ningún otro lugar donde quisiera estar. Y a pesar de que no he considerado hacia dónde vamos en apenas unas semanas más cuando Claire regrese de Japón, no puedo pensar en Nick sin imaginarnos juntos.

Cualesquiera que sean mis sentimientos por él, me estoy metiendo profundamente y no puedo negarlo. Al menos no a mí misma.

Aparentemente tampoco puedo negárselo a mi mejor amiga.

—¿Y dónde está tu galán hoy? —pregunta mientras pincha un tenedor lleno de ensalada César—. Me sorprende que te haya dejado salir de la cama el tiempo suficiente para venir a verme.

—Tiene reuniones de negocios con su equipo de adquisiciones en Londres otra vez.

—Oh, ¿de vuelta a Londres *otra vez*? —suspira melodramáticamente, con voz de aburrimiento fingido—. Bueno, Tony va a Staten Island mañana para dirigir una nueva instalación de tuberías de alcantarillado con su equipo de construcción. Así que realmente, es casi lo mismo, ¿verdad?

—Cállate —estallamos en un ataque de risas, y sacudo la cabeza —. De todos modos, Nick se fue ayer y no volverá hasta el viernes de la semana que viene —no menciono que lo extraño terriblemente y que no puedo esperar a que pase nuestro tiempo separados. En cambio, mastico una papa frita y miro a Tasha—. Hablando de trabajo, ¿cómo van las cosas en el restaurante?

Ella pone los ojos en blanco.

—Kimmie fue ascendida la semana pasada. Joel la puso a cargo del bar, nada menos.

—¿Qué? Apenas puede tomar un pedido de bebida sin equivocarse, mucho menos preparar uno.

—¿Me lo dices a mí? No es que importe. Es experta en lamerle el trasero a Joel, así que está blindada —Tasha vierte un sobre de azúcar en su té, luego persigue los gránulos y cubitos de hielo con su cuchara—. Se supone que debo entrenarla en el inventario y la caja registradora en nuestro tiempo libre, que como sabes, es casi nulo. Básicamente, estoy haciendo todo yo sola mientras ella se pasea charlando con Joel y los clientes.

Hago una mueca.

—Lo siento. Si hubiera sabido que mi partida iba a empeorar las cosas para ti...

—No. Ni siquiera vayas por ahí —me interrumpe bruscamente—. Me alegra que te enfrentaras a él. Me alegra que salieras de allí. Créeme, yo también lo haría si tuviera la mitad de tu valor.

Hubo un tiempo, no hace mucho, en que la idea de enfrentarme a mi empleador habría sido impensable, y mucho menos algo que realmente haría. Pero ya no soy esa persona. Tal vez nunca lo fui. Simplemente nunca me atreví a resistir antes, a liberar ese lado de mí.

Nick ha dicho que cree que estoy huyendo de quien realmente soy, escondiéndome de ello. He estado dándole vueltas a esas palabras desde entonces, y aunque hizo esa observación en relación con mi arte, no puedo evitar pensar que tiene razón. Hay tanto de mí que él ha entendido correctamente. Tanto que ha desbloqueado, liberado.

Puedo abrirte puertas. Puedo guiarte a través de ellas.

La verdad es que ya lo ha hecho. Incluso si nuestra relación terminara mañana, sé que nunca podré volver a ser la persona que era antes de que él entrara en mi vida.

Dónde exactamente me deja eso ahora, aún no lo he descifrado.

—Ahí va mi carrera de bartender —murmuro, dándole a Tasha una mirada irónica—. Vendange fue el único restaurante en el que he trabajado desde que llegué aquí, y no es como si Joel fuera a darme una referencia.

—Por favor —Tasha agita su mano con desdén—. ¿Quién necesita referencias cuando eres la chica misteriosa de Dominic Baine?

—¿Su qué?

—¿No lo has visto? —Se echa hacia atrás, mirándome sorprendida—. Ah, es verdad. Olvidé que eres alérgica a Internet. Sí, tú y tu tal-vez-más-o-menos novio aparecieron por todas las páginas de sociedad después de la gala del alcalde el mes pasado.

Se limpia las manos con la servilleta, luego hurga en su bolso buscando su teléfono. Me siento inquieta y confundida, esperando mientras abre una página web en su navegador. Gira la pantalla hacia mí y mueve las cejas.

—¿Ves? Ahí estás.

Es la página de chismes de un importante periódico de Nueva York. Entre las docenas de fotos de paparazzi de socialités y

magnates de negocios que asisten a la recaudación de fondos del alcalde, hay dos fotos de Nick y de mí. Una es la instantánea tomada a través del parabrisas de la limusina de Nick. La otra fue capturada mientras pasábamos frente a los fotógrafos y las barricadas policiales para entrar al hotel para el evento.

—"Una rara aparición pública esta noche del empresario multimillonario y filántropo Dominic Baine, llegando con su invitada, la Srta. Avery Ross" —recita Tasha para mí, adoptando una falsa entonación pretenciosa que normalmente me haría reír con ella. Pero no ahora. No por esto.

—Déjame ver eso.

Tomo su teléfono y miro las fotos, gimiendo porque sé cuánto Nick valora su privacidad. Demonios, yo también valoro la mía, y es con no poca alarma que me doy cuenta de que estas fotos —y mi nombre— ahora están en el dominio público. Deben haber obtenido mi nombre del registro cuando Nick y yo nos registramos esa noche.

Miro las estadísticas de redes sociales en la parte inferior del artículo y siento que algo de color abandona mi rostro.

—¿Me estás tomando el pelo? Tasha, este artículo tiene más de un millón de vistas.

—Felicitaciones —dice alegremente, sin darse cuenta del creciente nudo de inquietud que se enrosca en mi estómago—. Oficialmente eres famosa, amiga.

~ ~ ~

Estoy inquieta cuando llego a casa después del brunch con Tasha, y puedo verlo en la pintura en la que estoy trabajando en mi improvisado estudio en la sala de Claire. El paisaje que había estado tratando de perfeccionar durante tanto tiempo sin éxito actualmente está abandonado contra la pared, junto con las obras embaladas que no me he molestado en abrir desde que las traje de Dominion hace un par de meses.

En mi caballete ahora hay algo completamente nuevo, una pieza inspirada en mi escapada con Nick. Comencé a trabajar en ella secretamente después de que regresamos a Nueva York. En las

semanas desde entonces, ha sido mi obsesión. Mientras añado los últimos sombreados en las plumas plateadas que son el corazón de la pieza, estoy tan absorta que apenas registro el sonido de mi teléfono celular en la mesita junto a mí.

Aunque estoy esperando una llamada de Nick después de enviarle un mensaje al regresar del brunch, no me sorprende ver el código de área de Pensilvania en la pantalla de identificación de llamadas. Después de una entrevista favorable con la junta de libertad condicional hace un par de semanas, la emoción de mi madre por su próxima revisión de caso el mes que viene es prácticamente todo de lo que habla ahora. Yo también estoy emocionada, rezando con una esperanza casi desesperada para que el estado finalmente le muestre algo de misericordia.

Dejando mi pincel, rápidamente me limpio las manos con un paño de pintura y tomo mi teléfono. Deslizo el dedo por la pantalla de bloqueo y espero escuchar al operador automatizado.

Pero el mensaje familiar no llega.

La línea está conectada, pero todo lo que escucho es aire vacío...

Y el leve sonido de alguien respirando al otro lado.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —espero otro segundo, luego alejo el teléfono de mi oreja y verifico si la llamada se ha cortado. No, no se ha cortado. Y ahora trago con la garganta repentinamente seca, aunque me aseguro a mí misma que no tengo ninguna razón para sentir miedo—. ¿Hola? ¿Mamá, eres tú?

La línea se corta.

Todavía estoy sosteniendo el teléfono con mis dedos congelados cuando suena de nuevo. Si han pasado unos segundos o varios minutos, no estoy completamente segura. Todo lo que sé es el rápido latido de mi corazón en mi pecho, y el frío temor que me aprieta en su puño mientras miro nerviosamente la pantalla otra vez.

Nick.

El alivio empuja el aire fuera de mis pulmones con un profundo suspiro, pero mis nervios están lejos de estabilizarse mientras deslizo mi dedo por el teléfono para responder su llamada.

—Hola —mi voz sale fina y tranquila, casi sin aliento.

—Hola —me da un gemido bajo y sensual—. ¿Por qué tienes que sonar tan sexy cuando estoy a cinco mil quinientos kilómetros de distancia?

Sonrío a pesar de la adrenalina que todavía corre por mis venas. Escuchar la voz de Nick siempre tiene un efecto reconfortante en mí, y ahora no es una excepción. Además, estoy segura de que la otra llamada no fue nada. Probablemente alguien de la administración de la prisión o de la oficina del defensor público llamando a mi número involuntariamente. Solo una llamada accidental. No hay razón para empezar a buscar fantasmas o sobresaltarse por las sombras.

En cambio, busco volver a la realidad.

—¿Cómo estuvo la reunión con la gente de aeroespacial?

—Rentable. Cerramos la adquisición antes de la cena esta noche —suena genuinamente emocionado, incluso orgulloso.

—Nick, eso es fantástico. Felicidades.

Casi puedo escuchar la sonrisa en su respuesta.

—El capital que estamos inyectando en la operación va a aumentar los calendarios de producción al doble. Si todo va bien, para esta época el año que viene, Baine International será el tercer mayor participante en el mercado de vuelos espaciales privados.

Estoy asombrada, pero no sorprendida. Nada sobre la ambición y el impulso de este hombre, ni su intelecto, me sorprende ya. Es una fuerza a tener en cuenta, y dudo que haya conocido alguna vez un desafío que no pudiera conquistar, en este planeta o en cualquier otro, evidentemente.

—Si sigues dominando mercados fuera de nuestra órbita, vas a tener que considerar seriamente un nuevo membrete. Baine Intergaláctico tiene un bonito sonido.

Él se ríe.

—Lo tendré en cuenta.

—Estoy emocionada por ti, Nick. Ojalá pudiéramos celebrar en persona.

—Yo también. Y lo haremos, tan pronto como regrese —luego su voz adopta un timbre más profundo—. Hasta entonces, puedo pensar en algunas formas interesantes de celebrar juntos a larga distancia.

—Estoy segura de que sí —me río, aunque mi cuerpo se acelera con interés—. Y quiero escuchar cada una de tus perversas ideas, pero... esa no es la razón por la que quería hablar contigo. Me encontré con Tasha en la ciudad hoy. Mientras hablábamos, me mostró un artículo de chismes sobre la gala del alcalde el mes pasado. Había fotos nuestras juntos cuando llegamos. Aparentemente, se han vuelto virales en Internet.

—Ah —no suena complacido. Sin embargo, tampoco suena sorprendido—. Supongo que era de esperar.

—¿Ya lo sabías?

—Empleo suficiente gente que me informará de este tipo de cosas si no las veo yo mismo primero.

—Entonces, ¿no estás molesto porque nos hayan fotografiado juntos?

—Por supuesto que estoy molesto. Pero estoy acostumbrado a que la prensa esté constantemente zumbando en busca de su próxima comida. Podrían haberse alimentado de nosotros por mucho más tiempo si no hubiéramos salido de la ciudad cuando lo hicimos y por tanto tiempo como lo hicimos.

—Oh —una punzada de decepción me lastima mientras él explica —. No había pensado en eso, pero tienes razón, Nick.

Dominic Baine es, si no otra cosa, un hombre astuto. Y, como he aprendido, siempre está en control, siempre un paso por delante de todos los demás que flotan en su órbita.

Así que realmente no puedo culparlo por pensar con tanta anticipación, por tomar medidas para proteger su privacidad. No debería sentirme decepcionada si su motivación para llevarme a la escapada de ensueño de mi vida fue más pragmática que espontánea.

—Con suerte, las cosas se habrán calmado para ahora —murmuro.

Y no puedo evitar pensar que nuestra fuga del ojo de la prensa también fue beneficiosa para mí. Una de las cosas que más me gustan de Nueva York es la sensación de anonimato que proporciona. Es fácil mezclarse aquí, fácil desaparecer entre las masas. Aquí, es fácil empezar de nuevo. A diferencia de mi hogar, donde nada se perdona ni se olvida jamás.

—Si las cosas no se han calmado —dice Nick—, simplemente tendremos que encontrar otro lugar para explorar.

—Claro, ¿por qué no? —respondo, alejando mis sombríos pensamientos y tratando de mantener mi tono tan ligero como el suyo—. Aunque va a ser difícil superar tres semanas en el *Icarus*.

—¿Qué opinas de París?

Afortunadamente, no está aquí para verme boquiabierta.

—No sé qué opino al respecto —me dirijo a uno de los suntuosos sofás y me hundo en una esquina, metiendo mis piernas debajo de mí—. Nunca he estado allí.

—¿Nunca? —lo dice como si acabara de confesar un crimen—. Todo artista le debe a su trabajo pasar tanto tiempo como sea posible en París. ¿Cómo está tu agenda el próximo mes?

Cierro los ojos, deseando poder seguirle el juego. Pero el próximo mes es cuando Claire debe regresar de Japón. El próximo mes, ella estará sentada aquí en este hermoso apartamento otra vez, y yo estaré buscando trabajo y algún lugar barato para vivir.

—Tendré que consultar con mi secretaria y responderte luego.

—Hablo en serio, Avery. Quiero llevarte a París.

—No tengo pasaporte —digo, aferrándome a la excusa más cercana que no sea una mentira descarada.

—Un detalle menor, que puedo solucionar por ti en menos de un día. Solo necesitarás estar disponible para ir. Puedes hacer eso, ¿verdad?

Exhalo suavemente y miro la vista que no me pertenece. Nick y esta brillante vida de jet set que estoy disfrutando con él tampoco

me pertenecen. Ha sido demasiado fácil ignorar ese hecho, pero muy pronto me va a caer encima.

—Pregúntame de nuevo el próximo mes y veremos.

Él guarda silencio por un momento, y el peso de su contemplación es palpable.

—Muy bien, entonces. Te preguntaré de nuevo el próximo mes, Srta. Ross. Mientras tanto, me gustaría explorar algunas de esas opciones de celebración a larga distancia que dejamos abiertas para discusión.

Sonrío.

—¿Es así, Sr. Baine?

—Sí. Puedes empezar diciéndome qué llevas puesto.

34

DURANTE EL RESTO DE la semana, me sumerjo en mi trabajo. Creativamente, estoy en llamas como nunca antes, pero gran parte de mis obsesivas horas frente al caballete se debe a que extraño a Nick.

Hemos hablado todos los días esta semana, y aunque escuchar su voz y recibir sus frecuentes mensajes, a menudo deliciosamente sucios, ha ayudado a hacer más soportable la semana separados, para cuando finalmente debe regresar de Londres, estoy prácticamente eufórica de emoción por verlo.

Cualquier esperanza que tengo de mantener la calma desaparece por completo cuando me llama desde la pista de aterrizaje en JFK el viernes por la tarde.

—Acabamos de aterrizar —me dice, y puedo escuchar la anticipación en su voz también—. Estaré en el edificio de Park Place en menos de una hora. Prepárate para mí.

—He estado preparada todo el día —le digo—. Y Nick, no llevo ropa puesta.

—Jesús, nena —su voz profunda se convierte en grava áspera—. En ese caso, llegaré en la mitad del tiempo.

No quiero imaginar cómo logra cruzar la ciudad tan rápido, pero, fiel a su palabra, Nick está parado afuera de la puerta del

apartamento del quinto piso en tiempo récord. Yo también cumplo mi promesa, abriéndole la puerta desnuda y sin ninguna vergüenza.

Entra, luciendo urbano y apuesto en su traje gris oscuro y camisa blanca de negocios. Su atuendo puede ser sofisticado de sala de juntas, pero la mirada en sus ojos azul tormentoso es puramente animal.

—Hola —digo, sonriéndole—. ¿Por qué tardaste tanto?

Su respuesta es algo parecido a un gruñido. Deja caer su bolso de cuero en el suelo del vestíbulo y cierra la puerta de una patada detrás de él. Tan pronto como está completamente adentro, pierdo toda paciencia para mi juego. Solo lo necesito. Me lanzo hacia él y me atrapa en sus brazos, sosteniéndome en alto mientras envuelvo mis piernas desnudas alrededor de él y ataco su boca en un beso desesperado.

Me lleva así, besándome con igual ferocidad mientras navega sin esfuerzo por los pasillos del apartamento, llevándome al dormitorio de invitados donde me he estado quedando desde que comencé a vivir en el lugar de Claire. Las manos de Nick son firmes bajo mi trasero, su caro traje suave y sedoso contra mis pechos desnudos y mi torso. Es fuerte, protector y está totalmente en control, pero puedo sentir su disciplina medida consumiéndose bajo la fiebre de nuestras bocas unidas.

Sus ojos están turbulentos de pasión cuando finalmente aparta sus labios de los míos.

—No puedo ir lento en este momento.

—No lo hagas —digo, tanto una orden como una súplica. Gimo con la fuerza de todo lo que estoy sintiendo—. Nick, necesito...

—Lo sé, nena. Yo también.

Arrojándome al colchón, rápidamente se quita la ropa. Luego, gloriosamente desnudo, se acerca a la cama donde lo observo, reclinada sobre mi espalda y apoyada en mis codos. Se ve tan hermoso, tan magníficamente masculino, que hace que me haga agua la boca y que mi sexo se contraiga fuerte y húmedo de deseo.

Después de una semana sin verlo, ahora sacio mis sentidos con la visión de su cuerpo musculoso y su piel lisa y bronceada. Conozco cada centímetro de su poderosa anatomía. He trazado cada plano y valle perfeccionado, memorizado el sabor y la textura de cada delicioso centímetro. Su aroma limpio y picante está impreso profundamente dentro de mí, tanto así, que solo la más leve inhalación ahora arranca un gemido de necesidad descarada de mis labios.

No me hace esperar ni un segundo más. Gracias a Dios.

Tomando un condón de la caja que ahora guardo en la mesita de noche junto a la cama, agarra el paquete entre los dientes y se sube encima de mí, a horcajadas sobre mis caderas. Su erección sobresale alta, orgullosa e inmensa desde el parche oscuro en su ingle. Es viril y hermoso, y, en este momento, me pertenece únicamente a mí.

—Esta vez, déjame hacerlo a mí —le digo cuando comienza a abrir el condón.

Me lo entrega y extiendo la mano para deslizar la protección sobre su longitud. Mis dedos se deslizan por su grueso eje veteado con el condón, y no puedo resistir acariciar el pesado saco debajo. Mi toque arranca un gemido de sus labios y un estremecimiento de placer de su cuerpo.

Me encanta el efecto que tengo en él. Me encanta que me haga creer que está tan loco por mí como yo lo estoy por él.

Amo...

Oh, Dios. Amo tantas cosas de este hombre.

Levanto la mirada hacia su rostro y lo encuentro mirándome fijamente, mirando a través de mí, como ha logrado hacer desde el momento en que nos vimos por primera vez. ¿Puede ver lo que significa para mí? ¿Puede saber lo desesperadamente que me estoy enamorando de él?

—Recuéstate —me ordena, con la voz áspera.

Cuando obedezco, se aparta de mí, posicionándose entre mis piernas y abriéndolas ampliamente. Ya estoy empapada y lista para

él, pero se inclina para besar mi sexo como si fuera una tentación demasiado fuerte para resistir. Me acaricia con su lengua, me penetra, succiona mi clítoris en un ritmo profundo y urgente que me hace retorcerme bajo su boca.

Justo cuando creo que no puedo soportar otro segundo de placer y tormento, me suelta y guía su pene hacia la abertura resbaladiza de mi cuerpo. Grito mientras entra en mí, mi vaina aferrándolo estrechamente mientras empuja dentro, hundiéndose hasta la raíz en una deliciosa embestida.

Jadeo su nombre y luego estoy perdida, abrumada por las sensaciones mientras nuestros cuerpos chocan en un ritmo desesperado, casi violento. Lo he extrañado, he extrañado esta feroz intimidad que nos conecta.

La ardiente mirada de Nick sostiene la mía mientras nos mecemos, arañamos y tensamos juntos, ambos rendidos a la enormidad de nuestra hambre el uno por el otro. Me dejo ir primero, incapaz de detener la masiva ola de placer que se acerca. Gimiendo bajo la fuerza del mismo, me precipito sobre el borde en un orgasmo demoledor.

El control de Nick es más fuerte que el mío, pero puedo ver en la belleza salvaje de su rostro que él también está perdiendo la batalla. Un grito desgarrado brota de él y empuja dentro de mí una y otra vez, cada embestida más dura, más profunda, hasta que la presión es demasiado grande, incluso para él. Se corre con un rugido sin palabras, un sonido crudo y descontrolado, más allá de lo erótico.

—Joder, necesitaba eso —pronuncia roncamente contra el lado de mi cuello mientras yacemos juntos, nuestros cuerpos aún conectados. Levanta la cabeza, frunciendo el ceño mientras nuestras miradas se encuentran y se mantienen—. Te necesitaba *a ti*, Avery.

No puedo estar segura de si lo dice como una acusación o como una admisión.

—Me tienes —es la verdad, y no puedo negársela. Ni siquiera cuando todas las advertencias que me han dado sobre acercarme demasiado a él resuenan en mi cabeza como alarmas. Extiendo la

mano y acaricio la pendiente rígida de su mejilla—. No hay ningún otro lugar donde quiera estar.

Su ceño se profundiza en su silenciosa respuesta, pero su mirada no abandona la mía. Y por el más breve segundo, veo lo que él no puede, o no quiere, poner en palabras.

Le importo. He entrado en él.

Aunque solo sea por este momento, me he colado a través de sus muros prohibidos.

Pero entonces parpadea y esas persianas emocionales suyas vuelven a caer en su lugar tan firmemente como una puerta de hierro. Se separa de mí, fuera de mi alcance.

—Quédate aquí —dice, quitándose el condón usado mientras se levanta de la cama.

Lo observo caminar hacia el baño contiguo, tratando de no sentirme abandonada a mis sentimientos y a las sábanas que se enfrían rápidamente. Después de deshacerse del condón, sale del dormitorio, de vuelta hacia el área de la sala del apartamento.

Regresa un momento después con algo escondido detrás de su espalda.

Me siento cerca del borde de la cama, doblando mis piernas debajo de mí.

—¿Qué estás haciendo?

Naturalmente, no me lo dice.

—Cierra los ojos —dice mientras se acerca.

—Nick...

—Ciérralos —obedezco con un suspiro impaciente—. Ahora, extiende tus manos frente a ti. Palmas hacia arriba.

Cumplo, esperando sentir que coloca algo en mis manos. Pero no lo hace. En cambio, envuelve una longitud de algo elegante y frío alrededor de mis muñecas. Jadeo ante la sensación, mi mente trabaja para procesar lo que estoy sintiendo. Pequeñas esferas frías presionan contra mi piel en una larga hebra, haciendo clic suavemente mientras se envuelven y entrelazan alrededor de mis muñecas cruzadas.

—¿Cuentas?

Nick no responde. Permaneciendo enloquecedoramente en silencio, continúa atando mis manos juntas. El lazo está apretado, pero no tanto como para que no pudiera liberarme si quisiera. Y las cuentas frías ahora han comenzado a calentarse con el calor de mi propio cuerpo.

—Ahora puedes abrir los ojos.

Mis párpados se levantan y miro desde su mirada velada hasta la hebra brillante de perlas que están enrolladas no menos de media docena de veces alrededor de mis muñecas. No tengo que preguntar si son reales. Después de todo, es Nick. Pero incluso con mi limitada experiencia de primera mano con cosas finas, puedo decir que las perlas cremosas son auténticas. Y deben haber costado una pequeña fortuna.

—Un pequeño detalle que recogí para ti en Londres.

—No puedes hablar en serio.

Y sin embargo, lo está. Su expresión es enigmática, pero sus ojos me estudian intensamente.

—Espero que te gusten.

¿Gustarme? Estoy usando fácilmente decenas de miles de dólares en piedras preciosas tan casualmente como si fueran la cuerda del *Icarus*.

—Son... increíbles, Nick. Son demasiado.

—Tan pronto como las vi, supe que quería verlas en tu piel desnuda —su sonrisa es decadente—. Y ahora que lo he hecho, puedo pensar en varias otras formas interesantes en las que me gustaría verte usándolas.

Solo la sugerencia envía una oleada de calor a mi centro.

—Estás loco —sacudo la cabeza, abrumada por su regalo, y el hecho de que derrocharía este tipo de lujo en mí—. No creo que pueda aceptar...

—Sí, Avery. Puedes. Y lo harás, porque me complace verlas en ti.

Extiende la mano, tomando mi rostro entre sus manos. Inclinándose hacia mí, toma mi boca en un beso lento y ardiente. Me

derrito en él, incapaz de hacer otra cosa que ceder a su voluntad ahora. Mientras me muevo en la cama para encontrarme con su beso posesivo, las perlas se deslizan una contra otra. El pensamiento de dañar las gemas es casi demasiado para mí.

—Tengo miedo de que se rompan.

—No lo harán —alisa un mechón de cabello suelto de mi rostro—. Mientras seas honesta conmigo y contigo misma, estas perlas son más fuertes que cualquier cuerda. Son más fuertes que el acero. Como la confianza, Avery, la única forma en que se romperán es si te alejas de mí.

Confianza. Honestidad. Dos cosas que nunca he podido dar a otro hombre, a nadie en mucho tiempo.

Nick tiene mi confianza. También tiene mi honestidad, al menos en lo que respecta a la pasión que compartimos. La obsesión que ambos sentimos el uno por el otro es real. Nunca he sido más honesta sobre algo en mi vida.

En la cama con él, no tengo barreras. Y lo quiero todo. Quiero darle todo también. No me permitiré pensar en todas las cosas que nunca podré tener con él.

No ahora, cuando estoy a un suspiro tembloroso de llorar con la fuerza de todo lo que siento por este hombre oscuramente cautivador.

Se une a mí en la cama y me besa de nuevo, recostándome suavemente en el colchón con él. Mis manos atadas descansan sobre mi estómago, y es todo lo que puedo hacer para no alcanzarlo mientras prodiga mi vientre y mis pechos con un rastro de besos calientes y lamidas ardientes de su lengua. Estoy temblando de necesidad y anticipando las muchas formas inteligentes en que sé que me tendrá a su merced ahora.

No puedo hacer nada más que someterme cuando toma mis manos atadas y guía mis brazos por encima de mi cabeza. Sus dedos trazan lentamente mis costados, levantando piel de gallina a su paso y arrancando un suspiro tembloroso de mis labios.

Reclama mi boca con renovada ferocidad, mientras sus dedos se deslizan entre mis muslos. Mi hendidura está empapada con mis propios jugos, aún hipersensible e hinchada por antes. Nick se sumerge dentro de mí, al mismo tiempo que empuja su lengua profundamente en mi boca para acariciar y luchar con la mía.

Nos besamos como si no nos hubiéramos tenido el uno al otro momentos atrás, como si nunca tuviéramos suficiente.

Nick acaricia mi sexo, frotando mi clítoris con su pulgar y hundiendo sus dedos profundamente en mi vaina. Gimo, sintiendo mi cuerpo contraerse a su alrededor, ávido de más. Mientras me arqueo y me retuerzo al ritmo de sus dedos que empujan, saquea mi boca con besos urgentes que derriten los huesos.

No me doy cuenta de que ha retirado sus dedos de mi interior hasta que siento que está girando mis caderas con sus fuertes manos, guiando la parte inferior de mi cuerpo hacia un lado. Luego su toque se desliza resbaladizo sobre mi ano. Me tenso ante la primera caricia de presión, tirando contra mis ataduras. Es inesperado, pero también lo es la sacudida de excitación que me atraviesa cuando el dedo de Nick me bordea, empujando en un ritmo de prueba contra mi estrechez.

Abro los ojos y lo encuentro mirándome. No dice nada, pero su mirada no abandona la mía ni por un momento mientras me acaricia más íntimamente que nunca. Tocándome de maneras que nunca había querido que nadie lo hiciera antes que él y que nunca supe que podía anhelar tan ferozmente.

Su pulgar en mi clítoris me está volviendo loca de necesidad, y el dedo resbaladizo jugando con mi trasero es suficiente para empujarme al borde afilado de la locura. Me muerdo el labio ante la deliciosa presión de su toque mientras me penetra suavemente. Mi coño está empapado, cubriendo sus dedos y el agujero apretado de mi ano mientras su dedo empuja dentro.

La intensidad de mi excitación, y mi necesidad de liberación, es demasiada. Cuando se combina con las restricciones que atrapan mis manos y me impiden tocar a Nick, la profundidad de mi

necesidad es casi insoportable. Gimo y me retuerzo, consciente de mis ataduras, pero desesperada por correrme.

—Lo sé, nena —murmura contra mis labios entreabiertos—. Voy a darte lo que necesitas.

Gira para alcanzar un condón, sus dedos nunca dejándome, nunca disminuyendo su asalto sensual. Sosteniendo el paquete con una mano, rasgándolo con los dientes, hábilmente lo desenrolla sobre su erección y luego gira de nuevo hacia mí.

—De rodillas, hermosa.

Se retira de mí solo el tiempo suficiente para ayudarme a voltearme sobre mi estómago. Tan pronto como lo hago, le da a mi trasero una palmada juguetona. La ancha cabeza de su pene se desliza a través de mis pliegues, luego con una poderosa embestida, se hunde profundamente. Grito de placer por él, mi sexo aferrándolo con fuerza, ya ondulando en oleadas de liberación creciente mientras él empuja detrás de mí.

Mi orgasmo se agita, arrastrándome rápidamente. Y entonces, como si entendiera lo que me empujará sobre el borde más empinado, Nick pasa su dedo a través de nuestra humedad y encuentra mi ano nuevamente. Empuja dentro, su dedo penetrando mi trasero mientras su pene surge con una presencia aún más fuerte dentro de las paredes pulsantes de mi sexo.

—Oh, Dios. Nick.

Un fuerte gemido sale de él.

—Lo sé, nena. Se siente tan jodidamente bien.

—Sí —estoy jadeando ahora, a punto de destrozarme.

—Déjalo ir —me urge—. Déjalo ir, nena. Te tengo.

Me corro con un grito agudo, sin vergüenza y crudo. El placer me inunda, me ahoga. Sucumbo sin luchar. Dejo que el éxtasis me arrastre, confiando en que puedo porque el agarre de Nick en mí es firme y estable. Mi amarre seguro, sin importar a dónde me lleve.

Nunca me he sentido tan libre, tan protegida. Tan completamente poseída.

Nunca me he sentido tan íntimamente conectada con alguien.

Y cuando su propia liberación comienza a crecer y me aferra estrechamente contra el calor y la fuerza de su cuerpo, no sé cómo voy a aprender a vivir sin este tipo de pasión y conexión en mi vida.

No sé cómo aprenderé a vivir sin él.

35

—¿QUEDA MÁS PAD KEE mao por ahí? —señalo con un palillo hacia uno de los seis contenedores de comida tailandesa para llevar que están sobre una bandeja grande al final de la cama.

Nick sonríe burlonamente. —La señorita tiene apetito.

—La señorita tuvo bastante ejercicio.

Sus cejas oscuras se arquean. —¿Lista para otra ronda?

Me río, pero no tengo dudas de que habla en serio. —Eres completamente insaciable, ¿no?

—Sí. Pensé que eso era una de las cosas que te gustan de mí.

—Y totalmente desvergonzado también —añado, sonriendo mientras me llevo a la boca el último bocado de fideos bañados en salsa. Levantando mi plato casi vacío, señalo nuestro suministro de comida devastado con otro golpecito de mi palillo—. Más, por favor.

Se inclina para besarme. —Nena, *más* es algo que nunca necesitas pedirme.

Ambos estamos sentados en la cama desnudos, o parcialmente desnuda en mi caso. Llevo el collar de perlas otra vez, aunque ahora de manera más tradicional. Enrollado dos veces alrededor de mi cuello, el largo hilo cae sobre mis pechos y por mi vientre, acumulándose en la V de mis piernas cruzadas. Cada deslizamiento de las gemas sedosas sobre mis pezones o contra mi sexo desnudo

es un recordatorio decadente de las horas de placer que he compartido con Nick esta noche.

Apenas hemos salido del dormitorio desde que él llegó hace horas. Cuando nuestros estómagos comenzaron a quejarse, finalmente nos duchamos y pedimos comida a domicilio, ninguno interesado en vestirnos para salir cuando podíamos extender nuestra reunión desnuda hasta lo que probablemente sería una noche completa.

Mientras lo observo estirarse para agarrar uno de los contenedores de comida de la bandeja, mi cuerpo se agita nuevamente en apreciación lujuriosa por este hombre hermoso, intrigante e infinitamente seductor que alimenta cada hambre que tengo.

Cuando Nick gira hacia mí para servirme las últimas cucharadas de los fideos borrachos en mi plato, su mirada se encuentra con la mía. Hace una pausa, inclinando la cabeza. —¿Qué?

—Solo recordé que se suponía que celebraríamos tu trato en Londres cuando regresaras.

—¿No es eso lo que acabamos de hacer? —Vacía el recipiente, luego lo vuelve a poner en la bandeja, lamiéndose los dedos—. Creo que este debería ser el nuevo estándar en celebraciones. Tú, yo, horas de sexo ininterrumpido. Una semana de comida para llevar para la dama y su alarmantemente enorme apetito después.

—¡Oh! —Abro la boca en una indignación sin veneno, dejando mi plato para lanzarme hacia él—. ¿Mi enorme apetito? Comiste tanto como yo, desgraciado.

Riéndose, me lleva con él al caer, mi cuerpo extendido sobre el suyo en el colchón. Apenas me importa que hayamos volcado la bandeja al final de la cama. Me preocuparé por un poco de arroz derramado después. Ahora mismo, lo único que me importa es la firmeza cálida del cuerpo de Nick debajo del mío, su boca ardiente y devoradora mientras nos sumergimos en un beso lento y sensual.

Su miembro presiona grueso y duro contra mi abdomen. Ya estoy tremendamente excitada y ansiosa por él, y la sensación erótica del

collar de perlas aplastado entre nosotros hace que mi deseo aumente aún más.

Con cierto esfuerzo, me aparto de su beso. —Solo por ese comentario sarcástico, no debería decirte que tengo una botella de champán en el refrigerador. La estaba guardando para cuando regresaras, pero ahora no estoy segura de que la merezcas.

Me sonríe con suficiencia. —No es lo que habrías dicho antes esta noche. ¿Cuántas veces tengo que hacerte llegar al orgasmo?

Me encojo de hombros, fingiendo considerarlo. —Al menos una vez más. Dos, si realmente quieres impresionarme.

Se ríe, sus ojos oscuros con promesa erótica. —Siempre me esfuerzo por impresionar, Srta. Ross.

Como para demostrarlo, sus manos se deslizan desde mi trasero hasta la hendidura de mi cuerpo. Acaricia mi pliegue, introduciendo dos dedos dentro de mi sexo sin previo aviso. Me arqueo hacia su toque íntimo, un suspiro silbando entre mis labios entreabiertos. —Nick. Mmm...

Se retira demasiado pronto para mi gusto, dándome una ligera nalgada. —Vamos a buscar ese champán que voy a ganarme.

Salimos juntos del dormitorio, yo con mis perlas y nada más, y Nick luciendo divino mientras camina hacia la sala donde mi caballete está instalado sobre una manta de sábanas salpicadas de pintura. Mi pintura recién terminada sigue en el soporte, pero cubierta con un paño.

Me detengo en el umbral de la cocina mientras él se acerca a la obra.

—¿En qué estás trabajando?

—Oh. Eh, nada realmente. Solo juego, intentando algo diferente.

Me dirige una mirada curiosa. —¿Puedo?

—No. —Niego con la cabeza, preocupada de que no le guste. Me aterroriza que piense que esta nueva pieza es tan terrible como las otras, o peor, que anule incluso la pequeña cantidad de talento que dice ver en mí—. No estoy lista para mostrársela a nadie, Nick.

Y menos a él, ya que fue la razón por la que la pinté en primer lugar.

—¿No confías en mí?

Me acerco a donde está parado, interponiéndome sutilmente entre él y mi caballete. —No estoy lista.

Creo que es imposible que comprenda de cuántas maneras esa afirmación es cierta. No estoy lista para mostrarle mi nuevo trabajo. No estoy lista para su crítica ni para su elogio. Y no estoy lista para lo que siento por él... la forma en que me hace desear tantas cosas que no puedo tener.

No con él, no con nadie.

—Si no tenemos confianza, Avery, no tenemos nada. ¿No hemos aclarado eso ya?

Extiende su mano hacia mí, tomando las perlas que cuelgan entre mis pechos. Las envuelve alrededor de su puño, la tensión atrayéndome inexorablemente hacia él. No puedo luchar contra su atracción ahora más de lo que pude en cualquier otro momento que hemos estado juntos. Doy un paso, luego otro. Hasta que su puño envuelto en perlas es lo único entre nosotros.

Sus ojos escrutan los míos. Puedo ver la exigencia en esas profundidades azul oscuro, el desafío. Esto ya no se trata de mi pintura. Ambos lo sabemos. Y puedo ver por la rígida determinación en el rostro hermoso y duro de Nick que no aceptará una negativa. No esta vez.

—Quiero ver cada parte de ti, Avery. Es la única manera en que esto funcionará entre nosotros. Sin miedo. Sin esconderse. Sin barreras, ¿recuerdas?

—Nick, yo... —Niego con la cabeza miserablemente. Mi garganta está seca, obstruida con todas las palabras que no puedo decir. Cosas que él debería saber sobre mí y mi pasado, cosas que son mucho más vergonzosas que cualquiera de las medias verdades que le he dado sobre mi vida desde que llegué a Nueva York—. Por favor, no —murmuro con voz espesa—. Simplemente... no puedo.

Veo que algo se atenúa, luego se oscurece, en su mirada penetrante. La boca que me ha besado tan tiernamente, que me ha adorado tan placenteramente hoy y cada vez que hemos estado juntos, ahora se endurece en una línea severa.

—Nick, sé que no entiendes por qué...

—Entonces dímelo. —Palabras cortantes. Una orden áspera que me golpea como una bofetada—. Hazme entender a qué le tienes miedo. ¿Soy yo? ¿Te he lastimado, Avery? ¿Te he asustado?

—No. Nunca. —Me mata que piense eso. Me rompe el corazón verlo tratando de dar sentido a mi retirada—. Nunca has hecho nada malo, Nick.

—Entonces, ¿por qué te alejas de mí? —Su voz se hace más cortante—. ¿De qué te escondes? ¿De *quién* te escondes? Maldita sea, Avery, ¿qué es lo que no quieres decir?

Niego con la cabeza. Mi voz me ha abandonado por completo ahora.

Él tampoco dice nada. Con una expresión indescifrable, cerrada para mí, suelta las perlas y deja caer el collar. Se balancea contra mi torso desnudo, el calor de su mano abandonando rápidamente las gemas.

Da un paso atrás, y su distancia crea un frío aún mayor en mí. Tiemblo por la frialdad que siento abrirse entre nosotros, y por el hielo impenetrable de su mirada.

Mientras estamos allí, atrapados en nuestro miserable punto muerto, el intercomunicador del apartamento suena con una llamada desde el vestíbulo. El sonido acentúa la tensión entre nosotros, haciendo que nuestra insoportable distancia se amplíe con cada segundo que pasa. Durante un largo momento, ninguno de los dos se mueve.

Nick es el primero en romper el terrible silencio. —Ve a ver qué quiere Manny.

Se aleja a zancadas, de vuelta al dormitorio, dejándome sola y desnuda, sacudida por un estremecimiento incontrolable. Con la

emoción represada en mi garganta, camino hacia el intercomunicador y respondo a la llamada del portero.

—¿Sí, Manny? —Mi voz es sorprendentemente firme. Después de todo, hace mucho tiempo que me entrenaron para actuar como si mi mundo no se estuviera desmoronando a mi alrededor.

—Señorita Avery, una de sus amigas está aquí abajo. Dice que necesita hablar con usted.

El anuncio es tan inesperado que me toma un segundo responder. —¿Quién es?

—Tasha Lopez, señorita.

La confusión atraviesa mi neblina de desesperación. Es viernes por la noche, poco después de las nueve. Tasha debería estar en Vendange. —¿Está aquí? ¿En el edificio?

—Sí, señorita. —Manny baja la voz discretamente—. Si me permite decirlo, parece muy alterada. ¿Quiere que la ponga al teléfono?

Por mucho que me duela el corazón por lo que probablemente he perdido esta noche con Nick, mi preocupación por Tasha me hace estar alerta. —No. No la pongas al teléfono. Dile que bajaré enseguida.

Cuando giro para apresurarme hacia el dormitorio en busca de algo de ropa, Nick está parado detrás de mí, vestido con sus pantalones oscuros de traje y abotonándose la camisa blanca. —¿Qué sucede?

—No lo sé. Tasha está abajo. Manny dice que está alterada.

Paso rápidamente junto a él para vestirme, con el corazón en la garganta por el hecho de que Nick ni siquiera intenta detenerme, y con el estómago retorciéndose de preocupación por mi amiga.

36

NO ESPERO QUE NICK me siga, pero entra al elevador conmigo unos momentos después, cada uno ocupando esquinas opuestas mientras desciende silenciosamente hasta la planta baja.

Tasha está esperando en el vestíbulo vacío, sentada en una de las sillas de cuero blanco y cromo cerca de la entrada principal. Vestida con sus pantalones negros, blusa con escote en V y tacones, parece cualquier otra chica elegante de Manhattan que podría entrar a este edificio un viernes por la noche. Pero cuando me ve acercarme y salta de la silla, inmediatamente noto el estrés en su rostro.

Su boca está tensa, con profundas líneas alrededor de sus labios. Sus ojos marrones, normalmente brillantes, están hinchados y enrojecidos, como si hubiera estado llorando recientemente.

Tan pronto como me doy cuenta de su angustia, comienzo a trotar en pánico para alcanzarla. —¿Tasha? Cariño, ¿qué pasa?

Ella me rodea con sus brazos mientras un sollozo entrecortado escapa de su garganta. —¡No sabía qué hacer, Avery! No sabía a dónde más ir.

—Está bien —la tranquilizo, pero la siento temblar contra mí—. Estás bien. Estás a salvo. Solo dime qué está pasando.

—Joel —pronuncia su nombre como una maldición y mi sangre se enfría un poco—. Él intentó... —Levanta la cabeza, y me impacta el

verdadero miedo que veo en el rostro de mi amiga—. Dijo que si quería conservar mi trabajo, tendría que...

No termina, sus palabras interrumpidas por nuevas lágrimas.

—Ese hijo de puta. —La furia brota desde lo más profundo de mí, tan amarga como el ácido. Me aterra pensar que alguien lastime a mi amiga, especialmente alguien como Joel. La separo de mi abrazo, sosteniéndola a la distancia de mi brazo para poder ver claramente su rostro—. Tasha, ¿él... te tocó?

Ella niega con la cabeza. —No. Salí corriendo de allí antes de que tuviera la oportunidad. Solo agarré mi bolso y corrí. No sabía qué más hacer.

—¿Quién es Joel?

La voz profunda de Nick suena como una exigencia sombría a mi lado. Cuando giro la cabeza para mirarlo, me encuentro con una mirada azul tormentosa que está a un tono de volverse violenta. Ha escuchado todo lo que Tasha ha dicho, y su reacción parece tan visceral como la mía.

—Joel es el gerente de Vendange, un restaurante en Madison.

Él asiente tensamente, con desaprobación, pero permanece en silencio mientras Tasha comienza a dar los detalles de lo ocurrido.

—Estaba corrigiendo un pedido que Kimmie había jodido, y Joel se me acerca diciéndome que tengo clientes esperando para pagar. Exploté. Le dije que no estarían esperando si no fuera por su inútil novia que me crea trabajo extra. Supongo que finalmente tuve suficiente de sus estupideces prepotentes, ¿sabes? No pensé que pasaría nada, pero estaba furioso. Cuando fui al almacén un poco después, me siguió. Cerró la puerta con llave. —Traga saliva con dificultad y luego suelta un suspiro brusco—. Me dijo que si quería conservar mi trabajo, tendría que compensarlo de alguna manera, y que podía empezar allí mismo en ese momento.

—Jesucristo —murmura Nick.

Mi propia indignación también está a punto de ebullición. Nunca tuve mucha consideración por Joel y sus tácticas sucias, pero lo que

le ha hecho a Tasha esta noche es más que asqueroso. —¿Qué hay de Tony? ¿Sabe lo que pasó?

—¡No! —Sus ojos se abren con alarma—. ¿Estás bromeando? No me atreví a decirle. Conoces a mi esposo. Querrá matar a Joel solo por pensar en tocarme.

Tiene razón en eso, no tengo duda. La devoción de Tony hacia su esposa es inmutable. Si la viera así, llorosa y temblorosa, pondría a Joel en el hospital o en una bolsa para cadáveres.

Basándome en la corriente de amenaza que siento irradiando de Nick, tengo que preguntarme si está luchando con el mismo impulso.

Tasha solloza y limpia su rostro surcado por las lágrimas. —Lamento ponerte esto encima, Ave. No es tu problema. Simplemente no sabía a dónde más ir.

—Está bien —la tranquilizo—. Eres mi mejor amiga. Por supuesto que este también es mi problema.

Ella niega con la cabeza. —¿Qué voy a hacer? No puedo volver allá ahora. No lo haré. Prefiero voltear hamburguesas en una maldita cadena de comida rápida que volver y suplicar por mi trabajo con Joel.

No voy a permitir que le ocurra ninguna de esas cosas. —Absolutamente no vas a volver a trabajar para Joel —le digo con firmeza—. Resolveremos esto, cariño. Pero ahora mismo, necesito llevarte a casa. Y necesitas contarle a Tony lo que pasó.

Ella asiente débilmente. —Está bien.

—Vamos. Mi bolso está arriba. Déjame agarrarlo y podemos ir a tomar el metro.

Nos giramos para dirigirnos a los elevadores. Nick se interpone en mi camino. —Yo las llevaré adonde necesiten ir.

Considerando que dejamos el apartamento apenas hablándonos, estoy segura de que llevar a Tasha y a mí a Queens es lo último que tiene ganas de hacer. Yo tampoco estoy muy entusiasmada con la idea. Me duele solo mirarlo ahora y sentir la distancia creciendo entre nosotros. Realmente no quiero prolongar mi propia tortura

sentándome a su lado en su auto, sabiendo que solo está ayudando por obligación.

—Estaremos bien, Nick. No tienes que...

—Yo conduciré —repite, con un tono tan firme como su mirada—. Ve por tus cosas, Avery. Te esperaré aquí abajo.

~ ~ ~

Nick está hablando por teléfono cuando regresamos al vestíbulo unos minutos más tarde. Mientras estábamos arriba, Tasha arregló su rímel y yo rápidamente recogí mi cabello en una cola de caballo antes de agarrar mi bolso y bajar para encontrarnos con él.

Salimos del elevador y, por un breve segundo, me transporto a la primera noche que lo vi en este mismo vestíbulo. Su mirada aún parece atravesarme. Todavía me inquieta, me hace dolorosamente consciente de mí misma como mujer y de él como hombre.

Quiero correr hacia él ahora. Quiero sentir sus brazos rodeándome y escucharlo decirme con esa voz sensual y profunda que todo está bien entre nosotros. Necesito saberlo, aunque no merezca esas garantías. Todo lo que Nick me ha pedido es honestidad, confianza. Hoy entiende, quizás por primera vez, que soy incapaz de darle ninguna de las dos.

—No pregunté si el trato iba a ser fácil —le dice a la persona al otro lado de la línea, mirando hacia arriba mientras Tasha y yo nos acercamos—. Solo haz lo que tengas que hacer y hazlo realidad, Beck.

Su tono es cortante, definitivo. No puedo evitar sentir lástima por quien sea que esté hablando con él, ya que estoy casi segura de que la impaciencia de Nick es provocada por su irritación conmigo. Desliza su teléfono en el bolsillo de sus pantalones.

Mira a Tasha con breve preocupación, luego su mirada se desliza hacia mí, sin parpadear. Por primera vez desde que nos conocimos, no siento calor cuando Nick me mira. Siento una frialdad remota. Siento enojo, aunque es un negociador demasiado pulido para dejar ver realmente sus emociones. Pero he llegado a conocerlo

demasiado bien, demasiado íntimamente, como para que pueda ocultármelo.

—¿Listas? —pregunta, con un tono plano, todo negocios.

Tomamos el elevador hasta el garaje donde está estacionado su BMW, luego hacemos el viaje a Queens en un silencio tenso.

En la casa de Tasha, nos reciben con confusión, preocupación y la indignación prevista de su esposo al escuchar el motivo del regreso temprano de su esposa del trabajo. Nick y yo nos mantenemos al margen para dejar que Tasha explique la situación a su familia: su suegra, que sale con una canasta de ropa limpia bajo el brazo, y Tony, que está trabajando en facturas de construcción en la mesa de la cocina cuando llegamos.

Aunque Tasha se mantuvo entera durante el viaje a Queens, ahora que está segura en casa, su voz tiembla mientras relata lo ocurrido en Vendange.

—Ese hijo de puta —dice Tony furiosamente—. ¡Ese maldito hijo de puta!

—Está bien —le asegura Tasha entre lágrimas—. No me tocó. No le di la oportunidad. Simplemente salí de allí lo más rápido que pude.

Obviamente él sigue ardiendo de rabia violenta, pero con ternura toma a su esposa en sus brazos y la abraza estrechamente. No dudo que lo único que impide que el hombre corpulento se suba a su camioneta y regrese a la ciudad para patearle el trasero a Joel es su preocupación más inmediata por Tasha.

—Bien hecho. Hiciste lo correcto, nena. Olvídate de ese imbécil, ¿de acuerdo? Ya terminaste allí y se acabó. Ahora estás a salvo. —Besa la parte superior de su cabeza mientras Tasha entierra su rostro en el amplio pecho de él y se aferra a él—. En cuanto a ese cabrón de Vendange, más le vale que nunca vea su cara en ningún lado o se la voy a romper.

Tasha lo mira, sonriendo a través de sus lágrimas. —Yo también te amo, cariño.

Él baja la cabeza y la besa, un beso tan dulce como cualquiera que les haya visto compartir. Tengo que obligarme a no mirar a Nick mientras aparto la mirada de Tasha y Tony para darles su momento. Sé que si encuentro los ojos de Nick ahora, mi miseria estará claramente escrita en mi rostro.

Lo extraño como si ni siquiera estuviéramos en la misma habitación ahora. Lo extraño como si el espacio que se abrió entre nosotros más temprano esta noche se estuviera volviendo imposible de cruzar.

En el incómodo silencio que se ha instalado sobre todos nosotros, la madre de Tony aclara su garganta. —¿Por qué no les preparo un té a todos?

Sin esperar nuestras respuestas, se dirige a la estufa y se ocupa de poner una olla con agua.

Nick extiende su mano hacia Tony. —Soy Nick, por cierto.

—Ah, claro. Sí. Gusto en conocerte. —Tony asiente vigorosamente mientras los dos hombres se dan la mano—. Supuse que eras el nuevo novio de Avery cuando vi ese impresionante M6 en el que llegaste.

Inmediatamente me siento incómoda, tanto por la referencia a que Nick me pertenece de alguna manera, como porque no pensé en hacer las presentaciones. Ninguno de los hombres parece notarlo o importarle.

—¿Te puedo ofrecer una cerveza, Nick?

—¡No! —decimos Tasha y yo al unísono.

Entonces, justo así, todo el estrés y la tensión por la terrible experiencia de Tasha esta noche se disipan cuando ella y yo nos miramos y estallamos en carcajadas.

—Nada de cerveza para Nick, Tony —regaña a su esposo.

Nick mira entre nosotras y su entusiasta anfitrión. Sutilmente, niego con la cabeza en señal de advertencia, pero todo lo que recibo es una mirada inquisitiva. —En realidad, me encantaría una cerveza.

Tony agarra un par de cervezas caseras del refrigerador mientras su madre nos sirve té a Tasha y a mí. La mujer mayor no se une a

nosotros en la mesa de la cocina, sino que nos desea buenas noches a todos y se lleva la ropa a otra habitación.

Nick se sienta frente a mí. Con un murmurado agradecimiento, acepta su cerveza abierta de Tony, quien se deja caer en la silla en la cabecera de la mesa para seis, junto a su esposa.

—¿Estás bien, nena?

Ella asiente. —Mejor ahora que estoy en casa.

Nick levanta su botella para beber, pero hace una pausa cuando su teléfono suena con una llamada entrante. *Salvado por la campana*. Mira la pantalla. —¿Me disculpan? Necesito atender esto.

Sale de la cocina para hablar en privado, y estoy medio tentada de tirar su botella llena de cerveza de la mesa mientras no está, aunque solo sea para evitar que realmente la pruebe.

Tasha me da un codazo después de que Nick está fuera del alcance del oído. —¿Qué está pasando entre ustedes dos? No puedo decir si estoy sintiendo una energía sexual masiva o una guerra fría gestándose entre ustedes.

Dejo escapar un suspiro de derrota. —Un poco de ambas. Creo que estoy arruinando las cosas con él, Tasha.

—Pues ya córtala. Está realmente interesado en ti, por si no lo has notado.

—¿Tú crees? ¿Incluso ahora?

Ella pone los ojos en blanco. —¡Duh! Cada vez que mira hacia ti, puedo sentir que el aire chisporrotea de calor.

Tony tira de uno de sus rizos castaños. —Como nosotros, ¿eh, nena?

Esta vez, Tasha no le responde con una réplica sarcástica o un dramático giro de ojos. Volviéndose hacia su esposo, acaricia tiernamente su mejilla. —Sí, bebé. Justo como nosotros.

Nick vuelve a entrar en la habitación mientras comparten un dulce beso. —Disculpen por eso. —Desliza el teléfono en su bolsillo —. Un asunto de negocios que necesitaba atender.

Tony le sonríe. —¿Compraste otro hotel en Londres o Dubái o algo así?

—¡Tony! —Tasha golpea su bíceps—. Eso no es asunto tuyo.

—Está bien —dice Nick—. Nada parecido esta vez. Algo más local.

Lo miro, captando su respuesta evasiva. Y lo conozco demasiado bien como para no notar el leve destello de diversión en sus ojos.

Se aclara la garganta mientras vuelve a sentarse en la mesa. —Entonces, ¿te gustaba trabajar en Vendange, Tasha?

—Sí. —Ella lo mira y se encoge de hombros—. Quiero decir, no estaba haciendo ciencia espacial ni nada, pero era bastante agradable. El lugar siempre está ocupado, y me gusta hacer cosas diferentes allí: atender el bar y ocuparme del inventario, capacitar a otros empleados en la computadora y los menús. Así que, sí. Me gustaba.

Nick la contempla. —Parece que sabes lo que haces.

Tony sonríe, atrayendo a Tasha afectuosamente bajo su brazo. —¿Me estás tomando el pelo? Mi chica aquí es inteligentísima, Nick. Conoce ese restaurante de arriba a abajo. Ella podría dirigir el maldito lugar. Prácticamente ya lo hace. ¿No es así, Avery?

Asiento, sintiendo el peso de la mirada de Nick deslizándose hacia mí ahora. —Tasha es increíble. Es dedicada, trabajadora. Puede hacer cualquier cosa que se proponga. Los clientes también la adoran.

—Bueno, escuchen, chicos —dice ella—. Aprecio esta fiesta de amor y todo, pero nada de esto importa porque nunca voy a volver a Vendange. No si tengo que acercarme a cien metros de Joel.

Tony gruñe. —Claro que no. Nos las arreglaremos por un tiempo hasta que encuentres otra cosa, nena. No quiero que te preocupes por eso, ¿de acuerdo?

—¿Y si Joel no estuviera allí?

Los tres miramos a Nick, confundidos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Tasha—. ¿Como si presento cargos o algo así? ¿Hago que lo arresten y que lo despidan?

—Depende de ti si quieres presentar cargos. —El tono de Nick es uniforme, pero hay algo críptico en su expresión—. Si él desapareciera de Vendange para siempre, ¿querrías trabajar allí?

—Sí. Por supuesto.

—¿Cómo te gustaría administrarlo?

Me quedo boquiabierta, frunciendo el ceño. —Nick, ¿qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que a partir de mañana por la mañana, Vendange está bajo nueva administración. La mía.

—¿Qué? —No puedo creer lo que estoy escuchando—. Pero... ¿cómo? ¿Y cuándo sucedió esto?

—Hablé con mi abogado al respecto antes de salir de Manhattan.

Por supuesto. La conversación cortante sobre un trato que Nick quería manejar. ¿Esto era de lo que se trataba?

Él mira a Tasha. —Si estás interesada, mi abogado, Andrew Beckham, se reunirá contigo en el restaurante mañana por la mañana a las siete para revisar algunos documentos.

—¿Qué hay de Joel? —pregunto.

—Beck ya le ha informado que el restaurante tiene un nuevo dueño y que sus servicios ya no son necesarios. Joel fue escoltado fuera de las instalaciones hace unos minutos.

—¿Esa fue la llamada que acabas de recibir? —Estoy incrédula, y no poco impresionada—. ¿Acabas de hacer que todo esto suceda en cuestión de un par de horas?

Nick asiente como si comprar negocios por capricho y hacer una limpieza de sus activos tóxicos fuera algo que hace todos los días. Lo cual, sí, por supuesto, probablemente lo es.

Tasha parece aún más asombrada que yo. —No puedo creer que hayas hecho esto. No puedo creer que me estés ofreciendo esta oportunidad. ¿En serio me estás ofreciendo el trabajo?

—Muy en serio. Vendange es un negocio próspero por lo que he entendido esta noche. Creo que, con una mejor gestión, podría ser una inversión muy lucrativa. Para todos los involucrados. —Le extiende la mano—. Entonces, ¿qué dices? ¿Estás dentro?

Ella le sonríe, asintiendo con entusiasmo mientras se dan la mano a través de la mesa. —Estoy dentro.

Tony inclina su botella hacia Nick. —Bueno, diablos. Brindaré por eso.

37

—NO PUEDO CREER QUE hayas bebido la cerveza casera de Tony —me atrevo a mirar a Nick desde el asiento del copiloto de su auto, buscando alguna manera de romper el hielo entre nosotros. Apenas hace diez minutos que salimos de la casa de Tasha, pero se siente como días porque Nick apenas me ha dirigido la palabra—. Un sorbo de esa horrible cerveza casera fue suficiente para mí el día que la probé, pero tú te tomaste toda la botella.

Se encoge de hombros, lanzándome una breve mirada.

—No eres fan del lúpulo remojado en calcetines viejos de gimnasio, ¿verdad?

Una carcajada escapa de mi boca.

—¿Cierto? Dios, era terrible. Realmente no tenías que bebértela, ¿sabes?

—No, pero si no lo hubiera hecho, habría insultado a mi anfitrión —otro encogimiento de hombros, pero este viene acompañado de una de sus sonrisas torcidas y juveniles que me derrite por dentro—. Sobreviviré. Para que conste, me han ofrecido cosas peores en nombre de la hospitalidad.

—¿En serio? No puedo imaginarlo.

Gruñe en señal de reconocimiento.

—¿Sabías que en Japón hay una cerveza hecha con leche?

Repugnada, arrugo la nariz.

—No, no sabía eso.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Hazte un favor y mantente lejos de ella.

Mi boca se curva con ironía.

—Seguro lo haré.

Me relajo en mi asiento mientras Nick maniobra el BMW hacia el carril rápido y acelera adelantando a los otros autos. Estoy alimentando un pequeño destello de alivio mientras lo veo conducir. Tal vez podamos terminar la noche con un ambiente más ligero del que comenzó. Eso espero. Estoy rezando por tener todavía una oportunidad de construir un puente sobre el abismo que cavé entre nosotros en el apartamento. La amabilidad que mostró con mis amigos esta noche parece un comienzo prometedor.

—Gracias por estar aquí conmigo, Nick. Y por lo que estás haciendo por Tasha también. Quiero decir, ¿comprar Vendange? ¿Deshacerte de Joel? Es algo increíblemente generoso de tu parte. Eres un buen hombre.

—No, Avery. No soy un buen hombre —está callado por un momento, luego me mira de reojo, su expresión indescifrable en la tenue luz del tablero—. Lo que soy es un buen hombre de negocios. El restaurante es una inversión sólida. Si Tasha es tan competente como tú y Tony creen, entonces contratarla para administrar el lugar solo parece sensato.

Asiento, pero por dentro estoy desanimada.

—Bueno, tomaste una buena decisión en lo que respecta a ella. Tasha no te defraudará.

A diferencia de mí, no puedo evitar pensar, mientras el silencio entre nosotros se extiende largamente otra vez.

Miro por la ventana del auto, sin ver nada del tráfico que pasa rápidamente o el resplandor de la ciudad que nos rodea. Veo cielos azules soleados y kilómetros de agua cristalina. Veo a Nick sonriéndome en la cubierta del *Icarus*, mirándome con el mismo tipo de hambre insaciable que yo tengo por él.

Veo el largo collar de perlas cremosas enroscado alrededor de mis muñecas mientras él me muestra placeres que nunca me atreví a soñar que podría desear.

Confianza, me dijo mientras me presentaba su extravagante regalo.

Honestidad.

La única forma en que se romperán es si te alejas de mí...

Las palabras de Nick todavía están resonando en mi mente después de completar el resto del trayecto hacia Manhattan. Subimos juntos en el ascensor, no al ático, sino al quinto piso. Él sale conmigo y me acompaña hasta el apartamento, quedándose detrás de mí mientras meto torpemente la llave en la cerradura. Mis manos no están cooperando, probablemente debido a la niebla de lágrimas que amenaza con llenar mis ojos.

Me estremezco cuando la gran mano de Nick se cierra sobre mis dedos, cálida y fuerte.

—Aquí. Yo me encargo.

Extendiendo su brazo alrededor de mí, abre la puerta, pero ninguno de los dos hace el intento de entrar.

—Nick —murmuro, sin saber con certeza qué quiero decirle. Hay tanto que quiero que sepa ahora mismo, pero las palabras se atascan en mi garganta que se estrecha.

Lo siento.

Tengo miedo.

Estoy enferma con la idea de que podríamos haber terminado. Si no aquí y ahora, entonces muy pronto. Cuando Claire regrese a casa y tenga que decirle a Nick que estoy sin hogar, sin trabajo... una mentirosa que lo ha estado engañando todo este tiempo, fingiendo que pertenecía a su mundo.

Y estoy dañada. No solo por el abuso de mi padrastro, sino por las violentas secuelas de esa horrible y explosiva noche hace nueve años. Las consecuencias de esas últimas horas que él estuvo vivo me acompañarán para siempre, incluso si mi madre finalmente

obtiene su libertad algún día. Mi vergüenza y mi secreto son cicatrices que nunca perderé.

Nick necesita saber que soy una cobarde. Esta es la confesión que realmente necesito hacerle. Es la única que podría hacerle entender.

—Nick —digo otra vez, mi voz un susurro desgastado mientras me doy vuelta para enfrentarlo en el umbral. Sus ojos arden en mí, sin parpadear, expectantes. Es una lucha mantener su mirada, pero me obligo a no desviar la vista—. Nick... he estado prácticamente sola desde que tenía dieciséis años. No es fácil para mí confiar. No es... no es fácil para mí dejar entrar a alguien.

—¿Qué pasó cuando tenías dieciséis años? —sus ojos me retienen, tiernos y exigentes a la vez—. Dímelo.

Trago saliva, deseando poder mirar hacia otro lado, pero su mirada no me suelta.

—¿Por qué estabas sola siendo tan joven?

Observo un tendón pulsando en su mandíbula mientras habla. Lo he visto atormentado antes, y está ahí en sus ojos de nuevo. Sombras que escudan cualquier tormento que haya sido obligado a soportar. Secretos oscuros y privados que guarda bien, tal vez tan bien como yo guardo los míos.

—Me estás pidiendo que te cuente algo que nunca le he contado a nadie antes, Nick —sacudo la cabeza, sintiendo que volvemos a donde empezamos esta noche—. Me estás pidiendo que te cuente algo que no se puede retractar.

Un ceño fruncido arruga su frente y ese tendón que pulsaba antes ahora comienza a latir bajo el fuerte apretón de su mandíbula.

—No estoy aquí para lastimarte. Te mantendré a salvo, Avery.

Pero no puede. Nadie puede. Mi madre hizo todo lo posible para mantenerme a salvo, y le costó muy caro. No puedo arrastrar a Nick a mi pasado. Al principio, no podía permitirlo porque no lo conocía, no confiaba en él. Ahora, no puedo dejarlo entrar porque me importa demasiado.

Me estoy enamorando de él, y me está pidiendo que le cuente lo único que podría hacer añicos todo esto.

Me aparto de su mirada penetrante. Es demasiado doloroso ver el desagrado, el frío retiro emocional, asentarse en su apuesto rostro.

—Tengo asuntos de negocios que atender por la mañana —anuncia con brusquedad—. Si quieres continuar esta conversación, envíame un mensaje o llámame para hacérmelo saber. Quiero darte tiempo, Avery, pero no soy un hombre paciente.

Asiento, pero por dentro, mi corazón se retuerce dolorosamente. Cuando hablo, mi voz suena ahogada y pequeña.

—No quiero que esto sea un adiós, Nick.

—Entonces no dejes que lo sea. Te estoy dando la opción.

Entiendo cuánto le está costando esta oferta. Dominic Baine no es un hombre que entregue el control a nadie. Sin embargo, me lo está entregando. Quiero aceptarlo como el regalo que sé que es, pero mi miedo me mantiene en silencio.

En lugar de eso, levanto la mano con timidez para acariciar su mejilla. Él me deja tocarlo, una pequeña concesión a la que me aferro como a un salvavidas. Está decepcionado conmigo, incluso enojado. Pero nuestra conexión física no está rota. Todavía no, al menos. No a menos que yo esté dispuesta a desecharla.

Es lo último que quiero hacer. Pero me está pidiendo lo único que no puedo darle. Ni ahora. Ni nunca.

Se queda completamente inmóvil, su expresión cautelosa, educada a una calma peligrosa mientras trazo mis dedos sobre la sombra oscura de su mandíbula. Luego se retira, fuera de mi alcance, y coloca la llave del apartamento en mi mano.

—Buenas noches, Avery.

38

DESPUÉS DE UNA NOCHE inquieta con poco sueño y media mañana deambulando por el apartamento como un barco a la deriva, me siento aliviada al recibir un mensaje de Tasha invitándome a pasar por Vendange antes del inicio del horario de almuerzo.

Ver a mi amiga es justo la medicina que necesito hoy. Dios sabe que necesito algún tipo de distracción de mis pensamientos y de mi propia y miserable compañía.

Estaré allí en veinte minutos.

¡Genial! responde ella. *¿Además? ¡Adoro totalmente a tu novio! ¡No le digas que dije eso!*

Al cerrar la conversación, mi sonrisa es automática, aunque duele. La emoción y gratitud de Tasha hacia Nick me dan una nueva punzada de arrepentimiento por lo mal que dejé las cosas con él anoche. No sé cómo voy a arreglar el desastre que he creado. Ni siquiera estoy segura de que pueda.

Si él puede perdonar que le haya mentido sobre mi trabajo y situación de vivienda todo este tiempo, dudo que esté dispuesto a pasar por alto el resto de mis secretos. No cuando puede tener a cualquier mujer que desee. Mujeres que no vienen con mi equipaje y las complicaciones que traerían a nuestras vidas.

Él no necesita esa carga. Y no puedo pedirle que la lleve por mí.

Hace nueve años, metí a un monstruo en una caja. Lo encerré bien y tiré la llave, y no puedo abrirla nunca más. Ni siquiera por Nick. Dios, especialmente no por él.

Nunca volvería a mirarme de la misma manera.

Nadie lo haría.

Empujando los fantasmas de mi pasado de vuelta a donde pertenecen, me ducho rápidamente, luego recojo mi cabello húmedo en una cola de caballo y me aplico un poco de rímel y brillo labial.

Hace tanto calor y sol afuera que mi impulso es ponerme uno de los vestidos de verano que Nick me compró en Miami. Pero hoy no se siente correcto tocar ninguno de los regalos que me ha dado. No me pertenecen. Ya no, si es que alguna vez me pertenecieron realmente. Y usar cualquiera de ellos ahora solo empeoraría el dolor dentro de mí.

En cambio, me pongo un par de jeans y zapatos bajos y completo el atuendo con una blusa holgada de lino. Agarro mi bolso y celular, después tomo el metro hacia Midtown.

Tasha está en una de las mesas del piso principal repasando horarios con un par de empleados cuando entro. Me saluda con la mano, luego dice algo al personal antes de que todos se levanten y vuelvan al trabajo.

—¡Hola, chica! —Se apresura y me atrae hacia un fuerte abrazo —. Estoy tan feliz de verte.

Le devuelvo la sonrisa, sintiéndome genuinamente contenta por ella.

—¿Cómo va todo?

—Increíble —Sus ojos marrones brillan con entusiasmo y energía —. Nick hizo que su abogado llamara a todos temprano esta mañana para contarles sobre los cambios. Todos están siendo geniales con el hecho de que ahora yo sea la gerente. No creo que a nadie le moleste ver a Joel fuera.

Asiento, notando el ambiente ocupado, pero menos agitado del lugar hoy. Y no puedo evitar notar que el código de vestimenta ya ha mejorado también. Ya no hay más blusas escotadas ni tacones

altos en ninguna de las meseras. Como Tasha, las otras mujeres están vestidas con pantalones y blusas negras, pero con considerablemente menos escote a la vista.

Mientras hablamos, Kimmie sale del área de la cocina llevando una caja de vasos de bar, todavía humeantes del lavavajillas. Su cabello rubio está lacio y le cae sobre la cara mientras transporta los pesados vasos hacia la barra y comienza a acomodarlos para el uso del día.

Tasha capta mi mirada divertida y se encoge de hombros.

—La degradé a asistente de cocina. Quizás sea la única que tenga problemas para adaptarse al nuevo orden mundial por aquí.

Sacudo la cabeza, incapaz de contener mi sonrisa.

—Eres mala.

—Oye, solo quiero que el trabajo se haga bien. Y seré justa al respecto. Le dije a Kimmie que si trabaja duro y hace un buen trabajo, consideraré volver a ponerla en el salón en algún momento.

Me río, sintiéndome abrumada de alegría por mi amiga. No tengo duda de que hará de Vendange un éxito aún mayor.

—Me alegra que todo haya funcionado para ti, Tasha. Te mereces esto.

—No sé si eso es cierto, pero voy a esforzarme al máximo para hacerte sentir orgullosa —sonríe—. ¿No podría convencerte de volver a Vendange, ahora que Joel se ha ido?

—Ah, probablemente no sea buena idea —No le digo que el nuevo propietario probablemente no me aprobaría para contratarme de todos modos, especialmente porque Nick y yo no estamos en términos de hablarnos—. Agradezco el pensamiento, pero estoy segura de que te irá bien sin mí.

—¿Sabes qué es realmente increíble? Podré contratar a un gerente nocturno en un par de meses después de que las cosas se estabilicen. No solo tengo esta gran oportunidad con mejor paga, sino que también podré pasar más tiempo en casa con Zoe —Está radiante, prácticamente resplandeciente de felicidad—. Te debo todo

esto a ti, Avery. Bueno, y a Nick, por supuesto. Hablando de nuestro multimillonario favorito, ¿dónde está hoy?

—No lo sé —Intento no sonar tan abatida como me siento, pero no puedo escapar de la mirada fija y entrecerrada de Tasha—. Anoche cuando me dejó, dijo que tenía que resolver unos asuntos esta mañana. No lo he visto. No estoy segura de que estemos hablando en este momento.

—Oh, Ave —Su frente se arruga con un gesto de preocupación—. ¿Qué pasó? ¿Quieres hablar de ello?

Quiero hacerlo, pero en ese mismo momento, veo a un hombre negro muy atractivo con camisa blanca, corbata y pantalones gris claro salir de la antigua oficina de Joel con una tableta en mano. Pómulos altos y cabello y barba bien recortados resaltan unos ojos claros y una boca sensual. Aunque mi corazón y todo lo demás le pertenecen a Nick, es difícil no mirarlo.

Tasha mira hacia atrás, siguiendo mi mirada paralizada.

—Ese es Andrew Beckham.

—¿El abogado de Nick?

—Sí.

—Oh.

Ella mueve las cejas hacia mí.

—Sí. *Oh* es la palabra correcta. ¿No lo conoces? Ven, déjame presentarlos.

Empiezo a protestar, pero ya es tarde. El joven abogado se acerca a nosotras, con la boca curvada en una sonrisa educada.

—Señor Beckham, esta es mi amiga, Avery Ross.

Su barbilla se levanta ligeramente en reconocimiento mientras me extiende la mano.

—Señorita Ross. Encantado de conocerla. Y por favor, las dos, llámenme Andrew. O Beck. Cuando escucho *Señor Beckham* me pongo un poco nervioso, como si esperara ver a mi padre en la habitación conmigo.

Sonrío y estrecho su mano, sintiéndome incómoda y relajada al mismo tiempo. Es obvio que Nick ya me ha mencionado en algún

momento. Para bien o para mal, en este momento no lo sé. Por suerte, Beck es demasiado profesional para señalarlo.

Los tres conversamos durante unos minutos sobre el restaurante y cosas triviales, luego el teléfono de Beck suena y se disculpa para atender la llamada. No tengo que adivinar si es Nick con quien está hablando. Andrew Beckham puede ser un abogado excepcional, pero no es rival para mi intuición.

Solo saber que Nick está al otro lado de la línea ahora pone un nudo de miseria en mi pecho.

—Debería irme —murmuro.

—¿Tan pronto? —Tasha parece desconsolada—. Acabas de llegar.

Me encojo de hombros débilmente.

—Tengo que hacer algunos mandados. Y tú necesitas volver al trabajo, jefa.

Me mira por un largo momento, luego me atrae hacia un abrazo rápido.

—No te creo, pero te voy a dejar ir por ahora. Llámame más tarde. Pero primero, ve y dile a ese hombre que lo amas y que sea lo que sea que esté mal, quieres arreglarlo.

—Tasha, no entiendes...

—¿Qué no entiendo? ¿Que estás cayendo completamente enamorada y estás miserable sin él, o que eres demasiado cobarde para admitirlo?

La miro con enojo, pero, maldición, tiene razón. En todo.

—Mira —dice—. Hemos sido amigas por un tiempo. Sé que no es fácil para ti recibir consejos, pero te lo voy a decir de todos modos. No dejes que este se te escape. No lo digo porque sea increíblemente rico y esté buenísimo además. Lo digo porque anoche vi cómo se miran el uno al otro.

—Tasha...

—Él te necesita, Avery. Tal vez no te diga las palabras tampoco, pero están justo ahí en sus ojos. Y tú también lo necesitas a él.

Aprieto los labios mientras termina.

—¿Puedo hablar ahora?

Ella hace un gesto para que continúe.

—Eres la mejor amiga que he tenido jamás, ¿sabes? Gracias por preocuparte por mí. No solo ahora, sino desde que entré a este lugar buscando trabajo y te aseguraste de que me entrevistaran antes que a cualquier otra persona —La atraigo hacia un abrazo—. Te quiero.

—Yo también te quiero, chica —Se aparta, sosteniendo mis brazos y dándome una mirada maternal severa—. Ahora ve y dile cómo te sientes.

Uno de los otros empleados la llama desde detrás de la barra, y aprovecho la oportunidad para dirigirme hacia la puerta.

—Llámame después —dice—. Lo digo en serio. Trabajo hasta las once esta noche. Quiero saber de ti antes de que me vaya a casa.

Asiento mientras salgo a la avenida Madison. Mientras me dirijo hacia Grand Central bajo un cielo azul sin nubes, parece como si hubieran pasado años desde la última vez que hice este recorrido, no un puñado de semanas.

Han pasado casi tres meses y medio desde que vi por primera vez a Dominic Baine en ese ascensor del vestíbulo.

Es extraño lo diferente que me parece todo ahora.

Solía sentir como si esta ciudad y yo estuviéramos en constante conflicto. Solía pensar que Nueva York me percibía como una intrusa en su dominio y quería que me fuera, que cada obstáculo que encontré desde que me mudé aquí había sido puesto en mi camino por alguna fuerza cósmica conspirando para derrotarme a cada paso.

Pero no es la ciudad ni nada más lo que bloquea mi camino.

Soy yo.

Tasha tiene razón. ¿Y no es eso lo que Nick ha estado tratando de decirme también?

¿No es eso lo que me ha estado enseñando cada vez que me toca... cada vez que me muestra lo que realmente anhelo pero tengo demasiado miedo de admitir, y mucho menos de pedir?

Anoche, él sabía lo mucho que yo quería dejarlo entrar. Me prometió que podía confiar en él. Me está dando la oportunidad de alcanzar lo que más quiero: a él.

A nosotros.

Mi respiración sale de mí entrecortadamente. Mis pies se detienen en medio de la concurrida acera.

—No puedo hacer esto. No puedo alejarlo. No puedo irme.

Apenas siento los golpes y empujones de los otros peatones que pasan a mi lado mientras busco en mi bolso mi teléfono celular. Al sacarlo, veo que la luz parpadea con un nuevo mensaje de voz.

¿Quizás Nick se enteró de que estaba en Vendange e intentó llamarme?

Toco el ícono, con el corazón latiendo en mi pecho.

Se escucha la voz grabada de un hombre, pero no es Nick.

—Señorita Ross, soy Walter Stadler.

¿Qué querría el defensor público de mi madre conmigo? A menos que se trate de la revisión de la junta de libertad condicional de mi madre. Dios, no. Me preparo para escuchar que ha habido otro retraso u otro obstáculo arrojado a los engranajes ya lentos de la justicia.

Pero no se trata de la libertad condicional de mi madre.

Es algo mucho peor.

—Me temo que hubo un incidente en la prisión hoy. Su madre ha resultado herida. Está en la enfermería, a punto de entrar a cirugía. Por favor llámeme lo antes posible.

39

ME DESPIERTO SOBRESALTADA POR lo que debe ser la quinta vez, el pitido de los monitores médicos penetrando mi ligero sueño. Al principio, pienso que estoy soñando. Rezo por que así sea—incluso mientras abro mis ojos secos y veo las paredes verdes de la enfermería de la Prisión Estatal de Muncy.

Pero no es un mal sueño. Después de una peligrosa caída por una escalera durante su turno de trabajo matutino en la lavandería de la prisión, mi madre está ahora apenas a una hora de haber salido de cirugía por múltiples fracturas óseas y un pulmón perforado. Estoy sentada en una dura silla de plástico, con los brazos doblados bajo mi cabeza como almohada en la barandilla lateral bajada de su cama de hospital mientras ella descansa con un tubo de oxígeno y sedada médicamente. Trato de no fijarme en las esposas que encadenan su brazo izquierdo—su única extremidad sin fracturas—a la cama. La prisionera que se recupera de una cirugía al otro lado de la habitación también está sujeta a su cama.

La puerta de la habitación está abierta. Mientras levanto la cabeza y parpadeo para alejar mi agotamiento, el defensor público entra silenciosamente.

—¿Hay alguna noticia del médico? —pregunto, incorporándome para hablar con él.

Stadler asiente. —Acabo de reunirme con él ahora. La cirugía y un par de clavos de titanio solucionaron la fractura del fémur, que era la peor de las roturas. Las otras deberían sanar con el tiempo. Comenzarán un programa de terapia física tan pronto como su pulmón se haya recuperado.

Una lágrima rueda por mi cara mientras la miro en la cama. Me limpio la mejilla, odiando que esté aquí, sabiendo que no se merece esto. Nada de esto.

—¿Qué significa esto para la revisión de la junta de libertad condicional?

Stadler se pasa una mano por su cabeza calva. —El médico quiere mantenerla en observación hasta que su pulmón esté curado, lo que dijo podría tomar hasta una semana.

—La reunión de libertad condicional es en unos días —le recuerdo —. Ella cuenta con eso. Estará devastada si esa cita no sucede.

—Sé que se va a decepcionar. A todos nos gustaría verla defender su caso ante la junta, Avery. Y lo hará. Concentrémonos primero en que tu madre se fortalezca y se recupere. Podemos volver a solicitar la revisión con la junta de libertad condicional una vez que Brenda esté lista.

Quiero gritarle que está lista ahora. Mi madre se desplazaría a la reunión en esta cama de hospital si se le diera la oportunidad. Demonios, yo también la llevaría rodando hasta allí—suponiendo que me permitiera acercarme al sistema judicial para intentar ayudarla a ganar su libertad.

Probablemente tampoco estará feliz de saber que estoy aquí ahora.

Ha sido protectora conmigo toda mi vida, pero aún más después de que se diera cuenta de lo que su segundo esposo me había hecho. Ha sacrificado todo para mantenerme a salvo, para protegerme de cualquier dolor. Me rompe el corazón que haya tan poco que pueda hacer por ella ahora.

Stadler mira su reloj y aclara la garganta incómodamente. —Desafortunadamente, el tiempo de visita termina en unos diez

minutos, Avery. Tengo que irme, pero si necesitas que te lleve a algún lado—

—No, gracias. Vine manejando desde la ciudad. Mi auto de alquiler está en el estacionamiento de visitantes.

—Bueno, tienes mi número si hay algo de lo que quieras hablar. Tengo otra reunión con un cliente al otro lado de la ciudad, así que realmente debería irme.

Me pongo de pie y estrecho su mano extendida. —Gracias por avisarme sobre esto.

—Te mantendré informada —me dice mientras se dirige a la puerta—. Tu mamá es una mujer fuerte. Y te ama más que a nada.

Asiento, sabiendo que es cierto. Y yo también la amo más que a nada. Hubo un tiempo en que habría dicho que la amo más que a cualquier otra persona en mi vida... pero eso fue antes de conocer a Nick.

Solo pensar en él pone un frío dolor de anhelo en mi pecho. Y arrepentimiento.

No he hablado con él desde que nos separamos anoche. Después de la llamada de Stadler esta mañana, mi principal preocupación había sido mi mamá. Dejé Vendange y corrí a la agencia de alquiler de autos más cercana, luego manejé más de tres horas hasta Pensilvania.

No he hablado con nadie desde que llegué a Muncy. La política de la prisión prohíbe a los visitantes ingresar con todo tipo de cosas al visitar a un recluso, así que durante las últimas horas, mi bolso y teléfono celular han estado asegurados en el mostrador de registro.

Sé que necesito llamar a Nick y decirle dónde estoy. Necesito contarle lo que pasó.

Necesito pedirle que me perdone por todas las cosas que le he ocultado, temiendo que no me quisiera una vez que conociera mis verdades.

Ahora estoy aterrorizada de haberlo perdido por todo lo que no he dicho.

Especialmente que lo amo.

Solo puedo rezar para que todavía esté dispuesto a escuchar.

Uno de los guardias de la prisión pasa por la habitación para informarme que es hora de que me vaya. A regañadientes, beso la frente de mi madre y salgo, recogiendo mis pertenencias en el mostrador. La luz de mi teléfono está parpadeando con varias llamadas perdidas. El número de Nick, veo mientras desplazo rápidamente el registro. No dejó ningún mensaje. Y su último intento de llamarme fue hace varias horas.

Se ha dado por vencido conmigo. Por supuesto que lo ha hecho. Prácticamente me he asegurado de que lo hiciera, ¿no?

Me froto el esternón mientras el dolor que se instaló allí antes ahora se siente como un abismo helado.

Está lloviendo cuando salgo del edificio de la enfermería. Apenas noto las gotas frías y húmedas mientras camino hacia el estacionamiento de visitantes. Mi auto de alquiler está cerca de la parte trasera y camino hacia él sintiéndome a la deriva, sin saber adónde voy o dónde pertenezco ahora.

Al llegar al compacto auto blanco, mi mirada se engancha en el vehículo estacionado en el espacio junto a él. El elegante BMW negro tiene el motor en marcha, un fino vapor gris exhalando en la llovizna.

Mis pies dejan de moverse. Al mismo tiempo, Nick sale del lado del conductor.

Al principio, no puedo encontrar mi voz. Dividida entre la euforia y el temor, solo puedo mirar a este hermoso hombre que lo significa todo para mí, sorprendida de verlo. Horrorizada de que haya venido aquí, al lugar que nunca quise que viera.

—Tenía que saber si estabas bien —dice—. Cuando no contestabas mis llamadas, hice rastrear tu GPS. Y me trajo aquí. —No puedo leer su expresión. Parado conmigo bajo la lluvia, se ve tan inseguro y cauteloso como sé que debo parecer para él.

—Nick. —El impulso de correr hacia él—de enterrarme en sus brazos—es casi abrumador. Pero no sé si me rechazará. No lo culparía si lo hiciera. Me quedo paralizada, sin saber qué decirle

ahora que está parado frente a mí—. Quería llamarte. Lo habría hecho. Planeaba hacerlo...

Parece que no está interesado en mis excusas ahora. Señala la prisión de mujeres detrás de mí. —Así que, supongo que aquí es donde ha estado tu madre desde que tenías dieciséis años.

No es una pregunta que necesite que le confirme, pero asiento. —Nick, no quiero hacer esto aquí—

—No teníamos que hacerlo, Avery. Podrías habérmelo dicho mucho antes de que llegáramos a esto.

Tiene razón, y ni siquiera intentaré discutir. Comienzo a temblar, aunque no es la lluvia lo que me hace sentir tan miserable.

—Entra y sal del frío —dice Nick, su tono nivelado, desprovisto de emoción—. Hablaremos en el auto.

Rígidamente, abro el lado del pasajero y subo. Él se desliza en el asiento del conductor, el suave golpe de su puerta me hace estremecer. Durante un largo rato, solo hay silencio en el auto.

Finalmente, las palabras comienzan a salir de mí. Y una vez que empiezan, no puedo detenerlas.

—Mi papá, Daniel Ross, murió cuando yo era muy pequeña. Era un buen hombre, y éramos felices—yo, mi mamá y él. Cuando tenía siete años, sufrió un ataque cardíaco masivo. Se fue, así sin más. Y todo cambió. Mi mamá eventualmente conoció a alguien más—un hombre llamado Martin Coyle. Trabajaba en una escuela del pueblo vecino. Parecía agradable. Era agradable, pero luego se casó con mi mamá y las cosas comenzaron a cambiar. A veces le decía cosas malas—entonces, una vez, la golpeó. Prometió que nunca lo haría de nuevo, pero esa promesa no duró. Ninguna de sus promesas o disculpas valía un centavo. Y luego, después de que comencé a crecer, empezó a mirarme de maneras que me hacían sentir incómoda. Comenzó a tocarme cuando mi mamá no estaba allí. Aprendí a evitarlo, a salir de la casa si sabía que estaba solo en casa. Finalmente, cuando tenía dieciséis años, hizo más que tocarme. Y, esa vez, no pude detenerlo.

Los recuerdos de ese día caen sobre mí mientras hablo. Toda mi vida, los he apartado, los he desterrado a un rincón oscuro de mi mente aunque solo fuera para sobrevivir. Para no dejar que me posean. Pero, ahora, los dejo entrar. La represa se está rompiendo y necesito que Nick entienda.

—No pude escapar ese día. Él... me violó.

Nick me mira fijamente. —Y entonces tu madre lo mató.

—Sí. Le disparó. —Trago el arrepentimiento—y la culpa—que se aloja en mi garganta—. Ella lo mató para protegerme.

Aunque es mi horror personal, Nick parece consternado por lo que ha escuchado. —No lo sabía, Avery. Lo siento. —Lentamente sacude la cabeza, y cuando habla, su voz es más suave de lo que jamás la he escuchado—. Te dije que podías confiar en mí. Te dije que la única manera en que esto funcionaría—la única forma en que *nosotros* podríamos funcionar—era sin barreras ni inhibiciones. Pero si hubiera sabido sobre esto—

—Es cierto —digo suavemente—. Si hubieras sabido sobre esto, me habrías mirado diferente. Habrías sido diferente conmigo. O peor, te habrías mantenido alejado.

No lo niega, y extrañamente, eso me da fuerza.

—Hay más cosas que no te he dicho, Nick. Te he estado mintiendo sobre muchas cosas estos últimos tres meses y medio.

Le cuento cómo Claire Prentice no es en absoluto una amiga mía, que me contrató para cuidar su casa. Le cuento cómo mi trabajo de "relaciones públicas" era en realidad trabajar como bartender con Tasha en Vendange, y cómo estaba a dos semanas de quedar sin hogar porque habían vendido mi apartamento y no podía permitirme mudarme a otro lugar.

Él escucha, estoico, silencioso. Sin darme ninguna indicación de si me perdona o me desprecia.

—Nick, por favor di algo.

Parpadea, luego desvía la mirada lejos de mí, mirando el parabrisas surcado por la lluvia. —¿Algo de lo que me has dicho en los últimos cien días ha sido verdad?

—Sí. —La palabra se quiebra en mi garganta, espesa de emoción. Estoy desesperada por hacer que me entienda, por hacer que me crea ahora—. Todo lo que he dicho sobre nosotros, sobre la forma en que me haces sentir... sobre lo que siento por ti... Nick, todo ha sido verdad. Cada palabra. Excepto que no te lo conté todo.

Su mirada se fija en mí, dura de sospecha. Me retuerce el corazón ver el borde de crudeza en sus ojos cuando me mira ahora.

Me humedezco los labios. —Debería haberte dicho algo más antes. Nick, me estoy enamorando de ti.

Lo he tomado completamente por sorpresa. Veo el revelador destello de sorpresa en su expresión. Pero luego desaparece, reemplazado por algo acerado, algo más fuerte que la negación.

Sonrío nerviosamente. —¿Es esta la parte donde me dejas ir porque he sido lo suficientemente tonta como para acercarme demasiado a ti?

—¿Es eso lo que piensas que haré?

—No lo sé. Las otras mujeres—

—Nunca te compares con otras mujeres. —Su respuesta es cortante, firme—. Nunca te he comparado con nadie. Esto es sobre nosotros. No hay espacio para nadie más.

Asiento con la cabeza, tragando con dificultad. —Entonces, ¿adónde vamos desde aquí? Dime qué puedo hacer para arreglar las cosas entre nosotros de nuevo.

Lo veo contemplar, un tendón pulsando en el costado de su mejilla. Cuando me mira, su mirada azul es firme, inflexible. —Cien noches.

—¿Qué?

—Cien noches en mi cama. —Se inclina hacia mí, esos ojos cautivadores se niegan a dejarme ir—. Has tenido cien días en tus términos, señorita Ross, ahora quiero lo mismo en los míos.

Mi respiración se entrecorta, y aunque una parte de mí teme el tipo de control que está a punto de exigir, hay otra parte de mí que no puede pensar en nada que desee más. —¿Cuáles son sus términos, señor Baine?

—Durante las próximas cien noches, te quiero abierta para mí—donde yo quiera, lo que te pida. Sin límites, sin barreras, sin ocultarme ninguna parte de ti. Y, Avery, exigiré más de ti de lo que jamás he hecho.

—¿Eso es todo? —Sacudo la cabeza, la esperanza y la euforia atravesándome como latigazos de fuego—. ¿Eso es todo lo que me exigirás?

Se inclina hacia adelante y toma mi cara entre sus fuertes manos. —Es un buen comienzo.

—Sí —acepto, mientras me atrae a un beso sensual—. Es un buen comienzo.

~ ~ ~

Nick se encarga de que recojan mi auto de alquiler del estacionamiento de la prisión y decidimos quedarnos a pasar la noche en Pensilvania en lugar de hacer el largo viaje de regreso a la ciudad. Además, acabo de entrar en un acuerdo con un formidable negociador, y ambos estamos ansiosos por comenzar a trabajar en los detalles lo más rápido posible.

El hotel más cercano es una cadena barata a unas pocas millas de distancia, y Nick corre a registrarnos mientras espero en el auto. No puedo quitarle los ojos de encima mientras camina hacia el hotel y se acerca al mostrador. ¿Me cansaré alguna vez de mirarlo? ¿Siempre hará que mi pulso se acelere y mi cuerpo se derrita de deseo?

Sospecho que sí, y tengo la intención de pasar los próximos tres meses y medio probando la teoría.

Estoy disfrutando de ver a la joven recepcionista coquetear con mi hombre cuando mi teléfono celular suena con una llamada local.

Pensando que es Stadler o la prisión llamando con una actualización sobre mi mamá, deslizo la pantalla y contesto. —¿Hola?

—Hola, Avery.

La voz masculina es débil, pero afilada como el filo de una cuchilla. No puedo ubicarla inmediatamente, pero la reacción de mi

cuerpo es visceral, como si acabara de recibir un golpe de agua helada en la cara.

—Una lástima lo de tu madre, ¿eh? Claro, considerando todo, esa caída podría haber sido peor. Mucho peor.

—¿Quién es?

Una risa sin aliento raspa en mi oído. —Oh, vamos. Creo que lo sabes. Pero me imagino que tu rico novio ahí adentro no.

El miedo forma un nudo frío en mi estómago ante la mención de Nick. Y, sí, ahora reconozco esta voz. El hecho de que lo haga hace que el temor que sentí hace un momento se corroa en algo vil. Algo venenoso y mortal.

¿Cómo me encontró después de todo este tiempo? La pregunta apenas quema a través de mis pensamientos cuando recuerdo la foto que tomaron de Nick y de mí en la gala del alcalde. La foto que se volvió viral en línea. *Maldición.*

Ansiosa, me arriesgo a mirar a Nick ahora. Todavía está en el mostrador de recepción, acaba de firmar por nuestra habitación. La joven recepcionista le sonríe mientras toma la llave de ella, luego comienza a girarse en mi dirección.

—Necesitamos hablar —dice la voz al otro lado de la línea—. Me pondré en contacto contigo.

La conexión se corta, y me quedo sosteniendo mi teléfono con manos temblorosas. Lo dejo caer en mi bolso antes de que Nick regrese al auto.

Está sonriendo mientras sube y me entrega las llaves de la habitación en su pequeña funda de papel. —La suite de luna de miel era todo lo que les quedaba. Espero que no te importe.

—No. —Fuerzo una sonrisa que se siente tensa en mis labios—. No me importa.

Inclina la cabeza hacia mí, frunciendo el ceño. —¿Algo va mal?

—No. —Intento otra sonrisa, una más fuerte que se basa en años de práctica fingiendo que nada está mal cuando, en realidad, mi vida se está desmoronando—. Todo está bien.

UNA NOTA DE LARA

Gracias por leer mi libro. ¡Espero que lo hayas disfrutado!

La Serie 100 continúa con más de la historia de Nick y Avery, además de otros libros protagonizados por personajes que irás conociendo en el camino. ¡Feliz lectura!

Continúa con el siguiente libro: **Por Cien Noches**

TU OPINIÓN ES IMPORTANTE

Si te gustó este libro, o cualquiera de mis otros títulos, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña, aunque sea solo una o dos líneas. Sé que tu tiempo es valioso y de verdad valoro tus comentarios y tu apoyo.

Si disfrutaste esta historia, quizá también te gusten mis otros libros. Puedes suscribirte a mi lista de correo visitando mi sitio web.

Y si quieres escribirme, estaré encantada de leerte. ¡Siempre me alegra saber de mis lectoras!

LIBROS DE LA SERIE 100

Por Cien Días
Por Cien Noches
Por Cien Razones
Corro Hacia Ti
Juega Mi Juego
Por Cien Eternidades (próximamente)

SOBRE LA AUTORA

Con casi 4 millones de libros en circulación en todo el mundo y traducciones en más de 20 países, Lara Adrian es autora superventas del New York Times y número uno en ventas internacionales. Sus populares novelas románticas han emocionado a miles de lectoras desde la publicación de su primer título, Kiss of Midnight, lanzado por Random House en 2007, que se convirtió en un éxito inmediato.

Con su longeva serie de romance paranormal Midnight Breed, ha consolidado su lugar como "una de las autoras más destacadas del romance paranormal" (Fresh Fiction). Y con su sensual serie contemporánea de romance con multimillonarios, 100 Series, las críticas la han coronado como "una nueva reina del romance picante" (The Sub Club Books).

Visita LaraAdrian.com para más información sobre los libros de Lara.

DERECHOS DE AUTOR

Copyright ©2016 por Lara Adrian, LLC

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, duplicada ni transmitida por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas literarias.

Este libro es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en esta obra son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas, o con lugares, hechos o situaciones reales, es mera coincidencia.